



La verdad no
termina nunca **Sergi**
Doria

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

Alfredo es un joven en la Barcelona de los años 50, huérfano de padre, y con una madre que vive sumida en un silencio vital y su dedicación a la costura. Alfredo poco o nada conoce de cómo se conocieron sus padres y todavía menos del porqué ella no quiere regresar a aquel entonces para explicarle quién fue. Muchos son los secretos que envuelven el rostro triste de esta mujer.

Pero la curiosidad por conocer las raíces es imparable y el destino llevará a Alfredo por un lado a investigar una serie de personajes que vivieron en los años 30, la misma época en que sus padres se conocieron, y, por otro lado, a entablar relación con la hija de una de las familias más acomodadas de la ciudad. La familia Queralt le descubrirá la figura valiente y comprometida de su madre en unos tiempos en los que las mujeres de clase trabajadora eran figuras invisibles para la sociedad, y le ayudarán a entender por qué lo ha protegido hasta ahora de la verdad.

Una historia emocionante que nos permite viajar a las décadas de los años 30 a los 50, unos años clave en la historia de nuestro país, y hacer un recorrido por el silencio de la posguerra, la explosión del arte de los años 20, el surgimiento del estraperlo, el mundo del periodismo y los ambientes de las orquestas y el cabaret.

La verdad
no termina
nunca

Sergi

Doria

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1438

*A mi padre, Vicente Doria, por mantener viva
la llama de la esperanza sin renunciar a la ironía*

1

Me acabo de mirar en el espejo. Soy rubio, casi panocha, y las lentes de rojizo carey enmarcan el azul de mis ojos. En este país de gente morena y bajita me toman por extranjero. En el colegio siempre decían que me hacía el sueco porque con la cara pagaba. Estamos en 1956 y lo extranjero sigue sin estar bien visto en España. Por eso, cuando veo a alguien con cabello rubio y ojos azules le sigo la pista...

Ese alguien ha de ser un varón y tener, más o menos, unos cincuenta años bien cumplidos.

La mirada nunca descansa. Se pasea por los andenes del metro, los vestíbulos de los cines y teatros, las mesas de lectura de la biblioteca... Hoy, por fin, he tomado una decisión arriesgada; cada semana, permaneceré un buen rato frente a la cárcel Modelo. Observaré a los familiares de los presos. Escutaré las «lecheras» de los grises. Me acercaré, incluso, hasta el mismo umbral y, si hay suerte, tal vez pueda atrapar el momento en el que el preso esposado baja del coche celular rumbo a su cautiverio.

En este crudo invierno con temperaturas bajo cero —dicen que una ola polar está asolando Europa— hacer esto a media tarde, cuando se avista el crepúsculo, puede sonar a temerario. No tanto porque la policía me eche el ojo y me tome por un compinche de los reclusos, sino porque hace un frío que pela.

Andaba yo pensando si no era muy arriesgado añadir a mis investigaciones esta modalidad de inspección carcelaria. He atravesado el Ensanche en diagonal lanzando bocanadas de humo como si fuera una locomotora humana, aunque a velocidad menguante.

Aquí me tienen. Frente a la Modelo.

Después de media hora larga de patear el suelo para no congelarme, parece que tendré suerte... Se abre el portalón y los guardias dejan la vía expedita a un hombre alto y rubio.

Lo veo entrar en uno de los bares cercanos a la cárcel. El tiempo no está para

largos paseos. Le sigo los pasos y me quedo observándolo a través de los cristales que se empañan a medida que arrecia la humedad vespertina. Se ha sentado en uno de los taburetes. Pide un carajillo de coñac.

Si entrara en el bar, no podría tomar nada; llevo poco dinero en el bolsillo y el poco que llevo es por si he de coger el tranvía. Con lo que ella cose, a duras penas llegamos a fin de mes y, aunque he empezado a trabajar, todavía no he cobrado mi primer sueldo.

El hombre saca un paquete de caldo de gallina y lía un cigarro... Su expresión fatigada da a entender que es un perdedor: ¿de la guerra?, ¿de la vida? Un apestado que acaba de salir de la cárcel y está más solo que la una.

Solo yo esperaba que saliera de prisión alguien como él. Seguro que ha pasado años intentando comprender el porqué de su reclusión. ¡Atención! El hombre ha apurado el carajillo y el cigarro; suelta una moneda sobre la barra y se dispone a dejar el bar...

Ha llegado el momento. No puedo fallar.

Le salgo al paso. Si le pregunto si estuvo en las Brigadas Internacionales va a pensar que soy un confidente de otra Brigada, la Brigada Social, dispuesto a seguir amargándole la vida.

Cambiemos de tercio.

—Perdone, ¿es usted español?

El hombre vuelve la cara con el temor de quien ha estado mucho tiempo vigilado. Me mira con los ojos muy abiertos, no contesta nada y aprieta el paso. Atraviesa la calle Entenza y mueve las manos con energía. Al otro lado de la calle, le saluda una mujer con un moño en forma de ensaimada. La pareja se funde en un prolongado abrazo. El eco de voces rebota en los muros de la Modelo.

—Me han *soltao* antes de la hora. He *tomao* algo en el bar. Con este frío... — dice él.

—Yo te espero lo que haga falta. ¡Qué seis meses más largos, pero ya los hemos *pasao*! —exclama la del moño acariciándole la mejilla.

El hombre se percata de que sigo ahí; levanta la mano y me dirige un gesto poco amistoso. Llama la atención de la mujer. Le señala donde yo me encuentro.

—¿Y a ese qué coño le pasa? ¡Me está tocando las narices desde que he salido del bar!

La mujer se une a sus quejas.

—¡Que te largues, pasmarote! —grita con voz aguardentosa.

El hombre hace ademán de volver a cruzar la calle con gesto agresivo y yo tomo las de Villadiego. Puedo oír sus comentarios a mis espaldas...

—¿Pero de dónde ha salido ese pavo? Va y me dice que si era español. ¡De Guadalajara y a mucha honra! ¡Estamos buenos!

—Como está en la acera de enfrente... ¡A ver si será un sarasa! —aventura la del moño.

Reflexiono mientras camino a paso vivo. Un día de estos vas a tener problemas. Ese hombre no es la persona que yo busco. Lo parecía, pero no es extranjero... Español y de Guadalajara. ¡Vaya chasco! Un pobre diablo que ha cumplido su pena de seis meses. Ni hablar de volver a la Modelo... Al final me ficharán. O me tomarán por loco. O lo que ha dicho la tía esa: por maricón.

Otra pista perdida. Nada de acento, nada de preso político. Poca heroicidad y mucha chulería castiza.

Ese desgraciado no podía ser mi padre.

2

Cuando no soporto este micromundo en el que intento sobrevivir, me meto de cabeza en la Biblioteca Central de la calle del Carmen. Después del fiasco de mi investigación en la Modelo, espero tener más suerte con mi trabajo. Es el primer encargo para la Gran Enciclopedia Popular: preparar dos entradas, una sobre el pintor ruso Kandinski y otra sobre Alexandre Jean Louis Promio, el hombre que trajo a España el invento que los hermanos Lumière llamaron cinematógrafo.

Me temo que de nuevo estoy siguiendo la pista equivocada. Tengo sobre la mesa un manojito de apuntes agavillados de mala manera en una carpeta: los firma un tal Alejandro Promio que, al parecer, conoció a los dos personajes... Y que además tomó el nombre del operador. Ligada con un par de descoloridas cintas rojas, la carpeta debió de ser clasificada por error y atribuida al pionero del cine.

Si sigo por ese camino no voy a avanzar en mis pesquisas sobre monsieur Promio, el auténtico, el del cinematógrafo. Pregunto a la bibliotecaria si disponen de más documentos sobre el representante de los Lumière; con expresión de incomodidad y esa sequedad tan propia de las bibliotecarias me dice que ya me facilitó toda la documentación disponible; que lo consultará en la sala de reserva donde se ordenan los legados y donaciones privadas.

Habré de conformarme con el Promio de pega. El viento helado hace temblar los ventanales. Un rumor hipnótico que me deja con la mirada fija en los muros tatuados con letras góticas... ¡A ver quién es el valiente que asoma la nariz a la calle! Aquí se está calentito. Cines y bibliotecas: mis refugios en esta posguerra que no acaba nunca.

Vuelvo al manuscrito. Y me gusta lo que leo. Hay que reconocer que el Promio de pega escribía con mucha convicción sobre el ilustre predecesor que le dio nombre...

Sigo leyendo y ya no tengo tanta prisa por volver al trabajo que me ha traído hasta aquí.

El viaje en el tiempo me lleva al año 1896...

Aquel día, Alexandre Jean Louis Promio, representante del cinematógrafo que habían patentado los hermanos Lumière, intentaba mantener el equilibrio en el bamboleo de una góndola sobre las aguas turbias del Gran Canal.

Nuestro hombre ofrecía el aspecto del típico buen burgués: luengos bigotes, chaleco blanco y botas de charol refulgente. En ese momento no sabía que, además de probar la cámara que promocionaba por diversos países, estaba haciendo historia. Eso se le ocurrió de camino al hotel.

—Aguarde un momento... *Un attimo!* —urgió al gondolero.

—*Signore?*

—El movimiento del agua... Quiero captar cómo nos vamos distanciando de la otra orilla. Espere.

El gondolero dejó de mover el remo y se quedó boquiabierto al ver a Promio extraer un artefacto parecido a una cámara fotográfica, pero con manivela, de aquella bolsa negra que tanto le intrigó desde que recogió a su pasajero en Rialto. El señor francés, que también hablaba italiano, se incorporó; la góndola empezó a dar bandazos: el acelerado compás inquietó al gondolero.

—*Signore... Atenzionne!!*

Absorto en el manejo de su artefacto, Promio parecía sordo. ¿Acaso no percibía los acuciantes embates del agua contra el casco de la barca? Después de ordenar al gondolero que volviera a remar, se acomodó en la proa y, estirado como un tirador de la guerra de Crimea, orientó la caja negra hacia el canal y le dio a la manivela.

Y pasó a la Historia.

Acababa de estrenarse como operador de cámara: había inventado el travelling, aunque él todavía no era consciente de ello.

Cuando la góndola alcanzó el hotel Rímini, el hombre de confianza de los hermanos Lumière atesoraba una bella vista. Le iría muy bien para las próximas demostraciones del invento.

Promio pagó al gondolero, que lo observaba con evidente perplejidad. Le soltó un par de billetes; el gondolero hizo el gesto —protocolario— de devolverle el cambio, pero el francés medio italiano con pinta de buen burgués ya había saltado a tierra. Estuvo a punto de perder el equilibrio, amarrado al artefacto con manivela que volvió a proteger con la bolsa negra.

—Y ahora a recoger más vistas por el mundo —se dijo.

Cuando los hermanos Lumière contemplaron las tomas de Promio en Venecia y Chartres, no solo lo confirmaron como jefe de operadores y representante oficial de su invento: lo animaron a proseguir sus viajes.

Y nuestro hombre se fue directo a España.

Cuando llegó a Barcelona, Promio se presentó a los hermanos Antonio y Emilio Fernández, regentes del estudio Napoleón de la Rambla, muy cercano al hotel Cuatro Naciones donde se hospedaba.

—Venga, venga —los hermanos hablaban al unísono.

—Mire... El edificio de enfrente. Ahí tiene usted a un competidor que se le ha adelantado. Ya se lo advertimos a los *monsieurs* Lumière... —le dijeron señalando el teatro Principal.

Promio puso cara de sorpresa.

—Acaban de ofrecernos una sesión especial del Kinematographe. Cuando usted llegó volvíamos de allí —explicaron a coro.

—Hemos disfrutado de seis vistas —advirtió Antonio.

—Bulevares de París repletos de jinetes y algún auto —añadió Emilio.

—Una estación ferroviaria, me parece que de Vincennes —volvió Antonio.

—Y un baile con música española. Este ha gustado mucho —remató Emilio.

Promio había escuchado con el rostro tenso. Había que darse prisa... rumió.

—La maldita competencia. Esto es cosa de George William de Bets y los *frères* Isola. En París los tenemos enfrente del Salón Indien. Pero lo suyo ya está muy visto. Viajan mucho y filman poco. Yo traigo en esta maleta vistas que nunca han imaginado. El Gran Canal desde una góndola. Todo se mueve como si uno navegara...

Los hermanos Fernández se quedaron mirando la maleta como dos niños que están a punto de desenvolver los juguetes la mañana de Reyes.

—Venecia... ¿Y qué más? —entonaron al unísono.

Promio les guiñó el ojo.

—He pasado por Madrid. He filmado una corrida de toros que mató un tal Mazzantini, la salida de los alabarderos del Palacio Real y las maniobras de los artilleros de Vicálvaro. He paseado con mi cámara, rodeado de curiosos, por la Puerta del Sol... Gracias a los buenos contactos de los señores Lumière con la embajada francesa, celebramos en el hotel de Rusia una sesión para la reina

regente María Cristina, acompañada de sus tres hijos: Isabel, María Teresa y Alfonso. Nos hemos ganado cierta respetabilidad científica. No se confundan. El cinematógrafo no es el «animatógrafo». El cinematógrafo está ya en el salón de proyecciones de la Carrera de San Jerónimo y el «animatógrafo» está donde debe estar: en el circo.

A los hermanos Fernández les brilló la mirada. El francés sonaba convincente.

—¿Podremos ver algo de lo de Madrid? Nos puede interesar si usted quiere que seamos sus representantes en Barcelona...

Satisfecho de su poder de convicción, Promio se mesó los bigotes y dejó pasar unos instantes de silencio, como si se lo pensara, haciéndose el interesante.

—*Voyons...* Les puedo proyectar las vistas francesas: la llegada del tren, la demolición de un muro, el jardín de las Tullerías, los Campos Elíseos, la salida de la fábrica Lumière...

—Pero... ¿Y las vistas de Madrid?

Promio volvió a exhibir un gesto de misterio.

—Hay que esperar. Debido al método exclusivo, y obviamente secreto, del revelado de negativos de la casa Lumière debo enviar todas las películas a Lyon para el acabado. En un par de semanas las tendré a su disposición. Mientras las revelan, seguiré tomando vistas, ahora en Barcelona... ¿Me acompañarán?

3

El horrísono eco de un timbre hace saber a los lectores que la biblioteca cerrará en media hora. Voy acabando las cuartillas del Promio de pega. ¡Qué lástima! En contraste con mis pensamientos mordaces sobre el autor, ahora siento pena de no poder seguir con su manuscrito.

Levanto la vista hacia el reloj que preside la sala de lectura para apurar las últimas cuartillas.

Volvamos a Promio.

Nunca pensé que un pionero del cine habría de prestarme su apellido para interpretar esta tragicomedia que llamamos vida. Claro, que cuando lo conocí no sabía que Alexandre Jean Louis Promio iba a ser un personaje histórico; por aquel entonces, yo era un niño sin nombre que formaba filas en la corbeta *Tornado*, el asilo para los huérfanos de la marinería portuaria. Cuando monsieur Promio se acercó con aquella caja mágica que producía lo que nosotros llamábamos «fotografías vivientes» hacía un año que la *Tornado* había amarrado, definitivamente, en el puerto de Barcelona. Después de ser acondicionada para su nuevo uso, pasó a acoger la primera entrega de hijos sin padre entre los que me encontraba yo.

Parece mentira, pero aquel verano de 1896 en que monsieur Promio visitó la corbeta para realizar sus imágenes animadas, lo primero que sentí fue un reconfortante atisbo de felicidad. Acababa de cumplir seis años y por las noches, tras desenrollar mi saco en la batería del barco que hacía las veces de dormitorio colectivo, urdía historias sobre aquel recinto flotante.

El señor Arderius, capitán de la marina mercante y director del Asilo Naval, nos había contado que la *Tornado* había sido botada en los astilleros de Escocia por encargo del ejército confederado en 1862, aunque no pudo rendir ningún servicio a los sudistas... Unos piratas la desviaron de su ruta para venderla a Chile en su lucha contra España por la independencia. En una de esas batallas la corbeta fue apresada por la fragata *Gerona* y pasó a formar parte de la Armada

Española.

—¡No olvidéis que este hogar flotante es un baluarte del heroísmo! — clamaba el capitán Arderius—. La *Tornado* estuvo en la escuadra del general Topete cuando la Gloriosa Revolución de 1868 y se enfrentó al vapor yanqui *Virginus*, que hacía contrabando de armas a favor de las colonias rebeldes. Esos americanos ya nos tenían ganas, como ahora sucede con Cuba.

Después del discurso, o más bien de la arenga, el capitán nos conducía a popa para mostrarnos, bajo la toldilla, los fusiles Mauser que el general Weyler había donado a la corbeta.

Cuando monsieur Promio visitó por primera vez la *Tornado* venía de tomar vistas del puerto. Formados en la cubierta, mientras afinábamos los instrumentos musicales para interpretar *La Marsellesa* en honor del ilustre invitado, observamos como el representante de los hermanos Lumière extraía de un saco negro su caja mágica.

Flanqueado por el capitán Arderius, el contramaestre, el oficial que impartía enseñanza militar, el maestro, el capellán, el médico y el cocinero, monsieur Promio nos apuntaba con su artilugio mientras tocábamos el *Toreador* de la *Carmen* de Bizet.

Al acabar el concierto, y después de capturar unas cuantas vistas de la *Tornado*, monsieur Promio se acercó a nosotros, nos felicitó y prometió que volvería para mostrarnos las maravillas del nuevo invento del cinematógrafo. Nos contó que había filmado una corrida en el Torín de la Barceloneta y las maniobras del buque *Alfonso XIII*.

Atendíamos a sus explicaciones, que destilaba en un español deficiente pero inteligible. El francés se nos aparecía como un mago omnipotente: atesoraba en aquella caja con manivela que él llamaba «cámara» un mundo paralelo que en cualquier momento podía revivir en una sábana blanca colgada de la pared.

Sé que monsieur Promio retornó en varias ocasiones a Barcelona, pero ya no pasó por el Asilo Naval. La primera sesión en la que pudimos ver algunas de sus películas se anunció en el programa como «Place du port de Barcelone», más conocida en español como «Descarga de un barco». Nuestras pupilas se avivaron en la oscuridad con celeridad gatuna. Estábamos seguros de que, tarde o temprano, seríamos protagonistas de alguna de aquellas tomas. Se veía, sí, una panorámica del puerto. La estatua de Colón, los tinglados de los muelles, incluso

la herrumbrosa silueta de la *Tornado*...

—Ahora es el momento, ahora saldremos nosotros —susurrábamos emocionados.

Pero ese momento maravilloso nunca llegó. No salió ni el capitán Arderius, que no disimuló un mohín de desaprobación. La cámara solo proyectaba volquetes de carbón y estibadores. De aquella visita del mes de junio, grabada en nuestra memoria de los momentos estelares de la existencia, no quedaba nada.

En las tardes húmedas e interminables de otoño, mientras aprendíamos urbanidad, cálculo, geografía, aritmética, instrucción marinera, música... Mientras formábamos las brigadas de Babor y Estribor y hacíamos guardias en el puente o la toldilla de la corbeta; aquel helor que calaba las entrañas y nos apretaba el cráneo como una mano invisible. Mientras memorizábamos el código internacional de señales del telégrafo Morse, fregábamos la cubierta o intentábamos nadar en las aguas malolientes del muelle Nuevo; con la fábrica Vulcano evacuando residuos ferruginosos que tiznaban el mar de un color tornasolado. Mientras hacíamos todo eso y nos sentíamos, ya, un poco viejos haciendo la primera comunión, reservábamos nuestra ración de rencor a aquel señor tan simpático del mostacho que no volvió a aparecer con su artefacto mágico.

Niños huérfanos, sin derecho a contar con una sola imagen de su desdichada existencia; aunque fuera la cara asustada en la ficha de ingreso del Asilo. La idea de ver nuestra memoria en movimiento, del día que tocamos *La Marsellesa*, era una forma de volver a nacer; o, cuanto menos, de reivindicar una identidad que no podíamos poseer dado lo azaroso de nuestro origen.

Cuando yo solo era un expósito y todavía no me llamaba Ángel de Lajusticia... Y luego, como me sigo llamando, Alejandro Promio. Los caprichos del destino, y ese «yo» siempre a remolque de la circunstancia, provocaron que alguien me donara la identidad que yo no tenía, al igual que el desconocido al que arrancan sus órganos para recrear una nueva vida. Desconozco si al desgraciado al que alguien robó la cartera de la que aproveché su cédula de identidad deseaba que otra persona viviera en su nombre; pero a mí, liebre acorralada, me salvó la vida pasar a ser Promio cuando ya no podía ser ni un día más Ángel de Lajusticia.

Con el correr de los años pude contemplar todas las películas que monsieur

Promio rodó en los tiempos heroicos del cinematógrafo. Desde su célebre *travelling* en Venecia hasta los desfiles madrileños y los panoramas del puerto. Pero jamás conseguí localizar la pieza más codiciada. Aquellas imágenes vivientes de los niños disfrazados de militar que tocaban himnos y pasodobles en la cubierta de la *Tornado*.

Y ahora es ya demasiado tarde... Monsieur Promio se fue de este mundo en 1927. Me hubiera gustado conocerlo; explicarle que yo había adoptado su apellido y las terribles circunstancias de aquella decisión; preguntarle si se acordaba de la visita al Asilo Naval de Barcelona. Y, con un tono más capcioso, indagar sobre qué fue de su filmación de la corbeta...

¿Se estropeó la película, justamente en aquellas secuencias, al revelarla? ¿O es que todo fue un simulacro? ¿Acaso no había celuloide en la cámara?

4

El ujier de la biblioteca me arranca la carpeta de las manos con gesto severo: señala las ocho y media en el reloj de la sala. De vuelta a casa, remonto la angosta escalera evitando pasar la mano por la baranda pringosa; al abrir la puerta retorna a mis oídos el machacante traqueteo de la Singer. El rumor cesa y puedo escuchar su voz a través del oscuro pasillo. Esa voz dulce, de damisela de comedia de teléfonos blancos, o como las de las locutoras que se reencarnan en chicas enamoradas de radionovela.

—¿De dónde vienes? No está el tiempo para salir.

—Si por ti fuera nunca saldría nadie de esta casa —respondo airado.

Ella prefiere esquivar mi comentario.

—En la radio han dicho que los rusos tienen la culpa de la ola de frío... Se ve que han tirado bombas atómicas en la Antártida.

—Lo que no hagan los rusos... —mascullo.

La Singer vuelve a tronar. Dejo en mi habitación la libreta, la pluma y el tintero. Me quito el abrigo y me asomo al cuartucho.

Ella sigue ahí, donde siempre; en esa penumbra de paredes despintadas, dándole al pedal de la máquina de coser alumbrada por una lámpara de flexo que se inclina como un metálico sauce llorón.

Lleva años encadenada a la Singer como si cumpliera una condena de trabajos forzados sin posibilidad de redención de pena por buen comportamiento. Con la mirada fija en la aguja mecánica que perfora una y otra vez la tela. Abriendo y cerrando esos cajoncitos de madera carcomida con hilos, alfileres, yesos y restos de patrones. La esfinge dorada que adorna la marca Singer me recuerda a una película de egipcios de las que hacen en Hollywood.

No se ha dado cuenta de que la estoy mirando. Está ensimismada en la costura, el hilo y el pedal que pisa con dificultad. Ahora, en la radio, está sonando su canción preferida: «Rocío, ay, mi Rocío, manojito de claveles...». Como la veo de espaldas no puedo saber si, por una vez, dibuja un rictus de

felicidad. Esa expresión agradable que siempre me ha negado. Seguro que está sonriendo, secretamente. «De pensar en tu querer voy a perder el *sentío*», sigue cantando Imperio Argentina y ella pone los coros con esa tonalidad melancólica que te parte el alma: «Porque te quiero mi *vía* como nadie te ha *querío*...».

La canción deja de sonar, interrumpida por el «parte» de Radio Nacional de España. Las heladas ya han causado casi mil muertos en Europa. Temperaturas de veintinueve bajo cero. Los transportes franceses están paralizados por el hielo. Cincuenta muertos en Italia. Dieciocho en Atenas. Lobos hambrientos merodean por el aeropuerto de Estambul...

Giro el interruptor de la luz, esa bombilla macilenta pendida del techo con un hilo astroso.

Ella vuelve la cabeza.

—¡Ah! ¿Estabas ahí? Me has asustado... ¿Por qué enciendes la luz? ¿Qué quieres? ¿Que corra más el contador y no podamos pagar la electricidad a fin de mes?

—No quería interrumpir tu canción...

—¿Qué canción?

—La que tarareabas. Esa que...

Ella zanja la conversación con un brusco manotazo.

—¡Calla! ¡Calla un momento! Está hablando el director del observatorio meteorológico.

El director dice que en España tenemos más suerte que en el resto de Europa, aunque las heladas están haciendo mucho daño en las cosechas de frutas de Levante...

Para desdramatizar la situación intento hacerme el gracioso.

—Sí... Levante-Las Palmas que aquí todos somos ladrones...

El chiste malo no le hace puñetera gracia.

—¿Quieres callarte un momento, que no puedo oír lo que dicen? Si esto se alarga más de la cuenta tendré que alquilar un brasero porque aquí no se puede estar... Lo malo es si podremos pagarlo. ¡Pasa la mano por las paredes! ¡Una nevera!

—Prefiero no tocarlas, no sea que se acaben de caer las costras de pintura.

—A veces me pregunto de dónde vienes tú para ser tan cínico.

Otra vez esa voz dulce y melancólica que me desarma.

—Pues no lo sé. Cuando te dignes a hablarme un poco de mi padre, te lo podré decir...

Ella hace como siempre. Como que no se entera de lo que no le conviene.

—¿Oyes lo que está diciendo? Que la ola de frío viene de Siberia, a ver si aclara lo de las bombas atómicas... Y ahora déjame trabajar que esta falda no hay quien la acabe... Si paro de coser se me entumecen los dedos...

En la radio dan por finalizada la entrevista con el director del Observatorio Meteorológico.

«—¿Recuerda el mayor triunfo de este Observatorio?

»—No me acuerdo, la verdad.

»—¿Y el mayor fracaso?

»—Una nevada repentina en 1929 que no estaba prevista.

»—¿Qué tiempo nos espera en los próximos días?

»—Lluvias y nevadas, sobre todo en el oeste de la península. La situación de hoy ofrece más esperanzas...

—En el 29 no es que nevara, es que se arruinó el mundo... Y, sobre todo eso, que no perdamos la esperanza, que en Europa están peor —reniego desde mi rincón.

Ella baja el volumen de la radio y vuelve la cara hacia mí con enfado.

—Tú ves haciendo esos comentarios por la calle y un día de estos tendremos un disgusto... Y, te lo vuelvo a repetir, ¿quieres hacer el favor de apagar la luz?

Si supiera que esta tarde estaba haciendo guardia en la Modelo le da un soponcio. Mejor no rechistar. Le doy al interruptor, la bombilla se apaga y solo queda la silueta de la modista encorvada en su máquina bajo el foco de luz amarillenta del flexo.

Salgo a toda prisa del cuartucho. Dejo escapar un «buenas noches» a media voz, unas medias «buenas noches», sin convicción. Que luego no se queje de que me fui a la cama sin decirle nada.

Echo una ojeada en la cocina. No hay nada preparado. Cojo una manzana arrugada del frutero, me largo a mi habitación. Al cerrar la puerta me parece escuchar su voz, como si preguntara algo...

He de descansar porque mañana será un día de mucho trabajo. Promio me espera.

La máquina de coser, esa intrusa de mis sueños, seguirá resonando hasta la

medianoche.

5

Esta mañana, con cierto rubor por parecer pesado, he vuelto a la Biblioteca Central para insistir sobre mi petición. Pero —grata sorpresa— apenas me acerco al mostrador, la bibliotecaria me regala una sonrisa.

—Aquí hay otra ficha de Promio... Es extraño que estuviera duplicada. Debió abrirse poco después de la guerra civil, tal vez porque la primera se creía perdida o porque ese Promio tenía un nombre compuesto.

La bibliotecaria me muestra la primera ficha amarillenta y ajada de mis anteriores consultas.

—Alexandre Jean Louis Promio —puntualiza.

A continuación, extrae otra ficha. Parece nueva, como si nadie la hubiera tocado nunca.

—Esta es a la que me refería. Alejandro Promio. Ya sabe, después de la Liberación todos los nombres se españolizaban... En todo caso, dígame qué obras quiere que le facilite.

He seguido rastreando datos y confirmo que el Promio del nombre prestado se llamó antes Ángel de Lajusticia, un escritor anarcosindicalista que firmaba en el semanario *Tierra y Libertad*. Además de artículos políticos y reportajes de denuncia social con el pseudónimo de Aurora Rojas, publicó en 1932 *El hombre que tuvo muchas vidas*, biografía de Antonio Lluçia, un estafador de habilidades camaleónicas, tan capaz de seducir a siete mujeres como de suplantar al mismísimo Alfonso XIII y pasar temporadas en el manicomio de San Baudilio, donde conoció al arquitecto Antonio Gaudí. Por lo visto, Lajusticia coincidió en 1919 con Lluçia en una celda de la Modelo, adonde fue a parar por su participación en La Canadiense, la huelga de la CNT que dejó a Barcelona sin electricidad.

Soy consciente de que debería ir al grano, pero la reaparición del Promio de pega me anima a seguir consultando obras tuyas en los ficheros de la Biblioteca Central. Lajusticia dejó de llamarse así hasta que conoció a Lluçia y adoptó la

identidad de Alejandro Promio: así lo cuenta en su biografía del estafador. Al parecer, la facción más radical de la CNT lo tenía por un renegado, mientras que la policía y los pistoleros de la patronal le pisaban también los talones por su activismo anarquista.

Veamos... La justicia se convierte en una especie de secretario del estafador Lluçia. Los dos nacieron el mismo año, hacia 1890, pero Lluçia falleció en octubre de 1930, dos años antes de que su biografía viera la luz. Según explica en el prólogo, Promio fue una de las pocas personas de confianza de Lluçia, pero algo debió de ocurrir entre ambos que dio al traste con lo que parecía una sólida amistad.

El archivo de Promio está repleto de artículos para *El Día Gráfico* y *La Noche*, los periódicos del político lerrouxista Juan Pich y Pon. En los años de la Dictadura de Primo de Rivera, el periodista desaparece de la circulación para reaparecer en documentos del Gabinete de Censura del Directorio Militar... ¡Vaya, ya no hay ninguna ficha más!

O sí. Un librito de noventa páginas, *La Barcelona de los artistas*. Lleva un subtítulo que suena a obra de encargo: «De cómo el arte moderno europeo triunfó en la Exposición Internacional de 1929».

Mientras me lo traen, sigo enfrascado en las carpetas de Promio y su pintoresca biografía del estafador.

A medida que voy leyendo, la figura de ese escritor que yo creía un simple «plumilla» cobra más relieve. Creo, incluso, que me será muy útil para mi trabajo de la Gran Enciclopedia Popular —las entradas del Promio cinematógrafo y del pintor Kandinski—. Ya no tengo la mala conciencia de perder el tiempo. ¡Un libro sobre el arte en Barcelona en el año de la Exposición!

El rumor del carro de los libros acrecienta mi expectación. Antes de que el ordenanza deposite en la mesa el diminuto ejemplar de *La Barcelona de los artistas*, mis manos lo toman al vuelo, como si fuera una hogaza de pan blanco en tiempos de racionamiento.

Aquí está. El índice promete un recorrido por las obras de arte moderno europeo que se pueden ver en las galerías barcelonesas con motivo de la Exposición: Klee, Mondrian, Bracque, Dalí, Picasso, Ernst...

A medida que voy leyendo, me desmoralizo. ¡Este no es el Promio de las lecturas anteriores! Se nota que tenía prisa por despachar el encargo, o que el

arte abstracto no era santo de su devoción. ¡Menudo refrito de fechas y fichas de óleos! Me decepciona ese estilo tan gris; a diferencia de lo que había leído de su infancia, aquí no hay rastros de vida; nada de cosecha propia. Sus explicaciones suenan tan protocolarias como el discursito de un notario... Hago la lectura en diagonal hasta llegar al capítulo de Kandinski que cierra el volumen. Vamos a ver qué dice...

El estilo es más directo... otra cosa. Tomo nota de un fragmento que deja una puerta abierta a la curiosidad.

Siempre lo recordaba en nuestros encuentros... Esos momentos decisivos que traza el destino de los genios. En 1896 Vasili Vasílievich Kandinski celebró su treinta aniversario con una drástica decisión. Había estudiado música. Había estudiado derecho y ciencias económicas en la Universidad de Moscú. Había estudiado etnografía. Se había casado con su prima. Hablaba alemán perfectamente (gracias a su abuela). Le habían ofrecido una plaza de profesor en la Universidad de Tartu... Pero no se veía dando la vuelta una y otra vez por los áridos parajes de la Legislación después de admirar a Monet y extasiarse con Wagner en el teatro Bolshoi.

La drástica decisión de Kandinski fue irse a Munich para ser un pintor como los impresionistas franceses... Así me lo comentó cuando le conocí... Yo estudiaba arte y tocaba en una orquesta muniquesa. Pero esa es otra historia...

Este fragmento deja en el aire el aroma narrativo de la experiencia vivida; nada que ver con el tostón de los otros capítulos. En una nota a pie de página, Promio agradece a un tal Alphonse Teufel la documentación sobre Kandinski: lo considera «el máximo conocedor de la obra del artista ruso».

¿Y de dónde sale este Teufel?

Según la nota a pie de página, Teufel era de origen austríaco, hablaba siete idiomas y residió en París y Alemania, donde mantuvo una estrecha relación con la escuela de la Bauhaus y Kandinski en particular. En el momento en que Promio escribe su librito de encargo, Teufel era una autoridad en arte vanguardista y director de orquesta: al parecer, diseñó escenografías cubistas para los cabarés y tugurios sicalípticos del Paralelo. (En su nota, Promio habla de «locales» y no de tugurios, pero el lector avisado sabe leer entre líneas.)

Voy acabando el capítulo sobre Kandinski... Nada más. Le doy una vuelta y otra al librito como si fuera una prueba pericial en la que rastrearía las huellas de un delincuente. Paso las páginas hacia delante y hacia atrás. Releo algunos fragmentos, a ver si encuentro otra mención a Teufel. ¡Un especialista de las vanguardias de tal calado y yo sin enterarme! Las citas atribuidas a ese

inesperado mentor no se corresponden con ninguna obra: el libro no incluye bibliografía alguna.

Las ocho de la tarde. El dichoso timbre me da a entender que pronto habré de ahuecar el ala. A punto de cerrar el librito de Promio reparo en la dedicatoria: «A mi admirada Elisabet S., la reportera voladora que VIO el rumbo de la gran prensa de París».

Se me acumula el trabajo: Kandinski, Promio... Y ahora otro Promio y ese Teufel, supuesto oráculo del pintor ruso y genio sin obra. Y, por si fuera poco, la reportera voladora.

Mañana iré a por ellos, no me queda mucho tiempo para seguir rastreando.

Otro aviso. Todavía puedo apurar media hora. La última tentativa. Me levanto y voy directo a los cajoncitos repletos de fichas. Busco en la letra T. Ni rastro de Teufel.

Me dispongo a devolver el librito.

—No, no hace falta que me lo reserve —le digo a la bibliotecaria.

Cuando estoy a punto de entregárselo, un pequeño papel planea hacia el suelo cual hoja muerta otoñal. Dejo el libro en el mostrador con la intención de recoger el papelito. Es un exlibris que se ha desprendido del interior de la tapa. Seguro que desde la publicación del libro de Promio nadie lo había pedido: ni un borde de página con signos de haber sido doblado; ni una marca de lapicero. Y los últimos capítulos... sin guillotinar.

Escruto el exlibris... Un dibujo algo torpe de una sirena con cabellos ensortijados:

«Este libro es propiedad de René Martel, 1929.»

La bibliotecaria se asoma al mostrador con mi carné de lector en la mano. Debe pensar que he desaparecido de improviso. Me incorporo, le entrego el exlibris que había aterrizado sobre las baldosas.

—Es la sequedad. El papel se deshidrata con la calefacción y todo se despegaba —diagnostica.

Después de la explicación forense, la bibliotecaria acomoda el exlibris, sin mucho entusiasmo, entre las páginas del librito.

Tomo el bloc de apuntes y añado otro nombre: René Martel. Alguna amiguita francesa del tal Promio. Como la reportera voladora.

On verra.

6

Hoy voy a cambiar la biblioteca por el mercado de viejo de los Encantes en la plaza de las Glorias. Picasso acuñó una frase que me quedó marcada: «Yo no busco, encuentro». Y con ese pensamiento voy paseando entre montones de ropa vieja, piezas de ferretería, muebles de solemnidad funeraria, álbumes de fotos de familias, devocionarios y colecciones de libros de filosofía de Jaime Balmes que algún día proveyeron las estanterías del Seminario Conciliar, pomos de latón oscurecidos por el tiempo...

En una de las paradas, una gitana canta la ganga de lámparas, candelabros y apliques. Los objetos en venta —en el mejor de los casos, restos de algún clausurado almacén— descansan, tirados en el suelo, sobre pliegos de diarios y revistas. Ayer llovizó a última hora y el suelo es un amasijo de fango.

—Ese es el papel, y nunca mejor dicho, que le queda a la prensa —me digo. Proteger de la herrumbre los falsos dorados de apliques de hojalata.

Pero la mirada se ha quedado fija en una de las revistas que todavía no han sido desguazadas para servir de alfombra a las baratijas. Sus portadas llaman la atención por el vistoso cromatismo sepia. La gitana repara en mi aparente interés.

—*Zon mu baratas y mu güenas. Luses* de categoría. —Se refiere a las lámparas.

—Le compro... —alcanzo a contestar.

—*¿Toas?* —inquiere la zíngara sorprendida.

—Las lámparas no, las revistas.

—*¿Er papé?* —La gitana se incorpora. Llama al marido que está pegando la hebra con el vecino de parada—. *¡¡Manué!!* —vocifera.

Es muy pronto y el resto de vendedores vuelven la vista hacia la parada de la gitana.

El hombre se acerca a mí a paso vivo y el cabreo de quien no ha podido acabar de liar su pitillo.

—¿Qué *paza* con *er zeñó*? —pregunta con cierta animosidad.

Me adelanto a la explicación, a buen seguro confusa, de la gitana.

—Le decía a la señora si me pueden vender estas revistas.

El gitano no sale de su asombro.

—¿No quiere una lámpara? —me espeta torciendo el gesto.

—No... Solo esas revistas.

El gitano se agacha y las recoge para inspeccionarlas con la meticulosidad de Sherlock Holmes.

Se toma su tiempo. Las hojea. En una de las páginas aparece la imagen de una mujer desnuda.

—*Zon estrangera y mu antigua*. Con tía en pelota. Que no la vea la parienta.

—Sonríe con gesto pícaro.

Le guiño el ojo para corresponder a la complicidad masculina.

El gitano me hace un ademán de que me aproxime, como si me quisiera confesar algo que su hembra no debe oír.

Con cierta prevención, me acerco hasta sentir el aliento a tabaco y vinazo que exhala este hombre.

—*Ze la va a meneá a guzto* —me susurra al oído. Luego me da un palmetazo en la espalda como si fuéramos amigos de toda la vida—. Ya *ze la pué llevá de barde* —murmura entre risas.

Azorado por tanta generosidad, le deslizo un billete en el bolsillo de la chaqueta de pana.

El hombre lanza al suelo las revistas y el billete.

—¡Aquí *vendemo* lámpara y no porquería! ¡O *ze* la lleva ahora o la mando *quemá*! —exclama a viva voz.

Ahora todo quisque está pendiente de mí.

—¿Pasa algo, Manuel? —pregunta el vendedor que compartía el tabaco con el gitano.

—Tranquilo. *Ná* importante. *Er zeñó* ya *ze* iba.

La gitana intenta interceder.

—*Manué...* *Er zeñó* no *m'había dixo ná*. *Zolo* quería la *revita...*

—Tú a callar que yo ya *zé* lo que me digo —zanja el gitano.

Acuno las revistas entre los brazos como si la comadrona me acabara de entregar un recién nacido. Debo estar colorado como un tomate: algunos

paseantes me miran de reojo, con desprecio y desconfianza. Como si yo estuviera huyendo después de haberlas robado o fuera uno de esos desdichados que hozan entre los restos de las mercancías que nadie quiere y acaban en la basura: las intentan revender, casi siempre sin éxito, en los alrededores de los Encantes.

Cuando ya estoy en una zona segura, a varias esquinas del recinto, me siento en un banco para ver si el mal trago que he pasado por esa docena de revistas — todas francesas y con papel de buen gramaje— ha valido la pena.

La revista se llama *Regarder*. El gitano la ha dejado abierta por la página de la «tía en pelota». Sí. Es la imagen de una nudista. El pie de foto me informa. Una película documental de 1930: *À propos de Nice*, dirigida por Jean Vigo.

Ya en mi habitación, y después de pasar un trapo por las páginas con restos de barro, me llama la atención la calidad de este semanario gráfico en el que colaboran los mejores fotógrafos de la época: Man Ray, Cartier-Bresson...

Uno de los primeros números de *Regarder* abre en portada con un reportaje de Titayna. Una aviadora tocada con casco de cuero sostiene la cabeza de un Buda que asegura haber robado de los templos camboyanos de Angkor. Se la presenta como la mujer que cultiva «la vie dangereuse», una de las consignas de los años veinte: el «Vive pericolosamente» de Mussolini.

Titayna debía ser el «nom de plume» de esta reportera intrépida que sí, era voladora. No puedo evitar relacionar eufónicamente su pseudónimo con el de Tintín, mi héroe juvenil: Hergé lo creó, más o menos, por aquellos años.

El reportaje del robo de la cabeza del Buda es contemporáneo a la época en que Promio preparaba su librito sobre los artistas de vanguardia en la Exposición. Sería demasiado fácil que Titayna fuera la enigmática «reportera voladora». Además... ¿Qué diablos me importa saber con quién se relacionaba un plumilla que hubo de robarle el nombre a un pionero del cine?

Ahora debo cumplir con mis deberes familiares: regatear en el colmado, convivir con mi silenciosa madre, rematar de una maldita vez las entradas —¡tan mal pagadas!— para la Gran Enciclopedia Popular y dejarme de revistas mohosas... Creo que tardaré bastante tiempo en volver a los Encantes después del numerito de hoy con el gitano.

Pese a tan firmes propósitos, no dejo de pasar las páginas de *Regarder*... La palma de la mano se ennegrece con el polvo que anida en cada pliego.

Desde su atalaya de papel cuché, la enigmática Titayna parece posar sus ojos en mí...

7

La noche transcurre entre sábanas con olor a naftalina. Mi madre me tiene terminantemente prohibido leer libros viejos en la cama. Asegura que en su mayoría provienen de hospitales. El olor a papel viejo —insiste una y otra vez con machacona rotundidad— le recuerda a la guerra. Esa guerra de la que nunca habla o, cuando habla, lo hace con confusas metáforas para que yo no la entienda.

Dice que por esa razón —los olores sospechosos— no conserva ni una carta de mi padre. Hedían a tabaco, trincheras y hospitales de campaña. Nada de papel viejo. Ni cartas, ni tebeos de segunda mano. Si ve esta revista de 1928, con la fotografía en sepia de la reportera voladora y esa urticaria de manchas de humedad, la deja hecha trizas y la tira a la basura.

Titayna —¿cómo se llamaría en realidad esta bella mujer?— me sigue mirando desde la portada de *Regarder*: elegancia hierática, casi marcial, con la cabeza del Buda entre manos. En el reportaje de páginas interiores, le ha puesto al Buda el casco de cuero: un Buda aviador y cosmopolita.

La atractiva reportera cuenta a sus lectores cómo robó la cabeza en la selva de Indochina, la colonia gracias a la cual muchos franceses atesoraron valiosas colecciones de arte oriental.

Titayna no llega a Saigón en avioneta sino en paquebote. Beneficiada por sus contactos con el gobierno de Cochinchina consigue un coche con el que cubre los más de seiscientos kilómetros hasta Pnom-Pehn. Desde allí, otro auto de alquiler con chófer la llevará hasta Angkor.

Nuestra heroína se instala en un confortable hotel; varios americanos que beben mucho whisky y juegan mucho al póquer intentan entablar conversación con la beldad francesa. Pero la intrépida Titayna prefiere la compañía de los elefantes de piedra y las efigies budistas. Le pide al *boy* que la guía entre tanta arqueología que inmortalice ese momento. Después de explicarle cómo funciona su modernísima cámara Leica, el chico camboyano la fotografía tendida y

durmiente en brazos de los Genios del Mal. Seguirán más instantáneas: Titayna con falda y piernas cruzadas sentada sobre el último escalón del templo de Angkor-Vat. Titayna cabalgando un elefante vivo y luego, cual amazona triunfante, otro de piedra...

Después de pasear a la luz de la luna tomando notas y apurando al extremo el flash de la Leica, la reportera voladora pregunta a su guía si resultaría fácil llevarse de recuerdo un trozo de Angkor. El chico asiente con sonrisa cómplice. Es muy fácil, siempre que pagues. Pero nuestra Titayna es reportera y no turista. El guía la quiere llevar a una tienda repleta de trozos de esculturas auténticas que se pueden adquirir por unos pocos francos y de la que él pescará una comisión. Las cantidades que le piden son calderilla para una mujer capaz de llegar hasta allí con sus propios recursos.

La gente de Angkor vive de ir desgajando fragmentos de su patrimonio arqueológico. Titayna recuerda que un diplomático americano le mostró orgulloso una «tevada», que así se llaman las danzarinas sagradas en Indochina; el yanqui se jactaba de haberla sustraído «de vuestra Camboya». Aunque el *boy* parece escuchar con interés la historia, insiste en que nadie mejor que él para proporcionarle el trozo de piedra que prefiera la francesa. Lo tolera todo el mundo, mientras haya francos de por medio. Ningún funcionario les creará problemas... Es la colonia. Sobreviven, todos, del soborno.

La reportera voladora sigue paseando la mirada por las estatuas milenarias y observa con desprecio a los turistas que indican a sus guías el trocito de piedra que quedaría mejor en su piso parisino con mobiliario *art déco*. El chico prosigue con sus explicaciones, pero Titayna ya ha encontrado «su Buda».

Las doce del mediodía. Calor y humedad insoportables. Turistas y guías se retiran a los hoteles. Titayna despide a su *boy*, prefiere quedarse a solas. Si lo necesita ya le avisará.

Sola en la hora solar, Titayna se ajusta el salacot y se acerca a ese Buda que ya considera suyo. Sin necesidad de mucho esfuerzo, consigue mover la cabeza hasta que esta se desprende del torso; a continuación, la envuelve en una tela y la apoya con jactancia en su cadera.

De vuelta al hotel, pide la factura en recepción y llama al guía para ordenarle que le prepare el auto. El *boy* la mira por primera vez a los ojos, pero mantendrá la boca sellada: la francesa le entrega la misma cantidad de dinero que hubiera

obtenido con la venta de algún souvenir.

Son las cinco de la tarde: la hora de sestar o del coito *après midi*. Titayna no hace ni una cosa ni la otra: se acomoda en el asiento del conductor y se despide de su discreto guía.

Son seiscientos treinta kilómetros hasta Saigón. Habrá de pasar los ríos en transbordador y cambiar otra vez de coche en Pnom-Penh. Titayna maneja el volante y reflexiona: en previsión de que el guía la pudiera delatar, deberá llegar a los muelles de Saigón antes del primer servicio del telégrafo.

La reportera pisa con furia el acelerador y maltrata el cambio de marchas mientras admira el crepúsculo que se adueña del paisaje selvático. El cuentakilómetros marca ciento diez por hora y las pistas forestales ponen al límite la amortiguación...

Cuando el día todavía no ha expirado, Titayna alcanza el último transbordador de la jornada.

El plan se cumple según lo previsto. A las seis de la mañana zarpa el primer paquebote. Al subir a bordo, la reportera se siente liberada: es como haber franqueado una frontera. Los marineros están medio dormidos y la pasajera podrá disfrutar de la travesía con toda tranquilidad aferrada a su Buda. En el viaje de ida se estudió a fondo las dependencias del paquebote y la cabeza envuelta en la tela acaba en un oscuro rincón de las bodegas.

Ya en el camarote, se deja caer en la cama. Exhausta, no tarda en dormirse. El sueño plácido no se prolonga mucho. Dos golpecitos en la puerta y una voz: ¡La policía! El guía debió cantar y algún reportero cabrón envió la noticia en el primer despacho telegráfico. La intrépida Titayna, ahora en pijama, pone cara de sorpresa e invita al agente a que revise la cabina. Maletas abiertas, armario, pliegues de las sábanas, bajos de la litera, el lavabo... Nada de nada.

El policía le pide disculpas y le aconseja que no se fíe de sus colegas periodistas.

Una vez conjurado el peligro, Titayna recupera la cabeza del Buda de su escondite. El paquebote prosigue la singladura: Singapur, Ceilán, Adén, Yibuti, Puerto Saíd, Suez, El Cairo, Marsella...

Con los pies en tierra firme, la reportera se desplaza a toda velocidad a París. Antes de dirigirse al museo del Louvre fotografía la cabeza del Buda en las verjas del Obelisco que Napoleón se trajo de Egipto y también en el Palacio de

Justicia para registrar la situación legal de la pieza. Por si acaso, Titayna se ha buscado un abogado; ella se ha cuidado de la cabeza del Buda y el jurista cuidará la suya en caso de denuncia... También se pone en contacto con el ministro de Bellas Artes, que no la puede recibir porque está de campaña electoral en Lyon.

La espectacular portada de la revista *Regarder* hace el resto. Titayna convierte su viaje en una denuncia contra la indefensión del patrimonio colonial. En la última línea del reportaje, cuando la autora menciona la carta de disculpas que le remite el ministro, descubro por fin su nombre y apellido: Elisabet Sauvy.

8

España, 1925. La reportera francesa acababa de aterrizar en el aeródromo de Cuatro Vientos proveniente de Marruecos. Hablaba español y chapurreaba el catalán: su familia era originaria de Perpiñán. Me dijo que firmaba sus reportajes como Titayna, pero que su apellido era Sauvy.

—Elisabet Sauvy —recalcó tendiéndome la mano con decisión.

—Alejandro Promio —contesté sin dejar de mirarla.

Titayna era espigada, pero transmitía una firmeza que hacía olvidar cualquier asomo de carácter endeble. Sus ojos negros se clavaron en los míos con la decisión de un torero dispuesto a dar la estocada.

—Espero que no me toree —advirtió mientras se acariciaba con la mano derecha los cabellos cortados al estilo *garçonne*.

La conocía de la prensa internacional. Hacía poco que saltó a la palestra por su entrevista al dictador turco Mustafa Kemal...

—La felicito. ¿Se sirve siempre del mismo método? ¿Volar y presentarse de improviso en palacios y cancillerías?

Titayna sonrió y justificó su *modus operandi* periodístico.

—Señor... Promio. A veces viajo en auto, barco o en ferrocarril. Depende de cada país. A las naciones que están en el camino de la modernidad, es mejor ir en avión. En Turquía no hay caminos, muy pocos ferrocarriles, distancias considerables. Se precisan tres días para ir de Esmirna a Angora en tren. Y yo solo necesité dos horas y media para volar de Constantinopla a Angora...

—Sí, no lo dudo. En España contamos con grandes aviadores como Ramón Franco...

—No olvide que soy mujer y me siguen mirando como un bicho raro.

—¿Acaso la estoy mirando así?

Titayna volvió a regalarme una sonrisa. Alargó la mano y tomó la mía.

—¡En absoluto!

Su actitud confiada me desarmó de tal manera que preferí volver al *scoop* de

la reportera en Turquía.

—¿Le impresionó Kemal?

—Mucho. Tiene una faz severa y unos ojos de un azul tan pálido que en la noche deben de ser fosforescentes. Lo domina todo... Es mucho más que un dictador: su potencia es formidable, tan solo con la mirada aplasta todas las voluntades...

—Aquí también tenemos un dictador, pero con más sentido del humor...

—La dictadura es el signo de los tiempos, señor Promio: Kemal, Mussolini, Primo de Rivera...

—¿Y le parece bien, Elisabet?

—Ni bien ni mal. Alguien debe llevar las riendas de la nación... —declaró con una mirada cómplice.

—Me pregunto si usted tiene algo de dictadora... ¿Siempre consigue lo que quiere?

La reportera se metió la mano en los bolsillos de su gabardina de reluciente cuero negro.

—Digamos que... sí.

—¿Y qué desea ahora y aquí?

—Una entrevista con su rey... o con su dictador. Sé de buena tinta que Alfonso XIII está despachando, justo en este momento, en el Palacio de Oriente.

—Pues ya sabe más que yo... Si me concede unos minutos le confirmaré si el rey está en disposición de recibirla.

Los ojos de Titayna irradiaron un fulgor de azabache, como el de la cazadora que está a punto de cobrar una pieza.

Entré en mi despacho y fingí que hacía una llamada telefónica. En realidad, tanto el rey como el general Primo de Rivera estaban informados de la llegada de la intrépida reportera. Los dos conocían su entrevista con Kemal y sabían de sus andanzas por Marruecos. El gobierno español preparaba una operación militar con Francia. Una negativa no sería bien recibida en el país vecino. Se trataba de atender a la célebre Titayna sin hablar más de lo debido.

—Su majestad la aguarda. Sígame —le comuniqué al salir del despacho. Atravesamos las galerías mudéjares, los alabarderos de palacio saludaban a nuestro paso.

El rey nos recibió en su despacho, con la pitillera entre los dedos. Tendió la

mano a la francesa y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias señor, no fumo —respondió Titayna mientras extraía una libreta para tomar notas.

—¿Me autoriza usted para que fume? Me han dicho que escribe en los periódicos... El señor Promio ha insistido en que la recibiera, porque en estos momentos no concedo entrevistas.

—Su majestad me dirá al menos lo que piensa de la entente franco-española en Alhucemas... —disparó Titayna.

Alfonso XIII exhaló una bocanada de humo, como si quisiera camuflar así una respuesta demasiado explícita.

—Sería una excelente cosa, desde Madrid no vamos a poner ningún obstáculo, pero como ya le he advertido, no voy a hablar de política.

—Por lo menos me hablará, a título privado, de sus simpatías hacia Francia...

—Esa simpatía ha existido siempre... no creo que haya necesidad de reiterar mis simpatías hacia Francia... —Haciendo honor a su delgadez, el rey se escabullía como una anguila.

—Estamos viviendo un momento histórico, señor. Puede marcar el final de la guerra en el Rif.

—Usted está a punto de viajar a Marruecos, según me han dicho. Allí conocerá de primera mano la situación que se está viviendo. Lo que decidan los políticos, en este momento lo ignoro. ¿Por qué no me habla de París?

—Porque la noticia está en Marruecos. ¿Me está insinuando que habría sido mejor hablar con el general Primo de Rivera?

Yo seguía la entrevista desde la estancia contigua. Irrumpí en el despacho antes de que la conversación se hiciera más tirante para el monarca.

Alfonso XIII desvió la mirada hacia mí con expresión de alivio.

—Quizá no estaría de más que la señorita...

—Elisabet Sauvy, Titayna —añadí de carrerilla.

—Que la señorita Sauvy hable también con el general. Si así se queda más tranquila...

—Su majestad no ha hecho otra cosa que tratarme como una mujer en una conversación galante —remató Titayna desafiante.

Alfonso XIII fingió no haberla oído y agarró el teléfono para avisar a Primo de Rivera.

—Detesto el protocolo —murmuró sonriente.

La francesa se sintió más reconfortada por la alternativa digna que le ofrecíamos. Volvió a tomar la libreta. No se daba por vencida.

—¡Ah, señor! La democracia para un rey es como la bondad en casa del rico... ¿Qué opina del comunismo ruso?

El monarca atajó el atisbo de nueva entrevista llevándose el índice a los labios con gesto teatral.

—¡Silencio! Ya lo sabe usted... ¡Nada de política!

9

Titayna aprovechó la mañana. La invité a un aperitivo en Chicote. En realidad, le propuse cenar juntos, pero ella pretendía despegar hacia Marruecos antes de las tres de la tarde, para aprovechar el tiempo y la luz.

—He podido escuchar que nuestro rey es el prototipo de galantería española. ¿Y qué me dice de nuestro dictador?

La aviadora reportera destiló una descripción cuasi policíaca.

—Es un hombre bastante fuerte, representa unos cincuenta años y habla francés correctamente, pero con un marcado acento español, ¿o tal vez andaluz?, que no resulta desagradable al oído.

—¿Le gusta España? —inquirí.

Titayna me escrutó a través del vaso como se mira a un microbio en el microscopio.

—Este país depara un encanto extraño y una psicología muy sutil... España es mucho más que bailarinas flamencas, mantones y ese perfume de claveles de sus noches de verano.

—Viniendo de una francesa, se agradece no haber de escuchar los tópicos al uso. Ahora que la observo con detenimiento... Con esos ojos negros y ese cabello ensortijado, podría ser española.

Titayna rio con ganas y me propinó una palmadita en el antebrazo.

—Alguien dijo de mí que tenía ojos de beduino. Hasta usted podría ser también español. Es más. Me temo que lo es... —bromeó con los ojos entreabiertos.

—Me habría encantado cenar esta noche con usted. Yo también soy periodista. Más que nada, para compartir experiencias.

—Se las puedo contar ahora... Si hay otro momento, ya conversaremos con más profundidad.

—Entonces... ¿A qué espera? —susurré con el embeleso de un niño que suplica que le cuenten un cuento.

—Tengo veintiocho años. Nací en Richemont, cerca de Perpiñán, en una familia acomodada. Desde hace tres años adopté el seudónimo de Titayna en homenaje a la mitología occitana: se supone que atesoro la energía de un Titán, pero con un cuerpo de mujer. Según el periodista Joseph Delteil tengo un ojo de gacela en un fuselaje de avión y hago el amor con las palmeras...

—Muy imaginativo, Delteil...

—Otros son más prosaicos —matizó Titayna—. El señor Fleury, del diario *Paris-Soir*, dice de mí que soy la «globe trotter» del diario: asegura que tengo fuego en el culo aunque él, para su desgracia, no ha podido comprobarlo.

—¿Y cómo se le ocurrió dedicarse al periodismo?

—Siempre quise ser escritora. Publiqué cuentos en revistas literarias y luego descubrí que la escritura y la aventura podían ir de la mano. Ahora, gracias a la aviación, he aprendido a dormir en el suelo y soportar el hambre y la sed. Creo que soy más aventurera que literata.

—Ya veo que le gusta vivir peligrosamente. Ese lema tan a la moda...

—Es que tuve la muerte tan cerca que ahora ya no me asusta... Como el himno de la Legión que ha fundado Millán Astray: soy una novia de la muerte.

—¿Le gusta esa letra?

—La cantaba un artista que fue amigo de Kandinski. Lo conocí en París. Hace un par de años volvió de la Legión.

—¿Y por qué se siente una novia de la muerte?

—Cuando cumplí veinticinco, mi madre consideró que debía trabajar en algo concreto. Lo de escribir cuentos le sonaba a cuento. Leyó en un anuncio que la embajada de Japón buscaba una dama de compañía para la princesa Fusako, la hermana del emperador. Lo recortó y me lo dejó en la mesita de noche.

—¿Y qué hizo usted?

—Me pareció muy bien... Pero en realidad mi madre ya había movilizado a sus influyentes contactos para que me seleccionaran. Avalada por dos militares amigos de la familia, conseguí el puesto entre doscientas aspirantes.

—O sea, que la enchufaron...

—¡Nada de eso! Hube de superar varias entrevistas que parecían más bien interrogatorios policiales y luego mantuve una larga conversación con la princesa. Casada con el príncipe Naruhisa Kitashirakawa y tía de Hiro Hito, Fusako residía en Francia con su hermana Nobuko para mejorar el idioma y

ampliar conocimientos. Congeniamos desde el primer día: era la primera vez que pude librarme de las limitaciones familiares. Íbamos a desfiles de moda, hacíamos escapadas nocturnas por el Quartier Latin, nos iniciamos en el jazz... Coqueteábamos (yo más que ella) con el príncipe de Gales y Carol de Rumanía, con quien sigo manteniendo cierta amistad... En esos ambientes conocí a Jean Cocteau y a la pintora Marie Laurencin.

—Pero usted me hablaba de la muerte. Y esto se parece más al París de Paul Morand...

Titayna ensombreció el semblante.

—Aquel París fue una fiesta hasta la primavera de 1923. Después de almorzar en una elegante terraza de los Campos Elíseos, el príncipe Kitashirakawa propuso una excursión para estrenar su permiso de conducir. Ordenó al chófer que ocupara el asiento de copiloto y tomó el volante. Íbamos cinco pasajeros en un Voisin capaz de superar los ciento veinte kilómetros por hora. Yo estaba en el asiento trasero con la princesa Fusako y el príncipe Asaka; los dos, hermanos del mikado. Todo sucedió muy rápido. El príncipe metido a chófer intentó un adelanto temerario a la altura de Perriers-la-Campagne, perdió el control y el auto se desvió de la carretera y se estrelló contra un árbol. Yo salí volando. Me incorporé; vi la sangre en mis rodillas, pero podía andar... Estaba rodeada de varios conductores que se habían detenido para auxiliarnos.

Lo que cuenta Elisabet me resulta familiar. La prensa se hizo eco de la noticia.

—¡Claro! ¡La muerte del príncipe!

—Estuvimos velando su cadáver embalsamado en la avenida Hoche.

—Pero usted salió ilesa.

—Poco antes del accidente intercambié el sitio del asiento con la princesa. Tenía un poco de frío y encogí las piernas, lo que facilitó que saliera despedida como la mujer-bala. Además, como la ventana llevaba el parabrisas lateral bajado, evitó que el príncipe Asaka muriera aplastado.

—¿Le quedaron secuelas?

—Solo un pequeño derrame en la pierna izquierda. Fue milagroso. Tres semanas de convalecencia, muchas horas para escribir cartas y leer. La princesa Fusako y el príncipe Asaka hubieron de pasar por intervenciones quirúrgicas bastante delicadas y yo ejercí de dama de compañía hasta que estuvieron en

condiciones de retornar a su país.

—¿Y eso la consagró como novia de la muerte?

—Al dejar la clínica recibí una carta del gobierno japonés. No solo me agradecían los servicios prestados, sino que me otorgaban una indemnización en forma de renta mensual... Había renacido y mi vida iba a cambiar radicalmente: me separé de mi marido después de medio año de matrimonio (me había casado pronto y mal) y me volqué en la escritura y la aviación. De esta manera Elisabet Sauvy se reencarnó en Titayna.

10

Desde aquel encuentro en Madrid, seguí carteándome con Elisabet... Leía con avidez sus reportajes para los diarios y revistas francesas. Aquella cara bonita que me enamoró en Chicote se había convertido en el icono del cosmopolitismo: Titayna, el prototipo de la mujer aventurera. Periodista, novelista y deportista, había patentado el reportaje aéreo y cada incidencia en sus viajes se reciclaba en una historia que devoraban millones de lectores.

«He fumado narguilé en Constantinopla, comido uva en Esmirna, bebido moscatel en Siracusa, navegado en las bocas de Cattaro, soñado en Nápoles, probado el marrasquino en Zara y pasado calor en Trieste», escribía en una de sus crónicas.

En el vuelo de retorno de un viaje de Budapest a París, se quedó tirada una semana en los Cárpatos; fue de Antibes a Túnez en un hidroavión. Con sus más de cuatrocientas horas de vuelo, Titayna suscitaba en los mandatarios del mundo reacciones encontradas: por un lado, temían que aterrizara de repente frente a sus palacios cargada de preguntas indiscretas; por el otro, deseaban ser seducidos por la reportera voladora. A la vuelta de su celebrada entrevista con Kemal, el mal tiempo la obligó a dejar el avión y volver en un carro de bueyes: ¡dieciocho días de viaje!

A bordo de su avioneta, Titayna propagaba el apostolado del aire. En uno de sus artículos planteaba alternativas para la aviación comercial: «Con mi Farman es posible disfrutar de un día de verano: partir por la mañana desde París, comer en Berlín y regresar a media tarde. Gasto lo mismo en gasolina para mi aparato que en pagar taxis... Son treinta y cinco litros a una velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora. El viaje en línea recta es más rápido que el transporte por carretera».

El destino me deparó un segundo encuentro con Elisabet. Un vuelo relámpago en mayo de 1929 a la Exposición de Barcelona. Aquel momento esplendoroso del Zeppelin sobrevolando las fuentes luminosas del ingeniero

Buigas; la ajardinada montaña de Montjuich hacía olvidar su historia siniestra. Los faros del Palacio Nacional araban el cielo por el que llegaba mi aviadora predilecta.

Titayna aterrizó en el aeródromo del Prat. La vi descender de su legendario Farman embutida en el mono de cuero. Desprovista del casco su negra cabellera, ahora más larga y rizada, ondeaba levemente sobre sus hombros. Sus ojos de mujer beduina parecían buscar los míos.

La calurosa primavera anunciaba el verano; la reportera voladora se desabotonó el mono de aviador dejando ver una leve blusa en la que apuntaban las cúspides de unos pechos diminutos que recobraban la libertad tras ser encorsetados durante el vuelo. Con tono enérgico, me dijo que solo quería asistir a la inauguración de la Exposición y luego retornaría a París. Estaba preparando un libro sobre sus primeras experiencias aéreas. Me refirió su famoso accidente en los Cárpatos.

—La visibilidad era nula. Fui descendiendo metros con rapidez: el aparato se desequilibró y bruscamente apareció la tierra a mi izquierda, perpendicular, como un cuadro mal colgado...

En nuestro paseo por la Exposición, Titayna evocaba su impactante viaje a Camboya que tuvo resonancia mundial cuando la reportera robó la cabeza de un Buda en los templos de Angkor.

—¿Cómo puedes con todo? —empecé a tutearle—. ¿No te queda un minúsculo espacio para el amor? —insistí tomándole el pulso como si quisiera captar el ritmo de su corazón.

—Mi corazón palpita muy rápido, tal vez demasiado, señor Premio —advirtió con una sonrisa—. Tan rápido, que no me da tiempo a enamorarme.

—Lo sé. Antes de tu viaje a Camboya te casaste con un prestigioso cirujano.

—Veo que está muy bien informado de los ecos de sociedad... señor Premio —añadió con retintín irónico.

—¿Informado? ¡Salió publicado en toda la prensa!

—Conocí a Ernest durante mi estancia en la clínica, a raíz del accidente de la familia imperial japonesa. Después de la separación de mi primer marido, lo seguí tratando en los círculos elegantes de París, pero sin ningún tipo de contacto físico.

—¿Físico? Suena raro. Ese español, Elisabet... ¿Te refieres a contacto sexual

supongo?

—Me lleva veinte años... Es un hombre respetable que nunca se meterá en lo que haga yo o deje de hacer. Necesito conocer el mundo para luego retirarme y escribir sobre todo lo que he visto. Aunque sea para decir que todo es una mierda.

—¿No confundes vivir con quemar la vida?

—Debería entenderlo, señor Promio, ya que usted es periodista...

Mis ojos cobraron brillo; la melancolía del enamorado que no podrá culminar su deseo.

—Soy periodista, ahora sumergido en la política por una cuestión de pura supervivencia. He sido hombre de pocas mujeres. Mi única relación duradera, con Emma Lacroix, una pobre chica adicta a la cocaína a la que mantuve durante un tiempo... Toma este pequeño regalo. Si esta noche no puedo tenerte, que conserves, al menos, un recuerdo mío.

Del bolsillo de mi americana extraje *La Barcelona de los artistas*, el libro sobre el arte contemporáneo en la Exposición que me había encargado el ayuntamiento.

Titayna tomó aquel pequeño volumen con expresión de sorpresa.

—¿O es que te crees que solo tú publicas? —bromeé.

—Hum... *La Barcelona de los artistas* —leyó la francesa.

—Mira la dedicatoria...

—«A mi admirada Elisabet S., la reportera voladora que VIO el rumbo de la gran prensa de París.»

Titayna acercó su cara hacia mí: puso sus labios cerca de los míos.

—¿Por qué ha escrito VIO con mayúsculas?

—Por tu espectacular reportaje del Buda... Como reportera demostraste tener mucha vista: supiste asociar lo que podía parecer puro sensacionalismo con la denuncia del expolio arqueológico que sufren las colonias. Y además lo publicaste en la revista *Regarder*...

—Está en todo... —admitió Titayna acariciándome el dorso de la mano.

—Preferiría estar en ti. Dentro de ti —regurgité con voz pastosa.

—No lo estropee, señor Promio... —respondió la francesa reiterando el trato de usted.

—Pero es que estoy enamorado de ti. Por primera vez en mi desdichada

existencia. ¡Enamorado de verdad!

—Quizá habrá tiempo... «La verdad no termina nunca», dice mi amigo Alphonse.

Le arranqué el libro de las manos y le leí una de las citas.

—En el capítulo dedicado a Kandinski encontrarás algunas citas de tu admirado artista. Son los datos que me enviaste por correo. ¿Qué sabes de él? ¿Qué ha hecho después de su paso por el Tercio?

—Señor Promio... ¡Es muy difícil seguir la pista a un aventurero! Solo sé que Alphonse estuvo un par de años en la Legión para perfeccionar su español... ¡Es un políglota!

—¿Tiene previsto instalarse en España?

—Es posible que lo haga en Barcelona. Todo depende de su mujer, modista de una conocida vedete del cabaré, y de si encuentra un trabajo que le permita ganarse la vida. No sé mucho más. Sus cartas son escasas. Si viniera por aquí, le facilitaré sus señas... señor Promio.

11

—¿De cuánto tiempo dispones hasta volar a París?

Titayna se incorporó y se acercó al ventanal del Palacio Nacional. Tanto, que sus labios parecían besar el cristal. A sus pies, Barcelona. La luz de los geométricos faroles *déco* se fusionaba con los colores de la Fuente Mágica que en la noche parecía un gigantesco pastel de fresa. El gentío ascendía desde la plaza España.

—Se ha hecho muy tarde. Tendré que aguardar hasta el alba... —advirtió.

—Disponemos de toda la noche. ¿No pretenderás irte ya a dormir?

La aviadora se volvió hacia mí para abrazarme con una energía inesperada. Percibí, bajo su blusa, el vaivén de sus pechos libres de ataduras.

Me miró fijamente a los ojos mientras me acariciaba la nuca.

—Tenemos toda la noche. Bueno, unas cuatro horas, para que me enseñe Barcelona.

La propuesta me dejó helado.

—¡Es muy poco tiempo! ¿De veras quieres relegarme al papel de guía turístico?

—Es mi última oferta, señor Promio. Soy aviadora y debería descansar antes de volar. Pongo a su disposición cuatro horas de mi precioso sueño para que me lleve de la mano por los rincones prohibidos de su ciudad.

—Acepto. —Le pasé el dedo por la mejilla—. No sabes cuánto... —murmuré.

La aviadora zanjó mi insinuación.

—Y no olvide que soy una mujer casada... —susurró sellando mis labios con su dedo índice.

—¡Qué le vamos a hacer! Habremos de aprovechar a fondo esas cuatro horas —concedí resignado.

—No se haga muchas ilusiones. Y tampoco olvide que soy la reportera viajera. O mejor dicho, la mujer de sílex. Sigamos la pista de los franceses. La

Barcelone bizarre...

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡Oh, no! ¿Pretendes hacer lo mismo que tus colegas Mac Orlan, Carco y compañía?

—*Attention, monsieur Promio!* A Mac Orlan ni tocarlo. Es uno de mis maestros. Dice que mi estilo es franco y limpio y que mis frases son luminosas. Además... ¿Qué otra cosa se puede hacer una noche de primavera de 1929? — Titayna lanzó una carcajada ante mi expresión de sorpresa.

—Pues si quieres tipismo a lo Mérimée, aquí mismo lo tienes a raudales. Será un magnífico contrapunto al racionalismo del pabellón de Mies van der Rohe. —Le guiñé el ojo.

Junto a las cascadas de agua, un grupo de «campanilleros» hacía sonar las castañuelas mientras ofrecían al público jarras y ollas de barro. Al constatar nuestro interés, el hombre que parecía ser el jefe, se tocó el sombrero cordobés a modo de saludo.

—*Zomo lo campanillero, pa zervir a Dió y a uté.*

Con casi dos metros de estatura, en lugar de tocar las castañuelas, aquel hombre parecía más apropiado para la lucha libre. El corpulento andaluz vino hacia mí con paso decidido. El acento desapareció como por arte de magia.

—Yo lo conozco —afirmó con seguridad—. Usted estuvo unos días en el manicomio de San Baudilio, invitado por el doctor Mallofré.

Titayna nos contemplaba estupefacta.

—¿Manicomio? *Où est Sant Baudilio?*

La reportera no obtuvo respuesta.

—¡Claro que sí! ¡El hermano Ginés, el celador! Pero... ¿Qué hace aquí de andaluz si usted es de Lorca?

Sin dejar lugar a otra pregunta, Ginés ordenó a sus campanilleros que formaran un cuadro típico, al gusto de los turistas.

Titayna sacó del bolso la cámara Leica.

—*Je ne comprend pas!* —exclamó con una sonrisa de circunstancias.

—¡Niños!... ¡Niñas!... ¡Poneos que os van a sacar una foto! —ordenó el falso andaluz, ahora en perfecto castellano, a su pintoresca *troupe*.

Ataviadas con mantones y paveros negros que hacían juego con sus pieles blancas, dos parejas femeninas se pusieron a tocar las castañuelas. Otro

campanillero de bronceada tez posó con una jarra y una alpargata que le servía, a la vez, de instrumento musical.

Al acabar la actuación, Ginés respondió por fin a mi pregunta.

—Ya lo ve, como me gusta mucho el flamenco, cuando libro en el manicomio me hago unas horas disfrazado de esta guisa con la *colla* de las castañuelas. No todo va a ser locos y misas. Mire qué guapas. Esas dos son sobrinas mías: la Trini y la Anita. Toda la familia se vino a Barcelona para trabajar en las obras del metro y la Exposición. Aquella otra, la Núria, es catalana, pero no se lo diga a nadie porque nos echan a patadas. El único que es de verdad, andaluz y de Jaén, es el chico de la jarra y la alpargata. Vamos así porque es lo que esperan ver los turistas.

—*Alors... Ils ne sont pas de l'Andalousie?* —inquirió la francesa.

—Digamos que representan al folclore andaluz —dije para salir del paso—. ¡Vaya sorpresa! ¿Y os pagan bien?

Una de las chicas, que seguía nuestra conversación, se adelantó a Ginés. Contestó, casi de carrerilla, con inequívoco acento catalán.

—Ganamos diez pesetas diarias y a esas dos les pagaron el viaje desde Murcia en vagón de tercera. ¡*Deu n'hi dó* comparado con los jornales de miseria en el campo! No llega a cuatro pesetas y las mujeres la mitad... ¡Ya les gustaría tener esta faena todo el año...!

—*Hemo de hasé treinta plato* al día —apuntó el chico de Jaén con un genuino acento andaluz.

—¿Platos? *Je ne comprend pas.* —Titayna seguía instalada en la extrañeza.

—Cada plato es un kilo de olivas que han de dejar a punto para rellenar —explicó otra de las campanilleras.

Titayna se había perdido con tantos cálculos y acentos. Le estiré de la mano para irnos, pero la reportera se resistía a marchar.

—Solo una «cuestión»...

Ahora era Ginés quien parecía no entender el galicismo de la aviadora.

—Se refiere a que va a hacerle una pregunta más... —le aclaré.

Titayna señaló a la chica del acento catalán.

—Ella no es de... Andalucía.

El lorquino soltó una risotada.

—*La mademosielle* no se entera...

La Núria nos regaló una mirada radiante. Titayna seguía sin reaccionar.

—*Sóc de Gurb, jo, a prop de Vic. M'he fet nòvia del Tobías* —dijo señalando al joven de Jaén—. *Ell es quedarà a Barcelona... a la seva terra es moren de gana!*

—¡Ya salió la catalina! Oye, guapa, que sin el sudor de los murcianicos... ¡Ni metro, ni Exposición, ni ná! —protestó la Anita, mientras la Trini hacía sonar las castañuelas.

—¡Haya paz, que aquí *tos* somos cristianos! —terció Ginés—. Vosotras a darle a las castañuelas, que *pa* eso os pagan... Y yo a hacerme el andaluz, que ya tendré tiempo de oír misas en San Baudilio.

Si añadir más comentarios, que Titayna ya no me pedía, empecé a despedirme del gigantón con sombrero cordobés.

—Ginés, dé recuerdos de mi parte al doctor Mallofré y al hermano Triadú.

—Se los daré, se los daré... ¡A ver si un día de estos nos hace una visita! En el manicomio cada vez somos más y estamos muy distraídos. Por cierto... ¿Cómo le va la vida al amigo Lluçia? ¡Ese fue un huésped de los que no se olvidan!

—Creo que ahora es el propietario del cine América y se ha convertido en un discreto rentista. Cuando acabe la Exposición comenzaré a escribir un libro sobre sus andanzas, pero... él no lo sabe todavía.

Ginés me guiñó el ojo para propinarme, acto seguido, el abrazo del oso.

—¡Menudo pájaro... pero qué simpático era el muy ladrón! —exclamó a modo de despedida.

La noche promete, me dije. Promete ser surrealista.

Titayna no salía de su asombro, pero era un asombro feliz. Se detuvo e hizo un par de fotos más. Una francesa rodeada de tipismo se encuentra en el paraíso.

En una terraza del Paralelo identifiqué a otro viejo conocido. Más que sentado estaba repantigado en una silla de mimbre de la que colgaban sus brazos embutidos en un traje raído. Intenté mirar para otro lado —¡más personajes bizarros, no, por favor!—, pero Manolo me había calado a pesar de su aparente somnolencia.

—¡Ángel! ¡Ángel! —exclamó con voz rota.

—Es el Musclaire, un testimonio de mi época ácrata. Me llama Ángel porque entonces me hacía llamar así —le expliqué a Titayna.

—¿Era tu alias político?

—Sí, algo así.

—¿Y este hombre qué hacía?

—En sus buenos tiempos ganaba quinientas pesetas por representación y la taquilla estaba vendida con ocho días de antelación... Trabajó en los mejores teatros y en el Liceo. Cuando cantaba *La Bohème*, las butacas de tres o cuatro pesetas se revendían por el triple de su precio. La vez que le vi en ese teatro de aquí enfrente, el Condal: el público desbordó el aforo y algunos espectadores se encaramaron a las vigas del techo para poder ver a su ídolo. Todo fue bien hasta que perdió la voz... Ahora se arrastra con su ronco cantar por las tabernas del Paralelo...

El antiguo divo se incorporó con la parsimonia de un oso reumático.

—Hola, Musclaire, aquí, mademoiselle Elisabet.

—Musclaire... *Alors* usted cultivaba *moules* —dedujo la francesa.

El Musclaire respiró hondo para superar el sopor.

—No... No... Nunca trabajé de *musclaire*. Teníamos un vivero, pero se cuidaba mi hermana. Cuando comencé a cantar, ella me dio a escoger entre el canto y los mejillones. Y yo preferí lo primero. Tuve que dejar a mi familia.

No tardó en formarse un corrillo alrededor del Musclaire. El tabernero se acercó. Debía pensar que éramos dos turistas que le estaban tomando el pelo a su entrañable parroquiano. Irrumpió en la conversación cual improvisado abogado defensor.

—¡Su voz era extraordinaria! Dudo de que haya habido otro tenor que se le pueda comparar. Cuando tenía un buen día... ¡Era único! Un año llegó a cantar la zarzuela *Marina* hasta doscientas veces.

El Musclaire asentía con la cachaza de un boxeador sonado. Se sacó medio puro que llevaba detrás de la oreja; después de manosearlo, lo dejó apoyado en el cenicero.

—Para después... —dijo mirando en derredor, como si hubiera de justificarse.

—En lugar de tanta cháchara, le iría mejor que le compraran un traje nuevo, o que le pagaran la cena... —clamó hostil un hombre en la mesa vecina.

El resto de la parroquia jaleó al espontáneo.

—¡Eso, eso! ¡Menos Exposición y más humanidad!

El tabernero los hizo callar con el gesto enérgico de un improvisado director de orquesta.

Me llevé la mano a la cartera. Extraje un billete y lo introduje en el lustroso bolsillo del Musclaire, del que asomaba un pañuelo amarillento.

—Suerte, Manolo —musité.

—Suerte, Ángel... ¿Ya no te persiguen? —contestó el Musclaire con ronco susurro.

—Espero que ya no...

Titayna nos observaba con los ojos muy abiertos.

—¿Ha dicho que te persiguen? ¡Eres un hombre rodeado de misterios! —exclamó.

Eludí más aclaraciones. La agarré de la mano y esta vez no se resistió.

—Si eres más cariñosa conmigo, te los contaré. Ahora, sigamos la ruta. ¿No querías una ciudad bizarra? Todavía nos queda mucho por ver.

12

—A ver si me sorprendes... —La melena y los ojos de Titayna rivalizaban en negrura.

A la altura del monumento a Colón, una mujeruca nos hacía señas para que le compráramos cinturones «auténticos» de cocodrilo. Un hombre muy delgado, con aspecto de anciano prematuro, cantaba su mercancía: «¡Altramuces, cacahuets, avellanas, chufas!». Tampoco faltaba el señor del carrito de helados, ni el pintor al minuto: aseguraba no solo reproducir las facciones, sino plasmar el «retrato moral» de cada cliente.

En aquel mercadeo improvisado, quien llamaba más la atención del público era un fotógrafo que prometía revelar sus fotos en el acto. Tocado con una gorra blanca de marinero, iba extrayendo con gesticulación de ilusionista la instantánea mojada que luego acariciaba con un papel secante. Un soldado, que aguardaba que se realizara el milagro de verse reproducido, lo contemplaba embobado.

—Unos minutos y usted quedará revelado —proclamó el fotógrafo con el tono solemne de un místico.

Un marinero regateaba a gritos con la vendedora de cinturones.

—¿Y encima lo encuentra caro? Mire si es bueno este género, que si me pilla la bofia no lo podré seguir vendiendo: dirán que es demasiado fetén para que lo venda yo. Vamos... que pensarán que lo he robado —protestaba la vieja.

El argumento parecía tan convincente que el marinero consintió en probarse un par de cinturones. Se quejó de que le iban estrechos.

—A lo mejor es que usted está un poco gordo... —sugirió la vendedora.

El marinero tiró el cinturón al suelo y se largó con un gesto despreciativo.

La reportera voladora se movía entre el gentío como la curiosidad de una niña en un parque de atracciones.

—¿Dónde está La Criolla?

En el local de la calle del Cid resplandecía el rótulo rojizo de uno de los

tugurios más carismáticos del barrio chino. En las aceras, algunos gatos inspeccionaban la basura con meticulosidad felina.

Un joven con uniforme de legionario repartía tarjetas de publicidad y animaba a la concurrencia a entrar en el bar más típico e internacional de Barcelona.

—Ya estamos en el barrio chino, *chère* Titayna...

—¡Yo no veo ningún chino! —protestó la francesa con falsa inocencia.

—En realidad estamos en el Distrito Quinto, pero a Paco Madrid, compañero del semanario *El Escándalo*, se le ha ocurrido bautizarlo así... y el topónimo ha hecho fortuna.

—¿En quién pensaba tu colega al ponerle ese nombre?

—Algún chino corre por el Paralelo vendiendo bisutería por las terrazas y yo creo que Paco se quedó con aquella escena y le dio por ahí... Llámese como se llame, aquí puedes encontrar de todo: obreros anarquistas, como lo fui yo en mis tiempos de *Tierra y Libertad*, prostitución, pederastia, alcoholismo, consultorios de venéreas, feria de libros viejos, el palacio de los Güell, las gitanas del Villa Rosa, el dormitorio piojoso de la taberna de La Mina, el cuartel de Atarazanas, los cuadros pornográficos...

Enfrente de nosotros, sobre los adoquines tiznados de mierda fresca de caballo, un homúnculo tocado con una visera astrosa regentaba un estanco *sui generis*. Concentrado en su quehacer, distribuía sobre papeles amarillentos de periódico montoncitos del tabaco de las colillas. Al sentirse observado levantó la mirada.

—A las buenas... De este tabaco seleccionado se puede hacer una picadura selecta.

Titayna no pudo reprimir su espíritu reporteril.

—¿Recoge colillas?

El hombrecillo demostró tener buen oído: había percibido el acento francés de su interlocutora.

—Desde luego, madama. Colillas de las terrazas de los cafés y de las calles de Barcelona.

—Una mezcla deliciosa —ironicé con malévola sonrisa.

El hombre me siguió la corriente.

—Es como un cóctel de tabaco... Antes hacíamos mucha criba, pero nos daba

demasiada faena...

—¿Y usted es capaz de distinguir cada marca? —enfaticé para transmitir un fingido asombro a nuestro interlocutor.

—Bueno... Cada colilla, si no se apura mucho, lleva la marca en el papel. Ahora ya no lo hago así. Aquí no hay lucha de clases. Las colillas de la Maison Dorée, donde priva la gente bien, acaban mezcladas con las de las tabernas del Paralelo. Así no tengo tanto trabajo y el tabaco es más sustancioso...

—Esto sí que es democracia... —guiñé el ojo a la francesa.

El cigarrero de apollada visera se sentía autorizado por nuestros comentarios.

—¿Les apetece probar? Los invito. Acabo de liar un par de pitillos.

—Gracias... pero ya tomaremos el cóctel en otro lugar —respondí con sorna.

—No hemos visto nada y ya hemos consumido una hora —se quejó Titayna. Volvimos sobre nuestros pasos.

El legionario de La Criolla seguía repartiendo tarjetas. Nos obsequió con una mirada cómplice.

—¿Quieren pasar? Están invitados...

Elisabet no me dio tiempo a responder. Me agarró la cintura y casi me metió a empujones: el aire viciado y el hedor a humanidad ofendieron nuestros olfatos.

—Por aquí pasó mi amigo Mac Orlan. Ahora veo que no exageró en su novela de Barcelona: la orquesta, los hombres vestidos de mujer, los marineros... —observó la aviadora.

Sonaba música de tango y se había formado una larga cola ante los urinarios. Las malas lenguas aseguraban que en los retretes se mercadeaba con servicios carnales. Dos travestidos bailaban con expresión de tanguista fatal y una pareja de apariencia respetable les hacía señas como si quisieran ir con ellos a uno de los reservados...

—Me gustaría bailar contigo —propuso Elisabet.

—Bailo muy mal —dije para escabullirme.

La francesa hizo como que no había oído nada y se acercó a uno de los trompetistas. Le susurró algo al oído y el hombre se encogió de hombros.

—¿Qué le has preguntado? —querí un tanto nervioso.

—Le he pedido una *chanson d'amour*, pero me dice que a esta hora tocan tangos. Que hable con el legionario de la puerta.

—Déjalo, Elisabet. Podemos bailar en otro sitio más tranquilo —insistí cada vez más incómodo.

—¡Eres muy poco aventurero! *Attendez...*

La reportera salió como una flecha. Se abrió paso entre varias mujeres despechugadas con roña en los escotes y un mariquita repintado. El legionario acababa de entrar, como si hiciera una pausa en sus obligaciones publicitarias.

Elisabet chasqueó los dedos y le hizo un gesto. El legionario movió la cabeza afirmativamente y le pidió que le acompañase. Cada vez más inquieto, no tuve más remedio que unirme al grupo.

—¿Adónde nos lleva? —pregunté escamado.

—Nos presentará al director musical de la casa.

—¿Director musical de La Criolla?

El legionario abrió la puerta, que lucía un rótulo de PRIVADO.

En el interior, un hombre rubio trazaba dibujos geométricos sobre un papel a la luz de una lámpara de mesa. Parecía absorto, como un niño que hace sus deberes en la penumbra de la tarde.

—Aquí, los señores, quieren sugerir algo sobre la música de la casa.

El hombre nos dirigió una prolongada mirada que culminó con una franca sonrisa. Tenía los ojos de un azul glauco y eslavo. A Elisabet se le iluminó el semblante. Yo no entendía tanto entusiasmo.

La aviadora abrió los brazos con el gesto de abrazar al desconocido.

—*Alphonse!*

—*Elisabet! Quoi fais-tu a Barcelone?*

Antes de resignarme al papel de convidado de piedra fui ligando cabos.

—¿Es... Teufel?

—*Bien sûr. C'est lui* —confirmó la francesa.

13

—Alphonse, te presento al señor Alejandro Promio. Nos conocimos hace cuatro años, cuando aterricé en Madrid para informarme sobre la operación hispano-francesa en Alhucemas. Me ayudó mucho...

—Elisabet exagera. Fui un simple intermediario en sus entrevistas con el rey y el general Primo de Rivera. Tampoco le ayudé tanto... Ellos no quisieron comprometerse en sus declaraciones.

—Pero eso no era culpa suya, señor Promio —concedió la francesa.

Teufel permanecía en silencio. Un silencio incómodo que intenté romper.

—Elisabet me ha hablado muy bien de usted. Su apellido tiene resonancias centroeuropeas.

—Nací en Francia, pero mis raíces familiares se remontan al Imperio austrohúngaro. Soy una mezcla de austríacos y croatas... Y no me arrepiento, me considero un ciudadano del mundo.

El director musical de La Criolla dosificaba cada información acerca de su persona.

—Elisabet me comentó que se enroló en la Legión.

Teufel asintió, al tiempo que señalaba una fotografía enmarcada en la pared. Aparecía en compañía del general Millán Astray.

—Aquí me tiene, con el heroico fundador del Tercio. Siempre me atrajo la cultura española, y el alistamiento en la Legión era una buena forma de conseguir la nacionalidad.

Teufel señaló un perchero del que colgaba una capa legionaria.

—Todavía la llevo.

—Como el chico del mostacho de la puerta...

—Es Jacques, un compañero de mi bandera que vagaba por Barcelona pasando calamidades. Lo acogí siguiendo nuestra ley de camaradería. Ya sabe... ¡A mí la Legión!

Elisabet lo contemplaba extasiada.

—El señor Promio acaba de publicar un libro sobre el arte moderno en la exposición. Cita los artículos que publicaste en el semanario *Regarder* sobre Kandinski y la Bauhaus.

—Le estoy muy agradecido, señor Teufel. Sus informaciones me fueron de gran utilidad. Le enviaré un ejemplar si me facilita una dirección —añadí.

—¿Dirección? Aquí mismo en La Criolla. Que se lo entreguen a Jacques y él me lo hará llegar —zanjó el legionario sin aparente interés.

Percibí de nuevo la tensión de nuestro anfitrión, como si no quisiera extenderse sobre sus datos personales.

—Reitero mi agradecimiento. Sin sus escritos...

Teufel cortó en seco mi fraseo protocolario.

—No tiene importancia, señor Promio. En la Europa Central, las artes y la música las lleva uno en la sangre.

Elisabet parecía encantada con el laconismo de nuestro anfitrión.

—Ya ve lo modesto que es Alphonse. Sabe siete idiomas. Es la única persona que me puede guiar cuando intento recordar el lugar exacto de mi accidente en los Cárpatos. Se conoce al dedillo la geografía europea.

—*Je vous en prie, Elisabet!* —exclamó el legionario—. ¡No hablemos más de mí! ¿Qué os apetece hacer? ¿Sicalipsis? ¿Arte moderno?

—¿Sicalipsis? —musitó la francesa con extrañeza.

—Se refiere a los espectáculos picantes de cabaré —aclaré.

—Eso ya lo tenemos en París... —rezongó Elisabet, desilusionada—. Algo... *plus bizarre*.

Teufel nos guiñó el ojo.

—Entonces... no hace falta movernos de aquí.

No salía de mi asombro. ¿Qué pretendía mostrarnos?

El legionario se acercó a la pared de la que colgaba un cuadro que parecía de arte cubista. Lo descolgó y dejó al descubierto una especie de mirilla.

—*Attendez, attendez* —nos indicó con la mano derecha—. Mirad por aquí.

Elisabet acercó el ojo a la mirilla. Lanzó una exclamación...

—*Oh la la!!!*

Teufel me observaba agitando las manos con expresión traviesa.

—Vistas estereoscópicas de la sicalipsis... —me informó.

—*C'est trop bizarre!!* —exclamaba la aviadora como si no resistiese la

visión por mucho más tiempo. Se apartó y me dejó paso.

—*C'est semblable au Grand Guignol* —corroboraba Teufel.

La mirilla conectaba con los urinarios de La Criolla. Ahora veía una especie de gitana encaramada en el urinario que se levantaba las faldas y dejaba ver un falo que un hombre regordete, con apariencia de buen burgués, masturbaba con afición.

El cuadro pornográfico en relieve me provocaba repulsión, pero no despegaba el ojo de la mirilla para no defraudar al legionario que se partía de risa. Unas risotadas que recordaban, en su fase más aguda, al gemir de las hienas.

—Espere, que no se ha acabado... La pornografía dignificada por la mirada del expresionismo —prometió Teufel.

Cuando la presunta gitana dejó ir su carga seminal, el señor regordete se limpió con un pañuelo y se apartó a un lado. Ahora entraba una mujer muy elegante que parecía ser su pareja. La gitana se despojó del vestido y reapareció con toda su masculinidad. La burguesa se levantó la falda; dejó al descubierto unas piernas gordinflonas que el travestido apartó con brusquedad para tomarla y penetrarla.

—¿Qué está ocurriendo ahora? —preguntó Elisabet.

—Lo previsible en un espectáculo de voyeurismo, creo que esta pareja estaba afuera, la que hacía señas a los invertidos —aventuré.

Elisabet tomó el relevo. Con el ojo pegado en la mirilla, iba agitando la mano derecha.

—*Etonnant bien sûr!* ¡Y eso lo digo yo, que he convivido con los caníbales! —exclamó.

Después del espectáculo, el legionario volvió a poner el marco en su sitio. En aquel preciso instante yo había perdido todo el deseo erótico que experimenté horas antes.

—Así están todo el día. Actos de sodomía, ramerías de diverso pelaje y oferta sexual, matrimonios burgueses con ganas de experiencias fuertes como el que acaban de ver... Espero, señor Promio, que no me delatará... Aunque sea en agradecimiento a mi asesoría artística —sugirió nuestro anfitrión con su tonillo cínico.

—No soy de esos, señor Teufel.

—Pero trabaja con el Dictador.

—Al Dictador nunca le ha preocupado la represión de la pornografía. Ahora le preocupa, más bien, el Pacto de San Sebastián de los republicanos y las conspiraciones del propio ejército.

—Me deja más tranquilo. Al fin y al cabo, nos une la amistad con Elisabet.

—Desde luego, en eso estamos de acuerdo —concedí.

—Y también nuestro amor al arte...

—Cada uno a su manera —puntalicé.

—La belleza depara extrañas epifanías, señor Promio —remató Teufel con expresión maléfica.

Elisabet miró su reloj como si presintiera que el duelo dialéctico acabaría mal.

—Las cuatro horas han pasado volando. Me temo que debo volver al hotel. No te robamos más tiempo Alphonse.

Eché una ojeada a los papeles desparramados sobre el escritorio.

—Solo una pregunta, señor Teufel. Cuando hemos entrado estaba usted enfrascado dibujando...

El legionario parecía no escucharme.

—Aquí me tienen. Y en el Eden Concert dirigiendo la orquesta. Puedes contar siempre conmigo, Elisabet... ¡Ah! No le había contestado, señor Promio. ¿Los papeles? Dibujos, escenografías, bosquejos, geometrías. No olvide que soy un artista de vanguardia.

—De eso no me cabe duda...

Después del espectáculo de aquella noche no me apetecía nada volver a ver a Teufel para entregarle un ejemplar de mi libro. Me llegué hasta La Criolla a media mañana, pero Jacques, el legionario del mostacho, me dijo que el director musical —¡valiente eufemismo!— estaba ensayando en la Bodega Andaluza con su orquestina de señoritas.

Una fregona que intentaba sin mucha fortuna limpiar el suelo de inmundicias incrustadas lanzó un par de alaridos: le estábamos dejando huellas en el trozo que acababa de limpiar. En lugar de disculparse, el legionario le lanzó un escupitajo, la llamó «sale putain» y me acompañó a la salida.

A la luz del día, La Criolla perdía bastante de su ambiente morboso y reaparecía como el escenario de una película de Tarzán: las palmeras pintadas en las columnas podrían decorar la sala de lectura en un club de aficionados a Sandokán.

Como no me apetecía nada ir persiguiendo a Teufel, decidí dejar a su amigo el libro que ni siquiera me molesté en dedicar...

—¿Disfrutaron con el espectáculo?

—¿Espectáculo? ¿A qué se refiere?

Jacques rio con ganas.

—Alphonse me comentó que no despegaban el ojo del cuadro...

—¡Ah! Lo de los urinarios... Muy propio del lugar —respondí azorado—. Cada uno se divierte como puede.

—Es un buen cuadro... Parece real.

—¿Se refiere al cuadro que tapa la mirilla? La verdad es que no me fijé.

El legionario me dedicó una sonrisa condescendiente.

—No, señor... El cuadro pornográfico que montan los actores...

—¿Me está diciendo que lo que vimos era una simulación?

—Algo hay que ofrecer a los turistas que esperan emociones fuertes... La Barcelona canalla es un gran espectáculo. Alphonse proyectó ese habitáculo junto a su despacho para impresionar a los clientes de la casa. Pegan el ojo a la mirilla, se ponen calientes y después contratan alguna puta o cumplen con más ganas con su insatisfecha esposa...

—*Bonjour, Jacques!* —escuché a mis espaldas.

—*Bonjour, Serafín!* —contestó el legionario alzando la mano.

Un joven con aire afeminado y camisa de lunares nos saludaba desde la barra del bar. Al poco vi entrar a la pareja burguesa que interpretó el numerito de la víspera.

Jacques bajó el tono de voz con la intención de hacerme una confidencia.

—Ahí los tiene: el chico que hace de gitana es *boy* en el Arnau y la pareja de burgueses ansiosos de nuevas experiencias son dos respetables actores de la compañía Vila-Daví del teatro Romea. Ahora representan una obra de Guimerà, pero como acaban pronto, se vienen aquí y completan el jornal con el cuadro del urinario. ¡Ya ve qué cantidad de personajes son capaces de *jouer* los cómicos!

—*Bon dia, legionari i la companyia!* —saludó la pareja al unísono.

—¡*Bonjour*, Enriqueta, *bonjour*, Tinet, ahora os atiende! —repuso Jacques.

—Lo tengo que dejar... Hoy es el día de cobro y no pueden esperar mucho tiempo. Ya lo ve, *monsieur*, nuestro director musical es todo un maestro de la escena...

—Sí, un auténtico ilusionista —remató con sorna.

Antes de despedirse, el legionario me tomó del brazo.

—Alphonse siempre me lo repite. ¿Qué sería de nosotros sin las ilusiones?

De nuevo en la biblioteca. René Martel aparece en un desvencijado diccionario sobre la historia del cabaré en España.

Martel, René. Nombre artístico de María Cortés (Barcelona, 1900-1942). Alcanzó gran popularidad a finales de los años veinte en los mejores locales barceloneses con su orquesta femenina y sus versiones de las canciones de Maurice Chevalier en el Eden Concert. Su trayectoria fue tan intensa como breve. Después del éxito de su revista *Folies de París* invirtió todo su dinero en un teatro que no llegó a inaugurar al estallar la guerra civil española en 1936.

El Eden Concert estaba en la calle Conde del Asalto y ahora es un cine de medio pelo, películas de serie B y pajilleras en la última fila. Cuesta reconocer su pasado esplendor en ese vestíbulo: hombres solitarios y mujeres teñidas de un rubio apresurado que deja ver las raíces canosas de su desmochada melena; nada que ver con el atractivo cabaré de antes de la guerra.

Al llegar a casa le comento a mi madre alguna de mis pesquisas. Me alegra verla despierta y levantada; embutida en su perenne bata de lana escocesa deja claro que no piensa bajar a la calle.

—¿Te suena el nombre de René Martel?

—Podrías haberme dado un beso antes de empezar a interrogarme... —me responde con una sonrisa—. No... no me suena. No me suena de nada.

—Pero papá era artista y músico antes de la guerra... Y tú habías trabajado de modista para compañías de teatro.

La insistencia molesta a la autora de mis días. Se revuelve con aspereza.

—¿Y eso qué tiene que ver? Sí, tu padre era músico y artista, antes de la guerra. Y yo había cosido algunos vestidos para vedetes y tonadilleras. ¿Y qué?

—Me habías dicho que instruía a los soldados de las Brigadas Internacionales sobre el poder curativo del arte...

Parece que he activado la espoleta que hace estallar a esta mujer recluida en una especie de amnesia protectora.

—Sabes que me falla la memoria... Lo sabes y te empeñas en que yo te lo demuestre. No recuerdo casi nada de aquellos años. La guerra fue como un puñetazo que nos dejó inconscientes... Luego la desaparición de tu padre en plena guerra, cuando tú acababas de cumplir un año...

Intento reconducir la situación con un toque de humor.

—Te dejó un buen recuerdo conmigo...

Mi madre esboza una sonrisa ribeteada de amargura.

—Menudo recuerdo... A este paso, con tus preguntitas, vas a conseguir que me arrepienta de haberte parido.

Me acerco a ella y le acaricio la mejilla.

—No digas eso, mamá...

Acerco los labios a su oído y le susurro una de sus coplas preferidas; aderezadas, esta vez, con un voluntarioso acento andaluz: «Rocío, ay, mi Rocío, manojito de claveles, capullito *floreció*, de pensar en tu querer voy a perder el *sentío...*».

Ella me aparta con brusquedad. Las lágrimas perlan sus ojos.

—¡Si ya lo digo yo! ¡Solo haces que torturarme! ¿A qué viene cantarme eso si sabes que me hace sufrir? Que me trae recuerdos...

Mi madre interrumpe bruscamente la frase, percibe que ha caído en mi trampa.

—¡Lo has vuelto a decir! ¡Recuerdos! ¿Quién cantaba esa canción?

Mi madre baja la cabeza como si buscara algo en el suelo.

—Lo sabes perfectamente...

—Quiero que lo digas tú... ¿Quién la cantaba?

Ella intenta recobrar su estrategia defensiva.

—¿Raquel Meller? ¿Imperio Argentina? ¿Estrellita Castro? —responde con aparente inocencia.

—Déjate de tonterías, mamá. La cantabas tú. La he escuchado muchas veces de tus labios cuando estás en tu habitación, cuando cocinas, cuando estás en el excusado... ¡La debiste oír mil veces si trabajabas de modista para los teatros!

Mi madre me lanza un dardo reprobatorio.

—O sea, que además de torturarme con tus preguntas te dedicas a espiarme... Ahora lo único que te pido es que me dejes en paz. Tengo varios encargos y la Singer me está esperando. ¿O te crees que vivimos del aire?

—Alguien la cantaba en aquella orquestina que papá dirigía en no sé dónde. Lo mencionaste una vez. En el teatro...

Ahora soy yo el amnésico.

Mi madre parece recobrar la serenidad.

—Te dejo con tus quimeras, yo quiero volver a la cama que mañana empiezo a coser con el alba. Tú sigue con tus canciones y tus cabarés andaluces...

La confianza es mala consejera. El subconsciente nos traiciona cuando menos lo esperamos.

—¡Eso! ¡Tú lo has dicho, mamá! Cabarés andaluces...

Ella parece alarmada. Sin quererlo, me ha dado una pista como si estuviéramos en uno de esos concursos de la radio.

—¿Qué estás diciendo?

—Andaluza, Bodega Andaluza. Ese era el sitio en el que actuaba la orquesta de papá.

Mi madre sabe que ha metido la pata. La cólera es una buena manera de disfrazar el error dialéctico.

—¡Tanta enciclopedia y tanta biblioteca te han perjudicado la cabeza! ¡Ya está bien de hacerte el detective!

—Y de martirizarte con preguntas... ¡No hace falta que me lo repitas que ya me lo sé! —contraataco.

—¡Tú qué vas a saber! —reniega—. ¡Deberías haber pasado una guerra! Bueno, sí, la pasaste, pero bien protegido en mi barriga.

—En la placenta. La palabra placentero debe venir de ahí.

La gracia le sienta como un tiro.

—¡Sí! ¡Búrlate de tu madre! —vocifera.

Intento poner un poco de paz. Alargo mi mano para acariciar la suya, pero la aparta en una exhibición de reflejos.

Le pongo las manos sobre los hombros y la miro fijamente.

—¿Ahora quieres hipnotizarme o qué? —parece haber recobrado la serenidad.

—Bodega Andaluza, mamá. Solo un nombre. ¿Sí? o ¿no?

—Sí... ¿Estás contento?

Se incorpora ayudada por la muleta. Yo le brindo mi brazo, pero lo rechaza. Arrastrando el pie derecho —secuela de un accidente del que nunca me ha

aclarado el mínimo detalle— se adentra en la penumbra del pasillo y busca refugio en su habitación. Escucho el encaje de la puerta y la balda que confirma su pertinaz voluntad de aislarse del mundo.

Mañana volveré a la biblioteca para abrir más carpetas del Premio periodista.

15

Sigámosle...

Cuatro años después de aquella noche de 1929, volví a toparme con Alphonse Teufel en la plaza de Cataluña. Sin dejar siquiera preguntarle qué le había parecido mi libro, abandonó el laconismo de nuestro primer encuentro y se lanzó a un relato febril, como si nuestras vidas dependieran de lo que pretendía contarme: un financiero holandés había llegado con todo su séquito a Barcelona y le había encargado que le preparara una gran fiesta en el hotel Terramar de Sitges.

—Me encantaría invitarlo al encuentro con la prensa... Asistirán personalidades de relieve internacional —me dijo entusiasmado—. ¿Le gusta el boxeo?

Asentí y al mismo tiempo me arrepentí de seguir la corriente a ese hombre de turbia mirada azul.

Teufel se llevó la mano al bolsillo y me entregó un tarjetón. Le eché una ojeada: «Gran Casino de Sitges. Recepción de bienvenida al Excelentísimo Sr. D. Daniel Strauss».

—Gracias, pero no sé si me será posible asistir...

Teufel interrumpió mi forzada disculpa.

—Seguro que asistirá. Va a ser todo un acontecimiento. Su jefe está al corriente...

La afirmación tuvo el efecto de una bofetada. De la aparente cordialidad pasamos a revivir la tensión de aquella noche de La Criolla.

—¿Mi jefe? ¿Y quién es, según usted, mi jefe?

El legionario puso la mano sobre mi hombro.

—Señor Promio, si su situación no ha cambiado, sigue siendo uno de los periodistas de confianza de don Juan Pich y Pon. Firma en sus diarios desde hace años... No me diga ahora que acabo de revelar al mundo un gran secreto...

Me sentí desarmado.

—No, claro. Pero... ¿Qué tiene que ver don Juan con ese Strauss?

Teufel pasó de la expresión risueña a la frialdad del especulador.

—El señor Strauss ha venido a Barcelona para realizar sustanciosas inversiones que nos beneficiarán a todos... Incluso también a usted. Pero no puedo decirle más. Confirme su asistencia a la recepción o hable con su jefe: comprenderá que lo que le propongo vale mucho la pena.

Sin más comentarios, el legionario me dio un golpecito en la espalda.

—Y ahora me disculpará, tengo ensayo con la orquesta y una clase de arte.

—Veo que usted no para —le espeté con mal disimulada ironía.

Teufel me correspondió con un guiño del ojo izquierdo.

—*Perpetuum mobile*, señor Promio. Nunca descanso.

Plantado ante la entrada del hotel Colón, lo observé deslizarse hacia el *hall*. Su espigada figura se reflejó por partida triple en la puerta giratoria.

El Colón estaba en la misma acera de la plaza de Cataluña que ocupaba la casa de Pich y Pon, el propietario de *El Día Gráfico*. Mi primera intención era dirigirme al diario y subir al ático donde el magnate oteaba la plaza desde su despacho, pero preferí no adelantar acontecimientos. Al pasar por delante del vestíbulo, coincidí con Santiago Vinardell, director de *El Día Gráfico*.

—¿Vas a la redacción? ¡Qué cara llevas, Promio! ¿Estás concentrado en el artículo que has de entregarnos o andas preocupado por algo?

Vinardell me conocía desde hacía más de una década. Para mí era un maestro del oficio si no le riera las gracias al Partido Radical de Lerroux, el político al que Pich y Pon dedicaba muchas energías pecuniarias.

—No... Estaba pensando en una conversación que me ha dejado intrigado.

—Si me dices de qué se trata y si puedo ayudarte...

—Un individuo muy desagradable al que hacía años que no veía me ha dado una tarjeta para una fiesta en el Gran Casino de Sitges que organiza un tal Strauss. Va diciendo por ahí que es un financiero cargado de millones y que don Juan está al cabo de la calle...

Vinardell se ajustó las lentes y leyó la tarjeta. Sonrió...

—¡Ah! ¡Claro! ¡El señor Strauss! Ayer, en la reunión de tarde con don Juan, me comunicó la buena nueva... Ese tío desagradable que te lo ha dicho no te ha engañado. Si no es mucho preguntar, ¿cómo se apellida?

—Teufel, un legionario de origen austríaco que conocí en La Criolla donde

dirige la orquesta. Es también especialista en arte abstracto. Lo mencioné en mi libro sobre la pintura moderna en la Exposición.

Vinardell se mostró extrañado.

—No me suena de nada. ¿Y qué pinta ese...?

—Teufel, Alphonse Teufel.

—¿Qué pinta ese Teufel en esa fiesta?

—Pues supongo que dirigirá la orquesta —deduje con una sonrisa maléfica.

—Eso... Claro... Si es director musical en La Criolla... El señor Strauss llegó al Gran Casino a mediados de enero. Al parecer venía de Amsterdam: había tenido problemas porque le negaron los permisos para poner en marcha una ruleta con propósitos educativos...

—¿Propósitos educativos? ¿Desde cuándo la ruleta educa en algo que no sea la riqueza o la ruina? Además, el juego sigue prohibido en España —objeté.

—Digo ruleta porque a primera vista lo parece, pero es un aparato que ayuda a ejercitar la inteligencia. El problema es que las autoridades pensaron que era una ruleta convencional y no dejaron al señor Strauss que les detallara esas cruciales diferencias.

—No sé, director, no lo acabo de entender...

—Te comprendo, Promio. No es fácil de explicar...

—¿Y qué papel tiene don Juan en todo esto?

—Al parecer, Strauss quiere hacer una demostración de su invento ante las autoridades para ver si aquí es mejor acogido que en su país.

—La verdad es que todo suena un tanto confuso. Si Strauss sigue llamando ruleta a su invento, no habrá manera de que se lo legalicen.

—No se llama ruleta. Se llama Straperlo.

—¿Estra-qué?

—Straperlo... Al parecer, ese nombre es una contracción de Strauss y de su socio, Joachim Perlowitz. Straperlo.

—Así que son dos socios...

Vinardell parecía querer dar por zanjada la conversación. Echó una ojeada a su reloj.

—Es todo lo que te puedo decir... Ahora te dejo, se me hace tarde...

El director recuperó su paso ágil, atravesó la plaza de Cataluña y se perdió entre la multitud que abarrotaba la Rambla.

16

Un tanto perplejo después de mi encuentro con Teufel y el director de mi diario, quise indagar lo que me acababan de referir. El recepcionista del Colón, Sidru Valls, que siempre me daba pistas de los huéspedes de este hotel de celebridades, podría aclararme las cosas.

—A las buenas, señor Promio. Le he visto esta mañana desde el *hall* hablando con un tipo alto y rubio. Lo saludé, pero estaba usted muy enfrascado en la conversación.

—Discúlpame, Sidru, no te vi.

Entre las cualidades del recepcionista de hotel destaca la capacidad para intuir el estado de ánimo de la clientela.

—¿Algún problema, señor Promio? Perdona si me meto en lo que no me llaman, pero se le veía a usted cariacontecido.

—No te preocupes. Es la cara que pongo cuando tengo delante a alguien que no me cae bien. ¿Lo conoces?

Sidru desvió la mirada hacia las lámparas del *hall*.

—Bueno... Conocerlo, conocerlo, no. Solo lo he visto un par de veces en el hotel con un señor muy importante que está aquí desde Año Nuevo.

—¿El señor se llama Daniel Strauss?

La expresión de Sidru se relajó como si le aliviara que yo también estuviera al tanto del asunto.

—Lo que usted no sepa, señor Promio...

—Pues esta vez no sé gran cosa. Me acabo de enterar de la presencia de ese personaje. Si pudiera saber algo más, Sidru, te estaría muy agradecido.

El recepcionista meneó la cabeza y me hizo un gesto para que lo acompañara a su pequeño despacho.

Una vez dentro, desocupó el tresillo de montones de cartas y periódicos extranjeros.

—Está esto muy revuelto, siéntese, señor.

—Soy todo oídos, Sidru —le dije deslizando un billete sobre la mesita.

Sidru rechazó el dinero.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, señor Promio... No es necesario que...

Insistí en mi ofrecimiento, volví a poner el billete sobre la mesa dando dos toquecitos con el dedo.

Sidru lo cogió y se lo guardó en el bolsillo del chaleco. Me pareció como si aspirara aire para desplegar un largo relato... El recepcionista del Colón es de esas personas que vale más por lo que calla que por lo que cuenta. Si no trabajara en el hotel, lo habríamos fichado en el periódico.

—Pues bien... El señor Daniel Strauss se presentó en el hotel repartiendo propinas de cinco duros. Nos dijo que venía con su mujer del Gran Casino de Sitges. A los pocos días reservó otra habitación para su socio, Joachim Perlowitz, a quien todo el mundo llama de forma abreviada, me parece que Perle o Perlo... A medida que pasaban los días, el séquito de Strauss era más nutrido. El promotor reservó las dos suites más lujosas en la primera planta del hotel. Sus criados, doncella, el ayuda de cámara y el chófer se instalaron en las plantas superiores. Al principio tuve que hacer de cicerone... Se notaba que era la primera vez que pisaban Barcelona. El chófer andaba muy desorientado cuando Strauss le ordenaba que lo llevara a alguna de sus reuniones en la ciudad.

—No creo que fuera tan necesario desplazarse en auto... —ironicé.

—Perdone, señor Promio, ¿a qué se refiere?

—Según mis informaciones, que son pocas como ya le adelanté, el tal Strauss se reunió con el propietario de mi periódico, aquí al lado...

—Podría ser, pero yo solo me hago responsable de lo que ocurre en este edificio...

—Lo comprendo perfectamente, siga, siga...

—Strauss es un señor corpulento, siempre vestido con trajes rayados de excelente paño inglés y corbatas de seda. Cuando Perle, su socio, se incorporó a la comitiva se dedicó a pagar todos los gastos de la estancia. Parecía como si fuera el contable o tesorero de la empresa. Nos llamó la atención que los dos socios discutieran continuamente...

Sidru señaló una mesa de caoba en un rincón del *hall*...

—Se pasaban horas ahí. Removían papeles llenos de números y unos planos

repletos de dibujos.

—¿Dibujos de una especie de ruleta llamada Straperlo?

—No le sabría decir...

—¿Hablaban en alemán, en holandés?

—¡No! Perlowitz chapurrea el español y Strauss lo habla todavía mejor, con acento sudamericano, lo que es comprensible...

—¿Comprensible?

Sidru se puso colorado. Se había ido de la lengua.

—Strauss comparte la suite con su mujer, pero tiene a su amante mexicana en otra habitación del hotel. Es cantante, Margarita del Castillo se llama...

—No me digas más. Es mucho más joven que Strauss y el magnate la quiere lanzar a la fama en Barcelona... La historia de siempre —comenté mordaz.

Sidru exhibió una sonrisa cómplice.

—En efecto, señor Promio, la historia de siempre.

—Pero dejemos los amores de Strauss para otro momento. Me interesa saber si han instalado en el hotel algún artefacto, una especie de ruleta...

—Yo no he visto cajas ni embalajes, más allá de los baúles y maletas...

—¿Algún detalle significativo?

—Bueno... Que Strauss es un gran bebedor de coñac. Y lo hace de la mañana a la noche, hasta en vasos de agua. El alcohol dispara su prodigalidad en materia de propinas, pero al mediodía no hay quien lo aguante. Insulta y maltrata a su esposa, aunque le resulta difícil porque ella es de armas tomar... Otras veces se presenta a las tantas acompañado de mujeres de vida alegre. Se ha convertido en un habitual de la noche barcelonesa.

Mientras hablaba Sidru, yo iba atando cabos mentalmente.

—Alguna de esas noches habrá ido a La Criolla supongo...

A Sidru, siempre discreto y comedido, se le escapó la risa.

—¡Ese sabe más del barrio chino que usted y yo juntos, señor Promio! — exclamó.

—Hum. Ahora entiendo lo de Teufel.

—¿Teufel? ¿A quién se refiere?

—Al hombre rubio con el que usted me vio hablando...

—¿Lo entiende? ¿Qué entiende? —inquirió Sidru.

—Lo de la amante cabaretera que Strauss promociona, las juergas del

Paralelo y el barrio chino...

—Disculpe, señor Promio, pero no consigo seguirlo.

Me levanté del sofá y salimos de nuevo al *hall*. Antes de despedirme, puse mi mano en la espalda del recepcionista.

—Insisto, Sidru. Si hablaban español, ¿mencionaron una ruleta llamada Straperlo?

—Más que de ruletas, discuten mucho de boxeo... Se conoce que son muy aficionados, sobre todo Strauss. Cuando va bebido mueve los brazos como si quisiera arrear a alguien.

—¿Y pega?

—En esos momentos no es capaz de pegar ni un sello, señor Promio. Pero ganas sí que le pone.

—Menudo pájaro, el tal Strauss... ¿Las noches que va al boxeo lo acompaña su socio o va con otras mujeres?

—No, lo acompañan boxeadores de aquí como Flix y Gironés, el entrenador Artero, el promotor señor Gasa... El otro día, se pasó toda la sobremesa hablando del combate del siglo en Barcelona...

Una caravana de autos salía del hotel Colón de la plaza de Cataluña con rumbo a Sitges.

—Don Juan me ha dicho que mejor que vayas tú en representación del diario —me había comentado Santiago Vinardell.

Paseé la vista entre los concurrentes. En uno de los autos distinguí caras conocidas: el torero Rafael *el Gallo*, tocado con su sombrero cordobés; el boxeador Paulino Uz kudun, con cara de pocos amigos, y el empresario de boxeo y del teatro Olympia Joaquín Gasa, a quien conocía de hace años.

Gasa me saludó con una solemnidad bromista.

—¡Don Alejandro Promio! ¡Hace tiempo que no te veo en el cuadrilátero del Price!

El promotor estaba apoyado en el reluciente guardabarros de un Mercedes. Me acerqué.

—¿Este es el auto del famoso Strauss?

Gasa apuró el puro, lo tiró al suelo y sonrió.

—El señor Strauss se pasa la vida entre el Colón y el Terramar. Nos aguarda en Sitges, en buena compañía.

—¿Con la vedete Margarita del Castillo?

—No seas malo, señor Promio... A Margarita la tenemos ensayando su papel para una revista en el Olympia.

—Háblame de esa chica...

Gasa, que algo sabía del mundo del cabaré, pareció tomar carrerilla, como si quisiera ganarse un contrato para la vedete.

—Es una belleza, muy morena, muy vistosa. Lo que se dice, una genuina vedete. Apenas canta y apenas baila. Pero llena de tal manera el escenario con su presencia física y su gracejo mexicano que hasta los músicos del foso se confunden de partitura. Pronto tendrás noticias de ella.

—Pues, la verdad, debo ser un pésimo periodista porque no sabía nada.

Gasa lanzó una carcajada.

—¡Es que ahora la tenemos en hibernación! Recluida en una suite del hotel Colón y ensayando en el Olympia. No queremos que la buena nueva que traen consigo el señor Strauss y su socio Perlowitz se confunda con el debut de Margarita. Cada cosa a su tiempo, señor Promio.

—Y si no tenemos a Margarita... ¿En qué consiste, entonces, la selecta compañía que nos aguarda en Sitges?

—No debería adelantar acontecimientos, pero tratándose de ti... ¿No te ha comentado nada don Juan?

—Don Juan está muy misterioso últimamente. Me han llegado rumores de un aparato que dicen que es una ruleta educativa...

Gasa me interrumpió, con la brusquedad de quien quiere cambiar de conversación.

—Déjate de ruletas que ese no es mi negociado. Me refería al combate entre Max Schmeling y Paulino Uzquidun en el estadio de Montjuich. A eso vamos a Sitges. A presentar el acontecimiento pugilístico del año.

El empresario se expresaba con el lenguaje de un cartel publicitario.

—¿Y la buena compañía?

—¿Te parece poco? Schmeling, su esposa la actriz Anny Ondra, Douglas Fairbanks, padre... y también Douglas Fairbanks hijo.

—¡Cuánto glamur! ¿Y qué papel interpretan los Fairbanks en un ring?

—Dio la casualidad de que pasaban unos días de asueto en Sitges... A la hora de promocionar un espectáculo hay que aprovecharlo todo.

—¿Y de qué conoces a Strauss?

—De nada. Un día apareció en mi despacho, acompañado de un amigo mío, que fue quien nos puso en contacto. Parece ser que Strauss buscaba un promotor para organizar veladas de boxeo. Habla español con ligero acento porque ha pasado largas temporadas en México, allí conoció a Margarita del Castillo. Me dijo que era muy amigo de Schmeling y propuso organizar el combate. Yo le expuse mis dudas de que un boxeador en la cresta de la ola como el alemán se aviniera a boxear con un púgil en el ocaso de su carrera... Pero Strauss insistió en su amistad con Schmeling y con su esposa. A las pocas semanas, teníamos firmado el contrato con Paulino, y Strauss me remitió la documentación del alemán.

Gasa me dedicó una mirada cómplice y se montó en el Mercedes.

Al acabar la charla con el promotor, vi desfilar una hilera de jóvenes uniformados. Sidru, el recepcionista del hotel Colón, se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Se va usted también a Sitges, señor Promio?

—Eso parece... Don Juan y el director Vinardell han delegado en mi humilde persona la representación de *El Día Gráfico*. ¿Y esos quiénes son, todos vestidos igual? No tienen pinta de boxeadores...

Sidru puso cara de circunstancias. Señaló a una mujer de gran estatura, más bien fea, con aspecto de celadora carcelaria: impartía instrucciones a los muchachos para que se fueran acomodando en los autos alquilados.

—Son crupieres, señor Promio —aclaró en voz baja.

—¿Y esa mujerona con trazas de sargento?

—Frieda Lowann, la esposa de Strauss. La de armas tomar.

—Ahora entiendo por qué está con la vedete.

Sidru dejó escapar una risita.

—Sí, pero Strauss no puede vivir sin Frieda.

—No me diga... ¿Está de broma?

—Se lo digo, señor Promio. Frieda es la inventora de la ruleta... Estos chicos provienen de casinos europeos. Unos son del Kursaal de San Sebastián, otros del casino de Ostende y el resto fichados en Amsterdam.

—¿Y ella aguanta que Strauss se emborrache, instale a su amante en el mismo hotel y se líe con todas las chicas ligeras de cascos que encuentra a su paso?

—Los dos se necesitan, aunque se odien. A estas alturas, ya nadie puede abandonar el barco. Frieda necesita a Daniel para mantener el tren de vida, y su marido la necesita a ella, que es la sustancia gris de sus empresas. Lo mismo sucede con Perlowitz, el socio de Strauss. Los dos nacieron en el mismo barrio judío de Amsterdam. Se complementan. Strauss es el que gasta más y Perle, el administrador, el que paga y se queja de tanto despilfarro.

El auto taxi de la compañía David que me había de llevar hasta Sitges se detuvo ante la Casa Pich y Pon.

—Me parece que ese auto taxi lo espera... —advirtió Sidru.

—Ahora sí que estoy totalmente desconcertado —confesé.

—Pues mire que yo... Fue hablar con usted y al día siguiente llegó una camioneta repleta de embalajes. Se lo comuniqué al señor Strauss y a su esposa y me dijeron que debía seguir camino a Sitges para dejar la mercancía en el hotel Terramar...

—La misteriosa ruleta Straperlo... —Llamé la atención del chófer y me subí al auto taxi.

El salón de banquetes del hotel Terramar estaba dispuesto como en las grandes ocasiones. Gasa me tomó del brazo para conducirme a la barra del restaurante; las presentaciones se hicieron en serie: Joachim Perlowitz, Max Schmeling, Douglas Fairbanks junior, Joe Jacobs —el entrenador del alemán, tocado con una gorra escocesa— y, cómo no, Daniel Strauss.

—El señor Promio, periodista de *El Día Gráfico* de don Juan Pich y Pon —anunció Gasa.

Strauss y su socio podrían haber sido hermanos; tanto por el color grisáceo de sus respectivos trajes como por su manifiesta inexpresividad facial. Perlowitz asintió con desgana y Strauss evacuó una sonrisa de postal.

—Así que usted trabaja para don Juan... Ya me comunicó que no podría asistir, que le representaría el director de su diario, Santiago Vinardell. ¿Anda por aquí?

—No, lamentablemente tampoco le ha sido posible venir. Me pidió que viniera yo en su lugar.

Strauss movió la cabeza como el profesor al que no convence la lección que recita el alumno.

—Es una verdadera pena, señor Promio, hoy es un día histórico para el pugilismo. Solo hay que ver quién está aquí —advirtió señalando a Schmeling que conversaba animadamente con Fairbanks.

El boxeador levantó una mano con el signo de la victoria, a modo de saludo.

—Un éxito de convocatoria, sí, señor —reconocí.

—Pero todavía faltan más personalidades... Señor Gasa, ¿aún no ha llegado el presidente catalán? —inquirió el promotor mirando el reloj—. Van a dar las dos de la tarde...

Jacobs también se palpó el reloj de pulsera, como llamando la atención, mientras señalaba a su pupilo.

Gasa puso cara de circunstancias.

—Sí, cierto. Almorzar a las dos ya es muy tarde para Schmeling que acostumbra a hacerlo a las doce de la mañana. Déjenlo de mi cuenta. Ahora mismo telefono al palacio de la Generalidad. El Molt Honorable debe estar en camino.

El promotor se dirigió disparado a la recepción del Terramar.

Perlowitz rompió su mutismo: en un castellano reumático volvió a insistir en que era muy tarde.

—¿Habrás algún acto para la prensa? —pregunté para llenar el incómodo silencio de la espera.

—Después de la comida. Schmeling y su señora esposa, la conocida actriz Anny Ondra, harán declaraciones y se pondrán a disposición de la prensa.

Al fondo del salón de banquetes se veían sobre la tarima los atriles e instrumentos de una pequeña orquesta.

—Veo que no han dejado nada al azar, señor Strauss, ¿también tenemos músicos?

Se notaba que al holandés le traían sin cuidado mis preguntas. Paseó la mirada, con gesto aburrido, hacia donde yo le indicaba.

—¡Ah, sí! Músicos... Claro que sí. Actuará la orquesta de cámara de un afamado cabaré barcelonés.

Empecé a comprender la invitación de Teufel el día de nuestro apresurado encuentro.

—¿Se puede saber de qué cabaré?

Sin disimular su fastidio, Strauss apuró la copa de jerez y miró a su socio.

—Joachim, ¿de dónde vienen los músicos?

El socio de Strauss permaneció un momento en silencio, otro alumno que no llevaba la lección aprendida...

—La Bodega... —balbuceó con expresión apurada por su respuesta incompleta.

—¿La Bodega Andaluza? —apunté.

Perlowitz sonrió por primera vez.

—Sí, señor. La Bodega Andaluza. Orquestina de señoritas.

Al verlo tan claro, no me pude aguantar...

—¿La que dirige Alphonse Teufel?

Perle parecía más confiado y volvió a sonreír. Se había roto el hielo.

—¿Lo conoce?

En aquel momento, me convenía hablar bien del legionario.

—Sí, conozco su pasión por la música y el arte moderno...

Los dos socios intercambiaron un gesto de complicidad del que me hicieron partícipe.

—¿Ha estado en La Criolla? Allí también dirige una orquesta —apuntó Perle.

—Y he estado en su despacho... Teufel es una caja de sorpresas —respondí con una mueca pícara.

La conversación con Strauss y Perlowitz prometía... pero el reloj marcaba las dos y media: Gasa regresó con malas noticias.

—¿Hay novedades? —preguntaron los socios con nerviosismo.

—El presidente Companys acaba de telefonar... No podrá venir.

—¿Y el alcalde tampoco? —insistió Strauss.

—Lo siento, pero...

—¿Y qué vamos a hacer? —protestaron al unísono.

El dinámico y siempre optimista Gasa sacó su reloj de bolsillo del chaleco.

—Las tres menos cuarto. El maître me dice que la comida no puede esperar más tiempo...

Después del cóctel-aperitivo los invitados no disimulaban su impaciencia por tomar asiento. Fue anunciar el comienzo del ágape y todo el mundo se lanzó sobre la mesa... Los camareros salieron escopeteados de la cocina y sirvieron el primer plato. Gasa requirió la atención del maître y le señaló el lugar de los músicos.

Al cabo de un minuto apareció Teufel vestido de esmoquin; cuatro chicas componían su orquestina.

—¡Al Teufel y su orquesta de señoritas! —proclamó el maître.

Strauss hizo un conato de desganado aplauso que acabó ahogado por el sonido de los cubiertos.

Gasa intentó llamar la atención tocando una copa con el cubierto, pero también fue inútil: los comensales iban a lo suyo.

Teufel agitó enérgicamente la batuta y las cuatro señoritas le dieron a sus violines: una versión manifiestamente mejorable de los valeses de Johann Strauss.

El otro Strauss, el promotor, sonrió con aire de suficiencia.

—Un honor escuchar al compositor que se llama como yo... —se jactó acariciando la solapa del traje.

La comida siguió el acelerado ritmo de la música; a la hora de los cafés y los puros, Gasa volvió a repicar la cucharilla en la copa, esta vez con más éxito que en la ocasión anterior.

—Solo unas breves palabras. Ante todo, mis disculpas por el retraso en el horario de la comida. Los señores Strauss y Perlowitz requirieron mi colaboración para que Barcelona sea el escenario de un combate que pasará a los anales del boxeo entre el señor Max Schmeling y don Paulino Uzkudun. El bueno de Paulino tenía previsto compartir este banquete con nosotros, pero el retraso lo obligó a retirarse a sus aposentos. La vida del púgil es muy estricta... El señor Schmeling también habría hecho lo mismo, pero la presencia de miss Ondra, su bella esposa, era un argumento de peso, y no lo digo por su esbelta figura, para seguir aquí.

Antes de servirse los cafés, se hizo un silencio. La orquestina había concluido con su programa monográfico de valsos y marchas. Los comensales aplaudieron. Miré a Teufel; él me devolvió su sonrisa glacial y azul que remató con un gesto de la mano que yo interpreté como un «después hablamos».

Gasa pretendía pasar la palabra a Strauss y Perlowitz. Ambos negaron con la cabeza.

—Lo mejor es que salgamos al *hall* donde habrá declaraciones y fotos para la prensa —concluyó el promotor.

19

Aunque había permanecido muy callada durante la comida, salvo alguna carantoña que intercambiaba con Max Schmeling, la rubia platino y estrella de la UFA Anny Ondra fue la gran protagonista de la sobremesa. El rumor de las cucharillas en las tacitas de porcelana y el penetrante olor a café torrefacto parecían estimular las confidencias.

La actriz recordaba su juventud de dependienta en la salchichería de Frankfurt que regentaban sus padres y su escapada a Berlín donde acabó vestida con un traje bávaro en una cervecería llamada El Ciervo Verde.

—Querida Anny, ya hemos comprobado que tiene muy buena memoria, reserve algo para los periodistas... —le aconsejó la esposa de Strauss con el tono mandón que la caracterizaba.

—Es que esa cervecería fue decisiva en mi carrera. Después de intentar sin éxito que me recibieran en la UFA quiso el azar que el director Gezd von Bolvary eligiera El Ciervo Verde para rodar una escena de music-hall en la que intervenían, precisamente, bailarines bávaros. Al verme vestida de esa guisa me preguntaron si sabía bailar, porque una de las bailarinas estaba enferma y había que completar el elenco. Dije que sí y el resultado fue tan bueno que empezaron a llamarme para otros *castings*.

Schmeling recostó la cabeza en el hombro de su menuda esposa...

—Y entonces nos conocimos... —susurró con satisfacción.

—Fue durante el rodaje de una película deportiva —prosiguió Anny. Al principio yo solo veía un hombretón presumido que me miraba con suficiencia...

—Pero un día me puse frente a ella, me arrodillé con un ramo de rosas y le confesé que estaba perdidamente enamorado... —añadió el boxeador como si completara un guion preparado de antemano.

Strauss y Perle zanjaron la historia romántica.

—Mi esposa tiene razón —dijo el primero—. Deje algo para contarle a la prensa.

—Me dicen que los reporteros nos aguardan en el *hall*. Vamos allá —ordenó el segundo.

—A ver si de tanto enamoramiento nos olvidamos de comunicar la fecha del combate —advirtió el promotor Gasa.

Del ruido de sillas que cerraba la comida pasamos al runrún de la improvisada rueda de prensa.

La expectación era tan grande que los periodistas comenzaron a preguntar sin dejar margen a una explicación del porqué estaban allí.

—Espero que el servicio de taxis que hemos organizado para su traslado les haya resultado cómodo —dijo Gasa—. Les presento a los señores Daniel Strauss y Joachim Perlowitz, impulsores del combate del siglo entre Max Schmeling, que ha tenido la deferencia de venir a esta presentación junto a su esposa, la actriz Anny Ondra, y Paulino Uzkudun, que no ha podido comer con nosotros por razones estrictamente deportivas. Paso la palabra al señor Strauss quien les informará de la fecha y el lugar de este *match* entre dos grandes campeones...

Strauss leyó con su frialdad mecánica la hoja de papel que le deslizó Gasa.

—El combate está previsto para el 10 de abril en la plaza de Las Arenas. La velada comenzará a las diez de la mañana en tres rings con más de treinta combates a cuatro *rounds* en los que participarán púgiles de renombre, como Fillo Echevarría, Eugene Catrain, José Genovés, Cheo Morejón, Ignacio Ara, Costas Vassis, Leo Hermal, Rienius de Boer... El broche de oro lo pondrán Schmeling versus Uzkudun...

Después de las consabidas preguntas sobre los pesos respectivos de los púgiles y la diferencia de edad entre Schmeling y Uzkudun, la rueda de prensa derivó a los ecos de sociedad.

—¿Le gusta el boxeo, señora Ondra? —preguntó una chica menuda y delgada con el cabello engominado y modales andróginos.

—Aunque parezca mentira, todavía no he visto boxear a mi marido. Esta será la primera vez que asisto a un combate.

—¿Y no teme que Paulino deje a Max sin narices? —insistió la atrevida reportera.

—Sería un desconsuelo muy grande; pero Max, con narices o sin narices, continuaría siendo mi hombre ideal.

—Veo que lo quiere mucho...

—En mi vida no he querido a nadie más que a él. Si Uzkudun me obligase a quedarme viuda, no volvería a casarme: mantendría siempre vivo el recuerdo de Max.

Al boxeador alemán no parecía hacerle mucha gracia que su esposa lo tratara de difunto.

—¡Anny! Ya hablaste lo tuyo durante la comida. ¡Ven conmigo!

Entre aplausos, la actriz levantó los brazos saludando a los presentes y acompañó a su marido y al preparador físico al billar perseguidos por una cuadrilla de fotógrafos.

Mientras una parte de los reporteros decidían si se quedaban en el *hall* o seguían a la comitiva a la sala de juegos, escuché un siseo y volví la cabeza.

En un rincón del *hall*, Teufel me hacía señas para que acudiera adonde él estaba. Sin perder un minuto fui a su encuentro.

El extraño músico y especialista de arte moderno se había despojado del esmoquin y ahora lucía una cazadora parda de cuero, al estilo de los aviadores.

—Le voy a enseñar algo que, sin duda, será de su interés —dijo.

—Si es como lo que vi en La Criolla, ya se lo puede ahorrar...

—Debería ser menos desconfiado, señor Promio. ¿Me acompaña o prefiere seguir escuchando la tediosa vida sentimental de una bailarina y un boxeador?

—Pensaba que era un seguidor de Schmeling... —le reproché con una sonrisa.

—Es que yo no he venido hasta aquí por Schmeling, señor Promio.

—Ya. Le han contratado para dirigir su orquesta de señoritas y machacar al pobre Johann Strauss.

Teufel no quiso responder a mi comentario mordaz.

—¿Quiere venir o no?

—Claro que sí. A ver con qué me sorprende.

—Subamos a la primera planta, habitación 17.

—Le advierto que no me apetecen más escenitas pornográficas.

—¡Chiiist! Aquí es...

Teufel abrió la puerta.

Los muebles de la suite se habían apartado para dejar espacio a tres caballetes que sostenían un tablón de madera. Sobre la improvisada mesa, la ruleta dotada de un artilugio que la hacía diferente a los modelos

convencionales.

El legionario me lanzó una mirada triunfal.

—*Voilà, monsieur Promio!* No sé si Schmeling y Uzkudun protagonizarán el combate del siglo, pero nos van a ir muy bien para presentar la revolución de los casinos...

—El Straperlo —añadí.

—¿Cómo sabe el nombre? —repuso Teufel con extrañeza.

—Algo me dijeron...

20

El legionario levantó la tela que protegía tan «revolucionario» invento.

—Aquí lo tiene. Ahora solo nos falta la autorización oficial.

Ante mí, una ruleta cuya diferencia con las convencionales era una especie de canal metálico...

—El Straperlo marcará un antes y un después en los casinos españoles — proclamó con énfasis.

—¿Y qué la diferencia de las ruletas normales?

—Como ve, este gran plato está numerado correlativamente de cero al treinta y seis. La bola sube al canal, accionada por una horquilla eléctrica y da varias vueltas en el canalillo metálico como si fuera un diminuto circuito de carreras... En un punto concreto, un desnivel hace que la bola descienda por su propio impulso hasta caer en uno de los números del plato.

—Y ahí está el factor educativo —comenté con sorna.

—Estamos ante un juego que exige una rápida concepción de la jugada, de ahí que la rapidez mental del jugador resulte decisiva: para ganar en el Straperlo hay que tener mucha vista y mucha retentiva... ¿Ha comprendido mi explicación?

—No me cabe duda de que Strauss y Perle han tenido mucha vista...

—Es un juego que exige un buen coeficiente mental. Hasta podría funcionar en los colegios para fomentar la deducción rápida. Yo lo he practicado y, realmente, es todo un reto a la inteligencia. Hagamos una prueba...

Teufel apostó por el 34, activó la ruleta y la bola trazó una sinuosa trayectoria por el canal hasta situarse en el 33...

—¡Por poco! —exclamó el legionario—. ¡Pruebe usted!

Aposté por el número 12 y la bola se detuvo en la casilla escogida.

—¡Ya decía yo que es usted un hacha, señor Promio! ¡Cuando tengamos en marcha el Straperlo se va a hacer de oro!

—No esté tan seguro... No sé si esto es un reto o una burla a la inteligencia.

Hablemos claro, Teufel. ¿Por qué esta demostración en privado? ¿Qué pinto yo en todo este truco?

La faz del legionario se ensombreció. Sus ojos acentuaron aquel azul frío y metálico del día en que nos conocimos.

—Veo que ha captado la broma, señor Promio...

En ese momento irrumpieron en la suite Strauss y Perle.

—Buenas tardes, señor...

—Promio —aclaró Teufel.

Strauss introdujo su mano derecha en el chaleco. No sabía si buscaba la cartera o imitaba a Napoleón.

—Supongo que ya le han explicado con todo el detalle cómo funciona nuestro invento...

—Me falta el detalle, señor Strauss.

—¿Qué detalle?

—El truco del invento... De pequeño aprendí en la Rambla el timo de los trileros: se trata de dejar ganar cantidades ínfimas en un par de jugadas... Luego el profano se va animando y aumenta las apuestas hasta que se queda más desplumado que el gallo de Morón... En otras ocasiones se hace al revés: un gancho apuesta fuerte y, aparentemente, se lleva mucho dinero. Los tontos que lo rodean pretenden emularlo y se dejan el jornal en un par de jugadas. Es un juego tan antiguo como la ambición humana: la bolita no se mueve al dictado del azar, sino de la pericia del trilero que la manipula. A ver, señores, ¿dónde está la bolita de su famoso invento?

Strauss y Perle intercambiaron miradas de indignación.

—¿Nos está llamando trileros? ¡Señor Teufel! ¿Qué demonios le ha contado?

—Pregúntele, más bien, qué no me ha contado. Cuando entraron ustedes nuestro director de la orquesta de señoritas se disponía a hablar claro. Pues hablemos claro, señores. ¿Dónde está el truco?

Strauss me dedicó una mirada de desdén. Se acercó a la ruleta y activó un resorte que esta tenía en la parte inferior.

—Ahora saldrá el 24 —dictaminó con tono solemne.

La bola salió disparada, realizó un par de vueltas por el canal y acabó en el número previsto.

Strauss alzó la mirada, desafiante.

—Ahora ya sabe de qué va el invento —dijo con sarcasmo—. Hablemos de negocios, señor Promio.

Teufel y Perlowitz se aproximaron a mí con actitud amenazadora.

—¿De qué negocios?

Strauss miró al legionario.

—¿Sabe lo de Holanda?

—No me dio tiempo a explicárselo —respondió Teufel.

—¡Pues se lo contaré yo! —exclamó Strauss con enojo.

—Pensaba que el señor Teufel le había puesto al corriente de las vicisitudes de nuestra ruleta... Es la cuarta vez que intentamos conseguir una autorización para este proyecto en el que hemos invertido mucho dinero... Después de perfeccionar el mecanismo decidimos lanzarlo en los casinos de Ostende y Amsterdam... Fuimos sancionados. En España, el juego sigue prohibido, una ocurrencia de su admirado Primo de Rivera que la República mantiene vigente. La casualidad quiso que mi amigo Jack Bilbo viniera a pasar unos días en este hotel. Sitges le gustó tanto que abrió un bar...

—El bar SOS de la calle Parellada —acotó Teufel.

—Y él le aconsejó que probara en Cataluña —deduje.

—Veo que, por fin, va comprendiendo algo, señor Promio.

Dada la situación era preferible no hacer caso de la insolencia de Strauss.

—Y ustedes preparan el terreno ganándose a las autoridades con la tapadera del boxeo.

—¿Tapadera? ¿No le parece bien que Barcelona sea el escenario del combate del año?

—Me alegra que hayamos pasado del combate del siglo al combate del año. Una cura de humildad, señor Strauss. Ustedes saben mejor que nadie que Uzkudun va a perderlo porque está al final de su carrera... Y que Schmeling se deja querer porque hay una fuerte bolsa de por medio ya que este combate no aporta nada a su palmarés. Y como el alemán está casado con una actriz famosilla, todo ayuda para llenar portadas de periódicos, revistas gráficas y noticiarios en los cines.

Strauss se quedó callado mordiéndose los labios. Se acercó al mueble bar y llenó su vaso de whisky que bebió de un trago.

Perlowitz tomó el relevo.

—Daniel, ahora me toca hablar.

El contable pretendía interpretar el papel del policía malo.

—¡Escúcheme! Aquí hay mucho dinero que ganar y usted no querrá estropear nuestra inversión. Cuando se celebre el combate queremos contar ya con la autorización gubernativa para poner en marcha el invento en verano —exigió.

—Se lo vuelvo a repetir. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

Perlowitz era tan lacónico como rudo.

—¡Déjeme acabar y escuche!

Su voz ronca me atemorizó. El socio de Strauss se pasó la mano por la comisura de los labios.

—Queremos hablar con el gobierno de Madrid y la Generalidad de Cataluña. Don Juan y el director de su diario son nuestros emisarios.

Teufel se puso a la vera de Strauss y Perlowitz. Sonreía.

—Le he recomendado, señor Promio. No se arrepentirá de haber participado en este negocio...

Perlowitz se aproximó al mueble-bar, extrajo un sobre de color verde y lo depositó junto a la ruleta.

—Esto es para don Juan. Habrá más, pero no podemos esperar mucho tiempo. Se lo repito. Queremos que la ruleta esté funcionando este verano en el Casino de San Sebastián. El contacto con Aurelio Lerroux, sobrino e hijo adoptivo del presidente del Gobierno, ya está hecho... El presidente catalán y el alcalde nos han dejado plantados, pero el jefe de policía conoce nuestro invento y no lo ve con malos ojos...

—¿Se refiere a Badia?

—Sí, a Badia —terció Teufel—. Es un hombre inteligente y valora este juego que potencia la rapidez mental.

—Sin comentarios —respondí sardónico.

Strauss tomó el sobre para introducirlo en el bolsillo de mi americana.

—Creo que ha quedado todo muy claro, señor Promio. La demostración ha finalizado. Abajo hay gente que espera. Ya sabe, somos los promotores del combate del año... Por cierto, Teufel, ¿cuándo nos recogerá Paulino?

El legionario recuperó el siniestro semblante gélido. Me miró de reojo...

—Me parece que debe de estar al caer...

Recuperé la iniciativa. Extraje de nuevo el sobre de mi bolsillo y lo volví a poner junto a la ruleta dando un golpe sobre el tablón de madera.

—Ya lo han dicho bien... Paulino está al caer. Paulino Uzkudun, claro está. Un boxeador que se tumbará en el ring a cambio de cobrar sus dineritos gracias a la ruleta de la inteligencia... Nadie sospechará de la derrota por KO porque Schmeling está en su cénit y el vasco en plena decadencia deportiva. Lástima que las apuestas no estén permitidas en España, porque el negocio sería doble: combate amañado y ruleta trucada.

Teufel dio un paso adelante. Sus ojos de inhumano azul parecían penetrar mi frente como dos bisturís.

—Promio, es usted un desagradecido. O colabora por las buenas, o acabará mal.

Intenté rehacerme con una dosis de insolencia... O de insensatez.

—¿Me está amenazando? Veamos... señor Teufel, usted ha sido legionario y eso impone. Aunque no sé si en la CNT, donde ahora milita, les hará gracia conocer su pasado castrense.

Quería sacar a mi antagonista de sus casillas, pero no conseguí atenuar su amago de violencia.

—Más te vale, Ángel de Lajusticia luego Alejandro Promio, amigo de Pestaña y de Primo de Rivera (padre e hijo), que la CNT no tenga noticias tuyas. En los años veinte te cargaste al valeroso camarada Martos... Era la batalla del anarcosindicalismo con los pistoleros de la patronal.

El tuteo del legionario daba miedo.

—Martos acababa de asesinar a una pobre mujer —balbuceé—. Fue en defensa propia.

Teufel amagó con una de sus cínicas sonrisas.

—Y la policía te perdonó el crimen. Un anarquista menos, debieron pensar. Y un traidor más vendido a la censura del Directorio Militar.

Strauss zanjó a su manera la disputa.

—¡Ya basta! Sus rencillas personales no me interesan. ¡Escuche, Teufel! Cuando llegue Paulino me avisa. Schmeling y su esposa deben de estar preguntándose dónde estoy.

—Saldremos por la parte de atrás. Cuando se hayan marchado todos los invitados —sugirió Perlowitz.

Teufel tomó el sobre que yo había rechazado y lo sopesó con la mano derecha.

—Aquí tiene el dinero. Decenas de miles de pesetas para sus jefes.

Agarré el sobre y me lo guardé en el bolsillo.

—Dígale a don Juan que esperamos noticias del presidente Lerroux sobre la pronta autorización de Straperlo —ordenó con suficiencia.

Las palabras del legionario acerca de mi pasado habían tenido el efecto de un puñetazo en el hígado que me dejó sin energías.

Al salir de la habitación 17 del Terramar volvieron a la memoria mis años de periodista en *Tierra y Libertad*, la amistad con el estafador Antonio Lluçia... Los

días que pasé en su casa del Putxet, el entrañable doctor Mallofré, que me proporcionó refugio en el manicomio de San Baudilio, el cabello pelirrojo de Nieves, los amores con la pálida Emma Lacroix, la gabachita cocainómana, la vida de fugitivo: huyendo del comisario Bravo Portillo y, al mismo tiempo, de mis antiguos camaradas de la CNT. La amistad con el Noi del Sucre, el día que lo asesinaron. Y Martos, el que fue mi amigo, reconvertido en criminal, capaz de venderse al mejor postor, con la pistola Star humeante... Mi aproximación al sindicalismo moderado de Ángel Pestaña. La tarde en que me enfrenté a Martos cuando violó a Nieves... Y Martos a punto de matarme. Y Nieves, a punto de morir, matando a Martos y salvándome la vida. Las detenciones de Llucià, la amistad con el comisario Castellanos, el abogado Batanero que me presentó a Pich y Pon.

Y luego mi huida a Madrid, el trabajo en el departamento de censura. Mis conversaciones con Primo de Rivera y Calvo Sotelo... La muerte de mi madre, en el hospital de la Santa Cruz; esa mujer corroída por la sífilis que agonizaba a pocos metros de Gaudí cuando todos pensaron que el arquitecto era un mendigo atropellado por un tranvía. Los últimos años de la Dictadura. La lucha contra los separatistas de Estat Català: el intento de atentado contra Alfonso XIII al paso del tren en el Garraf, la fantasmal «invasión» de Prats de Molló del coronel Macià.

Y la conspiración republicana de San Sebastián, y las exposiciones de Barcelona y Sevilla, y la ruina financiera del Estado... Y la repatriación del cadáver del Dictador desde París. Y mi asistencia al sepelio. Y aquella foto abrazando a su hijo José Antonio, antes de que este se metiera a político...

Los recuerdos se sucedían a cámara rápida; dicen que eso es lo que ocurre cuando uno está a punto de morir: un tráiler de la película de tu existencia, antes de enfiar el pasillo de la luz blanca. Me sentía como un boxeador noqueado que rememora, con los labios reventados sobre la lona —olor a sudor mezclado con linimento—, todo lo que lo condujo a la inexorable derrota, tanto en la vida como en el ring.

Al salir de la habitación 17 del Terramar, uno de los espejos del *hall* me devolvió la imagen de un hombre en la cuarentena que se palpa el bolsillo que alberga su deshonor. El huérfano del Asilo Naval, el hijo que se avergonzó de su madre y sigue sin saber quién fue realmente su padre. Aquel que maquillaba su

condición de expósito con nombres ajenos: Ángel de Lajusticia en los diarios anarquistas, Alejandro Promio en el presente.

Estábamos en 1934 y seguía siendo un fugitivo. Y todo parecía anunciar que seguiría siéndolo hasta que la muerte llamara a mi puerta.

Dejé el sobre en la mesa de Santiago Vinardell con una nota en la que le explicaba las circunstancias de la entrega. En las semanas siguientes, el director parecía esquivarme; cuando me hablaba, se dirigía a mí como si nada hubiera pasado. Hasta que un día no pude resistir más e irrumpí en su despacho.

Al verme, dejó las galeradas de la edición del día y me invitó a sentarme.

—Esperaba esta visita, Promio.

—Director, supongo que recibiste el sobre que me entregaron Strauss y Perle en Sitges tras la presentación del match Schmeling-Uzkudun...

Vinardell, ese maestro de periodistas que cometió el error de meterse en política con Lerroux y Pich y Pon, se mostró azorado.

—Son cosas de don Juan. Cree que se deben volver a autorizar los juegos de azar. Legalizar y cobrar impuestos de una actividad que en estos momentos es ilegal. Solo has de ver los nefastos efectos de la Ley Seca en América.

—¿Y el dinero de tipos tan sospechosos como Strauss y Perlowitz ha de comprar al gobierno de la nación?

—Digamos que es un donativo para que el Partido Radical promulgue una nueva ley del juego...

—Director, una de las cosas que aprendí de ti es que el periodista ha de decir justamente lo que quiere decir...

Vinardell dejó escapar un mohín de resignación mientras se ajustaba las lentes.

—A veces es difícil aplicar ese principio en la política... Y tú lo sabes mejor que nadie, Promio. No hace falta que te instruya sobre los costes éticos que comporta moverse cerca de los poderosos. Y eso es aplicable a Primo de Rivera, Lerroux o nuestro amado propietario, don Juan Pich y Pon. Como escribí en mi libro *Genios y figuras*, el que quiera vivir en sociedad tiene que aguantar las tonterías de los tontos. Y sonreír encima.

—Leí tu libro con sumo placer, director, pero olvidas otro principio aplicable

a la relación con los tontos.

Vinardell esbozó un rictus de pesadumbre.

—Veo que la tuya fue una lectura con aprovechamiento. Dime, entonces, qué es lo que olvido. ¡Uno escribe tantas cosas!

—También dejaste escrito que en cuanto un individuo deja de pensar por cuenta propia, es necesario someterlo a una estrecha vigilancia. Y si se desmanda, en el sentido de mostrarse orgulloso, vanidoso, pagado de sí mismo y dispuesto a afrontar el ridículo, con tal de cultivar su narcisismo desatado o su egolatría, se le encierra en el «tonticomio» y aquí paz y después gloria.

—¿Eso escribí yo?

—Eso mismo y solo hace seis años, me parece que el libro vio la luz en el 28...

—Pues tenía su gracia. Ahora no me queda tiempo para escribir esas cosas —comentó Vinardell con melancolía.

—Director, disculpa si mis palabras te suenan pretenciosas. Afiliarse a un partido acaba matando al periodista y lo condena al «tonticomio».

—Eso suena muy bonito, Promio, pero tú sabes tan bien como yo que la prensa no puede subsistir sin el «fondo de reptiles» del político de turno. Hemos de hacer la corte a los papanatas, mentecatos, pelmas, bobos, zascandiles, mindundis y botarates de todas las ideologías que marcan el paso en cada momento.

—Te felicito por tan variado vocabulario, director. Pero eso es abdicar de nuestra condición de cuarto poder...

—Hace ya mucho tiempo que abdicamos. Para ser exactos, desde el día en que nació el primer periódico —sentenció Vinardell con amargura.

—Hay muchas formas de abdicar, director. Y abdicar ante personajillos como Strauss y Perle es muy triste.

Vinardell movió la cabeza con preocupación.

—Eso mismo pensé yo cuando don Juan me habló del asunto. Pero ya es tarde para recular. Como comprenderás, *El Día Gráfico* y *La Noche* no van a denunciar los turbios manejos de su propietario. Todo el mundo sabe desde hace mucho tiempo que don Juan es lerrouxista de corazón. No creas, tampoco le hace mucha gracia lo del Straperlo, pero su afecto por Lerroux ha podido más.

—¿Y qué falta le hace a don Juan facilitar un fraude y cobrar comisiones por

ello? Ha acumulado mucho dinero, cargos políticos, periódicos... Goza, incluso, de cierta popularidad: sus pifias verbales, las famosas piquiponadas, hacen de él una figura entrañable. Pero una cosa es que diga que este edificio le costó «un huevo de la cara» y otra, muy diferente, que acabe ante un juez diciendo lo mismo si lo empapelan por unos sobornos... Director, ¿tienes idea del personal con el que me las tuve en Sitges?

—Strauss y Perlowitz, ya me hago cargo.

—Amigos del gánster Jack Bilbo, compañero de infancia de Strauss, antiguo guardaespaldas de Capone y gran conocedor, supongo, de los efectos, o beneficios, de la Ley Seca para el hampa. ¿Te sigue sin sonar el nombre de Alphonse Teufel?

—Vagamente... de los teatros del Paralelo. ¿No es un director de orquesta?

—Exlegionario reconvertido en cenetista. Director musical en La Criolla y la Bodega Andaluza. Supe de él cuando me encargaron el libro sobre el arte moderno en la Exposición.

—¿Y qué tiene que ver él con el arte y el Straperlo?

—Actuó en el hotel Terramar con su orquestina y me condujo a la suite en la que Strauss y su socio me entregaron el sobre para don Juan.

Vinardell no salía de su asombro...

—¿Y dices que lo habías citado en tu libro?

—Teufel es austríaco y por lo visto conoció a Kandinski en Alemania. Publicó alguna cosa en revistas francesas, divulgó la obra del artista. De ahí que yo lo mencionara en uno de los capítulos.

El regente de la imprenta entró sin llamar en el despacho.

—¡Director! ¿Doy por vistas las pruebas?

—¡Todavía no! ¡En diez minutos se las entrego con alguna corrección!

Vinardell estaba abrumado. Miró el reloj.

—Ya seguiremos hablando en otra ocasión. Dejemos que los acontecimientos sigan su curso. A lo mejor la cosa no es tan grave como la planteas...

Me levanté de la silla y apoyé las manos sobre la mesa.

—Director, además de don Juan, ¿quiénes dirigen este cotarro?

—Nosotros ya hemos hecho lo que nos tocaba hacer. Después están un par de diputados en Madrid, uno de ellos don Sigfrido Blasco, el hijo del afamado escritor don Vicente Blasco Ibáñez. No sé cuántos miembros del gobierno

Lerroux conocen la operación.

Vinardell tomó una de las pruebas del diario, la página deportiva...

—Bueno. Te seré sincero. Las conversaciones se han retrasado. Lee esto.

—«El combate se aplaza un mes hasta el 13 de mayo por una lesión en el brazo de Schmeling.» No quiero pensar mal, pero... ¿no estarán ganando tiempo hasta que el asunto se solucione? —comenté.

El director asintió con gesto grave.

—Ahora ya lo sabes todo. Si te parece, seguiré trabajando. Al regente de la imprenta no le gusta que lo hagan esperar. Por cierto... ¿sabías que Teufel significa diablo en alemán?

Faltaban pocos días para el sensacional combate que serviría de tapadera al negocio del Straperlo. Un día, al salir del diario, me vino al encuentro Sidru, el recepcionista del Colón.

—¡Señor Promio! Me dijeron que andaba usted buscándome... Cuando pasó por recepción había salido a hacer un encargo. Luego me acerqué al diario, pero ya se había marchado.

—Pongámonos al día —dije a modo de saludo—. ¿Cómo se porta nuestro gran hombre y su socio capitalista?

—Las llamadas a Madrid son continuas y la factura telefónica astronómica. Siguiendo sus instrucciones he anotado los nombres de los destinatarios... Aquí los tiene.

Sidru me alargó un papel. Miembros del gobierno, altos cargos del Estado, militares, empresarios...

—Strauss ha viajado a Madrid para conocer a algunas de estas personas. Schmeling y su esposa vienen poco por el hotel. El alemán prefiere entrenar en Sitges. A su preparador no le hizo ninguna gracia aplazar el combate hasta el 13 de mayo con el pretexto de que su pupilo se había lesionado el brazo. Dicen las malas lenguas que la venta de entradas no va muy bien.

Ni la venta anticipada iba al ritmo apetecido por los promotores del combate, ni los contactos oficiales para implantar el Straperlo acababan de cuajar.

—¿Y de la correspondencia me puede decir algo? —pregunté al recepcionista.

—Ahí iba yo, señor Promio. Siempre llegan muchas cartas al Colón debido a la notoriedad de sus huéspedes, pero con Strauss y Perlowitz vamos a hacer la competencia a la central de correos de vía Layetana.

—Si Strauss y su socio andan de viaje, ¿quién se ha quedado en el hotel? —inquirí.

—En estos momentos, debe de estar su amante, la vedete. ¿En qué está

pensando, señor Promio?

—Si pudiera hacerme el encontradizo con ella...

—A estas horas debe de estar a punto de bajar al *hall*. Acostumbra a levantarse tarde y luego se va a ensayar al teatro Olympia con el señor Gasa. Está preparando su debut para el otoño.

—¿Se la ve contenta? ¿Lo pasa bien con Strauss?

Sidru puso cara de póquer.

—Cada día estrena un modelito, luce un variado catálogo de alhajas que le regala Strauss, se desplaza en un Lincoln reluciente pero, según me cuentan las chicas del servicio de habitaciones, no hace más que quejarse del poco cariño de su protector.

—¿Pues a qué esperamos? Reclame su presencia con algún pretexto para que baje y yo estaré merodeando por allí...

—Me da usted un poco de miedo. Si se entera Strauss puede salirme caro...

Un billete del Banco de España es una vacuna infalible contra el acoquinamiento: a Sidru le hizo efecto al instante.

El recepcionista agarró el teléfono para comunicarse con la habitación de la vedete después de comprobar que había una carta para ella.

—Hemos tenido suerte. Ha recibido carta de México, parece ser que de sus padres. Un buen cebo para que baje enseguida. Hace días que me decía que estuviera atento al correo —observó con picardía.

—¿Doña Margarita? La carta de la que me habló ya ha llegado. ¿Prefiere que se la suba personalmente o la recoge usted en recepción? ¡Ah! Muy bien. ¿Está a punto de bajar? Entonces... aquí la espero.

Sidru me guiñó el ojo e hizo el signo de la victoria.

—En cinco minutos la tiene usted aquí.

No fueron cinco sino diez, pero al poco rato apareció la vedete. Lucía un conjunto de pantalones amplios de seda que dejaban entrever unas piernas esbeltas. El modelito se completaba con un sucinto peto de blonda en el que bamboleaban, por ausencia de sujetador, unos pechos de porcelana fina.

La mexicana repartió una mirada lánguida en derredor y acudió a la llamada de Sidru.

—Buenos días, doña Margarita. Aquí tiene su carta.

Observada más de cerca, la querida de Strauss era más vistosa que bella. Una

cara ancha con pómulos pronunciados y cabello castaño oscuro. Los ojazos negros, que contrastaban con su tez blanqueada por el maquillaje, le daban el aspecto de mujer fatal que convenía a sus personajes del cabaré.

Sidru me allanó el camino de la conversación.

—Señor... Don Joaquín Gasa me pidió encarecidamente hablar con usted sobre el combate.

La mexicana volvió la cara y me repasó de arriba abajo.

—¿Conoce usted a Joaquín?

—Desde hace muchos años. Soy un asiduo del Olympia.

—Pero usted va por las veladas de boxeo, supongo... —dijo ella con voz de impostada inocencia.

—Por el boxeo y por el music-hall. El señor Gasa es un gran promotor de una cosa y la otra.

Halagada por el comentario, a la mexicana le faltó tiempo para presentarse.

—Soy Margarita del Castillo y estoy ensayando la próxima revista del Olympia. Desde primeros de año me alojo en este hotel con el magnate Daniel Strauss.

Alargué la mano a la mexicana.

—¡Usted es la pareja del señor Strauss! ¡Todo Barcelona está esperando el famoso combate que ha organizado! —Mi fingido entusiasmo era toda una provocación.

—¿Lo ve? Solo les interesa el boxeo. Nadie habla de mí y de mi arte. Daniel me utiliza como una pinche figurante. Su verdadero amor está en el cuadrilátero y la maldita ruleta... Y a mí me cuida poco. Todavía estoy esperando que me acompañe al ensayo del Olympia. Me dijo que iba a dejar a su mujer y se pasa el día con ella mientras dan clases a los crupieres —se lamentó la mexicana buscando mi «comprensión».

—¿Crupieres? —pregunté haciéndome el ingenuo.

Protegido por un montón de periódicos, Sidru reía como un conejo. La vedete me regaló una mirada lánguida.

—¿Y ahora la ha vuelto a dejar sola?

—Muy solita... En una suite preciosa del segundo piso, pero muy solita... — La mexicana hizo ademán de tocarme la mano. Era el momento de esquivar la tentación y Sidru acudió en mi auxilio.

—¡Doña Margarita! ¡Me dicen que el auto que la llevará al teatro Olympia está llegando!

Mientras la mexicana atendía al recepcionista, yo escurría el bulto. El coqueteo produce sequedad de boca y ni siquiera me despedí.

El hotel Terramar de Sitges estaba invadido por la comitiva que rodeaba a Max Schmeling. Cuando entré en el salón, un fotógrafo captaba imágenes del púgil con su esposa en brazos. En otra pose para la prensa, la pareja se mostraba acaramelada, compartiendo confidencias románticas a la luz de un ventanal.

—Se te ve muy concentrado, señor Promio —me dijo un colega del diario *Ahora* tocándome la espalda—. *Ahora* acaba la sesión fotográfica y ya lo tienes todo para ti. Yo ya he acabado la interviú.

—¡Hombre, Blázquez! Veo que el combate interesa también a la prensa de Madrid. ¿Qué te ha parecido Schmeling?

—Alto, recio, vigoroso, con nombre de filósofo alemán... Le he dado la mano y me ha hecho crujir todas las falanges. Al aproximarme a él solo veía una mole humana, pero al hacerle la entrevista he escuchado a una persona sensible de voz dulce y marcada timidez, como si se avergonzara de ser un campeón.

—¡Esos reporteros! ¿Qué deben estar tramando? —bromeó el promotor Gasa—. Aquí lo tienes, Promio, es todo tuyo. ¡Ah! ¡Tomad nota para vuestros titulares! Schmeling va con una ele y no con dos. Hemos devuelto una remesa de carteles a la imprenta por ese error tipográfico.

—Descuida, Joaquín, tomamos nota —bromeé.

El elegante traje y la camisa impoluta contrastaban con la dureza de las facciones del boxeador alemán: nariz chata, cejas pobladas, frente prominente y espesa cabellera. Schmeling me alargó la mano y yo respiré hondo al sentir el crujido de mis dedos. Tomamos asiento en un sofá al pie de un mural de motivos africanos: un mar con palmerales de estilo *déco*. Sobre la mesa de patas niqueladas y un tablero de laca negro, dos vasos de agua.

Antes de la conversación y tocado con su boina escocesa rematada por una borla, el mánager Joe Jacobs me advirtió de que Schmeling no nació en Berlín, como habían publicado algunos diarios, sino en un pueblecito cercano a la capital alemana en 1905. Preocupado por la ingenuidad del púgil, Jacobs

pretendía conocer de antemano mis preguntas.

—Por si es de su interés, y para no prolongar la entrevista más de lo previsto, le diré que Max lleva una agenda muy estricta. Almuerza a las doce de la mañana en una habitación con las persianas bajadas; cena a las seis de la tarde y a las nueve de la noche, en cualquier estación del año, se retira a su cuarto. Yo duermo en la habitación contigua y me encargo de cerrar la puerta con llave para que nadie perturbe sus horas de sueño.

Schmeling sonrió largamente y se recostó en la cabecera del sofá.

—Míster Jacobs, parece que el entrevistado sea usted. Este señor periodista va a creerse que soy un monje. También juego al golf por las mañanas y al billar americano a la hora del aperitivo.

—He observado que acaban de instalar en la playa un entoldado con un ring en el que usted se entrena... —comenté para ir rompiendo el hielo.

Jacobs volvió a entrometerse con una de sus acotaciones.

—No fue una buena idea. Se ha llenado de curiosos porque la entrada solo cuesta cinco pesetas. Si por mí fuera cobraría el triple... Se nos cuelan los reporteros y después cuentan barbaridades sobre el estado físico de Max. Desde que empezó a ganar combates hemos concedido mil doscientas entrevistas en ochenta países... Ustedes solo buscan el sensacionalismo a toda costa. No tiene idea de lo que cuesta cuidar a un campeón como Schmeling.

En lugar de dedicarle un impropio preferí llevar la corriente a Jacobs.

—¿Cuánta gente los acompaña?

El mánager se mostró complacido por mi aparente interés en corresponder a su perorata.

—Hemos llegado a Barcelona con un médico, la señora del médico, los perritos de la señora del médico, un cocinero, un ayudante del cocinero, un jefe de publicidad, la señora del jefe de publicidad, dos entrenadores, un administrador general y su ayudante...

Schmeling parecía haberse resignado al protagonismo de su preparador.

—Cuando estábamos a punto de salir de Berlín para Barcelona nuestro cocinero de toda la vida se declaró en huelga porque nos habíamos negado a darle un tanto por ciento de la bolsa del match. Y si no accedíamos se quedaba en Berlín y aprovechaba para casarse —intervino el púgil.

Jacobs volvió a la carga.

—Le dije que ya podía casarse tranquilo. Contrataríamos un cocinero en Barcelona... Era una tragedia; sin cocinero propio corremos el peligro de que intenten envenenar a Max como sucedió en Norteamérica: su adversario sobornó al cocinero del hotel para que le metiera porquerías a mi pupilo y luego no diera bien el peso.

—¿Y encontraron un buen cocinero en Barcelona? —indagué.

—La dueña del Alt Heidelberg, la cervecería alemana que abrió sus puertas no hace mucho en la ronda Universidad, se encargó de forma gratuita de condimentar las comidas de Max que ha recomendado su médico con las calorías y vitaminas adecuadas a sus necesidades físicas.

—¿Y cómo se siente Schmeling cuando un historiador afirma que es el segundo alemán más importante después de Hitler?

El boxeador desvió la mirada hacia su mánager y este negó con la cabeza.

—Nada de preguntas políticas —sentenció Jacobs.

Me importaba un comino lo que pensara Schmeling de Hitler. Lo que me interesaba conocer era su relación con Strauss y Perle. Antes de propinarle el directo que iba a decidir el combate, preparé el terreno con una pregunta frívola.

—De acuerdo, señor Jacobs. Si tampoco podemos hablar de Hitler... ¿Podría acompañarnos Anny Ondra?

—Anny solo viene por aquí para sesiones fotográficas. La tenemos haciendo turismo y solo volverá a compartir la intimidad conyugal después del combate.

El mánager levantó el brazo exhibiéndome el reloj

—¿No pregunta nada sobre boxeo, señor? El tiempo se acaba...

Señalé la ceja derecha de Schmeling atravesada por un surco.

—¿Cómo le hicieron esa cicatriz?

Schmeling puso cara de tristeza.

—Es la única vez que me abrieron la ceja. Sangraba como un toro. El impacto fue tan fuerte que parecía que me habían vaciado el cráneo. Durante unos instantes perdí la visión... Eso me sirvió para perfeccionar mi defensa y desde entonces los adversarios no me alcanzan en la frente.

—¿Y qué me dice de los señores Strauss y Perle?

La pregunta no le hizo ninguna gracia a Jacobs: se incorporó y estiró del brazo al boxeador para que se levantara también.

—El tiempo se ha acabado. Otros periodistas esperan. Conocimos al señor

Strauss en un casino de Holanda y nos propuso el combate de Barcelona.

—Debía de estar promocionando su ruleta con su socio Perlowitz...

El mánager sacó un puro del bolsillo de la camisa y lo encendió con prisa como si quisiera tener los labios ocupados.

—Lo nuestro es el boxeo, señor. Diga en su diario que la cita es el 13 de mayo en el estadio.

—¿Fue verdad la lesión de Schmeling o fue obligada para dar más tiempo a las gestiones de Strauss para patentar su Straperlo? —dije alzando la voz.

Jacobs y Schmeling salieron a paso vivo y se toparon con el promotor Gasa. A lo lejos vi cómo el mánager me señalaba y movía el puro con nerviosismo.

Gasa vino a mi encuentro.

—¿Qué ha ocurrido, Promio? ¿No ha ido bien la entrevista?

—Aquí solo habla el de la boina con borla. Joaquín, sabes tan bien como yo que el combate es una tapadera para camuflar los verdaderos negocios de Strauss y Perlowitz.

El promotor esgrimió los mismos argumentos que el mánager Jacobs.

—Lo mío es el boxeo. ¿Quieres saber las condiciones del combate? Strauss se hace cargo de la bolsa de Schmeling que son veintidós mil dólares y de una proporción de la de Uzkudun, cien mil pesetas. Yo asumo un porcentaje de la taquilla bruta para Paulino y pago el alquiler del estadio, que son unas quince mil pesetas. Van de mi cuenta también las bolsas de Gironés, Ara, Echevarría, Flix y el resto de púgiles de la jornada deportiva...

—Y, además, te encargas de lanzar a la fama a Margarita del Castillo en el teatro Olympia... ¿Qué papel tiene en todo esto Alphonse Teufel, el director de la orquestina que amenizó la comida de presentación del combate? ¿O acaso no lo conoces de La Criolla y la Bodega Andaluza?

Gasa ensombreció el semblante.

—Ya he hablado demasiado, Promio. Somos amigos, pero no puedo explicarte mucho más... Nos vemos el día del combate.

—Eso mismo me ha dicho Jacobs al despedirse de mala manera...

Gasa se mantuvo en silencio, me dio otra de sus palmaditas en la espalda y señaló a los fotógrafos que aguardaban en el *hall*.

—Me llaman... Que escribas una buena crónica, Promio.

—La escribiré, Joaquín, lo intentaré.

Esta es la crónica de un fracaso. Podía haber sido el combate del año, aunque la publicidad augurara el combate del siglo. Dos viejos conocidos, Schmeling y Uzkudun, volvían a verse las caras cinco años después del combate que los enfrentó el 27 de junio de 1929 en el Yankee Stadium de Nueva York. Entonces ganó Schmeling por puntos, después de una encarnizada contienda en la que el vasco fajador hizo tambalearse al estilista teutón.

El 13 de mayo de 1934, el estadio de Montjuich abrió sus puertas a las diez de la mañana con la promesa de treinta y cinco combates a cuatro *rounds* en tres rings. Después de la dos de la tarde se retiraron los dos rings laterales y se dejó el central donde se celebrarían los combates más esperados a diez *rounds* que alcanzarían su cénit con el match Schmeling-Uzkudun.

A primera hora de la tarde, las previsiones de asistencia seguían sin remontar: todo hacía pensar que un combate publicitado desde hacía meses iba a culminar con un lleno hasta la bandera. Al final, se quedó en treinta mil espectadores, la mitad del aforo.

Cerca del ring, Gasa no dejaba de consultar a un secretario, que iba siguiendo la venta en taquilla. La cara de circunstancias del promotor confirmaba la derrota económica. Me acomodé a su vera, en el momento en que Schmeling y Uzkudun se encaramaron al cuadrilátero.

—¿No salen los números?

Gasa no era hombre de pesadumbres, pero esta vez no pudo disimular su estado de ánimo.

—Se lo advertí a Strauss. Una cosa es dar espectáculo y otra montar un circo. Eran demasiados combates y demasiadas horas. Con Schmeling y Uzkudun había más que suficiente. Pero se empeñó en que contratara más combates y al final hemos gastado mucho dinero en boxeadores españoles que han perdido prestigio al tener rivales muy flojos... Y lo que es peor, con poco interés del público. ¿Sabes qué media tuvimos en los combates de la mañana? Cinco mil

personas, ¡un desastre!

Tras elegir los guantes y colocarse las vendas, Schmeling y Uzkudun escucharon el primer gong y se observaron con la parsimonia de dos búfalos... Hasta el tercer asalto el ritmo era de una lentitud expectante con acometidas del vasco buscando los costados del alemán.

En medio del silencio de la multitud, los resoplidos de los púgiles. En el cuarto asalto, Uzkudun dio rienda suelta a su ímpetu norteño y Schmeling sorteaba sus ataques con esmeradas fintas. Momentos de cuerpo a cuerpo. Gong del cuarto asalto.

—Este *round* ha sido de Uzkudun —vaticinó Gasa.

A partir del quinto, todo empezó a cambiar. Uzkudun mantenía la ofensiva hasta que un rechazazo de Schmeling se estampó en su boca provocando la primera sangre. En el sexto asalto, el alemán consolidó su dominio técnico, pese a las arremetidas de Uzkudun, que lo acorraló en las cuerdas. El intercambio de golpes se saldó con la ceja rota del vasco: la sangre le resbalaba por el rostro y le nublaba la vista. Uzkudun se pasaba constantemente el guante por la cara como si quisiera atajar la hemorragia.

La pausa del sexto al séptimo no consiguió cerrar la brecha de esa ceja de la que seguía manando sangre.

—La cosa se pone fea —comenté.

Fue entonces cuando me pareció ver a Teufel al pie del ring. Miraba hacia el rincón del vasco con desasosiego y movía las manos hacia abajo; era el gesto inequívoco de que había llegado el momento de dejarse caer.

Los asaltos se sucedían y un Schmeling cerebral y metódico iba descargando toda su fuerza sobre la testa de su adversario.

Séptimo, octavo, noveno, décimo asalto... En la localidad de delante el locutor de Unión Radio describía la situación:

«La sangre ciega a Uzkudun, aunque en cada descanso se la intenta restañar. El boxeo seguro y preciso de Schmeling se está imponiendo. El campeón mundial juega admirablemente con su izquierda y la derecha no concede cuartel. Los ataques embarullados de Paulino no logran aminorar esta evidente superioridad del púgil alemán... Pero el vasco recibe incommovible los duros golpes del boxeo de precisión de Schmeling. Con la cara abotargada y ensangrentada no renuncia a sus ataques...»

Una voz interrumpió mi concentración en el relato de mi colega radiofónico. Volví la vista y me encontré con la nube de humo que exhalaba el puro de Strauss. El hombre de la ruleta preguntaba por qué el vasco no se prestaba al tongo.

—Paulino nunca se dejará caer. Ya nos lo advirtió —respondió, molesto, el promotor Gasa.

—A este vasco no hay quien lo entienda... ¿No lo he contratado de chófer? ¿Está a mis órdenes o no? —insistía a gritos Strauss.

—Se nota que le conoce muy poco. Aquí no se hacen apuestas amañadas —me atreví a decir.

Exasperado, el hombre del Straperlo hizo caso omiso de mi comentario y volvió a sus quejas mientras Teufel transmitía la orden al preparador de Uzkudun que negaba con la cabeza.

En el décimo asalto pareció que Schmeling iba a imponer su ley de una vez por todas con golpes terribles de derecha que se estrellaban en el rostro ensangrentado de Uzkudun. El runrún del público parecía preludiar el KO, pero un zurdazo del vasco hizo tambalearse al alemán cuando estaba más seguro de la victoria. En el undécimo asalto, Uzkudun compareció con la ceja abierta y el pómulo y el labio partidos, pero el olor a sangre parecía enardecerle...

El locutor seguía con su narración del combate.

«Sin apenas cubrirse, Paulino ataca a fondo. Desborda a Schmeling. Lo acorrala y le propina dos potentes izquierdazos que conmueven de nuevo al gigante centroeuropeo. Dos o tres *uppercuts* de derecha no cuartejan el rostro de Schmeling por pura casualidad. El alemán se agarra al vasco y aprovecha el cuerpo a cuerpo para capear el temporal...»

En el duodécimo asalto, el último del combate, Uzkudun revalidó su pundonor y Schmeling su estilo con certeros golpes que incrementaban la puntuación.

El desenlace del combate del año se saldó con *match* nulo. Schmeling y Jacobs mostraron su descontento por el fallo. Uzkudun se abrazó a su preparador, que le cubrió el rostro ensangrentado con la toalla...

—Paulino sigue siendo Paulino. Está al final de su carrera, pero nadie es capaz de tumbarlo. ¡Se ha preparado a conciencia! —exclamó el promotor Gasa con orgullo.

—Ni siquiera Strauss y Perle, esos mercaderes de voluntades —apostillé.

Cuando los púgiles bajaron del ring volví a localizar a Teufel entre la multitud. Ahora ya no gesticulaba; más bien buscaba con la mirada a sus jefes... Hacía rato que habían abandonado sus tribunas con olor a habano.

Perdido entre la gente que abandonaba el estadio, el legionario me dedicó, una vez más, su terrible mirada azul.

El archivo de Montaner y Simón, la editorial de la Gran Enciclopedia Popular, alberga tesoros ocultos. No es que me paguen mucho por las fichas, pero las tardes que vengo a pasar a limpio los datos que voy recabando valen mucho la pena. El rojizo edificio modernista que construyó Domènech i Muntaner en la calle Aragón me recuerda a los monasterios del Medioevo: un magno *scriptorium* como aquellos en que los monjes rescataban el saber de la cultura grecorromana que abolieron los bárbaros.

En media docena de mesas de roble, los colaboradores de la Gran Enciclopedia Popular, y de otras colecciones interminables de volúmenes preciosamente ilustrados, conjugan la lectura atenta de los documentos con el compulsivo tecleo de las Underwood.

Cada aportación a la Enciclopedia —aquí la llaman «entrada»— truena en la máquina de escribir cual ráfaga de metralleta: algún día, el lector de estos tomos verá satisfecha su ansia de saber, aunque pocos se preocuparán de quién se estuvo quemando la vista en el rincón de una biblioteca para desvelar las historias que anidan en cada nombre propio o letra del abecedario.

—¿Tenemos la entrada de Straperlo? —le he preguntado al señor Moncada.

El redactor jefe de la Gran Enciclopedia Popular tiene aspecto de sabio despistado. Su calva está rematada por un atisbo de melena bohemia, y un persistente bizqueo de los ojos atraviesa las lentes redondas. Algunos compañeros lo identifican con el profesor Franz de Copenhague, el de los inventos del TBO, pero yo lo veo más parecido a Rompetechos.

El señor Moncada carraspea cuando sabe que te puede dar una respuesta concreta. Si permanece en silencio es que no hay nada que rascar.

—Ejem... ¿Estraperlo con E supongo? Estamos en 1956, jovencito, y hace muy poco que nos libraron de las cartillas de racionamiento. Si le parece facilitaremos las identidades de los gobernantes que se han hecho de oro traficando con las tasas, los abastos, las licencias de importación, la venta de

chatarra y el mercado negro de pan blanco... ¿Pretende acaso que nos enchironen o clausuren esta editorial de tan bella factura modernista?

—Me refería a Straperlo, con S. Un juego de ruleta trucado que trajo a España un judío medio holandés, medio mexicano y su socio polaco: Strauss y Perlowitz.

Cuando Moncada bizquea más de lo normal es que el asunto le interesa. Y ahora sus ojos se balancean en las cuencas al ritmo hawaiano de Betty Boop.

—Ejem... ¿De dónde cree que sale la palabra Estraperlo con E? ¡Pues de Straperlo con S! Estraperlo implica chanchullo, tejemaneje, juego sucio, trapicheo, fraude, soborno, mordida... Corrupción, en definitiva. Pero como acostumbra a ocurrir, nadie conoce la etimología de cada palabra y así nos va, que no sabemos bien lo que queremos decir y hablamos para no estar callados.

—¿Y del Straperlo con S qué sabe?

Moncada se pasa la mano por la frente, como si masajeara la memoria. Esboza, tal vez, la primera sonrisa desde que empecé a trabajar en la editorial.

—Ejem... El Straperlo fue un escándalo que salpicó al gobierno de Lerroux y dio paso a las elecciones del 36. Ese Strauss se plantó en Barcelona como un rey Midas y organizó un combate en el estadio de Montjuich entre Max Schmeling y Paulino Uzkudun...

—Por eso se lo preguntaba, señor Moncada.

Las pupilas de mi jefe parecen ahora una vertiginosa ruleta.

—Ejem... El *match* se presentó como una jornada deportiva que iba a dejar huella en la historia del boxeo. Montaron tres cuadriláteros que ofrecían continuos combates. Los días anteriores se desplegó una gran campaña publicitaria: hubo fiestas, carreras de coches, iluminación de las fuentes de Montjuich, corridas de toros, funciones extraordinarias en el Liceo... Recordaba todo a los días de la Exposición del 29. Se dispuso un servicio de restaurante en el mismo estadio. La radio comunicaba mediante altavoces los pormenores de cada *match* y las noticias deportivas. Cada vez que una autoridad o famoso entraba en el recinto saludaba al público a través de un micrófono.

—¿Usted presenció el combate?

—Ejem... Un compañero de la editorial me dejó un pase; él no podía asistir porque su mujer estaba a punto de romper aguas. Al llegar al estadio constaté que no estaba muy lleno. El famoso combate fue un desastre económico y

tampoco satisfizo a los aficionados. Y eso que Strauss dio un banquete a la prensa deportiva, del que se aprovecharon periodistas y no periodistas. Su jefe de publicidad, que cobraba cincuenta pesetas diarias, proponía un brindis con champán francés cada vez que algún reportero le preguntaba sobre la cantidad de público asistente. Y cuando llegó la tarde y la afluencia no creció lo que se esperaba, el desastre se confirmó: el precio de la bolsa de los boxeadores era infinitamente superior a la taquilla...

—¿Y cómo reaccionaron los promotores del combate?

—Ejem... Decían que Strauss iba en su cochazo con su amante, una vedete mexicana de la que nadie se acuerda. Cuando alguien lo identificaba (llevaba meses saliendo en la prensa de toda España) o le hablaban de la fallida velada pugilística le quitaba importancia o le metía un puro en el bolsillo... Ese hombre lo solucionaba todo con puros y billetes. Por cierto... ¿A qué viene tanto interés por Strauss, Perlowitz, el combate y la ruleta?

—El otro día en la biblioteca buscando datos sobre Alexandre Jean Louis Promio, el pionero del cine, observé que su ficha se había traspapelado con la de otro Promio. Se trata de Alejandro Promio, un periodista de antes de la guerra que escribió la biografía de Antonio Lluçà, un famoso estafador de la época.

Moncada se puso circunspecto.

—¡Cuántos Promios! Y usted revoloteó, cual abeja polinizadora, de un Promio a otro. La verdad es que del otro Promio del que me habla no tengo ni idea. Pero usted, como va sobrado de tiempo, debe estar al cabo de la calle... Pero mi pregunta sigue ahí, ahora ampliada: ¿qué pinta ese Promio de segunda en el caso del Straperlo?

—Era periodista de *El Día Gráfico*, su director se llamaba... A ver si me acuerdo... Santiago Vinardell...

Los ojos del señor Moncada bailaban la conga...

—Ejem, ejem... Vinardell, gran periodista de la generación de Manuel Fondevila... Los dos comenzaron a trabajar en *El Día Gráfico*, el primer periódico que introdujo el huecograbado. Firmó excelentes crónicas de la Gran Guerra. Luego Fondevila fichó por el *Heraldo de Madrid* y Vinardell acabó siendo una marioneta de Pich y Pon, propietario de *El Día Gráfico* y famoso por sus «piquiponadas»: si lo oías hablar era un auténtico trabalenguas... Tanto Vinardell como Pich y Pon acabaron mal, muy mal. ¿Sabe qué, jovencito? Pues

que no le cuento nada más. Descubra usted solito cómo acabaron. Por eso le voy a encargar una nueva entrada: Straperlo con S. Al fin y al cabo, como fue un escándalo de la época republicana, no nos reñirán.

La bibliotecaria levanta la vista cuando le paso las peticiones para la hemeroteca.

—Vaya respirando hondo porque estas colecciones no se han tocado desde el 39 y cada página es una polvareda. Ahora han abierto un poco la mano y nos autorizan la consulta. Por eso hemos tardado varios días en darle respuesta.

El carrito de los libros reaparece cargado de volúmenes poco manejables. Cabeceras olvidadas —*La Nación, Heraldo de Madrid, El Sol, Ahora*— retornan a la dudosa luz de una sala de lectura. Las páginas amarillentas de esos diarios clausurados por la censura política se despliegan con pesadumbre; la sequedad del papel produce a veces leves roturas al girar página. El polvo suspendido dibuja un ceniciento arco iris de partículas que se entrometen en las fosas nasales y provocan conatos de estornudos.

Leo y tomo notas en mi cuaderno.

Después del fiasco del combate y del fallido debut de su amante mexicana, Strauss reúne al equipo de crupieres —cuatro pagadores, dos inspectores y un jefe de mesa— y sigue moviendo sus influencias. Gracias a los contactos de Aurelio Lerroux, hijo adoptivo de Alejandro Lerroux, contacta con el teniente coronel Miguel Galante y el diputado radical Sigfrido Blasco. Estos conseguirán la autorización del Straperlo que firma con carácter urgente el director general de Seguridad José Valdivia, después de dar el visto bueno al funcionamiento de la ruleta. Todos esos «servicios» son remunerados por el periodista Santiago Vinardell con el dinero de Juan Pich y Pon.

Para que la autorización sea más firme, Strauss y compañía llevan el Straperlo al Ministerio de Gobernación: el ministro Rafael Salazar Alonso y el subsecretario Eduardo Benzo le ratifican por carta que han comprobado satisfactoriamente el funcionamiento del aparato.

Esa carta le ha de abrir las puertas del casino de San Sebastián y superar los reparos del gobernador donostiarra. Strauss y su socio alquilan el casino y lo restauran por completo: salas de juego, teatro, cabaré, bar y salón de té. Todo el

alumbrado exterior, que estaba destrozado desde la prohibición del juego en 1924, es reinstalado. A esas obras se dedican más de cuarenta trabajadores. Al equipo de crupieres que la esposa de Strauss formó en Barcelona, se incorporan otros quince venidos expresamente de Ostende. Las mesas de juego se importan de Alemania con el consiguiente gasto de transporte y aduanas.

El presupuesto se amplía con la decoración con palmeras y flores del casino, quince libreas para los empleados, cajas especialmente diseñadas para empotrar en las paredes de la sala de juego, cortinajes de seda, publicidad y banquete para la prensa, derechos de autor, dietas de viaje para los músicos y actores venidos desde Madrid y Biarritz.

La reapertura del Gran Casino de San Sebastián, que incorpora como novedad un juego «de inteligencia» llamado Straperlo, se anuncia para los días 12 y 13 de septiembre de 1934. En una olvidada página del diario *La Nación*, el propio Strauss da su versión de cómo fueron las cosas:

La transformación del casino ruinoso en un Casino de una elegancia distinguida me costó una fortuna. Después de una publicidad enorme, se inauguró a las seis y media de la tarde y tres horas más tarde, en presencia de mil cien visitantes, todos contentos y satisfechos, un agente entró súbitamente, revólver en mano, dirigiéndose hacia las mesas de juego y echando a las personas que estaban alrededor de estas. Esa intervención súbita me causó pérdidas enormes porque varios miles de pesetas en fichas desaparecieron de las mesas...

Tras la clausura por la policía, Strauss no se amilana. Ha llegado el momento de enfrentarse a unos valedores políticos que le habían costado mucho dinero. Aunque fracasado el negocio de San Sebastián y pese a la prohibición que, ahora sí, ordenaba el ministro de Gobernación Salazar Alonso, el hombre del Straperlo traslada su ruleta al hotel Formentor de Mallorca. Curiosamente, o no tan curiosamente, el gobernador civil de Palma autorizó el juego que estuvo funcionando entre el 1 y el 10 de diciembre hasta que fue de nuevo suspendido por las autoridades militares.

El escándalo del Straperlo estalla en octubre de 1935. Strauss remite una carta al presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora. El holandés exige una indemnización por daños y perjuicios. La carta detalla los sobornos a políticos radicales: Alejandro Lerroux debía percibir el 25 por ciento de los beneficios del juego y Aurelio, su hijo adoptivo, el 5 por ciento; Juan Pich y Pon, el 10 por ciento; Miguel Galante y Santiago Vinardell, otro 5 por ciento. Para

contar con la autorización del ministro Salazar Alonso le haría llegar cien mil pesetas a través de Pich y Pon y cincuenta mil pesetas más para el director general de seguridad José Valdivia. En total, Strauss dice haber «invertido» medio millón de pesetas en la «promoción» de su ruleta en España.

La escandalosa carta motiva una comisión investigadora en las Cortes que emitió su dictamen el 25 de octubre de 1935. Se pidió el cese de José Valdivia (parque de Intendencia), Rafael Salazar Alonso (ministro de la Gobernación), Eduardo Benzo (subsecretario del ministerio), Sigfrido Blasco-Ibáñez (diputado radical), Juan Pich y Pon (gobernador general de Cataluña), Santiago Vinardell (periodista y diputado radical), Miguel Galante (comisario del Estado en la compañía de ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante) y Aurelio Lerroux (comisario del Estado en Telefónica y principal impulsor de la autorización del Straperlo).

Antes de acabar de escribir mis notas para la entrada que me ha encargado el señor Moncada y cuando me dispongo a cerrar una de esas voluminosas colecciones de periódicos amarillentos me topo con una entrevista a Joaquín Gasa en el *Heraldo de Madrid*. ¡Gasa! ¡El promotor de teatro y boxeo amigo de Promio! Tengo los ojos irritados por el polvo del papel cuarteado, pero vuelvo a leer:

—¿Cuánto perdieron ustedes con el combate Schmeling-Uzkudun?

—Strauss, unos cuarenta mil duros y yo, dieciséis mil.

—¿Y cómo le presentó el Straperlo?

—Me dijo que este aparato era un juego de sociedad y absolutamente de habilidad en el que influían, para el mayor acierto de las jugadas, las condiciones particulares de cada jugador: la vista, la rapidez en el cálculo, el poder retentivo y la serenidad... Me pidió Strauss que le presentara a algunas personalidades de mi amistad para que el Gobierno le concediera establecer el Straperlo en determinadas poblaciones, ya que se trataba, según él, de un juego inventado para países donde el juego no estuviera permitido...

—¿Llevó usted participación en el negocio del juego?

—Sí; porque Strauss me aseguró que una participación me compensaría de las pérdidas que había sufrido en lo del boxeo.

—¿Y fue usted a San Sebastián?

—¡Claro! Al regreso de Alemania me detuve en la capital guipuzcoana, asistí a la apertura del Gran Casino y presencié el funcionamiento del aparato.

—¿Se jugaba mucho?

—Sí, señor. Fue un clamor... Pero duró muy poco. La clausura, en contra de lo que se ha dicho, se hizo dentro del mayor orden. No se rompieron mesas ni sillas y la sala se desalojó sin incidentes. ¡Eso es todo!

Todo era eso, me digo al cerrar el último volumen con un estruendo que recuerda a la tapa de un catafalco. Algunos lectores de la mesa vecina vuelven la mirada hacia mí. Un haz polvoriento flota sobre la mesa de lectura y esparce un olor a celulosa húmeda. Después de mi viaje en el tiempo, retorno al año 1956.

En el cuartucho junto al comedor, mi madre sigue cosiendo en la Singer bañada por la luz del flexo. Se escucha en la radio *De España para los españoles*, un programa dedicado a los emigrantes: la emisora desgrana coplas para que la nostalgia y las lenguas germánicas no acaben con ellos.

Veo a mi madre encorvada mientras puntea una costura rebelde. Sus piernas, castigadas por la misteriosa dolencia que padece hace años, conservan el ápice de energía necesaria para patear la máquina de coser.

—¿Qué hora es? —pregunta entre sombras.

—Casi las nueve.

Se desprende de esas gafas con la varilla rota que se balancean sobre su nariz respingona mientras trabaja.

—Me duele un poco la cabeza, pero este encargo no puede esperar...

Hay que aprovechar los raros momentos en que mi madre decide comunicarse con el mundo.

—¿Qué estás cosiendo?

—Un traje de chaqueta. Ahora estoy acabando la falda. Toca, toca... ¡Menudo paño que gasta mi clienta!

Paso la mano por la tela. Nada que ver con el tosco tejido de mi pantalón.

Mi madre me mira complacida.

—¿No lo notas? Auténtico paño chéster. No tienes idea de lo que cuesta cada metro. Como para equivocarse al coser el vestido...

Le lanzo una mirada de orgullo.

—Tú no te equivocas, mamá. Eres una modista de primera.

Mi madre exhala un suspiro y se recuesta en el respaldo de la silla en la que trabaja.

—¡Uf! De algo me habían de servir las clases de corte y confección... Recuerdo cuando los chicos de la prensa nos hacían fotos por la fiesta de las modistillas... Guardaba un recorte en el que aparecía con mis compañeras del

taller de confección... Caminábamos del brazo por el barrio Gótico.

—¿Dónde lo tienes guardado?

—¡Vete a saber! Es de antes de la guerra. No tengo ni idea. Debió de acabar en la basura como tantas cosas...

—¿Como la documentación de mi padre? ¿También acabó en la basura? Nunca me has mostrado un solo papel, una fotografía...

Mi madre cambia la expresión. De la sonrisa a la cara de palo.

—¿Y tú te crees que están las cosas como para ir enseñando los documentos de un soldado de las Brigadas Internacionales?

—No, ya lo sé. Pero todo el mundo tiene un rinconcito para conservar los recuerdos... aunque sean prohibidos.

—Al acabar la guerra tu padre ya no estaba. ¿Qué ganaba yo guardando sus papeles y que un día alguien los descubriera y nos perjudicara? Después de la guerra lo principal era sobrevivir y sacarte adelante. ¡No tenías ni tres años! Y, además, mi enfermedad. ¿Crees que era conveniente para nosotros ir explicando que éramos del bando perdedor?

Cuando mi madre se pone así, es mejor no provocarle más nerviosismo.

—Solo una pregunta más, mamá. Repito lo que acabas de decir: «Tu padre ya no estaba». ¿Eso qué significa? ¿Que había muerto, había desaparecido o se había vuelto a su país?

A mi madre le brillan los ojos.

—Tu padre no estaba. Eso es lo que he dicho y eso es lo que te vuelvo a decir —responde secamente.

En la radio siguen sonando coplas. Ahora, para los trabajadores en Hamburgo, Imperio Argentina canta *Rocío*.

Me acerco al aparato y subo un poco el volumen. Miro a mi madre. Pongo mis manos sobre sus hombros.

—Es tu canción, mamá.

Ella niega con la cabeza, se siente incómoda.

—Siempre estás igual... Y esa no es mi canción, hay otras muchas que me gustan.

—Siempre la cantas...

—¿Y tú qué sabes si te pasas todo el día fuera de casa?

—Lo sé porque cuando vuelvo a esta casa entro en silencio. Te observo

concentrada cosiendo y aguardo detrás de la puerta mientras escucho esa voz tan dulce que tienes cuando quieres.

—La tendría dulce, hijo mío, si no estuviera medio renca por la enfermedad que estuvo a punto de dejarme paralítica. Menos mal que las piernas van respondiendo y puedo coser a máquina. Si no, no sé de qué viviríamos...

—Ya sé que no gano suficiente con mis trabajillos, pero el señor Moncada me ha prometido que pronto pasaré al equipo fijo de la editorial. Cada vez me encargan más entradas de la Gran Enciclopedia Popular. Y la obra va para largo. Son muchos volúmenes y no se publicará antes de tres años.

Mi madre ha recuperado la actitud afectuosa.

—A ver, hijo, dame la mano y me ayudas a levantarme. ¿Me querrás hacer un favor?

—Sí, mamá. Ya sé de qué van ese tipo de favores. Que no te vuelva a hablar de ese padre que ya no está y no te pregunte por qué cojeas...

—Sí, eso desde luego. Me refiero a otro favor más fácil de cumplir. Cuando esta noche acabe de coser el traje lo dejaré empaquetado, ¿serás tan amable de llevarlo tú a la casa de la clienta?

—Eso ni se pregunta, mamá. Claro que sí.

Mi madre se acerca al bufete del comedor y apunta una dirección en un retazo de papel cebolla.

—Ten, aquí tienes las señas. En la cocina encontrarás media tortilla de patatas que he hecho este mediodía. Yo no tengo hambre. ¡Uf!... las nueve y media. He de volver a la Singer.

Contemplo a mi madre con tristeza.

—¿Otra vez a trabajar?

Ella roza mi mejilla con su mano desmayada.

—De eso va el mundo, hijo mío. Ganarás el pan con el sudor de tu frente. Va, no me entretengas... Cena y mañana te llevas el encargo.

Después de mordisquear la tortilla, me meto en mi habitación. En la mesilla que hace las veces de escritorio reposan las revistas de Titayna, la carpeta con las notas que tomé de Promio y, ahora, los datos para la entrada de la Gran Enciclopedia sobre el caso del Straperlo.

Releo lo que he ido anotando de mis lecturas de la tarde. Es mucho texto. Mañana hablaré con el señor Moncada para que me diga cuántas líneas quiere.

Me pongo el pijama, pero el sueño se resiste. De fondo, una máquina de coser y la radio, que sigue tejiendo coplas.

La melodía mece mi duermevela. El silencio se impone a las dos de la mañana: rumor de pasos torpes. Pobre madre mía.

—No sé si me ha salido demasiado largo...

El señor Moncada me hace un siseo para que guarde silencio; arranca de mis manos el par de folios que acabo de escribir a máquina, se ajusta los anteojos y lee de pie, mientras va pasando el dedo por cada línea.

Lo observo como si yo también leyera: bajando la mirada a medida que él avanza en el texto.

Al acabar, remueve las hojas como si se hubieran de secar al aire y emite su veredicto.

—Ejem... Sí, la verdad es que le ha quedado un poco largo. Pero espere antes de escribir una versión más abreviada. He de consultar las entradas de la S y ver la compaginación. Podríamos encajarlo como está. Ya sabe que en la extensión de cada entrada hemos de mantener cierto equilibrio. No puede ser que un concepto aparentemente menor sea más extenso que otro que es más relevante. Le pondré un ejemplo: no vamos a dar más líneas al Straperlo que a Schopenhauer. ¿Me explico?

—Claro que sí. Perfectamente.

El señor Moncada se atusa la melena lacia con la mano izquierda y relee los últimos fragmentos de mi escrito.

—Ejem... Ya que estamos. Convendría añadir algo más... El escándalo del Straperlo, y luego el caso Nombela, hundió al Partido Radical que gobernaba con el apoyo de la CEDA. Como el presidente Alcalá Zamora se negó a dar la presidencia al partido de Gil Robles, porque no había proclamado fidelidad al régimen republicano, se encargó gobierno a Portela Valladares. Gil Robles no quiso colaborar y Alcalá Zamora no tuvo más remedio que disolver las Cortes: convocó las elecciones de febrero de 1936 que ganó el Frente Popular..

—¿Qué era el caso Nombela?

—Ejem... Pues otro chanchullo de Lerroux. Uno de sus amiguetes barceloneses, el naviero Tayà, de los Tayà que convirtieron *La Publicidad* en un

diario en catalán, recibió una indemnización fraudulenta por la pérdida de dos buques de su compañía en Guinea y Fernando Poo. En este país no hay manera de quitarse de encima la corrupción: ni con monarquía, ni con república, ni con Franco. Por eso recordaremos a Nombela, el funcionario que denunció el chanchullo.

—Fueron años muy agitados —comento.

—Ejem... ¡Y que lo diga! Los anarquistas haciendo gimnasia revolucionaria, Largo Caballero en plan bolchevique, los militares conspirando y los separatistas separándose. Dígamelo a mí que acababa de hacer el servicio militar. Estuve con el general Batet cuando sofocó la payasada del 6 de octubre a cargo de Companys, Dencàs y los hermanos Badia...

—¿Badia ha dicho? En los papeles de Promio leí que Companys se negó a recibir a Strauss, pero que Badia estuvo presente en una de las demostraciones del invento en el hotel Terramar...

—Ejem... Algo se dijo. Como no pudo engatusar a Companys, Strauss invitó a Badia y lo dejó ganar nada menos que tres mil pesetas. El capitoste de Estat Català, conocido como «Capità Collons», se creyó un as de la ruleta y recomendó su autorización al jefe superior de policía, señor Coll y Llach, otro funcionario honrado. Este informó a Companys y, justo es decirlo, el presidente de la Generalidad ratificó su negativa a autorizar el juego. Los hermanos Badia eran el azote de los obreros: si las paredes de la comisaría de vía Layetana hablaran...

—¿Y qué fue de Uzkudun?

—Ejem... Estaba muy cascado cuando se enfrentó a Schmeling... Se encontraron una vez más en Berlín, y Schmeling ganó por puntos. El vasco colgó los guantes en diciembre de 1935, con treinta y seis años, pero lo hizo a lo grande combatiendo en el Madison Square Garden contra nada menos que Joe Louis, el bombardero de Detroit: fue la única vez que le derrotaron por KO, tras agotarse la cuenta de siete. Schmeling demostró ser una bellísima persona, todavía vive: salvó judíos del Holocausto y mantiene una gran amistad con Joe Louis.

—Señor Moncada, ¿usted frecuentaba los cabarés del Paralelo y el barrio chino?

—Ejem, ejem... Ya estamos preguntando demasiado, jovencito. Uno no es un

monje y cuando se es joven... ¡Claro que iba cuando podía!

—¿Y fue alguna vez a La Criolla o la Bodega Andaluza? Allí un tal Alphonse Teufel dirigía una orquestina de señoritas...

—¡No me hable de La Criolla! La visité una vez con unos compañeros de la universidad y cuando fui al urinario me topé con un señor que ponía el culo en pompa y parecía indicarme con la mano hacia dónde había de dirigir mi aparato genital... ¡Aquellas nalgas peludas y rosadas no se me olvidarán en la vida! Por descontado que no volví a pisar el local. ¿Y qué otro local me decía?

—La Bodega Andaluza...

—Ejem, ejem... ¿Bodega Andaluza?

—Allí actuaba una vedete, René Martel.

Moncada se acaricia la barbilla. Los ojos revolotean en las lentes como palomitas de maíz.

—Ejem... Algo oí de esa cantante. Tenía nombre francés, pero me parece que era una francesa... pero del Paralelo. La recuerdo tal vez de algún cartel publicitario. Creo que se retiró porque estaba embarazada. Luego, al estallar la guerra, ya no se supo más de ella. Una lástima, porque tenía una voz preciosa. Parecía ser una artista de vocación y nunca quiso dedicarse al alterne. Tenía buen repertorio de canción española y versiones de Chevalier. Me parece que se enamoró de alguien que no le correspondió y eso aceleró su retiro, pero eso es pura especulación a la que un probo enciclopedista no debe dar pábulo.

Quedo bastante sorprendido de la locuacidad del señor Moncada en un asunto asociado con la vida alegre.

—Tiene usted buena memoria —le digo con la intención de complacerlo—. ¿Y de Teufel, qué me cuenta? Aparece citado en un libro sobre el arte moderno que escribió Promio; era director musical de La Criolla y dirigía la orquestina que actuó en el Terramar de Sitges cuando se presentó el combate de Uzkudun y Schmeling.

—Ejem, ejem, ejem... Bueno, jovencito, ya está bien por hoy de investigaciones. Si yo fuera la Gran Enciclopedia Popular no haría falta que le encargase entradas a todo quisque. Póngase a repasar su artículo del Straperlo: añádale algo de lo que le he comentado sobre la caída del gobierno radical y luego lo deja en la bandeja del maquetista apuntando previamente «letra S» en la parte superior izquierda. ¡Andando!

Después de dejar mi entrada de Straperlo en el lugar indicado, regreso a mi mesa donde reposa, envuelto en papel marrón, el traje de chaqueta que mi madre me ha entregado esta mañana para llevarlo a su clienta.

Antes de salir, veo entrar a uno de los colaboradores pertrechado con un paraguas.

—¿Está lloviendo? —le pregunto.

—¡Todavía no, pero debe de faltar poco! —me advierte.

Echo el ojo a la nota que me ha dejado mi madre prendida de un alfiler en el paquete que envuelve el traje de chaqueta.

«Srta. Marta de Queralt, calle Ausias March, 22.»

En la esquina de Aragón y el apeadero de paseo de Gracia percibo el primer goterón de agua sobre mi cabeza. La mala conciencia se aposenta en mi mente. Mi madre me dijo que, a ser posible, entregara el traje a primeras horas de la mañana, pero la conversación con el señor Moncada y mi desbordado interés en acabar la entrada para conocer su opinión hizo que olvidara el encargo.

El chasquido de las gotas en el paquete, cada vez más persistentes, me obliga a buscar un taxi a la desesperada mientras avanzo a paso rápido hasta alcanzar la vía Layetana.

Camino y vuelvo una y otra vez la mirada atrás en busca de ese taxi salvador, pero cuando atisbo el color amarillo en la cortina acuosa, resulta que el vehículo ya está ocupado.

Sigo caminando, casi corriendo, empapado y con el paquete del traje bajo la chaqueta. Las placas de las calles con sus letras confundidas entre el hollín se me antojan estaciones de un viaje interminable. Esas travesías que en condiciones normales uno cubre en poco tiempo son ahora larguísimos tramos repletos de charcos. El agua penetra en mis zapatos, empapa los calcetines, y la humedad asciende por las pantorrillas.

Ya en la plaza de Urquinaona, me desvío por la calle Ausias March. Intento animarme: ya queda poco.

La lluvia es una auténtica tormenta que ya no me afecta porque estoy calado hasta los huesos. Un edificio modernista con un portalón de caoba resulta ser la

dirección indicada. Me paso el paquete del traje a la mano izquierda y con la derecha repico en el picaporte dorado.

Una criada abre con cara de espanto. Debe pensar que soy un mendigo.

—¿Qué desea?

—Vengo a entregar el traje de chaqueta de la señorita...

Bajo la mirada a la nota del paquete con las letras desleídas.

—Señorita Marta de Queralt.

—¡Virgen santa! ¡Cómo se ha puesto! ¡Pase, pase!

La criada me señala una pequeña alfombra para que me seque las suelas de los zapatos.

—Aguarde aquí, la señorita Marta baja enseguida.

Penetro en un saloncito con infinidad de cuadros en las paredes. Un gigantesco espejo ovalado me pone en contacto con la triste realidad: cabellos despeinados que se deslizan sobre la frente como las hojas de un sauce llorón; chaqueta y pantalones calados... Y lo que es peor: el paquete del traje, como una bayeta, pende sobre el improvisado colgador de mi brazo.

A través de las lentes perladas por la lluvia, las lágrimas de cristal de la gigantesca lámpara que cuelga del techo artesonado se confunden con las gotas de agua de las lentes que intento secar con el pañuelo mojado. El resultado es todavía peor: una lámina gris dificulta todavía más la visión.

Ensimismado en la limpieza de los cristales, no me percaté de que la señorita Marta ha hecho ya acto de presencia.

—Señor...

Me coloco las lentes de forma tan precipitada que una de las varillas no encaja en mi oreja y quedan descolgadas de forma oblicua sobre la nariz.

La chica sonrío.

—Me parece que no se las ha puesto bien. Ya veo que tiene las manos ocupadas. Puede dejar el paquete sobre la mesilla.

—Disculpe... Al poco de salir en dirección a esta casa, me sorprendió la tormenta.

Marta no dice nada. Parece absorta mirando no sé qué.

Se acerca y con la mano sitúa la varilla de las lentes sobre la oreja.

—Así, ahora las lleva bien puestas... Tome asiento, hombre.

Me siento en una especie de diván acolchado con una tela de flores de lis.

El paquete-bayeta reposa sobre la mesa. Lo miro de reojo y me parece una caja de Pandora; cuando lo abra su destinataria desatará todos los males.

Marta sigue inmóvil, como si tampoco se atreviera a desenvolver el paquete.

—Ahí tiene el traje. Mi madre me dijo que corría cierta prisa.

—La señora Aurelia cose muy bien... Le encargo todos mis vestidos.

La conversación me anima un poco, pero es una alegría efímera que se esfumará cuando la clienta vea su traje hecho una piltrafa.

Marta se acerca a la mesa y cuando empieza a desenvolver el papel, este se hace trizas entre sus dedos. Yo espero un alarido de horror, pero la reacción de la muchacha es sorprendentemente serena.

—Vaya... La lluvia se ensañó con mi traje.

Mis excusas se deslizan con un tono doliente.

—La culpa es mía, señorita, si hubiera llevado paraguas, si no me hubiera retrasado en traerle su encargo a primera hora de la mañana... Todo esto no habría sucedido. Cuando se lo diga a mi madre...

Marta inspecciona el traje. Levanta la chaqueta deslavazada por la mojadura y la sostiene en el aire. Yo me temo lo peor. Ahora se volverá hacia mí y exclamará a voz en grito que no piensa pagar un céntimo por este desastre y que devuelva la mercancía a la modista. Pasan los segundos mientras sigue inspeccionando los maltrechos pliegues de la chaqueta que acaba depositando sobre la mesa.

Ya no sé dónde posar mi deteriorada visión. La cortina de vaho de los lentes propaga la imagen de un mal sueño. Cada cuadro de la pared es una pincelada sin sentido y el conjunto compone un extraño lienzo de caótico cromatismo.

Marta observa ahora la falda del traje. La tiene extendida sobre la mesa y con los dedos despega fragmentos de papel adheridos sobre el paño.

—Bueno... Qué le vamos a hacer. Dígale a Aurelia que las hechuras son perfectas y que la felicito...

Yo levanto la vista. Me mantengo todavía a la espera de un hiriente sarcasmo.

—Pero el traje se ha mojado...

Marta sonrío.

—Eso tiene arreglo si se cuenta con una buena planchadora. ¡Herminia!

Al momento comparece la sirvienta que me abrió la puerta.

—Usted dirá, señorita.

Marta le muestra el traje.

—¿Usted cree que podemos solucionar la mojadura?

La criada se acerca a la mesa y palpa la tela. Me sigo temiendo lo peor.

—¡Menudo paño inglés, señorita! ¡Este resiste lo que le echen, aunque sea el diluvio! ¡Con una doble ración de planchado, lo estrena usted!

Marta me dedica una sonrisa.

—Herminia es una joya... como Aurelia. Espere un momento. Tome este pañuelo y límpiense las lentes.

Agarro el pañuelo, que lleva bordadas las iniciales MdQ. Al desplegarlo percibo un aroma de lavanda. Los cristales de las gafas vuelven a brindarme una visión diáfana.

Al poco rato vuelve Herminia y me alarga un sobre verde.

—Aquí tiene el pago del traje de chaqueta. Gracias por todo. Dé muchos recuerdos a la señora Aurelia de parte de la señorita.

Herminia me acompaña a la salida. La lluvia ya va a menos y el cielo plomizo empieza a desgajarse en retazos de azul.

La criada me entrega un paraguas.

—Tenga, por si acaso. ¡Otra mojadura y pilla usted una pulmonía!

Llevo el pañuelo de Marta en el bolsillo.

—Pero...

Herminia zanja la conversación.

—Buenos días, señor. Ya nos lo devolverá cuando traiga otro encargo.

Abro la puerta de casa y me topo con mi madre que atraviesa renqueante el pasillo.

—Sí que has tardado. Tienes patatas y judía tierna en la mesa. ¿Has entregado el traje de chaqueta? ¡Menudo chaparrón! Veo que no te has librado —me dice pasando la mano por la solapa de la americana—. ¡Cámbiate de ropa enseguida! ¿Te han pagado?

Le entrego el sobre que mi madre abre con rapidez. Me dedica una sonrisa.

—La señorita Marta da gusto. Paga bien y sin hacerte esperar. ¿Qué te ha dicho del traje? ¿Se lo ha probado?

Ver feliz a mi madre es una ocasión única; no quiero estropear el momento diciéndole que el traje llegó hecho una bayeta y que ahora lo deben estar planchando.

—Sí, sí...

—¿Sí, sí, qué? ¿Te hizo alguna observación?

Intento desviar la conversación.

—¡Aunque sea patata y judía tierna! ¡Me muero de hambre!

En realidad, no tengo nada de apetito, pero si me pongo a comer no habré de hablar y dar explicaciones embarazosas.

Pero mi madre no se deja engatusar fácilmente.

—Eres la caraba. Siempre andas preguntándome cosas y te enfadas porque no te contesto y ahora haces lo mismo... ¿Es tan complicado decir qué le ha parecido el traje a mi mejor clienta?

—Claro que no, mamá. Ha dicho que tiene muy buenas hechuras y que eres una joya.

Mi madre parece conforme con la explicación y eso me da confianza.

—Por cierto... ¿Desde cuándo es tu mejor clienta? No me habías hablado de ella.

—¿Ves? ¡Ya estás preguntando! —contesta ella con tono bromista.

—No creo que sea tan difícil responder a este tipo de preguntas...

—Conocí a sus padres hace mucho tiempo. Luego vino la guerra, la Revolución, la derrota y los Queralt me sacaron del atolladero. Tú tenías dos años y pico y yo necesitaba trabajar. Tu padre ya no estaba.

—¿Y de qué los conocías?

—Les gustaba mucho el arte y tu padre hacía sus pinitos pictóricos. Habíamos coincidido en alguna exposición cuando la República. Por aquellos tiempos yo quería montar un taller de costura de cierta categoría y contratar varias modistas a mi servicio. Pero con la maldita política y la guerra todo se quedó en un proyecto.

—¿Y ellos en qué bando estaban?

—Si has estado en su casa puedes suponerlo. Eran burgueses, catalanistas católicos que apoyaron la República por lo del Estatuto y luego vieron que la cosa se desmandaba: que se quemaban iglesias, que se colectivizaban las fábricas de su propiedad.

—¿Y qué decía mi padre de todo eso?

—Al ser extranjero tu padre no se metió en política... en principio. Luego, con la sublevación militar, se alistó en las Brigadas Internacionales... ¿Ves lo que te digo? ¡Ya estoy hablando demasiado!

Mi madre se está poniendo a la defensiva; siguiendo el consejo de los buenos reporteros, desvió la conversación a temas más banales para que no acabe de blindar sus respuestas.

—¿Y cómo puedes coser un traje de chaqueta sin probarlo? Tú no te mueves de este cuarto...

—La señorita Marta pasó por aquí, le tomé medidas para los patrones y Herminia, su criada, que sabe algo de modista, también ayuda.

—¿La familia Queralt siempre ha vivido en la casa de Ausias March?

Mi madre se queda pensativa. Como si valorara seguir respondiendo a mis preguntas.

—Acaba el plato, ya hablaremos en otro momento.

—¡Si ya estoy! Ahora me como una naranja de postre y arreglado.

Engullo el último trozo de patata, empiezo a pelar la fruta y consigo mantener el hilo de la conversación.

—Sí, esa es la casa familiar.

—¿Y qué hicieron en el 36 con ese palacete tan lujoso?

—No. Como tantos burgueses catalanes, los Queralt huyeron en barco a Génova y luego pasaron de allí a San Sebastián.

—¿Y nadie se metió en su casa? ¿Los anarquistas? ¿Los comunistas?

—Sí, alguien hubo. Gente del pueblo que ocupó la casa para que no la destruyeran. Cuando ellos volvieron la encontraron como la habían dejado.

—Le debían estar agradecidos...

—De bien nacido es ser agradecido. Y los Queralt lo demostraron. A diferencia de otra gente del bando vencedor que denunciaron a muchos infelices para que los fusilaran. Una guerra entre compatriotas es un semillero de odios.

—¿Tú y papá ayudasteis a los Queralt?

A mi madre se le habían humedecido los ojos.

—¿Y a qué viene eso? Los conocíamos de hacía años. No les deseábamos ningún mal.

—Pero si tú cosías para ellos, lo normal es que los ayudaras en una situación límite como aquella.

—¡Claro que los ayudé! ¡Mucho! ¡Si yo...!

Como es habitual, mi madre corta en seco la explicación... La miro a los ojos.

—Ibas a decir «si yo te contara», ¿verdad? Ya va siendo hora de que me cuentes algo de vosotros. De ti y, sobre todo, de mi padre.

Me acerco y estrecho a mi madre entre mis brazos. Está llorando.

—No se puede vivir así, mamá. ¿No te das cuenta? No es bueno para ti y a mí me condena a deambular como un ciego sin saber de dónde vengo...

Mi madre intenta en vano secarse las lágrimas. Rebusca en el delantal alguno de los pañuelos que se cose con retales de ropa. Sus manos se remueven nerviosas. Saco de mi bolsillo el pañuelo de la señorita Marta y se lo paso con suavidad por los ojos.

—Ya está, mamá... No te preocupes.

El perfume y la delicada textura del pañuelo llaman su atención.

—¿Qué bien huele? ¿Ese pañuelo es tuyo?

Me siento sorprendido. El pañuelo reposa en la palma de mi mano.

—Es de...

Mi madre observa el bordado: MdQ.

—¡Es de la señorita Marta! ¡Ese pañuelo se lo bordé yo!

—Llevaba las lentes mojadas y me lo dejó para que me limpiara. Su criada también me prestó el paraguas. Ya se los devolveré un día de estos...

Con el pañuelo de Marta en el bolsillo y paraguas en mano —hace un sol radiante y los transeúntes deben tomarme por un majareta— vuelvo a llamar a la puerta de Ausias March, 22.

—¡No hacía falta que nos lo devolviera al día siguiente! —exclama Herminia con una sonrisa en los labios—. De todas formas, nos irá bien que haya venido...

Me vuelvo a temer lo peor... La imagen de la tela hecha una bayeta ha torturado mis sueños.

—¿Ha quedado bien el traje de chaqueta?

—He tenido que repasarlo tres veces con la plancha, pero sí. La señorita ya se lo ha probado esta mañana y habría que acortar un poquito las mangas. Como usted está aquí se lo podrá llevar a Aurelia para que lo ajuste. Por lo demás, le queda como un guante.

Se escucha una voz al fondo del corredor.

—¡Herminia! ¿Puedes venir un momento?

La criada informa de mi presencia.

—Señorita, es el hijo de la modista...

—¡Dile que ahora salgo!

—Ya lo ha oído —me comunica Herminia—. Ahora sale. Si es tan amable de esperar un momento...

Es lo mejor que me podían decir. La criada me señala el diván del saloncito.

—¡Y tanto! ¡Claro que sí!

Con la vista más clara que en mi primera visita, paseo la mirada por los cuadros que copan las paredes. Abundan las miniaturas, firmadas con las mismas iniciales del pañuelo: MdQ.

—¿Es aficionado a la pintura?

Marta acaba de entrar.

—Hace unos días estaba leyendo cosas sobre Kandinski...

—Entonces... ¿Le gusta el arte abstracto?

—Depende de las obras. Lo de Kandinski no es una iniciativa personal, sino un encargo. Trabajo en la Gran Enciclopedia Popular que edita Montaner y Simón. Como soy el más joven, me quedo con las entradas que nadie quiere.

Marta pone cara de extrañeza.

—Pues Kandinski es un pintor fundamental del arte del siglo xx... No es precisamente un desconocido.

—Bueno, sí, pero los más veteranos prefieren escribir de lo que más les apetece y supongo que les interesa más el arte realista.

Marta me invita a sentarme.

—¿Tiene prisa? ¿Le apetece un café?

Me siento halagado. Libre de mis «responsabilidades» en la mojadura del traje de chaqueta.

—Herminia me ha comentado que hay que acortar las mangas de su vestido...

Ahora Marta sonrío, confiada.

—¿Ya se lo ha dicho? Es un arreglo muy sencillo. Para no molestar a su madre estuve a punto de decirle que lo hiciera ella, pero mejor que lo haga la persona que lo diseñó y confeccionó no sea que Herminia estropee alguna costura. Aurelia podría haber trabajado con los mejores modistos. Con un Balenciaga, un Pedro Rodríguez... Si ella quisiera...

—Desde que tuvo el accidente se ha encerrado en sí misma —añado.

Marta deja ir un suspiro.

—La última vez que hablé con ella me dijo que ya trabajaba como antes...

—Si ella no trabajara no podríamos salir adelante. Con mis colaboraciones editoriales intento, como mínimo, no ser una carga.

Me arrepiento del último comentario. La señorita Queralt pensará que pretendo darle pena o que insinúo que necesitamos una ayuda económica.

—Por lo menos usted tiene todavía a su madre. Yo me quedé sin ella al poco de acabar la guerra.

—Lo siento, no lo sabía...

—No pudo superar el trauma del 36 y aunque conseguimos salir de la zona roja cayó en una melancolía de la que ya no se pudo reponer. Luego vino aquella estúpida gripe del 42 y ese lento dejarse llevar hacia la muerte. Pidió trasladarse

a una habitación individual y luego dejó de comer. Un día Herminia observó una fila de hormigas en un rincón de la alcoba, bajo la cómoda: eran de los restos de comida que mi madre había ido ocultando para que no la regañasen. La desnutrición fue letal: como siempre había estado delicada del corazón, llegó un día en que se le paró el pulso y ya no se despertó.

—¿Y cómo se lo tomó su padre?

—Lo tenemos en la buhardilla, confinado en su despacho, acompañado de centenares de libros con los que huir de la realidad y dedicado a sus cosas.

—Ahora puedo entender un poco el mutismo de mi madre. Además de los caídos en combate o víctimas de venganzas personales, nuestra guerra ha dejado muchos muertos vivientes.

—Por eso mismo. Procure no enojarse con Aurelia, ella tiene sus razones —matiza Marta.

—Estamos rodeados de efigies silenciosas. Su padre, mi madre... Incluso el señor Moncada, que es mi jefe de redacción en la Gran Enciclopedia Popular, se muestra reacio a dar explicaciones sobre la guerra.

La conversación se interrumpe por la aparición de Herminia.

—Les traía un par de tazas de café.

La criada tiende el vestido plegado en el respaldo de una de las sillas.

—Aquí le dejo el traje de chaqueta para que se lo entregue a Aurelia.

Marta se adelanta a verter la cafetera en las tazas.

—¡Gracias, Herminia! ¿Un terrón o dos?

—Lo tomo sin azúcar... ¡No querría abusar de su hospitalidad! —La disculpa enmascara mi alegría por cada minuto que paso en esta casa.

Marta toma un sorbo de café.

—¡Está ardiendo! Vaya con cuidado no se queme. Espere, que quiero mostrarle uno de mis cuadros. Como es pequeñito es fácil de enseñar. Ahora vuelvo...

Mientras mi anfitriona retorna con la pintura de marras, repaso in mente algunas cuestiones que me interesa conocer...

A los dos minutos, Marta regresa con el cuadro entre manos. Lo apoya en el sillón orejero.

—¿Qué le parece?

Me quedo sorprendido...

—Me parece... que es un poco cubista. Puestos a provocar diría que cultiva el estilo Kandinski.

Marta vuelve a regalarme con una de sus sonrisas.

—Ayer lo terminé. Usted es la primera persona que lo ve. A mi profesor de pintura le horrorizará. Detesta la abstracción... ¿Conoce a Adrián Esteva? Un día se lo presentaré... ¡Pero no le hable de Kandinski porque nos mata!

Al poco de entrar en el regio edificio de Montaner y Simón, el señor Moncada me hace señas para que lo acompañe a su despacho. Viendo sus ojos, que parecen bolitas de la ruleta Straperlo, intuyo que tiene algo interesante que contarme.

—Ejem... Estuve dando vueltas a nuestra conversación del otro día.

—¿En qué sentido?

—Aquellas preguntas tuyas sobre asuntos de antes de la guerra. Entre los colaboradores de la Gran Enciclopedia Popular tenemos la suerte de contar con Luys Santamarina, director de *Solidaridad Nacional* y camisa vieja...

Al escuchar tales referencias no puedo evitar un gesto de desagrado.

—¿Y qué tiene que ver ese señor con mis preguntas?

—Ejem... joven. Ejem... El camarada Santamarina es un héroe de guerra de verdad. Gracias a sus avales, muchos republicanos salvaron la piel y pudieron reincorporarse a sus trabajos. Además, es una persona de cultura, dedicado a la traducción, la literatura y la divulgación de nuestros clásicos.

El señor Moncada habla de carrerilla, como si leyera una entrada de la Gran Enciclopedia. Se dirige a la librería que tiene detrás del escritorio y arranca uno de los apretados volúmenes para dejarlo caer sobre la mesa.

—¿Le suena esta novela?

Bajo la mirada y leo el título en letras doradas.

Un mundo feliz, Aldous Huxley. Luis Miracle, editor, 1935.

Suavizo mi expresión desconfiada.

—¡Claro que me suena, señor Moncada! ¿Cómo no? ¡Huxley es uno de mis autores predilectos!

Moncada abre el libro y pone el dedo sobre la primera página.

—Ejem... Siga leyendo, jovencito...

—Traducción directa del inglés por Luys Santamarina.

—¿Qué le parece? El primer traductor en español de la obra de Huxley...

Amigo del escritor republicano Max Aub y del editor José Janés...

El torrente erudito del señor Moncada me parece muy bien, pero no alcanzo a saber qué papel desempeña ese «héroe de guerra» en mis investigaciones.

—Ejem... No estaría de más, jovencito, que hiciera una visita al camarada Santamarina.

—¿Al objeto de qué?

El señor Moncada sonrío.

—Le hablé de usted y sus pesquisas sobre el escándalo del Straperlo... Lo de ese tal Promio que apareció mezclado con las fichas del Promio cinematógrafo.

—¿Y qué le contestó... el camarada Santamarina? —empiezo a entrenarme para el tratamiento.

—Que lo conoció.

La cosa empieza a cobrar cierto suspense.

—¿Y qué más le dijo? —insisto con evidente expectación.

—Ejem... ¡Supongo que no pretenderá que le haya preparado un resumen de lo que me dijo! Ese trabajo se lo dejo a usted... Si es que realmente le interesa. Santamarina está completando unas entradas que nos ha de entregar en breve: José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, Ramiro de Maeztu y...

El señor Moncada se queda pensativo como si le faltara algún nombre.

—Y Francisco Franco, supongo —remato con malicia.

—No, de Franco ya se encargó otro colaborador —me corrige Moncada—. ¡Ah! Y el marqués de Santillana, Baltasar Gracián, Robert Louis Stevenson y, por supuesto, Aldous Huxley.

La segunda parte de la lista reafirma la categoría literaria del falangista.

—Cuando tenga listos esos artículos me telefonará y usted irá a recoger las cuartillas. Será una buena ocasión para que lo conozca y le pregunte todo eso que tanto le inquieta —añade Moncada ajustándose las lentes.

—¿Y dónde vive... el camarada Santamarina?

—Además de director de la Soli, dirige también el Ateneo Barcelonés... Pero lo mejor es que lo vaya a ver a la Soli.

—Veo que cargos no le faltan...

Mi ironía no hace gracia al señor Moncada.

—Ejem... Ejem... Desde que entró a trabajar aquí se ha vuelto usted un poco

gallito. No se equivoque, jovencito. El camarada Santamarina ganó la guerra, pero fue generoso en la victoria. Gracias a su amor por la cultura, muchos libros de la biblioteca del Ateneo se salvaron de la quema. Y, como ya le dije, dio la cara por periodistas republicanos que ahora pueden escribir... En la prensa del Movimiento, claro.

Las pupilas del señor Moncada son como bólidos dando interminables vueltas en un imaginario circuito ocular. Un golpe en la mesa desarticula cualquier otro comentario malicioso.

—Yo era republicano de Lerroux, que era un tarambana, pero que en aquel momento histórico pudo representar la moderación... Usted no sabe lo que fueron los odios del 36. Ya lo sabrá a su debido tiempo. Si no fuera por el amigo Luys, tampoco yo estaría aquí...

El señor Moncada ha fijado su mirada en mi persona, como si las diminutas venillas hubieran atenazado las pupilas, ahora inmóviles.

—Ya le advertiré de la entrega del camarada Santamarina. Puede volver a su trabajo.

—No sabe lo que le agradezco, señor Moncada...

—No tiene importancia, jovencito. Vaya, vaya... —dice agitando la mano con energía.

Al salir del despacho del señor Moncada me lanzo sobre el fichero de la Gran Enciclopedia Popular.

—A ver, a ver, Santamarina, Luys. ¡Aquí está! Nació en Colindres en 1898; estudió bachillerato en Santander y Derecho en Oviedo; dejó los estudios, se dice que pasó por el Tercio, al que dedicó un libro que fue censurado por su extrema violencia. En 1932 fundó la revista *Azor* con Max Aub y Félix Ros, participó en las tertulias de La Ballena Alegre donde conoció a José Antonio Primo de Rivera. Jefe de la centuria catalana de Falange, por activismo en la Quinta Columna fue condenado a tres penas de muerte entre 1936 y 1938. Director del Ateneo Barcelonés y del diario *Solidaridad Nacional*, consejero nacional del Movimiento... Traductor, escritor, memorialista...

Me sorprende que la ficha acabe ahí. Siendo Santamarina un avalista de esta Gran Enciclopedia Popular sería lógico que la entrada fuera más extensa y admirativa... Tengo ganas de conocer al personaje.

—Aquí tienes la chaqueta con el arreglo de las mangas. Espero que le caiga bien a la señorita Marta.

El despertador marca las seis de la mañana y ya se escucha el atareado rumor de la Singer. Por un lado, eso me alegra, aunque me despierta antes de tiempo; quiere decir que mi madre ha recuperado las ganas de luchar y que su maltrecha pierna responde a esa convicción; por otro, me entristece que tenga que trabajar tantas horas para asegurar nuestra supervivencia.

—Se lo llevaré esta misma mañana. Hoy no iré a la editorial hasta la tarde — le contesto.

A mi madre se le ilumina el semblante. Toma la chaqueta del colgador y la pliega sobre la cama mientras acaricia el paño con mimo.

Si supiera lo de la mojadura, pienso. Herminia ha demostrado que es una planchadora profesional. El pensamiento me empuja a mirar por la ventana: por fortuna, el cielo aparece libre de nubes.

Una hora más tarde estoy plantado ante la puerta de caoba de Ausias March, 22. Le doy al picaporte, pero nadie abre. Vuelvo a insistir, dos veces más. Tomo distancia de la entrada y escudriño la tribuna de piedra en la que se aprecia una luz encendida...

Ese tiempo de espera me permite observar con detenimiento cuatro caras que me intrigan. Las dos laterales, a ambos lados del portal, se asemejan a ninfas aureoladas de flores, hojarasca y frutos. La escultura que preside el arco de piedra sobre el portal, como si sostuviera la tribuna, representa una pareja de jóvenes: él le ofrece un ramo de flores y ella, de trazas prerrafaelitas y expresión soñadora, tiende la mano para recibir el presente.

Al contemplar la disposición de las cuatro figuras y si las interpretamos en conjunto, podría deducirse que la ninfa del centro —la que recibe flores vestida con túnica turgente bajo la que apuntan unos pechos generosos— es la vencedora del amor; la que está a su izquierda presenta un rictus de tristeza:

perdedora en la batalla romántica. La de la derecha, también derrotada, exhibe una expresión más propia de los celos, como si la acaramelada pareja del centro despertara su envidia.

Mis elucubraciones se interrumpen de forma abrupta. Un hombre mayor de luenga barba blanca acaba de abrir el portón. Lo veo salir a la calle mirando a ambos lados.

—Disculpe, señor, buenos días. Pensaba que no había nadie en casa.

El hombre vuelve la cabeza. Me acerco.

—Traía este traje para la señorita Marta... de parte de Aurelia, la modista.

El viejo cambia la expresión desorientada por una sonrisa.

—Aurelia... claro. ¿Cómo se encuentra? ¿Usted es su hijo?

—Sí, señor. Estuve el otro día con la señorita Marta y me encargó un pequeño arreglo de las mangas.

—Andrés de Queralt. —Me encaja la mano—. Pase, por favor... ya le he hecho esperar bastante. Ando todo el día metido en el despacho con mis papeles y soy duro de oído. Mi hija debe de estar en la clase de arte, y Herminia no sé dónde para porque debería estar aquí.

—Bueno, pues aquí le dejo el traje. Dé recuerdos a la señorita de mi parte.

El viejo se ha quedado inmóvil en el recibidor y yo no sé qué añadir.

—Mientras esperaba he podido observar las esculturas de la fachada... Son de una gran belleza —digo por decir algo.

El padre de Marta parece revivir con mi comentario.

—La gente que viene por aquí siempre subraya ese detalle. Este edificio se construyó hacia 1906 y se cree que el autor del proyecto fue un arquitecto poco conocido, Roc Cot, aunque no hay una documentación que lo certifique.

En el reloj de pared suenan las once. Al poco, un rumor de cerradura da paso a la criada cargada con unos paquetes.

Herminia se muestra un tanto apurada al ver al señor de la casa en el recibidor.

—Buenos días, don Andrés. Me he retrasado porque la señorita Marta me encargó recoger estas telas y pinceles en Casa Piera.

—Esta hija mía con sus aficiones artísticas... ¡A ver cuándo nos sorprenderá con una obra maestra! —bromea el señor Queralt.

—Aquí le he dejado el traje con el arreglo de las mangas —añado.

Herminia recoge el paquete.

—Gracias, joven. Ya son las once... La señorita estará al llegar. Si quiere esperarla —me dice con una mirada amable.

Animado por tanto movimiento, el señor Queralt apoya la proposición de la criada.

—Eso, joven, si no tiene prisa, siéntese un rato y, si le interesa la arquitectura, le cuento cuatro cosas de este edificio.

El calor con que me reciben en esta casa me infunde confianza. Los silencios de mi madre siempre me han llenado de inseguridad, como si fuera culpable de algo.

El señor Queralt me hace señas para que lo siga.

—Venga, que le enseñaré el techo del salón principal. En sus primeros tiempos esto era un almacén de tejidos de mi familia; dicho sea de paso, una actividad muy habitual en estos barrios.

Levanto la cabeza y contemplo los techos pintados con suaves tonalidades y rodeados de molduras: una ninfa asomada a un imaginario balcón nos sonrío mientras cuida las flores en una baranda pintada.

—¿Qué le parece? Siempre que estoy debajo pienso que me caerán pétalos... ¡Está tan bien pintada!

En la escalera que comunica la planta baja con el primer piso, un gran ventanal de vidrios plomados y multicolores reproduce la imagen de un flamenco rosado con el fondo de un lago y un horizonte de cipreses... Al pie de la escalera, adosado a la pared, se ve la imagen de un santo con un niño entre brazos...

—Es san Francisco de Asís —susurra el padre de Marta—. Toque la parte de los pies...

Al pasar la mano percibo que el material es más áspero, no es el mismo que el resto de la imagen.

—En el 36 le propinaron unos cuantos mazazos... Se restauró con estuco. Un buen trabajo. El original era de mármol de Carrara, pero ahora no estamos para esas sutilezas. Bastante se hizo con recomponer la maltrecha figura.

El señor Queralt pasa la mano por algunas grietas.

—Apenas se notan, el pobre Francisco estaba muy resquebrajado.

Unas voces que vienen del piso de abajo interrumpen nuestra conversación.

Es Marta.

—¿Estáis arriba? ¡Ahora subo!

El señor Queralt me da un toque en el brazo.

—¡Baje, baje! Ya tenemos aquí a mi hija. En esta casa pasaron muchas cosas...

La última frase del señor Queralt ha quedado en el aire cuando me vuelvo a encontrar con Marta. Recuerdo que llevo el pañuelo en el bolsillo para devolvérselo.

—Herminia me ha dicho que cuando llegaste te abrió mi padre. Le había ordenado unos encargos pensando que él dormiría hasta el mediodía.

—Quizá era demasiado pronto. Como el otro día me presenté con el traje de chaqueta mojado y hoy hacía bueno he querido entregárselo a primera hora... no fuera que cambiara el tiempo.

Marta sonríe y señala el ventanal multicolor.

—Hoy tenemos un sol radiante. Solo hay que ver el plumaje de nuestro flamenco... ¡Está de un rosa subido! Celebro que hayas encontrado a mi padre un poco más animado.

El tuteo de Marta me anima.

—Sí... Me ha explicado cosas de la casa.

—¿Qué cosas?

—De su construcción, de las pinturas, del san Francisco que destrozaron en el 36... Me han llamado mucho la atención la escultura de la pareja y los bustos de las mujeres de la entrada. Al llegar he tocado varias veces hasta que su padre ha bajado.

—Es posible. Siempre está confinado en el piso de arriba y no anda muy bien del oído.

—Mientras esperaba iba cavilando sobre qué pudo inspirar esas esculturas...

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —pregunta Marta expectante.

—No creo que tenga mayor importancia... He visto una pareja de enamorados en el centro y dos mujeres, una a cada lado: parece como si hubieran sido excluidas de ese amor.

—¿Despechadas?

—Algo así.

Marta se acerca y pone sus manos en mis hombros.

—Mi madre decía que esa escultura le recordaba algo que ella había vivido.

—¿En qué sentido?

—Siempre he supuesto que debía referirse a algún amor que no tuvo un final feliz. No sé si Aurelia te ha contado alguna cosa al respecto...

—¿Qué me había de contar?

—De su época en la Bodega Andaluza, cuando cosía para la orquesta de señoritas...

—Pues no, la verdad. Desde que tengo uso de razón, mi madre me ha castigado con su silencio. No sé cómo debía ser antes de la guerra, pero conmigo es una tumba.

—Antes de casarse con mi padre, mi madre era cantante. Conoció a Raquel Meller en los años más triunfales de la cupletista. La Meller era una estrella internacional que copaba todas las portadas de las revistas de Europa y América. Gracias a su apoyo, mi madre pudo fundar la orquesta de señoritas.

—¿Orquesta de señoritas?

—Sí. Aquí era una novedad.

Marta mira al vacío y con las manos dibuja un imaginario cartel en el aire.

—Me imagino los teatros con letras grandes y luminosas: «René Martel y su orquestina de señoritas». Tuvo varias temporadas con mucho éxito de taquilla: la Bodega Andaluza, el Edén Concert, el Olympia...

Martel... la mujer del exlibris, repito para mis adentros. La irrupción de ese nombre ligado a Premio me deja mudo.

—¿Mi padre te ha contado algo más? —inquire Marta al verme meditabundo.

Le contesto con otra pregunta.

—¿El Olympia que dirigía Joaquín Gasa?

—Se nota que trabajas en una Enciclopedia...

—Preparé una entrada sobre el caso del Straperlo. Gasa organizó un combate con los principales implicados en esa ruleta trucada: Strauss y Perlowitz. El tal Strauss tenía una amante, Margarita del Castillo. La iban a lanzar en el Olympia, pero el fiasco del combate y el escándalo político frustraron la campaña.

Marta permanece absorta por un instante.

—¿En qué piensas?

—A ver si sería La Tequila que a veces mencionaba mi madre...

—¿La Tequila?

—Supongo que se trataba de un mote porque era mexicana. No le debía caer muy bien. Pero esto ya empieza a parecerse a los «ecos de sociedad» del ¡*Hola!* Te estoy aburriendo.

—No, no. Todo lo contrario. Sigue, por favor.

—Mi padre, honesto fabricante textil, era amigo del señor Gasa y asiduo del Olympia. Su cuna burguesa, que le obligaba a matrimonios pactados, en esta ciudad mandan siempre las mismas familias, y su poco éxito con las mujeres le llevaban a cortejar a las artistas del music-hall.

—Y estaba loco por Margarita del Castillo...

—Nada de eso, bebía los vientos por mi madre. La seguía allí donde actuaba con el ramo de rosas en ristre; pero ella lo castigaba con su indiferencia. Solo veía un ricachón convencional y poco agraciado. Estaba enamorada de un periodista que no le hacía mucho caso porque andaba loco por una aviadora de París. De ahí mi comentario de los amores despechados...

El nombre de Promio acaba de aterrizar en mi mente, pero no me atrevo a pronunciarlo. Todo coincide: la orquesta de señoritas que actuó en el hotel Terramar cuando la presentación del combate Schmeling-Uzkudun, la amante de Strauss, el empresario Joaquín Gasa, el Olympia...

La voz de Herminia interrumpe mis pensamientos.

—¡Señorita! ¡No olvide que hoy tiene clase de pintura! ¡Le he dejado en la mesa del comedor los pinceles de Casa Piera que me encargó! ¡Que no se le haga tarde!

Marta echa una ojeada a su reloj de pulsera.

—¡Vaya! ¡Cómo corre el minutero! Con tanto pasado me había olvidado del presente. Por cierto, tenemos pendiente un encuentro con Adrián para hablar de Kandinski...

Marta me ha dejado con la miel en los labios.

—Solo una última pregunta. Tu padre cortejaba a tu madre, ella estaba enamorada del periodista... ¿Y el periodista?

—Pues no lo sé, francamente. A lo mejor estaba colado por La Tequila, de ahí el mote que le puso mi señora madre. Y La Tequila debió de salir pitando por eso que cuentas del Straperlo.

—Y René Martel acabó casada con Andrés de Queralt...

—Era una solución segura en tiempos turbulentos. Ella quería comprar un teatro en la vía Layetana. Mi padre le ofrecía seguridad económica. Puro pragmatismo. Lo del teatro quedó en proyecto porque la guerra arrasó con todo.

—¿Y qué se hizo de la orquesta?

El semblante de Marta se ensombrece. El tono de su voz se tiñe de aspereza.

—Es muy tarde, debo irme. No quiero hacer esperar a Adrián. Te lo dejo para tus averiguaciones enciclopédicas...

Marta se acaba de ir y me ha dejado plantado en el recibidor de su casa. Al meter la mano en el bolsillo doy con el pañuelo que desde hace varios días pretendo devolverle. Lo saco y lo aprieto con mi mano derecha como si quisiera exprimir un limón. Luego abro la mano y escruto las iniciales bordadas: MdQ.

—Mi hija es un poco desconsiderada... ¿Qué hace aquí tan solo?

Una mano se posa en mi espalda. Vuelvo la cara. Es el señor Queralt.

—No, no. Marta tenía clase de pintura y yo la estaba entreteniendo. Ahora me iba. Había traído este pañuelo que me prestó: iba a devolvérselo, pero se me ha ido el santo al cielo con la conversación.

El señor Queralt no atiende a mi explicación.

—¡Herminia!

La criada está preparando un platito de olivas y otro de almendras tostadas.

—¿Dónde tomará el señor el aperitivo? —pregunta ella.

—¿Por qué no me acompaña? —me dice sonriendo.

—Es que... —balbuceo.

—Que sean dos aperitivos. ¿Ha probado el vermú?

—No acostumbro...

—¡Pues acostumbre, hombre, acostumbre! —exclama el señor Queralt invitándome a que pase al comedor—. Este vermú me lo traen expresamente de Reus. Es de las pocas sustancias que me levanta un poco el ánimo.

Vuelvo a guardar el pañuelo de Marta en el bolsillo.

Herminia, que se ha vuelto a meter en la cocina, reaparece haciendo equilibrios con una bandeja: a las olivas y las almendras se añaden raciones de mojama, patatas fritas y anchoas.

—Ahora solo nos falta un sifón y una buena tertulia —musita el señor Queralt—. Cuando está mi hija, Herminia me lo lleva al despacho, pero hoy aprovecharemos su ausencia y nos regalaremos con este succulento aperitivo.

—Más que aperitivo parece un almuerzo... —observo.

—¡No exagere! ¡Esto pasa sin querer! —El señor Queralt escancia un líquido granate aterciopelado.

Al primer sorbo sabe a vino dulce, pero al llegar al paladar deja un regusto de hierbas muy agradable.

—¿Está bueno el vermú? —dice el anciano con aire risueño.

—Mucho. Es la primera vez que lo bebo... Muy bueno.

—Pues pruebe estas anchoas de La Escala compradas en un mayorista del Borne y conocerá las virtudes de la salazón. Luego vuelva a tomar otro sorbito del néctar de Reus y festejará la sublime armonía de lo dulce y lo salado.

A la segunda ronda vermutera el señor Queralt está como unas castañuelas y yo ya me he olvidado de la hora que es.

—¿Alguna cosa más, señor? —inquire Herminia.

—¿Le apetece algo más? —reitera el señor Queralt.

—No, no... ¡Estaba todo delicioso!

—¡Este brebaje resucita a los muertos! —resuelve el anciano.

Aunque un poco tocado por la graduación alcohólica del vermú que alargo con un chorrito de sifón, intento reconducir la locuacidad de mi anfitrión al terreno de mis intereses...

—No quisiera pecar de indiscreto... Su hija me comentó que pasa usted muchas horas en el despacho.

—Sí, muchas... Leo, escribo, ordeno mi colección de películas mudas...

—¿Películas mudas?

—¿No se lo había dicho mi hija?

—La verdad es que no detalló en qué trabajaba usted. Me dio a entender que estaba con sus libros y sus cosas.

—Algo tenía que hacer desde la muerte de mi esposa... Cuando ella se despeñó por el precipicio de la melancolía y dejó de alimentarse como Dios manda no fui capaz de reaccionar.

El señor Queralt echa un dedito de vermú en el vaso y lo sorbe de un trago como si tomara un jarabe vitaminado para incrementar la sinceridad.

—¿El señor quiere beber más? —interroga Herminia, ahora con cara de pocos amigos.

—No, Herminia, gracias. Estaba todo muy bueno. Váyase a lo suyo.

El señor Queralt alarga el cuello para comprobar que la criada ha enfilado el

pasillo que conduce a la cocina. Me guiña el ojo y me lanza una mirada cómplice.

—No quiero hablar de según qué asuntos delante de ella... Es muy competente, pero es *cul i merda* con mi hija, aunque con los aperitivos tiene manga ancha y me deja respirar un poco.

Mientras el señor Queralt se explica echo una mirada furtiva al reloj. Al ver la hora que es, una ola de calor arrebola mis mejillas. Me incorporo y veo mi rostro en el espejo. El cabello rubio y ojos azules acentúan el tono de piel panocha que hace que mucha gente piense que soy un sueco que acaba de tomar el sol en demasía.

—No me diga que ya se tiene que marchar... —entona con tristeza mi anfitrión.

La tentación de conocer más cosas sobre esta casa se impone, como una pulsión demoníaca, a seguir con mis obligaciones del día. Espoleado por el vermú, mi cerebro desecha las opciones más sensatas por las posibilidades aventureras.

La voz del señor Queralt tiene el efecto de los cantos de sirena.

—Quédese un rato más hombre... Le mostraré algunos tesoros del séptimo arte. Además, ¿no trabaja en la Gran Enciclopedia Popular? ¡Le puede interesar para sus investigaciones!

La cabeza de Herminia asoma al final del pasillo.

—La señorita no vendrá hasta la tarde. ¿Ordena algo más el señor o me puedo retirar? Tengo que hacer algunos encargos... Comprar más latas de anchoas, por ejemplo.

—¡Que no se agoten las provisiones de anchoas! ¡Vaya, vaya a lo que tenga que hacer, Herminia! Este joven y yo vamos a tratar temas profesionales —le contesta el señor Queralt con expresión de felicidad.

A los pocos minutos vemos a Herminia sin delantal ni cofia con un cesto de mimbre y una bolsa de pan con las iniciales MC bordadas.

—Esa bolsa de pan era de mi mujer... —apunta con tristeza el señor Queralt.

—¿MC? —pregunto con extrañeza.

—María Cortés...

Recuerdo mi consulta en la biblioteca.

—Yo creía... Pensaba que su nombre era René Martel... —digo haciéndome

el ingenuo.

—Demasiado francés para una chica de Pueblo Seco. María nació en la plaza del Surtidor. Admiraba tanto a Raquel Meller que se puso un nombre artístico por el estilo... René Martel. Sonaba bien. Un nombre ambiguo y el apellido de un rey franco. Venga, subamos a mi despacho: le enseñaré algo que le va a interesar...

El despacho del señor Queralt ocupa toda la planta superior de la casa y comunica con la buhardilla que está acondicionada como una sala de cine. En las estanterías que cubren por entero las paredes, los volúmenes de colecciones interminables trepan hasta el techo, coronados por estuches de hojalata cuyas etiquetas revelan lo que mi anfitrión denomina sus «joyas de celuloide».

Como todo coleccionista de raza, el señor Queralt no cabe de gozo al poder relatar a un invitado cómo consiguió cada una de sus piezas más codiciadas y de qué recursos se valió para hacerlas suyas.

—Ahí están muchos genios enlatados como si fueran conservas de berberechos. Mire esa lata de ahí... *Le Voyage dans la Lune* de Georges Méliès, la película original que llegó a España en 1902. Más antigua que la que tienen en la Filmoteca Nacional de Madrid... Toda esta estantería pertenece a Segundo de Chomón, el genio aragonés...

Yo, que he sido un niño que nunca recibió juguetes el día de Reyes, experimento ahora la sensación de estar rodeado de regalos...

—*El hotel eléctrico* —musito pasando los dedos por la etiqueta de la lata.

—Y don Fructuoso Gelabert, del que nadie se acuerda hoy... En esa lata está su película, *Riña en un café* de 1897 —apunta el coleccionista.

—¿Y esa otra estantería con etiquetas rojas?

El señor Queralt deja escapar una risa gangosa...

—Películas prohibidas, ya me entiende...

—¿De tema político?

—¡Qué política ni qué política! Películas pornográficas de los hermanos Baños. Las que encargaba el rey Alfonso XIII. Barcelona era un centro de producción cinematográfica de primer orden. ¡Se tocaban todos los géneros!

Para ganarme cierto respeto de mi cinéfilo anfitrión aportó datos de mi cosecha...

—Sí, claro... Por Barcelona pasó Promio, el representante de los hermanos

Lumière.

—¡También lo tengo! —exclama el señor Queralt rascándose la barba.

—¿Lo tiene? ¿Qué quiere decir?

—Lo veo muy obnubilado, jovencito, y lo comprendo. Tantas joyas del séptimo arte, añadidas a la ingestión de vermú de una sentada, pueden provocar un síndrome de Stendhal. Cuando digo «lo tengo» quiero decir que conservo películas originales de Promio. Venga, venga...

En un rincón de la sala de cine, un armario con vitrina de estilo *déco* acoge una hilera de latas diminutas. El señor Queralt extrae una fina llave de su chaleco de rayas y abre la puertecilla de vidrios geométricos con el tiento de un cirujano.

—Deduzco, por su interés, que usted pica alto. Se le ha ocurrido mencionar, precisamente, una de mis joyas. ¡Vea, vea! ¡Estos rollos de Promio no los tienen ni en la Fílmoteca Nacional!

Me pongo en cuclillas y paseo la mirada sobre las etiquetas que remiten al pionero del cine. El señor Queralt permanece de pie detrás de mí con los brazos cruzados y taconeando con la alegría de quien se sabe privilegiado.

Detengo la mirada en una de las latas: *Promio-Asilo Naval*.

No puedo evitar un sobresalto.

—¡La película que citaba Promio de la corbeta *Tornado*!

El señor Queralt se ha quedado intrigado ante mi reacción.

—¿Que citaba Promio?

—Era un niño huérfano de padre que pasó su infancia en el Asilo Naval de la corbeta *Tornado*... Cuando Alexandre Jean Louis Promio, el de los Lumière, presentó el cinematógrafo en Barcelona tomó vistas en el puerto y visitó la corbeta. Los niños de la banda del Asilo tocaron para él *La Marsellesa*. Promio les prometió que les proyectaría la película y nunca más se supo. ¡Debe de ser esta!

El señor Queralt sigue sin salir de su asombro.

—Levántese, joven. Sabía que mi colección le iba a interesar, pero no había previsto que le provocara delirios febriles. ¿De qué Promio me está hablando? Venga al escritorio, siéntese y cuando esté más sosegado me lo explica todo de forma coherente.

La ironía del viejo me ofende.

—No padezco ningunas fiebres, señor... Es que yo conozco dos Promio.

—Ay, ay, ay... Que esto va a peor... —masculla Queralt.

—Tenemos al Promio de las historias del cine. El de los hermanos Lumière.

—Hasta aquí llego. Pero el otro... ¿Quién es?

—El otro es un periodista. Tomó primero el pseudónimo de Ángel de Lajusticia, pero por problemas políticos lo cambió luego por Alejandro Promio.

—Vaya, vaya... Un periodista que le robó el nombre al representante de los hermanos Lumière.

—Lo descubrí por casualidad en la Biblioteca Central. Estaba manejando fichas del pionero del cine y observé que había otras mezcladas que correspondían al Promio periodista...

—¿Y qué había escrito ese buen señor si puede saberse?

—La biografía de Antonio Lluçà, un célebre estafador de su tiempo, unos legajos a modo de memorias que supongo que no llegó a acabar, y que encontré en una carpeta. ¡Ah! Me lo dejaba... Y un librito sobre el arte moderno por encargo de la Exposición de 1929.

El señor Queralt se muestra circunspecto.

—Bueno, pues ya sabemos que el gran Promio tuvo un admirador que tomó su nombre... —dice con el tono de quien sigue la corriente a un loco.

El reloj de péndulo repica las cuatro de la tarde. Después del sonido metálico, la estancia se inunda de un espeso silencio. Al señor Queralt le ha entrado una prisa repentina.

—Le he robado mucho tiempo, debe tener cosas que hacer. Podemos seguir otro día si le parece...

—Perdone el atrevimiento, señor... Si fuera posible, no me gustaría irme de aquí sin ver la película que Promio filmó en el Asilo Naval. Deben ser pocos minutos... Se lo pido por favor.

La incomodidad del señor Queralt se tiñe de agresividad.

—¿No pretenderá ahora que prepare el proyector para cuatro fotogramas? Otro día, ya programaremos varias películas. Se ha hecho tarde y mi hija estará al llegar.

—Es casi un milagro que haya aparecido esa película. Promio lamentaba en sus memorias no haber podido ver nunca esas secuencias de la corbeta. No conservaba ni una sola imagen de cuando era niño...

—¡Vaya cariño que le ha tomado a ese sujeto! Si cada vez que prepara una entrada para su Enciclopedia hace lo mismo le va a dar un síncope...

—Aún no le he dicho todo sobre Promio...

—¿Sobre el del cine o el de pega? —responde Queralt con sorna.

—Me refiero al periodista...

—El de pega entonces...

—Su libro de arte llevaba un exlibris.

—Muy ilustrativo, sí, señor, yo poseo miles de ejemplares de segunda mano que conservan el exlibris de sus antiguos propietarios.

—O propietarias... Como René Martel. Pero no se preocupe, señor Queralt, no creo que sea su esposa, sino otra mujer que se llamaba así. Que tenga una buena tarde.

Bajo las escaleras como si me deslizara esquiando en un eslalon gigante. Al salir a la calle vuelvo la mirada hacia los ventanales de la buhardilla. La silueta del señor Queralt se recorta en el cristal.

Con el corazón golpeándome los oídos he de intentar seguir mi camino. He de intentar no volver la vista atrás. Al cabo de unos metros vuelvo la cabeza. La silueta sigue ahí.

—¡Ya era hora, caballerito! ¡Creía que no iba a llegar nunca!

El señor Moncada viene hacia mí con tal impulso que no acierto a saber si va con patinete o una suerte de energía misteriosa le propulsa al modo de Superman. Cuando por fin frena, a pocos centímetros de donde yo aguardo como un pasmarote, sus antiparras se deslizan hasta bordear la punta de la nariz.

—Le pido mil disculpas, señor Moncada, pero unas comprobaciones históricas me han ocupado más tiempo del previsto...

Moncada ladea la cabeza poniendo la oreja con la que oye mejor, se atusa las deshilachadas greñas y se ajusta las lentes antes de que se precipiten al vacío.

—Ejem... Le agradezco su franqueza porque si llega a decirme que ha estado cuidando de su madre le arreo un sopapo por mentiroso.

—¿Mi madre? ¿Le ocurre algo a mi madre?

—Ejem...Telefoneó hace un rato preguntando por usted. Para no comprometerlo, pues ella estaba convencida de que se hallaba usted aquí cumpliendo con su deber, le dije lo que me ha dicho usted: que estaba en la Casa del Arcediano para unas «comprobaciones» históricas. Es una de las pocas ventajas de este trabajo tan mal remunerado: en los archivos, interminables y oscuros, uno puede escabullirse de la vida real.

—¿Pero le concretó qué quería? —insisto.

—Por lo visto se ha desmayado al poco de levantarse esta mañana. Le pregunté si necesitaba alguna cosa, si quería que llamase a un médico, pero me dijo que ya estaba bien, que solo quería encargarle un medicamento cuya fórmula magistral le preparan en una farmacia... Le pedí la dirección de la farmacia y el nombre del específico. Si era necesario, lo comprábamos desde aquí y se lo llevaba el chico de los recados, pero ella se negó una y otra vez a informarme sobre una cosa y la otra. ¿Qué diablos toma para ocultarlo con tanta vehemencia?

Me empiezo a derrumbar. Más misterios de mi madre. El viejo y conocido

sentimiento de impotencia de no saber nunca en qué está pensando.

—Solo sé que es un específico que le preparan en la farmacia de Universidad, creo que un jarabe para mantener a raya la presión arterial y las palpitaciones. A mi madre la matará su exceso de discreción.

—No me gusta nada lo que me dice. Venga conmigo al despacho y llame a su casa, a ver si tenemos un disgusto...

—Con los dedos temblorosos marco el número en el teléfono de baquelita.

—¿Mamá?

Escucho una voz dulce al otro lado del auricular.

—¿Eres tú, hijo mío? Perdona por haberte llamado al trabajo, pero se me olvidó encargarte la medicina. Me levanté algo mareada y vi que el último frasco ya lo había acabado.

De la dulzura a la inquietud. Las frases de mi madre adquieren una sonoridad ondulante como la que emite un gramófono antiguo con el plato del disco averiado.

—¿Estás bien, mamá? ¡Voy enseguida!

Al colgar el auricular dirijo la mirada hacia el señor Moncada.

—Ejem... Ejem... Me temo que tu madre necesita tu ayuda, muchacho —me dice Moncada poniendo su mano sobre mi hombro.

Es la primera vez que me tutea.

—Olvídate de las malditas comprobaciones históricas y tómate el tiempo que quieras para cuidarla. ¡Anda! ¡Date prisa!

Salgo como un bólido por la calle Aragón, Balmes abajo hasta la plaza Universidad para llegar resoplando al diminuto portal de la calle Tallers.

He pasado frente a la farmacia de la esquina, pero ni siquiera sé si es la que frecuenta mi madre... ¡Si al menos supiera qué medicamento necesita! Compraría el maldito frasco de esa fórmula magistral de la que nunca me dio explicaciones.

Las llaves temblequean en la oxidada cerradura de la puerta.

El piso está a oscuras. Nunca el pasillo se me hizo tan largo. No se oye el pedaleo en la Singer.

Hallo a mi madre recostada en el sofá: la cabeza contra un cojín, como si se negara a mirar al mundo cara a cara y prefiriera sumirse en las tinieblas de un sueño eterno. En la mano, un papel arrugado y amarillento. En un principio creo

haber dado con la fórmula del medicamento, pero solo son medidas de ropa para un chaleco.

Vuelvo su cara hacia mí con tal fuerza que puedo escuchar el ruido de sus cervicales.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No te vayas aún! ¡No me dejes con tantas explicaciones pendientes!

Pego mi oído a su boca y permanezco un rato en esa posición hasta que puedo escuchar mi nombre en sus labios.

—Alfredo... Te pareces mucho a tu padre, pero no querría que fueses como él... —deja escapar en un hilo de voz.

Soy consciente de que ningún jarabe servirá para reanimarla. Desesperado, pienso en llamar a un médico, pero no quiero despegarme de ella. Cualquier cosa que diga podría remediar tantos años de medias verdades e incomunicación.

—Mamá, no sé nada de mi padre y tú nunca has querido hablarme de él...

—Quédate con eso, Alfredo, aunque sea tan poco: será mejor para ti. Tu padre se fue de mi vida y no hay que darle más vueltas... Perdimos la guerra... No podía hablar de él... Si quería tener trabajo... Gracias a la familia Queralt... En el 36, yo me cuidé de que no robaran y saquearan la casa de Ausias March... Te ayudarán.

Incorporo con violencia el cuerpo exánime de mi madre... Más que un hijo apenado por la posible pérdida de quien lo trajo al mundo, me siento como un acreedor que exige cobrar su factura.

La zarandeo, una y otra vez; su cabeza rebota en el reposabrazos del sofá.

—¡Siempre las mismas excusas! ¡Años y años de repetir lo mismo! ¡Como estribillos de aquellas canciones que tarareabas en secreto! ¡Me has privado de mi identidad! ¡No sé ni el nombre del medicamento que tomas! ¡Soy tu único hijo y no sé nada de ti! ¡Maldita desconocida!

Al proferir el último reproche sobre esa mujer moribunda siento un ardor que me inflama las sienes. La violencia desemboca en llanto.

—¡Perdóname, mamá! —le digo acariciándole los cabellos y besando su frente.

Pero al acercar el oído a su boca ya no percibo la ronquera que anuncia la agonía. En medio del silencio, solo flotan mis sollozos. La vuelvo a besar. Su cabeza cae sobre el hombro como un maniquí desarbolado. Su boca entreabierta

ya no exhala el leve y agrio aliento de la vida.

Acomodo su cuerpo a lo largo del sofá. La contemplo. Austera elegancia: ese vestido gris de rayadillo y un aura de dignidad en su rostro. En la mesilla, un frasco vacío con una etiqueta: Veronal, un potente barbitúrico...

Mi madre no se ha suicidado, me repito una y otra vez como una salmodia. Condenado por sus tozudos silencios, habré de indagar el porqué de su torturada existencia.

Paseo la mirada por la reducida concurrencia al entierro de mi madre. El nicho, esquinado en la parte más alta de una de las vías más sinuosas del cementerio de Montjuich, lo he pagado con los ahorros que ella dejó en una caja de galletas Trías. Fue una de las pocas informaciones detalladas que salieron de su boca.

—Si me muero, tienes unos dineros en esta caja tan bonita. Asociar la muerte a una caja de metal tenía su aquel, cuando uno le daba la vuelta a la frase. Nunca abrí la caja bonita en la que se veía un viejecito saboreando las especialidades galleteras de Santa Coloma de Farners.

Cuando llegaron los de pompas fúnebres, catálogo de ataúdes en ristre, no me quedó más remedio que recurrir a la caja de galletas. Unos cuantos billetes verdes solucionaron el primer problema de mi completa orfandad. Si mi madre se quería ir del mundo antes de tiempo, por lo menos se había financiado la huida.

Pero me ha dejado otras facturas. O más bien dicho, fracturas. La noche previa al sepelio, cavilaba sobre la inusitada violencia con que la zarandé en el sofá: llegué a pensar si no fui yo quien precipitó su muerte.

Una de las pocas vecinas de la escalera con las que mantenemos cierta confianza se ofreció a vestir y adecentar el cadáver. Mientras le arreglaba los cabellos reparó en una hinchazón en la nuca.

—¡Menudo *blau* que se hizo la pobre!

El comentario desató todos los demonios en mi interior. Recordé su cabeza bamboleante; cómo se golpeó varias veces en el duro reposabrazos del sofá baqueteada por mi airado forcejeo: la duda siniestra bombeó sangre en mis sienes.

He contado cinco personas en el cementerio: el señor Moncada, Marta de Queralt acompañada de Herminia, el encargado de Tejidos El Indio de la calle del Carmen, donde mi madre compraba piezas de tela para los vestidos, la vecina de la escalera que la arregló antes de que se la llevaran los de las pompas...

Marta me ha dado el pésame con una incómoda economía de palabras. Sus labios prácticamente no rozaron mis mejillas. No he tenido tiempo de preguntarle cómo estaba su padre.

Herminia, la criada, ha compensado el silencio de su señora.

—Cuando pase todo esto venga un día por la casa y hable con la señorita Marta. No sé lo que le dijo su padre sobre usted, pero parece que está enfadada... ¡Tomaron tanto vermú! No se preocupe. Todo se arreglará. En la familia Queralt se quería mucho a Aurelia...

Los sepultureros ya han colocado la lápida y limpian el cemento sobrante de los bordes del nicho con toscas paletadas. Rumor de neumáticos sobre la gravilla. Del taxi bajan un señor bajito y regordete con un elegante traje cruzado a rayas, una anciana vestida de negro y Alady, el cómico más popular del Paralelo con su bombín chapliniano.

—Ejem... El pasado teatral de su madre —susurra a mi lado el señor Moncada.

Mi jefe recibe a la comitiva y les indica a quién han de transmitir sus condolencias.

—Ejem... ejem... Alfredo. Le presento a la estrella más grande del teatro español e internacional, doña Raquel Meller —proclama.

—Gracias por venir, señora —le digo mientras encajo una desmayada mano blanca surcada por gruesas venas azuladas.

La Meller clava sus pupilas rematadas por unas negruzcas ojeras que contrastan con una faz de porcelana. Al tenerla cerca, observo lo gastado de un vestido cuyos desperfectos dan a entender que hace mucho tiempo de su confección.

—Cuando me lo dijeron no me lo creía... Este vestido que llevo hoy me lo cosió ella...

—Es el mejor homenaje que le podías dar, Raquel. Soy Joaquín Gasa, empresario del teatro Cómico. Le acompaño en el sentimiento.

Después de estrechar la mano a Gasa me adelanto, con una leve sonrisa, en la identificación del tercer pasajero del taxi.

—Y usted es Alady...

El actor Carlos Saldaña, conocido por el gran público como Alady, me regala una de sus simpáticas muecas con la nariz de patata que le aporta tanta vis

cómica.

—Su madre nos confeccionó vestuarios preciosos cuando yo estaba al mando del teatro circo Olympia —explica Gasa—. Disculpe que le haga una observación, incómoda pero necesaria: ¿necesita algo de dinero para sufragar el sepelio?

—Gracias, don Joaquín, pero mi madre había dejado un rinconcito para pagar su entierro.

—El señor Moncada me dijo que usted trabaja en la Gran Enciclopedia que prepara Montaner y Simón.

—El señor Gasa siempre se queja de que prestamos poca atención al mundo del music-hall —puntualiza mi jefe.

—No exagere, Moncada. No es que me queje, pero si no cuidamos el Paralelo un día de estos se convertirá en una avenida de pisos. Ya ve cómo acabó el Olympia...

—Si no le digo que no, querido Joaquín... —concede Moncada—. Como tenemos testigos, cuente desde ahora con unas entradas más dedicadas al cabaré y la copla española. Las puede escribir Alfredo, así tendrá más encargos —dice guiñándome el ojo.

Una luz prende en mi cerebro. Es el mejor encargo que podía recibir. Gasa, el Straperlo, Margarita del Castillo, Teufel y sus orquestas...

—Claro que lo haré, con mucho gusto y agradecido por la confianza que depositan en mí.

Moncada pone la mano sobre mi hombro, mientras Gasa extrae del bolsillo de la americana cruzada uno de sus famosos habanos.

—¿Fuma?

—No, gracias. Es que...

—¡Qué raro! —exclama Gasa—. En este país nadie te rechaza un puro y si pueden se llevan otro... para después. A Moncada no se lo ofrezco porque se lo fumaría y no le conviene... Y a mi querido Alady tampoco, porque se ha de cuidar ese vozarrón que tanta fama le ha dado.

El actor se acerca a Gasa.

—Mejor que empecemos a desfilas —susurra al empresario—. Se la ve cansada...

—Claro, claro... Ahora nos vamos —contesta Gasa. El taxista lleva del brazo

a Raquel Meller hasta el coche—. En los últimos meses ha dado un bajón... No se merece tanta indiferencia. Si fuera americana o francesa ya tendría una calle o un monumento acorde con sus méritos artísticos. En fin. A este país no hay quien lo arregle. Estoy a su disposición en el Cómico. A ver si nos dejan bien en esa Enciclopedia que será un éxito editorial —comenta Gasa.

Veo el taxi arrancar y, cuando vuelvo la cara, ya no queda nadie en el cementerio. Hace rato que Marta se marchó, sin despedirse.

El edificio que alberga *Solidaridad Nacional* ocupa el chaflán de la calle Villarroel con Consejo de Ciento. Con una geometría espartana y una estructura sin ornamentos recuerda más a un convento o una prisión que a la redacción de un diario. Originalmente, fue la sede de *Solidaridad Obrera*, el órgano de la CNT, pero, al acabar la guerra, el periódico fue confiscado para la Prensa del Movimiento.

Un conserje con pierna ortopédica y la insignia de «caballero mutilado» en la americana con brazalete de luto perpetuo me conduce al despacho del director. La figura melancólica de Luys Santamarina hace juego con el edificio. Su traje negro contrasta apenas con el azul de su camisa.

Al aproximarme para darle la mano observo una faz de rasgos duros enmarcada en el cuello de esa camisa falangista que debe ser, en efecto, una verdadera camisa vieja a juzgar por el desgaste del cuello.

—Mucho gusto, señor Santamarina... —el saludo queda interrumpido.

—Nada de señor, camarada Luys, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo, que diría José Antonio. Háblame de tú, te lo ruego.

Un esbozo de sonrisa suaviza el porte quijotesco del personaje.

—Supongo que el señor Moncada...

Santamarina abre un armario bufete de persiana y extrae un fajo de folios que mete en un sobre con el membrete de *Solidaridad Nacional* y me entrega con decisión.

—¡No me diga más! Mi entrañable amigo Moncada es un impaciente, pero, si no cultivara esa exigencia con los colaboradores, me temo que la Gran Enciclopedia Popular, como la Sagrada Familia, no se acabaría nunca. Me habló de sus inquietudes, digamos históricas, y me alegró que un joven se interesara por aspectos ocultos de la trágica crónica española...

—El señor Moncada me comentó que usted, perdón, que tú conociste a Promio y Teufel.

—Permíteme que tome acomodo porque es una peripecia un tanto turbia que algún día referiré con más detalle cuando deje atrás las enojosas obligaciones políticas.

Instalado en la silla giratoria de nogal, con las fotografías de Franco y José Antonio de fondo flanqueando al crucifijo, Santamarina permanece unos minutos en silencio, como si tomara carrerilla para un largo relato.

—La verdad, no sé si empezar por el uno o por el otro... Aunque los dos están unidos por mi libro *Elegía del Tercio*. Empecemos con Teufel, Alphonse. Su cabello rubio y sus ojos azules delataban orígenes eslavos. Algunos decían que era judío austríaco, otros que francés, pero todos coincidían en señalar sus raíces balcánicas. Lo traté un poco en los tiempos seminales de la Legión. Desde el primer momento me pareció un sujeto escurridizo y oportunista, aunque de innegable bagaje intelectual: hablaba varios idiomas, recordaba sus tiempos bohemios en París en los que combinaba la pintura y la dirección musical... Se jactaba, incluso, de haber conocido a Kandinski en Berlín. Pero cuando llegaba el momento de batallar, el legionario Teufel no aparecía por ningún lado. No sé si te dicen algo estos nombres: Casabona, Nador, Taxuda, Ámbar, Annual... Cuando repaso las fotografías de mi Bandera y recuento los amigos caídos me parece que yo también reposo allá abajo entre un montón de compañeros...

—¿Y Teufel? ¿Estuvo mucho tiempo en la Legión?

—Como te he dicho, un día desapareció y durante años no supe nada más de él. Me dijeron que pretendía reparar algún delito del pasado y conseguir la nacionalidad española. Estamos hablando del año 1922: muchos excombatientes de África pusieron sus habilidades bélicas al servicio del sindicalismo rojo, o del blanco; fueron pistoleros a sueldo, capitostes de cabeza cotizada, testaferreros en negocios turbios, coadjutores de atentados famosos... Podríamos incluir a Teufel en cualquiera de estas siniestras secciones del crimen. Preferiría no hablar más de ese sujeto...

Santamarina permanece absorto, como si la memoria le hiciera daño. Suena el teléfono, pero no lo descuelga.

—Cambiemos de tercio, nunca mejor dicho, y vayamos con Promio... Al volver de mi campaña rifeña emparedado en la chilaba, tiritando de fiebre bajo la triste luz de un vagón de carga, tan solo acompañado por mi sombra encapuchada, quise recoger aquellas vivencias africanas en un libro que

combinara la crónica periodística y la elegía poética del soldado. Fue entonces cuando di con Promio, que era a la sazón funcionario del departamento de Censura del Directorio militar. Me habían denegado la publicación de *Elegía del Tercio* por su violencia, las escenas prostibularias y mi supuesta desconsideración hacia los marroquíes, y resolví presentarme en el Ministerio de Gobernación para aclarar el asunto.

—¿Y qué le contestaron?

—Como el director de la Censura no quiso dar la cara, le tocó a Promio vérselas conmigo. Encontré a un hombre cariacontecido, ¡y cuidado que yo soy melancólico!, que intentaba justificar, sin mucha convicción, la prohibición de mi obra. Alegaba que el libro no había pasado por su negociado, pero que lo había leído y el estilo le parecía vigoroso. Argumentaba que con el desembarco de Alhucemas el problema marroquí había quedado aparentemente solucionado, aunque continuaría de otra manera... Le pregunté a qué se refería con lo de «otra manera» y me contestó que repasara la lista de mandos castrenses que se habían quedado sin trabajo.

—Se debía de referir a los militares africanistas... —me atrevo a añadir.

—Claro... Fue un comentario clarividente. Para bien y para mal: ¿qué hubiera sido del ejército nacional sin la cantera africana y sus crueldades ancestrales?

Santamarina deja en el aire la espinosa pregunta. Yo no sé qué responder e intuyo que cualquier respuesta me puede meter en un brete.

El falangista vuelve a sumirse en uno de sus periódicos mutismos. Me atrevo a romper el silencio.

—Tanto Promio como Teufel, cada uno a su manera y por diferentes motivos, estuvieron implicados en el escándalo del Straperlo...

—Aquella derecha corrupta e idiota de Lerroux abrió las puertas al Frente Popular. Ya lo advirtió nuestro Fundador. Pero eso es otra historia para otro día. El jefe de redacción me requiere para que escriba el editorial... que casi siempre es el mismo editorial, pero retocando cuatro frases y variando los vítores al Caudillo, el Gran Hombre que ha dejado nuestra Revolución Pendiente para siempre: los zánganos y convidados campan hoy a sus anchas.

Me cuesta seguir tratándolo de «camarada», pero lo intento.

—Camarada Luys, tú eres un falangista convencido...

El director de la Soli abre el cajón del escritorio y enarbola una hoja de buen papel.

—Si me lo permites contestaré a tu observación con *La canción de los viejos camaradas*. La escribí al constatar cómo se malversaron nuestros ideales.

—La escucharé con interés —alcanzo a decir un tanto azorado.

—«Del 33 al 47 / van catorce años, si cuento bien, / mucho ha llovido desde entonces, / mucho ha caído, mucho está en pie / mucho ha caído como las hojas / que vivieron cuando fue su vez...»

Santamarina respira hondo para contrarrestar la emoción.

—«Los veo a veces, serios y amargos, / otras riendo, con o sin mujer, / pero en sus ojos —ojos de antaño— / veo que no tienen nada que aprender / de esos listillos que lo saben todo / y esos caimanes que venir las ven, / porque palacios templos y fábricas / —ellos lo saben y bien— / se alzaron sobre los huesos / de esos tres, y otros tres, y otros tres.»

Tras un leve carraspeo, el director de la Soli vuelve a meter la cuartilla en el cajón. Junta las manos como si fuera a rezar y luego me señala el sobre.

—No te olvides de los artículos para la Gran Enciclopedia Popular. Ahora he de ponerme con el editorial. A ver qué lema repetimos hoy para que se siga incumpliendo mañana.

La sinceridad de ese hombre del que abrigaba tantos recelos me ha desarmado.

—Gracias por tus palabras, camarada Luys —me atrevo a decir—. Hoy me has dado una lección que no olvidaré.

Santamarina se incorpora y me acompaña a la puerta.

—Sigue con tus investigaciones, pero no olvides que la verdad no termina nunca y puede deparar efectos indeseados. El señor Moncada te tiene en gran estima. Creo que podrías ser un buen colaborador de la Soli... Vente por aquí otro día y estudiamos esa posibilidad.

—Sería muy importante para mí. Mi madre murió hace poco. Hay que comer y pagar el alquiler.

El director de la Soli no dice nada más y lo que dice no va conmigo. Sale del despacho. Observo su alargada y esquelética figura. Despojada de la americana, trueno embutido en su camisa vieja con las flechas, el yugo y tres calaveras bordadas.

—¡Salgado, venga ese discurso del camarada Girón a los productores de Badalona!

—Me alegra que el señor Moncada cumpla con su palabra y le haya enviado a usted para que se encargue de hacer justicia, que no de ajusticiar como habría dicho Pich y Pon, al music-hall.

En el despacho de Joaquín Gasa del teatro Cómico no falta de nada. Fotografías, carteles de revistas memorables, una radio, la imprescindible caja de puros siempre entreabierta. El empresario pulsa el timbre que brilla sobre la mesa y comparece un camarero que parece impulsado por un resorte.

—¿Qué manda, don Joaquín? ¿El medio whisky con hielo de siempre?

—No debería, pero si me pone mucho hielo... ya me está bien. ¿Y usted qué desea tomar?

—Con un poco de agua tengo suficiente...

—¿Seguro que no quiere algo más sustancioso? Con las goteras que padecemos en este teatro tenemos agua de sobra... ¿Una cervecita?, ¿zarzaparrilla?, ¿agua de Vichy? Las burbujas proporcionan alegría y recuerdan al champán...

—Bueno, agua de Vichy. Gracias.

—¡Ya lo ha oído, Mariano! ¡Este joven quiere tener la mente clara para hablar de algo tan serio como el teatro! —ironiza Gasa con una franca sonrisa—. Soy todo oídos, señor...

—Burman. Alfredo Burman.

Gasa me invita con un gesto a que empiece con mis preguntas.

—Antes del Cómico usted fue empresario del Olympia...

—¿Se refiere a antes de la guerra? Y no solo empresario teatral. Fui el promotor de boxeo más importante de España. Descubrí a Paulino Uzkudun y organicé sus primeros combates. Conmigo ganó el primer campeonato de Europa al vencer a Pierre Charles... Todo iba bien hasta que me vi envuelto en el desdichado asunto del Straperlo.

—¿Fue aquella ruleta que patrocinaban Daniel Strauss y Joachim Perlowitz?

Gasa se pasa la mano por el cabello engominado. El camarero deposita en la mesa un vaso de vidrio grueso en el que entrechocan los cubitos tamizados por el color de miel del whisky y otro de burbujeante agua de Vichy acompañada de una rodajita de limón.

—Veo que el señor Moncada no se equivocó al incorporarlo a la Gran Enciclopedia...

—He escrito una entrada sobre el caso del Straperlo... Strauss utilizó el boxeo como una tapadera para introducir su ruleta trucada.

—Siempre he creído que Strauss no se había planteado seriamente introducir el Straperlo en España. El combate debía celebrarse el 8 de abril de 1934 pero se pospuso hasta el 13 de mayo de 1934. Nadie dudaba de que un match Uzkudun-Schmeling en la fecha prevista era un negocio redondo: coincidía con una semana de fiestas del tercer aniversario de la República que financiaban Ayuntamiento y Generalidad. El cambio de fecha nos privó del paraguas protector de esas dos instituciones y nos produjo cuantiosas pérdidas. Los gastos en publicidad fueron enormes y no pudimos atenuarlos con una subvención pública. Suma a esto el alquiler del estadio de Montjuich y los setenta boxeadores de la velada: Gironés, Ara, Echevarría... Yo perdí más de cien mil pesetas de la época.

—No acabo de ver la causa-efecto entre un combate de boxeo fallido y la introducción del Straperlo...

Gasa sorbe un poco de whisky y apoya las dos manos en su escritorio.

—Tras el fracaso del *match*, Strauss me habló por primera vez de su ruleta. Hasta entonces se había comportado como un socio serio y por eso lo escuché. Recuerdo sus palabras con acento mexicano: el Straperlo era un «juego para niños chiquitos», un juego de cálculo y habilidad que, siempre según él, ya se había establecido en Holanda. Yo me lo creí y le presenté a algunos amigos para implantar esa novedosa ruleta en España. Lo demás ya lo sabe... Y estamos aquí para hablar de teatro...

—Pues hablemos de teatro, señor Gasa. ¿Conoció usted a una vedete que se dio a conocer con el nombre artístico de René Martel?

Gasa toma un puro de la caja, pero lo vuelve a dejar como si quisiera ganar tiempo para pensar la respuesta.

—Han pasado tantos años... Se llamaba María Cortés y dejó el teatro al

casarse con el señor Andrés de Queralt...

—Y supongo que recordará a un periodista, Alejandro Promio...

Gasa, siempre de expresión jovial, parece emocionarse.

—¡Promio! Lo traté hasta que estalló nuestra guerra. Después ya no supe de él. Estaba colado por una aviadora gabacha que vino a España para hacer varios reportajes... En una ocasión se presentó en el Olympia con aquella mujer, creo que se llamaba Titayna... A María no le hizo ninguna gracia...

—Sentía celos de Promio... Estaba muy enamorada de él y se casó por despecho con el burgués Queralt...

—¡Santa inocencia, señor Burman! Lo que le molestaba es que Titayna pudiera ser la pareja de Promio. María siempre se enamoraba de mujeres. No olvide que se puso René, que es un nombre mixto. En los tiempos en que trabajó en la compañía de Raquel Meller bebía las aguas por ella, pero a Raquel, que es de cuna aragonesa y siempre le gustaron los hombres, eso no le iba nada y se la quitó de encima a cajas destempladas. Por lo visto, María viajó hasta París para ver a la francesa, pero la francesa salía volando porque a ella lo que más le gustaba eran los aviones. Al final se casó con Queralt. Le proporcionaba una sólida situación económica: se retiró del mundo de la farándula y emprendió una vida tan cómoda como aburrida.

—¿Y qué sabe de un director de orquesta llamado Alphonse Teufel?

—Eso. Que era un musiquillo de tres al cuarto que iba por ahí diciendo que había conocido a ese que pintaba esos cuadros tan raros...

—Kandinski...

—Para ser tan joven, lo sabe usted todo, señor Burman.

—Es que escribí otra entrada en la Gran Enciclopedia sobre Kandinski. Cotejando información di con un libro de arte moderno que publicó Promio en 1929 cuando la Exposición. Llevaba impresa una dedicatoria a Titayna y un exlibris pegado de René Martel.

Gasa da un golpe sobre un montón de papeles y se ríe con ganas... Yo lo miro complacido mientras doy el primer sorbo al agua de Vichy.

—Perdone, señor Burman, lo que son las cosas. Lo recuerdo como si hubiera pasado ayer. Cuando María Cortés recibió la última calabaza de la francesa creyó que era porque se había ennoviado con Promio. Un día, al acabar la función, el periodista se presentó en el Olympia. Quería hablar con ella, y ella,

cuando lo vio entrar en el camerino, tomó ese libro que usted menciona y se lo tiró a la cabeza. Al momento apareció el señor de Queralt con su enésimo ramo de flores y María se lanzó en sus brazos. Si algo compartía esa pareja de por vida fue la ojeriza hacia Promio. Veo que el libro volador acabó en la biblioteca... menos mal.

Al salir del despacho del empresario Gasa, me topo con Alady, provisto de un ramo de violetas. El actor las mueve con la cadencia de un parabrisas.

—¿Sabe para quién son? —inquire con una franca sonrisa y los ojos muy abiertos.

—No se me ocurre. A la vista está que tiene usted muchas admiradoras.

—Veo que la botánica no es lo suyo... Son violetas, para la gran Raquel Meller —proclama el cómico con solemnidad—. Ahora pillo un taxi y voy para su casa. Estoy emborronando unas cuartillas con mis recuerdos y quiero repasar con ella algunos pasajes para que confirme si mi memoria no está de broma. Si quiere acompañarme... Raquel lamentó haberse marchado tan pronto del cementerio, le agradecerá verlo. Ella llevó más de un vestido de los que cosía su madre...

—No sé qué decir, señor Saldaña. Se lo agradezco, pero... —balbuceo.

—¡Ey! ¡Que el taxi lo pago yo! No se olvide que estamos preparando una revista que hemos titulado *Taxi al Cómico*. ¡Ya que promocionamos al gremio de los taxímetros prediquemos con el ejemplo! —resuelve el actor con una de sus contagiosas carcajadas.

—Rosellón con Bailén, por favor.

El taxista echa una ojeada al retrovisor.

—Disculpe la indiscreción... ¡Usted es Alady! —dice.

—El mismo pero vestido de civil —bromea el cómico.

—Cuando las bodas de plata con mi santa lo celebramos viendo en el Cómico *Esta noche no me acuesto*. Andaba usted muy bien acompañado...

—*I tant!* Dorita de Alba y Carmen de Lirio... Espero que después del teatro se acostaran... y tuvieran una buena noche —le espeta Alady con un guiño.

El taxista nos regala una sonora carcajada.

—De ese asunto no le puedo dar detalles. La parienta se enfadaría. Solo le diré que fue una noche de campeonato. ¡Cuando llegue a casa y le diga que he

hablado con usted!

El taxi nos deja ante un edificio de estilo neoclásico del Ensanche. Antes de entrar en la escalera, Alady me mira con seriedad.

—La Meller conserva la delicada voz de su juventud, pero está muy envejecida, demasiado para su edad. Parece que nada le importe y no entiende, yo tampoco, cómo ha sido tan olvidada. Vive por vivir, con el cadáver de su fama. Un domingo la encontré en la cafetería Kansas del paseo de Gracia... La acompañaba una pariente de su edad y la distinguí por su voz dulce y musical. Ella me pidió que le contara un chiste y me habló, dolida, de una tal Sarita Montiel que iba a hacerse famosa poniéndose su relicario... Un señor que vino a saludarme preguntó quién era esa vieja gorda y con descuidado cabello blanco con la que hablaba. Raquel Meller, le contesté. La respuesta me llenó de tristeza: «¡Las artistas que han sido tan grandes cuando se hacen mayores no habrían de salir de casa!». El camarero, que pasaba junto a nosotros, le lanzó una mirada de desaprobación... y yo me mordí los labios. Viendo la que se acercaba, mi mujer me tomó del brazo con el pretexto de que unas modistillas querían un autógrafo: «No te pongas tan sentimental, Carlos... Es ley de vida. Los jóvenes hacen olvidar a los viejos...».

El achacoso ascensor de caoba interrumpe el relato. El cómico pulsa el botón del quinto piso.

—Dejemos por un momento el risueño papel de Alady... Ahora le hablo como Carlos Saldaña: es muy triste que el público pretenda divertirse con nosotros hasta que no nos aguantamos derechos y luego lamenten que paseemos nuestra decrepitud por las calles y las cafeterías.

Un muchacho nos abre la puerta.

—Es Jorge Enrique, su hijo —me informa Alady—. ¿Dónde está la violetera de mi vida? —exclama al entrar en la sala de estar.

El piso de la actriz está tan desvencijado como su inquilina. La Meller aparece sentada en un sillón orejero de tela negra con estampaciones florales y apoya sus dedos con largas uñas de manicura un tanto desgastada sobre un tapete: una mancha de café asoma entre los bordados.

Las ojeras de la diva se ven más oscuras que nunca y uno ya no sabe si se debe al maquillaje o a las venillas azules que las surcan. En las paredes, pegados sobre cartón amarillento, los retratos de la artista parecen fotogramas de una

película sin final feliz.

—Hola, chico —me dice la Meller con una mirada amarga—. Tu madre era una de las mejores modistas de teatro. Mira. Esa foto es de Apers, yo era muy joven, ese cuadro lo pintó Sorolla y ahí tienes enmarcada la portada que me dedicó la revista *Time* por mi triunfo en Estados Unidos. Ese otro cuadro es de Carlos Vázquez: estoy cantando *El relicario*.

El ejemplar de *Time* está fechado el 26 de abril de 1926: Raquel Meller, la mujer fatal española de luto y con peineta.

—Me di a conocer en la Gran Peña de la calle San Pablo. Fui allí como modistilla que era para llevar un vestido que me había encargado una cupletista... Y llegué a ser un ídolo en Hollywood... ¡Hasta Chaplin me copió *La violetera* para una de sus películas! Ahora, en cambio, solo les interesa lo mal que ando... ¡Es morboso! ¡Carlos, ayúdame, que es la hora de las palomas!

La Meller se acerca al ventanal, lo abre y tira migas de pan en la terraza. Las palomas se agolpan conformando una colchón de plumas grises.

—Cada vez hay menos gente que me reconoce por la calle. Algunos supuestos «historiadores», por llamarles de alguna manera, me despachan como si fuera una simple cupletista. Fui mucho más: cuando me trasladé de Nueva York a Los Ángeles se paraba la circulación. Aquí tengo un montón de documentos de Henri Varna, el más importante empresario de París: son ofertas para participar en algún cuadro de sus revistas. Esa carta es del director de cine Jean Renoir, el hijo del famoso pintor impresionista...

La firmeza de la artista se va deshaciendo entre recuerdos nostálgicos. Alady se percata de ello.

—La vida nos reserva muchos momentos de amargura, pero nos hemos de resarcir con el licor del buen humor y la disculpa de la ignorancia de algunos botarates que nos menosprecian...

—Eres un filósofo, Carlos... En eso llevas toda la razón. ¡Escríbelo en tus memorias! —conviene la diva.

Alady me propina un discreto codazo con la satisfacción de haber conjurado el huracán depresivo que se avecinaba.

Antes de irnos, la Meller se vuelve a referir a mi madre.

—Aprecié mucho a Aurelia; como ya te he dicho, antes de ser artista yo también trabajé de modista en el teatro...

La anciana hace un ademán a Alady para que se acerque y le susurra algo al oído. Ya en la calle le pregunto, si se puede saber, qué le ha dicho la artista. Alady sonríe...

—Me ha pedido que te ayudemos en todo lo que necesites... Conocía la situación de tu madre. Llamaré al señor Gasa para insistir en ello.

—Gracias, señor Saldaña.

El actor se encasqueta su característico bombín y levanta la mano.

—¡Taxi al Cómico! —exclama—. ¿Lo ves muchacho? Ahora vuelvo a ser Alady.

En lugar de tomar el taxi que me ofrecía Alady, he preferido atravesar el Ensanche desde la Diagonal hasta llegar a Consejo de Ciento con Villarroel a la redacción de *Solidaridad Nacional*. Hace días que el señor Moncada insiste en que me pase por ahí: Santamarina quiere proponerme algún trabajillo.

Con su eterna camisa azul, sea invierno o verano, el director me acompaña por la destartalada redacción.

—En estos talleres se imprimía *Solidaridad Obrera*, el periódico de la CNT, y el diario *Catalunya*, que dirigía Juan Peiró. Antes de nuestra guerra el edificio pertenecía a la parroquia de San José Oriol y acabó colectivizado por los anarquistas. Al liberar Barcelona pasó al ejército nacional. La idea de conservar la palabra Solidaridad, el diario era conocido popularmente como «la Soli», fue mía.

El director me señala algunos trabajadores de los talleres gráficos.

—Esos tres operarios que ves ahí son veteranos anarquistas de la facción moderada de la CNT de Pestaña y Peiró. Los avalé para que evitaran la pena de prisión y la depuración: gracias a ellos pudimos poner en marcha la Soli porque las rotativas estaban en muy mal estado. Lo hice también con antiguos militantes del Partido Radical que trabajaron en *El Día Gráfico* de Pich y Pon... Fue una lástima que no llegáramos a entendernos con el sindicalismo anarquista moderado... ¡Teníamos tantas cosas en común!

—¿En común? —pregunto con extrañeza.

—Sí, muchas cosas. Y de eso le hablé a Moncada, tu jefe. Pronto se cumple el vigésimo aniversario del Alzamiento Nacional y me gustaría acompañar la información con testimonios sobre la Quinta Columna y las personas martirizadas en la zona roja. Acompáñame a mi despacho y te ilustro sobre el asunto de tu colaboración.

Al observar con más detenimiento el escritorio del director de la Soli me hago una idea más aproximada sobre su quijotesca personalidad. Retratos del

marqués de Santillana y Gracián. Una fotografía de R. L. Stevenson. Libros en inglés y su traducción de *Un mundo feliz* de Huxley...

Santamarina se percata de mi curiosidad por esos detalles.

—Ya ves, Alfredo. Por encima de todas las cosas, soy un escritor. Esto del periodismo me lo he tomado como una misión, pero donde esté una tertulia bien tejida... Llegué, desde mi Cantabria natal, a esta ciudad a mediados de los años veinte. Iba para abogado, pero preferí la bohemia. Mi hermano José María era pintor y me lo mataron en la guerra. Aquí tuve grandes amigos como Max Aub, Mercè Rodoreda, Carles Riba, Martín de Riquer, el editor José Janés... Nos reuníamos en el Lyon d'Or de la Rambla: allí fundamos la revista literaria *Azor*.

—Cuando me hablaba de la cabecera del diario, no acababa de entender qué podía tener en común el anarquismo con la Falange, aparte de la bandera rojinegra...

—Solo decirte que la derecha «cabecihuera» nos llamaba la Failange. José Antonio conocía Barcelona: aquí hizo el servicio militar cuando su padre era capitán general de Cataluña. En febrero de 1934, tuvimos una reunión con el jefe en el hotel Regina para poner en marcha la Falange catalana. Al no ser ni de derechas ni de izquierdas, estábamos condenados a la clandestinidad. Aquel año tuvimos varias reuniones en un local de la calle Rosich, cerca de Santa María del Mar: oficialmente era un gimnasio con su ring, sus anillas, hasta tenía un rótulo muy pinturero: CENTRO DE DEPORTES OLÍMPICOS. Nos vimos con Pestaña y Peiró en el café Glaciar de la plaza Real: compartíamos nuestra inquina hacia el comunismo y la burguesía explotadora, pero pedirles respeto por la religión católica y el nacionalismo español era demasiado. En mayo del 35 José Antonio vino al local de Rosich, y los anarquistas nos ayudaron en el servicio de orden; Badia, el jefe de la policía, quería eliminarnos. El aviso llegó muy justo y hubo tiroteo con los *mossos d'esquadra*. Gracias a esos cenetistas, que ahora trabajan conmigo, sacamos de allí al Fundador y lo metimos en un auto a resguardo de las balas...

—Pero a Juan Peiró lo fusilaron al acabar la guerra...

—Él dio la cara por mí cuando los rojos me condenaron a muerte. Yo declaré en su favor en el juicio sumarísimo de 1942 y propuse que, dado su apoliticismo, colaborara con la Organización Sindical Española, pero él no quiso renunciar a sus ideales. «Con mi muerte me gano a mí mismo», me dijo.

—Camarada Luys, ¿no te entristece haber ganado una guerra con tantas muertes como esa?

La pregunta ha salido de mi interior y su tono inquisitivo me provoca un ligero escalofrío al tiempo que mi conciencia me pide cuentas por tal atrevimiento.

—Llevas razón, muchacho. Sobraron demasiados muertos: Federico García Lorca, Miguel Hernández, socialistas moderados como Besteiro o Zugazagoitia... Así se lo le dije a un amigo republicano por carta. Desde el 1 de abril de 1939, nunca consideré enemigo a ninguno de los españoles a quienes habíamos vencido; primero, porque eran españoles, y segundo, porque no es de caballeros recordar al vencido su derrota. Y creo que cuantos han combatido piensan así.

Santamarina abre uno de los cajones de su escritorio...

—Tengo pendiente una de mis glosas sobre cómo hablar correctamente el español y las horas vuelan. Aquí tienes el que podría ser el primer capítulo de ese paseo por el horror que fue la Revolución en Barcelona: primero con los pistoleros de la FAI y luego con los secuaces de Stalin.

El falangista me desliza una carpeta con hojas mecanografiadas. Se incorpora y toma dos libros de la estantería.

—Aquí tienes: una memoria de mi infancia que titulé *Perdida Arcadia* y este otro que acabo de publicar: *Karla y otros cuentos*. Espero que no supongan para ti un regalo envenenado; si es así castiga a su autor con tu aburrimiento. Aquí cada vez se me soporta menos. Como escribió Pavese, escritor comunista al que respeto, «lavorare stanca». Ejercer de Pepito Grillo de la Revolución Pendiente y predicar con el ejemplo no lo llevan muy bien los zánganos y esos tecnócratas meapilas que cada día mandan más. Si sigo así acabaré como el camarada Ridruejo, pero yo nunca le reiré las gracias al marxismo, aunque para mí las personas estén siempre por encima de las ideologías.

—Gracias, camarada —balbuceo.

—Si te cuesta mucho lo de camarada, llámame simplemente Luys. Con todo lo que te he contado, te apeo del tratamiento nacionalsindicalista —bromea el director de la Soli.

Al llegar a casa me pongo a apilar la ropa de mi madre para que la vecina la done a la Casa de Misericordia. Los patrones de los vestidos se amontonan en la sillita junto a la máquina Singer que se le llevó tantos días y noches. Me veo reflejado en la luna del armario caoba que siempre juzgué por encima de nuestras posibilidades. Los muebles del dormitorio de mi madre, así como su máquina de coser, se encuentran en buen estado; me darán algunos duros por ellos.

He desocupado las estanterías de jerséis, las blusas con encajes, las medias rezurcidas y he tocado, con cierto pudor, la ropa interior; he descolgado vestidos, un traje de chaqueta y un desgastado abrigo de astracán. El aroma a hierbas silvestres que mi madre mezclaba en saquitos hechos con retales de mis rayadas batas colegiales hace más grata la recolección de ropa difunta.

En la parte inferior del armario, varias cajas de zapatos que habré de tirar. Al apartarlas para depositarlas junto a los sacos de ropa usada, una de ellas se desliza entre mis manos y cae al suelo levantando al trasluz una nubecilla de polvo: la caja deja al descubierto una plantilla de cuero, ligas de medias, un cuarteado calzador, un cepillo de lustrar y un bote de betún endurecido...

Al remover esos cachivaches inservibles reparo en un fajo de papeles amarillentos... Son cuartillas de apretada caligrafía con tinta azul y un título inquietante: *Las artes del diablo*.

La goma que sujetaba los manuscritos se ha resecado y cuarteado hasta quedar pegada en el papel. Voy despegando con la uña los restos de caucho que han tapado las iniciales bajo el título. Alcanzo a leer la primera, es una A, pero la segunda es ilegible, deformada por la mancha de goma parduzca.

Estoy de rodillas con el fajo de papeles entre manos, como si acunara a un recién nacido. Antes de enfrascarme en la lectura del inesperado manuscrito meto la cabeza en los fondos del armario. Me sumerjo literalmente hasta percibir un olor de cueros envejecidos y tacones de goma. Muevo las manos y extraigo

restos de periódicos... Ejemplares de *La Humanitat*, *El Día Gráfico*, *La Vanguardia* y *Solidaridad Obrera*. Desplegados boca abajo, sirvieron durante décadas para cubrir la madera sobre la que se depositaban los zapatos de sucias suelas.

Viene a mi memoria aquella mañana en los Encantes de Glorias. Me veo como protagonista de un *déjà-vu*. Aquellas revistas de *Regarder* con reportajes de Titayna sobre las que unos gitanos depositaban sus lámparas y apliques de hojalata.

Vacío el armario del resto de las cajas de cartón esperando encontrar más vestigios de esas «artes del diablo», que todavía no he leído.

No encuentro más papeles. Aliso los periódicos contra el suelo. Me incorporo y retorno al legajo...

Acabo de poner sobre la mesa mi precioso tesoro de papel cuando alguien repica en la puerta. De una forma irracional, percibo el temor de que ese alguien pueda compartir mi descubrimiento. Si abro la puerta y me ve con tanto papel viejo me preguntará qué es.

Vuelven a llamar, con más insistencia que la primera vez. Ahora recuerdo una película de mi admirado John Garfield con la fatal Lana Turner: *El cartero siempre llama dos veces*.

Saco el mantel, lo extiendo sobre la mesa y cubro con él los polvorientos montículos de papel y diarios. Entreabro la mirilla.

—¡Alfredo! ¿Estás ahí? ¡Soy Marta! —se oye en el otro lado.

¡Marta de Queralt! Abro la puerta sin más vacilaciones.

La contemplo al franquear el umbral: está bellísima. Viste una blusa de seda azul y una falda de raso color vainilla.

—Te preguntarás qué hago aquí...

No sé qué contestar. La miro fijamente como si fuera una aparecida. Le podría pedir explicaciones acerca de su actitud tan hostil hacia mí. Es lo que me pide el cuerpo, pero recuerdo el consejo de Herminia, la criada. Mejor ahorrarse los reproches.

—Marta, yo también te debo explicaciones...

—Entonces, lo mejor es que hablemos y para eso he venido. Para pedirte perdón por mi pésimo comportamiento en el entierro de tu madre. Para decirte que, sin ella, sin la sacrificada Aurelia, mi madre, mi padre y yo misma

hubiéramos muerto en el 36. Mi padre no está aquí, pero te aseguro que suscribe también mis disculpas.

La solemne declaración de Marta me ha confortado por el fin de las hostilidades, pero ha incrementado las incógnitas sobre mis progenitores.

—¿Y qué hizo mi madre para salvar vuestras vidas?

—Te diré lo que me contaron mis padres. En julio del 36, Aurelia trabajaba para mi madre, que seguía ligada al mundo del espectáculo, aunque ya se había retirado como actriz. Como te dije, tenía apalabrado un teatro, pero la sublevación franquista y la revolución anarquista frustraron aquel ambicioso proyecto. Cuando se presentó un comité de milicianos con el propósito de incautarse de nuestra casa, Aurelia habló con ellos y la acción se paralizó de inmediato.

—¿Y qué les dijo que fue tan convincente?

—Según nos explicó, que iba a montar un taller de costura para las milicias del Frente de Aragón.

—¿Y fue así?

—Así se hizo. A los pocos días, mi padre, con un mono azul, y mi madre, actuando, nunca mejor dicho, de miliciana con un gorro rojinegro, montaron conmigo en brazos en una destartada camioneta que llevaba pintadas las siglas CNT-FAI. Se suponía que en las cajas iba la ropa para los soldados, pero en realidad llevábamos los trajes de mi padre y el ajuar de las mujeres de la casa. En la frontera tomamos otro coche que nos condujo a San Sebastián. Y allí permanecimos hasta el final de la guerra. Al volver a Barcelona, recuperamos nuestra propiedad. Estaba intacta. Tu madre nos devolvió las llaves. Le ofrecimos que se quedase para siempre con nosotros, pero nos contestó que su lugar estaba aquí, con su máquina de coser.

—No creo que la Singer siga en este piso por mucho tiempo... Con lo poco que gano no podré pagar el alquiler...

Marta me toma la mano.

—Seguirás aquí hasta que tú quieras, Alfredo. Hemos abonado los gastos de esta vivienda desde el 39 y lo seguiremos haciendo. Tu madre no quería, pero era una forma de agradecer que salvara nuestras vidas y preservara nuestro patrimonio.

—¿Y mi padre? ¿Quién era mi padre?

—Eso no te lo puedo contestar, tu madre nunca quiso dar explicaciones sobre el comportamiento de su marido.

—¿Y el periodista Promio? ¿Qué pasó con él? Tu padre se puso muy nervioso cuando le dije que había encontrado un libro con el exlibris de René Martel...

—Mi padre siempre le tuvo manía porque mi madre estaba un poquito enamorada de ese hombre. Pero los sentimientos no siempre coinciden y él estaba cegado por la aviadora francesa. Creo que ya hablamos de ello...

La afabilidad de Marta se ha trocado en una actitud tensa. Escruta el reloj. Mejor no contarle de quién estuvo realmente enamorada René Martel, pienso para mí.

—Bueno, Alfredo. Después de esta conversación me quedo más tranquila. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estamos. Siempre serás bienvenido a casa...

El tono de su voz se va haciendo más lineal y protocolario... En lugar de una promesa de reencuentro suena a despedida. Me dispongo a responder, pero Marta ya ha soltado amarras... Se me adelanta y abre la puerta.

—Cuídate mucho, Alfredo, y por el alquiler no te preocupes.

Antes de esperar respuesta, la veo bajar con prisa los escalones. El murmullo de sus tacones resuena en la oscuridad...

Cierro la puerta y levanto el mantel. Agarro los papeles.

Comienzo a leer...

Las artes del diablo

Al igual que el Ángel Caído, soy espíritu errante y con don de lenguas. El diablo también tiene su arte y en julio del 36 salió a pasearse por Barcelona. Cuando escuché en la radio al general Goded pidiendo a sus soldados que se rindieran a las milicias antifascistas supe que había llegado la hora de pescar en ríos revueltos.

Siempre he jugado a dos bandas. Ya quedé muy escaldado con la guerra del 14, expulsado de Francia con mi familia austrohúngara. El 20 de julio me presenté en la Jefatura de Orden Público de vía Layetana. Aunque afiliado a la CNT, la calle tomada por los anarquistas no me hacía ninguna gracia.

Era el momento de elegir entre matar o morir. Mi currículum les impresionó lo suficiente como para no pegarme una patada en el trasero o enviarme, sin más, al castillo de Montjuich. Hablo siete idiomas, soy director de orquesta, graduado técnico en construcciones y estudioso de las bellas artes; todo esto último de mis años en Austria y Alemania.

Recuerdo aquel día de agosto, cuando un veterano de la CNT, el periodista de *Solidaridad Obrera* Floreal Fabregat, me pidió que lo acompañase con un par de guardias de asalto para tomar el Palacio de Justicia. Cuando llegamos al Salón de San Juan, una patrulla de control metía prisas al teniente de la Guardia Civil que custodiaba el edificio.

—Dile a ese que se aplaque; si no es por los tricornios, aquí no se aplasta el golpe fascista —aconsejé a Fabregat.

El periodista se sacó del bolsillo un salvoconducto del Comité Nacional de la CNT y, por si no se lo tomaban en serio, les advirtió de que en breve contaría con una treintena de hombres armados.

Y llegaron, vaya si llegaron.

—Mira, mira —decía Fabregat jactancioso—. Las picas revolucionarias han intimidado al civilón. Lo veo demudado, sin rastro de metal laríngeo en la garganta. Mira, mira... Los tinterillos y roedores de los archivos salen despavoridos...

Una vez en el interior del Palacio de Justicia pudimos ver todavía algún ujier, descolgando crucifijos y retratos del Alfonso XIII.

Todo va muy rápido cuando el fuego purifica. Ardían togas, birretes y archivos. El comité de la fábrica de automóviles Hispano Suiza se incautó de varios modelos que adornaron las siglas CNT-FAI y UHP. Y como el calor era insoportable, nos proveímos de viandas y bebidas en el mercado del Borne.

Hasta los funcionarios de la Generalidad demostraban un entusiasmo tan exagerado que nadie se lo creía. Cuando vieron la cesta de colts, parabellums, y walters que habían recolectado los chavales y ondeó la bandera de la FAI en la cúpula del palacio que Fabregat llamaba «la Bastilla del privilegio», se largaron pitando a otro palacio, el de la plaza San Jaime, a hacerse los lloricas.

—¡Mira esos funcionarios que se han quedado sin el chollo! Se ha acabado matar las jornadas de babear con libros pornográficos. ¡Tienen un migote en el papo que no pueden tragar!

Eso decía Fabregat mientras el juez Barrio decretaba la «cesantía fulminante de todo el personal judicial de la Región Autónoma». Lo de Companys y sus *mossos d'esquadra* se quedaba en atrezo para una mala opereta.

Fabregat se desternillaba de risa.

—Encajan sin pestañear los bofetones que asestamos a esa caricatura del poder. Aprietan los dientes, callados como frailes. Alguno ya se ha largado a toque de pito rumbo a la frontera para tragarse el rancho franquista de Cambó.

Barrio constituyó un Tribunal Revolucionario que parecía inspirado por el mismísimo Robespierre. Las noticias de Madrid animaban a ejercitar el «ojo por ojo diente por diente».

—Mira, mira —fardaba el periodista de la Soli—. La prisión celular de la antigua Villa y Corte, hoy capital de la Revolución, ha sido asaltada: le han dado matarile al loro astur de Melquíades Álvarez, la pepa agraria Martínez de Velasco y al lerrouxista Salazar Alonso, el del Straperlo...

El último nombre me sonaba familiar. Había compartido sumario con el tal Salazar, aunque yo de personaje secundario: me condenaron en el 35 por estafa y

soborno. Tragué saliva.

—Como no fusilen más, nos vamos al cruce *Uruguay* y lo hundimos con cargas de dinamita... —clamaba un miliciano meneando la Star de un lado para otro como hago yo con la batuta al dirigir la orquesta.

Investido primer adjunto del fiscal en los tribunales populares, Fabregat se plantó en jefatura con doscientas penas de muerte que ejecutaron en el Campo de la Bota y los fosos de Montjuich.

—Mira, mira, el pelele de Companys se ha interesado por la suerte del nieto de Joaquín Costa, pero el Tribunal Extraordinario desatiende su petición... Este pajarraco salió el 19 de julio a combatirnos en la calle, al frente del escuadrón de Caballería de Santiago. Por eso hay que ajusticiarlo dos veces: la primera por desleal a la República. Y la segunda, por desleal también a la memoria de su gran abuelo.

Fabregat tenía justificación para todo y lo vestía con la prosa florida del escritor de folletines justicieros. Con tanta pasión, lo mejor era no llevarle la contraria.

O sea, que me puse a hacer lo que sabía hacer. Lo que había hecho toda la vida: equilibrios y faroles con baraja doble. De la Legión a la CNT, de la CNT al Partido Lerrouxista —que me salió mal por meterme en el chanchullo de Strauss y Perlowitz, dos inteligencias errantes como yo—. En la Modelo, donde cumplía cárcel por la maldita ruleta, contacté con algún elemento de la fantasmagórica Falange y al salir continué viéndome con ellos en un garito con apariencia de gimnasio en un callejón sombrío del Borne.

Para garantizarme alguna medalla embauqué a un mamporrero fascista, un tal Guille. Como el gobierno de la Generalidad se había largado del palacio de San Jaime para refugiarse en Jefatura, propuse al descerebrado que se metiera allí con una ristra de granadas de mano bajo la guerrera. Una vez en el interior de comisaría, haría volar a Companys y su gobierno. El facha me creyó a pies juntillas, pero cuando estaba en la puerta de vía Layetana dos guardias de asalto, advertidos por mí, le echaron el guante.

Gracias a unos cuantos soplos más, que llevaron a la detención de elementos que podían dar cobijo a los facciosos, en Jefatura valoraron al fin mis méritos y me nombraron intérprete oficial de la Comisaría de Orden Público. En los meses venideros, Barcelona se fue llenando de brigadistas internacionales y de

soviéticos, la GPU en pleno. Me encargaron que hiciera de «escolta» de los recién llegados: ese cometido, que obligaba a ir de un consulado a otro, para facilitar salvoconductos y verificar documentos, me iba de perlas. Por aquellas fechas, nadie sospechaba ni por asomo que la guerra sería larga. Todo dios decía que aquello era cuestión de semanas o de meses, pero yo no estaba tan seguro viniendo de donde vengo...

El verano del 36 parecía que los anarquistas cortaban el bacalao. Pero solo parecía, insisto en el matiz. Con mi eficiencia tan gélidamente europea de ojos azules y cabello rubio daba a todas horas lecciones de revolución al zote de turno; mi don de lenguas les resultaba imprescindible para organizar a los voluntarios que recalaban en Barcelona para, como ellos proclamaban pomposamente, «luchar contra el fascismo».

Cuando iba al retrete, repetía con sorna la frase ante el espejo desportillado: «Luchar contra el fascismo...». Y me meaba de risa.

En mayo de 1937, los agentes de Stalin la tomaron con los ácratas y los trostkistas. Barcelona iba a convertirse en la sucursal de Moscú. Debía maniobrar con rapidez. ¡Siempre sobre la cresta de la ola, Alphonse!, me decía.

¡Qué días aquellos! De un lado para el otro, de una trinchera a otra trinchera: ahora repitiendo como un loro que Andrés Nin y los del POUM eran franquistas; y al cabo de un rato, todo lo contrario: que los comunistas se cargaban la Revolución para restaurar el orden burgués.

Todavía me admiro de mi capacidad para no meter la pata. Aún se me antoja imposible cómo era capaz de cambiar constantemente de barricada. «¡Hay que hacer la guerra y la revolución!», graznaba en la Telefónica con los de la CNT-FAI. «¡Primero hay que ganar la guerra y luego ya haremos la revolución!», peroraba en el hotel Colón con los del PSUC. Animaba a los de un bando contra los de otro, y hablaba mal de cada bando cuando estaba en el bando contrario. Groucho Marx no lo habría hecho mejor: mis principios cambiaban de esquina como los contendientes de tan absurda guerra intestina.

Me pasé tres días haciendo kilómetros a través del desconcierto. Mi pasaporte extranjero me lo permitía. Me pedían la documentación, decía que era de las Brigadas Internacionales, y me dejaban pasar...

Después de salir indemne de ese ejercicio de funambulismo me creí con derecho a unos galones en el nuevo Ejército Popular comunista que iba a sustituir a las andrajosas milicias anarquistas. Y para rizar el rizo y no dejar ningún flanco descuidado, seguía tonteando con los fascistas emboscados en la Quinta Columna. Eso del espionaje no se me daba mal: confirmaba mis dotes en el arte de la simulación. Lo de contactar facciosos lo hacía por libre, sin mantener relación absolutamente con nadie porque estaba vigilado por todo el mundo y todo el mundo sabía que yo estaba al servicio de los rojos.

Lo mejor era seguir en lo mío: la música y las clases. Mi compañera —como se decía entonces— se había quedado preñada: estaba a punto de parir, y eso no

me hacía puñetera gracia.

¡Tanto tontear con la orquesta de señoritas y al final le haces un bombo a la modista del teatro! Y eso que me gustaba más la vedete para la que trabajaba, pero se me vino abajo —adivinen el qué— cuando metí las narices en su camerino para hacerme el encontradizo y, de paso, ver si había asunto... La cosa apuntaba bien cuando la vocalista se me lanzó a los brazos llorando.

¿Estaba tan loquita por mí?, llegué a pensar. Pero no. Quería que le hablara de sus males de amor «a una gran amiga mía de la que conservaba un recuerdo imborrable», la aviadora Titayna. O sea, que ardía en deseos uterinos por ver a la francesa: «Sé que mantienes una magnífica relación amistosa con ella desde hace años...», gimoteaba la acalorada vedete.

Y como a buen entendedor pocas palabras bastan, aquella tarde comprendí que no había nada que rascar. Que a la Martel le iban las tías, vamos.

Cuando revelé a mi compañera el safismo de su patrona se puso de mala uva. «¡Lo que debes hacer es ir pensando que pronto tendremos una boca más en esta covacha en la que me has metido!», me escupió a la cara. Yo levanté la mano con la intención evidente de cruzarle la cara para que se serenara un poco, pero me contuve y preferí rascarme la oreja.

Convencida de que le estaba vacilando, la modistilla siguió provocándome.

—¡Pégame, vamos! ¡No será la primera vez! ¿Te cabrea que sea yo y no una de esas furcias con las que te vas a la cama con el cuento del arte y los ensayos de tu miserable orquestina? —me reprochó con altivez.

Me aparté de ella en silencio, recogí unas partituras porque tenía reunión en el sindicato de músicos y abrí la puerta para largarme cuanto antes.

La mujer con bombo no cejó en su concierto de improperios. Se puso enfrente de mí como si quisiera impedirme la salida. Intenté apartarla de un manotazo, pero me agarró del brazo y pude oír cómo se rompía la costura de la manga...

—¡Eso lo vas a coser con los dientes... si es que te queda alguno! —exclamé.

Avancé mis pasos hasta tocar con mi nariz su frente sudorosa. Ella retrocedió con cara de asco pensando que pretendía besarla —¡qué más quisiera!—, perdió el equilibrio y, moviéndose como una peonza, se despeñó por las escaleras. Un fuerte golpe en el último escalón le arrancó un grito de dolor.

—¡Vas a matar a tu hijo! —sollozaba.

—¡Menos cantinelas! ¡Levántate y cóseme la manga que me acabas de romper! —le ordené—. ¡No voy a presentarme en el sindicato con este boquete!

—No puedo levantarme... —gimoteaba.

—¡Aquí el que trabaja en el teatro soy yo! Tú solo eres una zurcidora de tres al cuarto que un día me tiré porque llevaba encima dos copas de más... ¡Que te levantes te digo!

Como veía que mis órdenes se las pasaba por la concha, la ira me iba obcecando, densa y corrosiva.

Le pegué una patada en la cadera. Ella soltó un alarido.

—¡Arriba he dicho!

—Eres un judío sifilítico... —dijo entre dientes—. Un asqueroso delincuente que solo se atreve con una desgraciada como yo...

En ese momento perdí el mundo de vista... Las patadas se sucedieron, una tras otra. Ella se protegía el vientre con las manos, pero ya no se quejaba: mis golpes la habían dejado inconsciente. Perlado de sudor, arrastré aquel peso muerto escaleras arriba para dejarlo caer, pesadamente, en la cama de matrimonio.

La estuve observando. Un morado en el pómulo del golpe en el peldaño. Le levanté las faldas: ni una herida en las piernas.

Nadie había sido testigo de la escena.

Me acerqué a Jefatura y requerí el servicio del médico que atendía a los presos en los interrogatorios.

Cuando llegó el matasanos, ella seguía en la cama. Inmóvil. Silenciosa y con los ojos clavados en el techo amarillento y agrietado.

—Estaba en el comedor preparando unas partituras y escuché el golpe. Luego abrí la puerta y la vi tirada al pie de las escaleras. Como está embarazada quizá sufrió algún mareo que le hizo perder el equilibrio... —conté.

El médico era experto en toda clase de «caídas». Palpó la cadera de la paciente y le pasó la mano por la espalda.

—Lo peor es que se haya dañado la columna, pero sería precipitado emitir ese diagnóstico... Antes de ingresarla en un hospital sería mejor ver cómo evoluciona —aconsejó al tiempo que me extendía un certificado.

Y la paciente evolucionó... Tras varios días en absoluto silencio, después de varios meses con la tripa en permanente abultamiento, empezó a hacer la vida

normal de una coja.

Le hicieron radiografías que no evidenciaron una fractura de fémur o cadera. Y como la guerra no permitía seguir explorando hipótesis y cada vez había más heridos del frente, se concluyó que la paciente padecía una leve lesión medular que afectaba a su aparato de locomoción, especialmente en la pierna derecha.

Al final llegué a una «entente cordiale» con aquella mujer que me amargaba la vida. Cuando le advertí que los revolucionarios se iban a incautar de la casa de los Queralt, estuvo a punto de arrodillarse para pedir clemencia, pero la cojera y el embarazo dificultaron tan encomiable gesto de fidelidad perruna. La «entente» consistió en que ella se instalaría en aquella casa como criada y modista de los milicianos y brigadistas. Nadie le tocaría un pelo —tampoco estaba para un capricho— y ella se olvidaría de mí.

Pero le quedaba por decir una frase que me destrozó el corazón como un disparo a quemarropa.

—Y cuando nazca lo que llevo dentro... ¿Qué le contaré de su padre?

La pregunta me desarboló. Fue un minuto de incómodo mutismo con sus ojos llorosos clavados en los míos. No tenía el rímel corrido porque era tan basta que nunca se pintaba.

—Dile lo que te plazca. Ni tú ni yo sabemos cómo acabará todo esto.

—En realidad, desde que te conocí, no he conseguido saber quién eres realmente.

—Lo mejor es que no lo sepas nunca.

Me había quitado de encima a la modista preñada, pero la suerte se empeñó por un tiempo en darme la espalda. Alguien que no me quería bien había ido al Servicio de Inteligencia Militar (SIM) —la policía política estalinista— para chismorrear sobre mis relaciones políticas mutantes. La buena estrella en Jefatura se eclipsó: pasé de enviar detenidos a ser un detenido más.

Me esperaba un campo de trabajo y eso no me hacía puñetera gracia. Desde que los soviets cortaban el bacalao, se mataba menos a la luz del día y ya no quedaban muchas iglesias para quemar.

Hasta que un día, requerido por un comisario, me vi de nuevo en Barcelona.

—Te acusan de ser doble agente entre los facciosos y nosotros, pero cuando trabajaste en Jefatura lo hiciste muy bien. Tan bien que iban a nombrarte teniente. Estos del SIM no se andan con chiquitas... Yo me llevaba mejor con los de la FAI, pero hay que adaptarse a la nueva situación y ganar esta guerra de una puta vez. Me dijiste que, además de músico profesional, tienes conocimientos de arquitectura y de arte. Estamos acondicionando una red de celdas de castigo. Necesitamos a alguien que ayude en los planos... De momento seguirás detenido y cada día irás al lugar de las obras escoltado por guardias de asalto. Si te entregas a tu trabajo y lo haces bien, podrías conseguir la libertad más pronto que tarde...

Le llamaban «checas» o «preventorios». Estaban por toda la ciudad. Torres burguesas de los barrios altos, palacios de la Exposición del 29, iglesias y conventos arrasados por la revolución anarquista...

Mi primer trabajo fue acondicionar el «Preventorio D», un chalé de la esquina de la calle Vallmajor con Copérnico, enfrente de un convento de monjas reconvertido en centro de detención con la CNT. Los interrogatorios preliminares se realizaban en el chalé y después los detenidos eran trasladados a las celdas de tortura que ocupaban el coro de la iglesia del monasterio de Santa Magdalena. Para cumplir con la consigna estalinista de la discreción, se intentó

excavar un túnel que comunicara ambos edificios, pero las humedades de aquella zona montañosa hicieron imposible la obra.

Allá por mayo del 38 me encargaron proyectar tres celdas armario. Situadas en un ala retirada del chalé, servirían para que los interrogadores «trabajaran» a los detenidos que no colaboraban con el antifascismo.

El jefe de los interrogadores, un tal Ureña, me explicó que la distribución del preventorio, en su estado actual, no era la más adecuada para las labores de información. Entramos en su despacho y en unas cuartillas fui dibujando las posibles variantes de lo que llamábamos «celdas armario».

Después de darle varias vueltas al proyecto, y comentar lo poco imaginativos que eran los anarquistas en comparación a las sofisticadas técnicas del SIM, tracé un boceto de las celdas: cincuenta centímetros de ancho por cuarenta de profundidad; una altura graduable de metro cuarenta a metro sesenta... La tortura se acrecentaba con un asiento colocado a poco más de medio metro del suelo que obligaba al detenido a sostenerse sobre las puntas de los pies. La poca profundidad de la celda le obligaba a tocar la puerta con las rodillas, cargando en ella todo el peso del cuerpo que se deslizaba continuamente del asiento. Al ser el techo graduable, se rebajaba de modo que el preso no pudiera enderezar el torso.

El jefe de interrogadores parecía convencido con mis explicaciones, pero le parecía poco castigo. Al verlo tan dubitativo le propuse añadir unas tablas para colocarlas entre las piernas y delante del pecho del detenido...

—Así se impide cualquier movimiento de las extremidades. No se pueden cruzar las piernas, ni apoyar la cabeza en los brazos, ni taparse la cara ante la luz cegadora de una potente lámpara... Diez minutos en este armario y cantan hasta *La Parrala*.

A Ureña se le veía ahora, ciertamente, muy complacido.

La construcción de las celdas avanzó a buen ritmo; se me dijo que en cuanto estuvieran acabadas me devolverían al campo de trabajo. No paraban de entrar detenidos en el preventorio de Vallmajor. Aquel convento neogótico emergía entre las deshilachadas palmeras como un castillo de película de terror. Cuando el detenido traspasaba la verja de hierro forjado y subía las escaleras, se topaba con una puerta ojival con la imagen de Santa Magdalena flanqueada por dos ángeles y rematada con la inscripción «Dilexit multum» que significa, más o menos, «se te quiere». Es comprensible que, en lugar de la entrada de una

iglesia, el detenido no viera otra cosa que un inmenso panteón. La Muerte le estaba diciendo que «lo quería». Y no andaba desencaminado.

Se recibía a los presos con una ración de porras de alambre, revestidas de caucho. Si el detenido seguía sin aportar información útil, se le colocaba en la cabeza una goma con una campana: al tirar de la goma, impactaba contra la frente. Otras veces se recurría al clásico hierro candente en los testículos o la argolla de la que colgaba el detenido boca abajo... Esos métodos herían mi sensibilidad de artista, me parecían antediluvianos.

Si el interrogado se venía abajo físicamente, se llamaba a un preso que era médico: este se volcaba en sus menesteres con la vana ilusión de que esos méritos ayudarían a su liberación. Pero el pobre matasanos no saldría nunca de la checa, pensaba yo, precisamente porque lo necesitaban. En una ocasión atendió *in extremis* a un hombrecillo que había quedado en coma y pareció reanimarlo... Ureña ordenó que dejaran descansar al pobre diablo, al día siguiente ya continuarían con los interrogatorios. Pero cuando pasó la noche lo encontraron muerto. Se había ahorcado con la correa del cinturón en uno de los grifos del retrete.

Cuando mis celdas-armarios estuvieron listas, se aceleraron los interrogatorios. Al ser como cajones, incomunicadas unas de otras, evitaban que la tortura se hiciera tan a la luz del día como antes.

Ureña me comunicó que mi retorno al campo de trabajo se retrasaría un par de semanas: habían propuesto otra «actualización» de las celdas de tortura. Deduje que si aguzaba el ingenio podía pasar mucho tiempo con mi peculiar asesoría y así librarme de ir al campo de trabajo.

Modernizar, actualizar, innovar, dar un toque artístico al infierno... Por las noches, en el camastro habilitado en un rincón del despacho de Ureña, pensaba en cuáles serían los mejores ingredientes para cocinar el horror.

Lo que veía no me gustaba. Esas duchas de agua fría en invierno tres o cuatro veces al día para coger luego al detenido y lanzarlo a la carbonera de la casa. Aquellas palizas a los presos tras las copiosas cenas de los interrogadores regadas con las bodegas de los antiguos propietarios del chalé. Borrachos pegando hostias, no me convencía.

Las consideraciones estéticas me mantenían en tensión toda la jornada. Lo peor era cuando Ureña se ensañaba con algún detenido al que le tenía especial

ojeriza.

En una de esas noches, lo oía gritar por teléfono que le enviaran alguna mujer de las oficinas centrales: se refería al cuartel general de la calle Muntaner, 321, y a la torre de La Tamarita. Al poco tiempo vi que traían a la pobre desdichada, que lanzaron como un saco ante la mesa del jefe de interrogadores.

Ureña le dio un vistazo y de su agria mirada deduje que la detenida no era de su agrado. Al momento descargó una lluvia de golpes para ordenar que, como en la ficha ponía que era mecanógrafa, se la llevaran a «escribir a máquina», eufemismo que se refería a una silla donde propinaban descargas eléctricas. De pronto, un estruendo dejó en tinieblas el preventorio. Entre los vitrales rotos del convento, las nubes se vieron atravesadas por miles de insectos, que no eran otra cosa que el fuego de las ametralladoras de la aviación italiana.

—Ya está aquí el enjambre fascista del puto Mussolini —renegó Ureña.

Sin energía, la silla no podía funcionar. La electricidad volvió cuando ya no se la necesitaba, pero hacía un buen rato que se me había encendido la bombilla de la que iba a ser la más ingeniosa de mis creaciones...

Antes de actuar, quise conocer a la detenida. La mujer que Ureña había pateado en su despacho lloriqueaba en una celda junto al confesionario. Pese a que iba despeinada y con los restos de maquillaje diluido por las lágrimas que arrasaban sus mejillas, aquel cabello azabache con una onda en la frente al estilo de Estrellita Castro me hizo refrescar la memoria.

Al acercarme, ella se apartó poniéndose las manos sobre el pecho.

—Su cara me suena... —le dije.

—Pues casi prefiero que no le suene, porque ser conocida por una fotografía de prensa me ha condenado a este infierno —contestó con un marcado acento catalán.

—¿De dónde la han traído?

—Una patrulla de control de la FAI vino a buscarme a mi casa de Figueras... estaba en la lista de fascistas por unas declaraciones de mi hermano y por ir la iglesia...

—¡Claro! ¡Ya decía yo! ¡Usted es la hermana de Salvador Dalí! ¡La recordaba de aquellas fotos con el poeta García Lorca en Cadaqués! ¡Admiro la obra de su hermano, aunque yo soy más de Kandinski y Klee!

—Ana María Dalí —dijo la mujer tendiéndome la mano.

—Lamento conocerla en estas circunstancias... ¿Cuándo la detuvieron?

—He perdido la noción del tiempo. Primero pasé un par de días en una checa de Figueras, luego me trajeron a Barcelona, creo que a la calle Muntaner. Me sacaron del camión y me metieron en una celda. Me preguntaron si, a través de mi hermano, mantenía contactos con los servicios de inteligencia franquistas de Cambó. Le dije que no sabía nada. Intentaron violarme... O me violaron, porque antes me habían dado varios tortazos que me dejaron inconsciente.

—¿La violaron?

Ana María se arregló la onda que orlaba su frente y miró al suelo, como avergonzada. Aquel silencio digno le daba cierta belleza, aunque no era mi tipo.

—Preferiría no hablar de eso. Si usted fuera mujer lo entendería. Luego me trajeron a esta checa. ¿Dónde estamos?

—En el convento de Vallmajor...

—Pensaba que era el preventorio de la calle Zaragoza. ¡Estoy tan confusa!

—¿Sabe que a su amigo, el poeta García Lorca, lo asesinaron los fascistas en Granada?

—Lo supe por Salvador... Le lloré como si hubieran matado a mi propio hermano. ¡Pobre Federico!

—Pues su hermano y Luis Buñuel se burlaron un poco de su *Romancero gitano* —advertí con una sonrisa—. He leído en los diarios que cuando Dalí recibió la noticia de la muerte de Lorca exclamó un «¡Olé!». No me negará sus simpatías hacia los fascistas...

—¡Mi hermano no es fascista sino surrealista! ¡Ese olé no era una burla, sino un homenaje! —se defendió Ana María—. Pero en una guerra entre españoles se pierde hasta el más leve matiz de la inteligencia.

Como Ureña acababa de entrar en la iglesia, preferí dar por finalizada mi conversación con la detenida.

—¿De qué se queja esa meapilas? —gritó—. No le habrá contado que la violaron... Ahora, guapita, te vendrás conmigo a uno de esos reservados y me contarás cómo prefieres que te follen. Si me orientas un poco se lo explicaré con todo detalle a los milicianos y así podrás disfrutar más. O, si no, te cortaremos a trocitos para que el facha de tu hermano pinte uno de esos cuadros degenerados que tanto gustan a la burguesía.

Ana María guardaba silencio. Se podían escuchar sus sollozos.

Mientras contemplaba la escena quise iniciar mi labor modernizadora de los interrogatorios.

—Señor Ureña, creo que la prisionera hablaría si la sometemos a una prueba psicotécnica...

—¿Psico-qué? —masculló el comisario haciéndome un gesto para que fuéramos a otra parte del templo más discreta—. Explíquese.

—Cuando me encargó el diseño de las celdas-armario contemplamos la posibilidad de introducir luces y sonido. Yo creo que deberíamos ir más lejos e incorporar efectos visuales. De esta manera, sin dejar huellas físicas e incidiendo en el factor psicológico, podemos conseguir con más rapidez la información que

buscamos...

—Como no se explique mejor —rezongó Ureña, algo molesto.

—Tenemos a esta señorita... Es la hermana de Salvador Dalí y buena amiga del poeta García Lorca y del director de cine Luis Buñuel. Pues bien. Si usted me consigue en la Fimoteca una copia de la película *Un chien andalou*, *Un perro andaluz* en español, y proyectamos una secuencia a gran dimensión una y otra vez, estoy seguro de que ella hablará.

—¿Y por qué ha de hablar viendo una película? ¿Encima la invitamos al cine?

—Porque esa película la dirigió Buñuel y el guion es de su hermano Salvador. Y porque en la primera secuencia se ve el globo de un ojo que secciona una cuchilla de afeitar; al igual que el perfil de las nubes atraviesan una luna llena... Es una imagen muy vanguardista, pero mucha gente no la soporta.

—No sé de qué coño me está hablando, pero si usted lo dice...

—Hágame caso, Ureña, conviene modernizar los métodos de los interrogatorios. La detenida identificará esta escena con la obra de su hermano. Al principio no sentirá nada, pero cuando la repitamos veinte veces la violencia que trasluce ese fotograma se le hará insoportable. Tan insoportable que odiará a Salvador Dalí. Se convencerá de que ha llegado hasta aquí por culpa de las ideas políticas y las excentricidades de su hermano.

Cuatro horas después de mi propuesta, una camioneta de los Servicios de Cinematografía de la Generalidad entregaba en el preventorio un proyector incautado en un cine de barrio con una lata con la película de Buñuel y Dalí.

Conducimos a la detenida a uno de los cuartos del chalé. Con una lente de alta graduación en el objetivo proyecté la primera escena de *Un perro andaluz* sobre una sábana ondulante al tiempo que movía la lente que distorsionaba la secuencia.

Atamos a Ana María en una silla a un metro de la pared y comenzó la sesión. En un gramófono, discos previamente deformados exhalaban una melodía distorsionada mientras que el globo ocular era atravesado por la cuchilla en una imagen gigante que se ensanchaba y estrechaba por efecto de la lente como si fuera una maléfica hidra. El ojo. La cuchilla. La luna. La nube. El ojo. La cuchilla. La luna. La nube...

—¿No odias a tu hermano? —susurramos en el oído de Ana María.

Pero la pobre muchacha ya no nos escuchaba. La cabeza sobre el pecho, desmayada. Ureña estaba perplejo. Me dedicó un gruñido de desprecio.

—Usted y sus ocurrencias... ¡Qué manera de perder el tiempo!

—Hemos de perfeccionarlo, pero saldrá bien. No lo dude.

Mis celdas-armario funcionaban a todo meter. A los pocos días, Ureña se había olvidado de mi improvisada sesión de cine; el jefe de interrogadores estaba contento: diez minutos en aquel reducto y el preso más rebelde salía hecho un corderito dispuesto a reconocer que, además de organizar la Quinta Columna, era la mano derecha de Franco y seguía en contacto con Mola, aunque el general ya estuviera en el otro barrio.

Cada vez que pasaba junto a una de esas celdas podía oír los gemidos de dolor y la respiración entrecortada por la claustrofobia del detenido de turno. Cualquier pretexto era bueno para auscultar tras el tabique de madera aquellos rumores humanos que documentaban mi trabajo de agrimensor del dolor. En una ocasión transcurrieron veinte minutos largos sin que el interrogado fuera retirado de la celda. Se oyeron unos golpes furiosos en el interior. Ureña se acercó, alarmado por el ruido.

—¿Qué está pasando ahí? Y usted, ¿qué hace con la oreja pegada al armario?

—Tenemos un hombre dentro y ya hace media hora...

Ureña me apartó de un codazo, abrió la celda. El cerrojo del portón cayó al suelo con un ruido metálico

—¿Es que no tiene otra cosa que hacer? ¿No había de ocuparse en sus proyectos de celdas o prefiere que lo devuelva al campo de trabajo?

Con la ayuda de dos guardias, el jefe de interrogadores sacó a rastras al prisionero, ensangrentado e inconsciente. La desesperación había llevado al infeliz a reventar de un cabezazo la puerta de la celda y liberarse así del tormento.

Ureña me señaló la puerta cuarteada.

—Arrégla para que podamos seguir utilizando la celda. Y quiero planos de sus nuevos modelos. Me han hablado de un sistema conocido como «del cajón» que se utiliza en la checa de Santa Úrsula en Valencia, pero no me convence: es demasiado lento y exige la presencia permanente de un guardián. Aquí andamos

muy justos de agentes como para pedirles, encima, que hagan de amas de cría.

Después del fiasco de la batalla del Ebro, la guerra se estaba poniendo fea para la República. Escuchaba a Ureña lamentarse del hacinamiento de los presos: de diez a quince en unas celdas de tres por tres metros.

Al verlo tan desanimado y para gozar de más libertad de movimiento, decidí explicarle la idea que desde hacía semanas rondaba por mi cabeza.

—Tengo lo que necesitamos para acelerar los interrogatorios: las celdas psicotécnicas.

Ureña ni me contestó. Se llevó la mano a la frente.

—¡Y dale con la psicología! No estoy para bromas...

Sin mediar palabra, extendí unos planos sobre la mesa.

—Las celdas tendrán dos metros de altura, dos y medio de largo y uno y medio de ancho. Las orientaremos al sur, para que reciban luz continuamente...

—¿Pretende que los detenidos tomen el sol?

—Las untaremos con alquitrán por dentro y por fuera: de esta manera la luz solar sobrecalentará el interior de la celda.

—Eso me parece bien... en verano. Pero en invierno tendrán calefacción gratuita —observó con sorna Ureña.

—Deje que le acabe de explicar... Las celdas son rectangulares, pero fíjese que esa forma se quiebra en un rincón por una curva que forma la pared... Ahí está el factor psicotécnico. Pintaremos el interior de gris. Como escribió Kandinski, el gris es la inmovilidad desconsolada. Cuanto más oscuro, más desesperanza y sensación de asfixia.

Ureña apretó los dientes reprimiendo sus ansias de dar un manotazo a mis planos. Antes de que eso ocurriera, seguí desvelando detalles de mis proyectos.

—Le voy a mostrar otro modelo de celda... —dije sacando otro croquis—. Contarán con un camastro hecho de obra y adosado a la pared con una inclinación lateral del veinte por ciento. Como la longitud no supera el metro y medio, la cama resulta demasiado corta y el preso, a no ser que sea enano, se ve obligado a encoger las piernas; con solo sesenta centímetros de ancho, el coxis y las rodillas no caben en el camastro y la presión de la pared en la espalda, con la inclinación del lecho, hace que el cuerpo se deslice hacia abajo.

—Eso ya me gusta más, siga, siga... —Ureña centró su mirada en el plano. Su gesto de aprobación me insufló energías.

—¿Lo ve? El preso puede soportar un rato esa posición, siempre que se mantenga inmóvil, pero como se desliza constantemente, le resulta muy difícil conciliar el sueño; en un momento u otro, su cuerpo resbalará y caerá. Mantenerse tendido se le hará imposible; como mucho, podrá dormitar sentado.

—Si está poco tiempo en la celda, esa tortura psicotécnica no le hará ni cosquillas. Podrá soportar varios días de pie o paseándose —ironizó Ureña.

—Lo tengo todo previsto... Admito que el detenido puede estar caminando en diagonal en su habitáculo. Este movimiento, que por su monotonía supone para muchos presos un letargo emocional que abrevia las horas de encierro, no será posible en este tipo de celdas...

—... psicotécnicas —añadió Ureña con su sorna airada—. ¿Y cómo lo evitará?

—Con ladrillos de canto en todo el suelo de la celda. Así impedimos que el recluso se distraiga andando de aquí para allá.

—¿Y qué conseguimos con esto?

—He aquí la clave psicotécnica, fruto de mis conocimientos del arte moderno. En las paredes de la celda pintaremos diferentes figuras de ilusión óptica: dados, cubos, espirales, puntos o círculos de diferentes colores. Trazaremos también líneas horizontales y otros dibujos geométricos.

Ureña me contemplaba embobado. Mi disertación iba adquiriendo un tono místico.

—Como explicó mi admirado Kandinski, el color rojo anima, potencia la percepción visual y enardece el temperamento. El azul, calma a los histéricos. El amarillo recuerda a la luz solar y el verde predispone a la melancolía de un día de lluvia...

—Se ha puesto usted muy poético. ¡Apuesto por el rojo! —clamó Ureña.

—No desdeñe el verde... En la celda habrá una ventana con vidrios de ese color, muy parecida a la del rosetón del convento. La luz tamizada deprimirá al recluso durante el día. Por la noche, una potente lámpara colocada sobre el camastro evitará cualquier posibilidad de dormir.

—¿Es todo? ¡Acepto su propuesta! ¡Manos a la obra! —exclamó Ureña.

—Todavía no. Ahora viene lo mejor, o lo peor para el recluso. En la pared

que da al exterior practicaremos un orificio en el que se empotrará un reloj. A simple vista parecerá un reloj convencional, pero no... Al acortarse el muelle que regula las agujas, adelantará cuatro horas cada veinticuatro horas...

—¿Y de qué sirve cambiar la hora?

—El reloj de cada persona es su estómago. El menor retraso en el reparto del rancho (con lo escasa que es la comida) y la espera para llevarse algo a la boca ya es de por sí un tormento. Sobre todo, si el recluso observa que el reloj marca las doce, la hora del rancho, pero el guardia de servicio le comunica que solo son las diez. El estómago le tiraniza. De todos los efectos psicotécnicos de tortura, este es el más cruel y despiadado.

A medida que llegaban noticias cada vez más desalentadoras sobre el curso de la guerra para el bando republicano, se intensificaba la saña hacia los detenidos. El presentimiento de que la derrota estaba próxima aceleraba los instintos homicidas de los carceleros. En la llamada «celda esférica», sin el más mínimo referente espacial y con las superficies alquitranadas que la convertían en un horno, los reclusos padecían el tormento de la deshidratación por las altas temperaturas que allí se incubaban y la desorientación que les hacía perder el sentido del tiempo.

Con la llegada del invierno, se puso en marcha una celda «nevera»: se privaba al detenido de los cuatro garbanzos en agua sucia del rancho y se le sometía a duchas heladas con chorros a presión que disparaban mangueras instaladas en las cuatro paredes de la celda. Al final de esa paliza líquida, se exponía al recluso a corrientes intensas de aire frío.

Al proyectar la celda denominada «carbonera» quise rendir tributo a mi formación musical: esta cámara de cemento y reducidísimas dimensiones contaba en su parte superior con estrías que erosionaban la piel del desgraciado que acababa en su interior. La brutalidad de los cortes, que convertían los cuerpos en una llaga viva, se conjuntaba con el detalle psicotécnico: el interminable tac-tac de un metrónomo.

Los bombardeos de la aviación italiana retumbaban en las altas paredes del convento de Vallmajor cuando una patrulla de control apareció con la colecta de fascistas del día. Ureña se cabreó al ver que eran demasiados para la capacidad del preventorio y la tomó conmigo.

—¡A ver si tienes lista tu próxima celda psicotécnica! —me reprochó. Si no puedes acabarla tú solo escoge alguno de estos fascistas para que te ayude.

A golpe de porra, los formaron frente a mí.

—¡A ver, señoritos burgueses! ¿Alguien sabe lo que es un ladrillo? ¿Conocéis el olor a pintura? A la pintura normal me refiero, no a la que llevan en

la cara las queridas que os pasáis por la piedra después de ir a misa... Me parece que con estas manos tan finas deben ser curas... ¡Y esos no han trabajado en su vida! —vociferó Ureña volviendo la cara hacia mí.

Reparé en uno de los presos. En lugar de atender a las invectivas de mi jefe, tenía la mirada fijada en mi persona.

Sin pensármelo dos veces le toqué el hombro.

—Este puede servir —proclamé con seguridad.

—¿Este alfeñique? ¡Si está medio muerto! ¡Le metes dos piojos más en esa ropa andrajosa y se nos cae de tanto peso! —protestó Ureña.

—Soy pintor... —murmuró el detenido—. Pintor... de caballete.

—Es justamente lo que necesito —afirmé.

Ureña se resignó a mi elección.

—¡Pues a trabajar! ¡Y al resto de fascistas llevadlos al claustro! Allí tendremos un contraste de pareceres sobre la Quinta Columna.

La celda de Kandinski, que así la llamaba yo, estaba a medio hacer.

—Así que usted es pintor... Su cara me sonaba de algo.

—Me llamo Adrián Esteva y regenté hasta el comienzo de la guerra una academia de arte en la calle San Honorato.

—¿No participó usted en una colectiva para la Exposición del 29?

—Sí, la dedicada a la tauromaquia de la exposición *El arte en España*.

—La recuerdo. Estudié Bellas Artes en Alemania y conocí a Kandinski. ¿Qué ha hecho para estar aquí?

—Me acusan de esconder en mi casa a varios sacerdotes. Me detuvieron el pasado marzo, después de los bombardeos italianos. Estuve primero en la cárcel flotante del *Uruguay*, luego me llevaron al Club Marítimo donde me sometieron a brutales interrogatorios. Después fui a parar al Pueblo Español de Montjuich. ¡Fíjese qué cruel ironía! ¡Me torturaron a pocos metros de donde expuse mis cuadros! ¡Las vueltas que da la vida! Como las noticias del frente no son buenas nos llevaron a Tivisa para construir fortificaciones... Tuve la suerte de caer bien a uno de mis guardianes cuando le hice un dibujo a lápiz. No sé si fue porque valoraba el arte o, sencillamente, se apiadó de mi precario estado físico. Gracias a él me devolvieron a Barcelona. Ahora estaba en el Palacio de las Misiones que hace las veces de depósito general de detenidos: ya ve para qué nos ha servido la Exposición... Esta mañana nos cargaron en la camioneta y aquí estoy.

Sin añadir comentarios, abrí la puerta de la celda. Esteva paseó la mirada por el interior...

—Con estos ladrillos verticales no se puede andar.

—Pruebe a estirarse en el camastro de cemento...

El preso se tendió para comprobar con pavor que se deslizaba... Movi6 las manos buscando un asidero que no encontr6.

—El desasosiego de la p6rdida de equilibrio excita los nervios e impide el descanso —confirm6.

Esteva me mir6 asombrado.

—¿Y ese reloj?

—Lleva el muelle recortado para que la hora del est6mago del detenido sea un desbarajuste. Le dir6 lo que debe hacer usted. ¿Ve aquella pared? Quiero que pinte una serie de figuras geom6tricas... C6rculos, rayas oblicuas y horizontales combinadas. En el rinc6n superior podr6amos componer un tablero de ajedrez... Aqu6 tiene los botes de pintura. Supongo que siendo profesor de arte conoce la teor6a de los colores de Kandinski...

—S6, claro. Su ensayo sobre lo espiritual en el arte es de obligada lectura para cualquier artista moderno... Pero, si me permite el comentario, no lo imaginaba como inspirador de una celda de tortura.

—Los caminos del arte son insospechados, se6or Esteva. Estamos en un preventorio, eso que la gente conoce como «checa». Y hemos de cumplir con nuestra labor: identificar a los enemigos de la Rep6blica. Hasta ahora se ha hecho con brutalidad. ¡Demasiada sangre por los suelos! Pu6etazos, porrazos, pinzas el6ctricas en los huevos... ¿Acaso usted y yo no somos personas refinadas por la cultura? ¡Aprovechemos, pues, ese privilegio! ¡Apliquemos, aunque sea en la tortura, un criterio est6tico!

No alcanzaba a saber si mis razonamientos impresionaban o m6s bien horrorizaban al pintor de caballete. Ante su mutismo tom6 la brocha, la moj6 en un bote de pintura amarilla y trac6 un c6rculo en la pared.

—Torturamos con la luz y los colores, pero esta celda es tambi6n un templo de autoconocimiento. F6jese en este amarillo tan vivo. Como dec6a Kandinski, inquieta al espectador en cualquiera de sus posibles formas geom6tricas. Molesta, excita. En palabras del gran maestro, desvela en nosotros un matiz de violencia que hasta ese momento permanec6a soterrado.

Incómodo por la nula complicidad del detenido, saqué del bolsillo una hoja de papel con las instrucciones para combinar los colores.

—Y el negro es el silencio eterno sin futuro ni esperanza. El color que cierra el círculo: el silencio de los cuerpos después de la muerte. Eso también lo dijo Kandinski —zanjé con brusquedad al cerrar la puerta de la celda.

—¡El psicotécnico! ¡Que mueva el culo! ¡Tienes aquí a la parienta que te ha venido a ver! —vociferó Ureña con su habitual gracia patosa.

Esteva había hecho un buen trabajo. Y el vidriero que había conseguido los cristales verdosos para la ventana cumplía con mi deseo: que en la celda se viviera la melancolía de un día lluvioso de otoño.

Acompañado de un guardia de asalto, atravesé la calle —antes pasábamos por el túnel que conectaba el convento y el chalé, pero ahora estaba anegado de agua— y la vi en el jardín junto al pozo que afortunadamente no estaba funcionando. En su polea se colgaba a los detenidos boca abajo y se les bajaba hasta que el agua del fondo cubría su cabeza. El método divertía bastante a los interrogadores; se jugaban a los chinos si cuando tiraran de la polea y subieran el cuerpo el pobre diablo seguiría vivo o la habría palmado. Si sucedía lo primero, el que perdía la apuesta lamentaba que el fascista cabrón tuviera tan buenos pulmones.

Cargada con una criatura que protegía del frío una pequeña manta, Aurelia dio varios pasos con sus andares rencos. Con la mano que le quedaba libre dejó al descubierto una cabecita sembrada de ralo cabello rubio.

—Ya sé que no te importa lo que sea de él, pero es tu hijo. Tiene el azul de tus ojos, aunque espero que no vea nunca lo que estás viendo tú...

Acarició la frente del niño.

—Míralo... Tu mismo pelo rubio, y creo que abundante y ensortijado — musitó con tristeza, alisando una pequeña mata que se alzaba en la frente del niño.

Yo asistía en silencio al monólogo sentimental de la mujer despechada que intenta hacerse valer como madre. Transcurrió un minuto de espeso silencio que rompió el murmullo de un estornudo infantil.

—¿No lo vas a tocar siquiera? ¿Ni una leve caricia? ¿O es que llevas las manos tan manchadas de sangre que no te atreves a ensuciar la carne de tu

carne?

Como yo no reaccionaba, atrincherado en el mutismo, Aurelia protegió al niño con la manta.

—¿Cómo van las cosas en la casa de Ausias March? —pregunté con frialdad protocolaria.

—He pasado muchas calamidades... En los últimos meses del embarazo me tiraba quince horas diarias cosiendo para el Ejército Popular. Estoy harta de estrellitas comunistas. El nacimiento de... Alfredo duró tres horas. ¡Menos mal que me ayudó una comadrona! De eso hace diez meses. La casa estaba llena de brigadistas internacionales. Se portaron bien. Después del desfile de despedida en la Diagonal, ya no queda nadie. Luego se alojaron unos días algunos funcionarios de la República que iban camino de Figueras...

—¿Alfredo has dicho? ¿Le has puesto Alfredo?

—¿No me preguntabas por la casa de los Queralt? —dijo Aurelia con una triste sonrisa—. Alfredo, sí. Lo inscribí en el registro como Alfredo Burman.

—¿Alfredo y Burman? ¿Le has puesto tu apellido, el que yo utilizaba como nombre artístico cuando trabajaba con otras orquestas!

—Y, dicho sea de paso, con el que firmaste algún pagaré que luego me endosaban a mí. No, Alphonse, este inocente no llevará tu apellido. No quiero otro Teufel en mi vida. Ese apellido del demonio... Cada vez que hablara a mi hijo me acordaría de ti. Si tú no quieres saber nada de Alfredo, él tampoco sabrá quién fue su padre...

—Qué sabrás tú de mí... —mascullé con rabia.

—Lo suficiente, por desgracia. Un tramposo. Un ventajista. Un vividor. Y lo peor de todo: un amoral. Sé lo que estás haciendo aquí. Lo sé todo. La comadrona que me atendió en el parto era una monja.

—¡Me lo suponía! Alguna amiga de los Queralt. Se lo deben pasar bomba con toda la casposa aristocracia franquista en San Sestabién —comenté mordaz.

—Reserva tus homilías rojas para mejor ocasión. Conmigo no te sirven porque siempre has sido un impostor. Como eres músico, vete aprendiendo el *Cara al sol*, el Oriamendi de los requetés y la *Marcha Real*. ¡Los tres himnos a la vez! Lo de las barricadas y *La Internacional* ya no está de moda... ¡No te será difícil! Tienes muy buena memoria, que es la principal cualidad de los mentirosos.

—¿Y qué sabes tú lo que hago aquí?

—Que es la checa más temida de Barcelona. El preventorio de Vallmajor, el templo de los horrores, la guarida de lo peor del SIM comunista... Se habla de ti, de tus celdas de tortura.

—Psicotécnicas... —puntualicé—. No me arrepiento de mi trabajo en estos últimos meses. He querido aportar un poco de arte a los interrogatorios... Todo eran golpes, latigazos, muy vulgar... Por cierto, me ayuda un pintor para que la combinación de colores tenga el efecto psicológico del arte de vanguardia.

—Eres asqueroso, Alphonse... Ahora ya estoy segura. Mejor que tu hijo no sepa nunca nada de ti.

Aurelia estaba tan fuera de sí que ni siquiera se acordaba por donde había entrado. El guardia de asalto reparó en su desconcierto y se acercó a nosotros.

—¿La parejita ya no quiere más palique?

Ante nuestro silencio prefirió no hacer más bromas y acompañó a Aurelia hasta la puerta del jardín adornada por dos osos de piedra abrazados a una esfera. Me quedé apoyado en el pozo; creía que ella volvería la cabeza para lanzarme una última mirada, aunque fuera teñida de rencor, pero siguió su camino. Renqueante, abrazada a aquel bulto, el único salvavidas que le quedaba para no hundirse del todo.

Comenzó a llover. La luz verdosa y melancólica que ideé para mi celda psicotécnica se filtraba por los vitrales de santos e iluminaba las vírgenes acribilladas. Cuando volví a la obra, Esteva daba los últimos toques a una de las paredes. Absorto en su labor, se sobresaltó cuando le palpé la espalda.

—No me había dado cuenta de que estaba usted aquí...

—¡Ha quedado muy bien! El color de esta celda es hoy el color de toda Barcelona. No es el verde de los campos en primavera, sino el verde del moho en las tumbas y los pantanos. No es el verde que aporta tranquilidad, sino el verde veteado de azul. Kandinski decía que ese matiz era grave y meditabundo. Musicalmente, sonaría como un violín.

—Perdone mi indiscreción. Como tardaba en volver, he preguntado por usted. Ureña me ha dicho que estaba fuera hablando con su mujer...

—Por lo menos ella lo pretende porque ha parido un hijo mío. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Ella trabajaba de modista para la familia Queralt?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Cuando vinieron los del SIM a detenerme, una de las monjas que yo protegía consiguió escapar... Le dije que buscara refugio en casa de los Queralt: conocía al señor Andrés porque compró uno de mis cuadros en mi primera exposición de las Galerías Layetanas. Cuando fui a parar al Pueblo Español, la monjita me vino a ver. Me contó que la modista de la familia Queralt la había acogido, que su marido era un profesor de arte que colaboraba en las checas y ella se había convertido en enfermera. Que la ayudó en el parto... Con todos esos datos, he deducido que la modista a la que se refería la monja era su mujer.

—¿Sabe que lo que me acaba de decir le podría condenar a muerte después de probar esta celda tan bonita que ha pintado? Acabo de confirmar lo que sospeché desde el primer momento en que lo vi: mi ayudante es un quintacolumnista de tomo y lomo.

Pese a la amenaza, Esteva no parecía intimidado.

—Lo sé, pero usted no hará eso... Tienen los días contados. Y es demasiado inteligente para matar a quien podría ser su posible salvoconducto...

Días de aguanieve y crepúsculos prematuros. La mirada fija en las grises ojivas de las cúpulas de la iglesia y el griterío permanente de los torturados. Como me advirtió Esteva, en aquellas jornadas de enero del 39 todos sabíamos que la guerra estaba perdida. Los cortes de electricidad, a causa de los bombardeos, no permitían el aprovechamiento integral de mi celda psicotécnica.

El convento de Vallmajor era una inmensa celda de aristas góticas. Ya no hacía falta combinar colores fríos en los cristales para conseguir el verdoso matiz de la melancolía.

Ante las noticias del frente y el tronar de los cañones en las afueras de Barcelona, los gerifaltes del SIM ordenaron hundir el barco-prisión *Uruguay* y sus prisioneros se repartieron entre la cárcel Modelo y los preventorios. Aunque no sea cosa de broma, nuestro negociado parecía el camarote de los hermanos Marx. Entre las checas de Vallmajor y Zaragoza se hacinaban ahora tres centenares de prisioneros franquistas.

—¡Deberían haber fusilado más en Montjuich! —tronaba Ureña—. Ahora hemos de almacenar toda esta escoria fascista.

—Y además sin electricidad... —añadía yo para seguirle, nunca mejor dicho, la corriente.

Ante el peligro, cada vez más evidente, de que los presos se acabaran amotinando contra sus guardianes, la superioridad decidió concentrarlos en la Modelo.

Había llegado el momento de hacer amigos y yo confiaba en que el pintor Esteva me iría de perilla. Además de lo que yo había presenciado en el período de mi obligada colaboración con el SIM, me convenía hacer acopio de información si quería integrarme —las circunstancias lo exigían— en el bando vencedor. Al recabar datos para un posible currículum me fue de mucha utilidad el testimonio de un camarero que trabajó en La Criolla.

A modo de consuelo y cediéndole una parte de mi escudilla de garbanzos —

siempre más copiosa por mi categoría técnica— le rogué que me hablara de su cautiverio en el *Uruguay*.

El pobre hombre, al que yo conocí afable y mofletudo, agradeció la ración extra y recordó que lo más gordo que se movía por el barco prisión eran las ratas y los comunistas que venían a «trabajar» bien comidos y bebidos del Ritz o del Majestic. Los prisioneros engullían cuatro alubias mal contadas. Las aderezaban especies insectívoras que flotaban en aquel dudoso caldo. Las diarreas estaban a la orden del día: el pobre médico emitía diagnósticos que nadie aplicaba. «¡A cagar al mar!», le contestaba el comisario político de turno.

A medida que perdían la guerra cambiaron de actitud. Hacían más caso a las recetas médicas. Los presos podían servir de rehenes para canjear si las cosas iban a peor. Con tanta gente enferma, el *Uruguay* era, más que nunca, el barco de la muerte. En los cuatro últimos meses se propagó la sarna y a su tropa de desdichados se les apartó como se hace con los perros. Una treintena larga de tuberculosos perecía en aquella humedad tenebrosa. Cada mañana se subían a cubierta los cadáveres para el cementerio de Montjuich y no bajaban de tres o cuatro diarios. En los camarotes se agolpaban ocho personas: una promiscuidad mortal si padecían enfermedades contagiosas.

—Para ganarme un pedazo de pan me ofrecí a hacer de colchonero y limpiar los camarotes-celdas —recordaba el desnutrido camarero—. Lo peor era que cuando alguien moría debía dejar el colchón libre para otro penado y me tocaba subir el cuerpo a cubierta...

Otro detenido que, por su condición de médico, se libró del fusilamiento cuando cayó una red de espionaje falangista, me ilustró sobre las torturas en el *Uruguay*.

—Curé a un muchacho de dieciocho años que tenía un centenar de morados entre la espalda y el pecho. Las torsiones del tronco y extremidades le acarreaban una impotencia funcional durante semanas.

A modo de confidencia les conté a mis interlocutores que yo era en realidad un agente de contraespionaje, el número 29 para ser exactos, dedicado desde mayo del 37 a sabotear la causa roja. Que mi trabajo en el preventorio había sido impuesto, de lo contrario me habrían fusilado. Que mis aportaciones psicotécnicas solo pretendían aliviar las agresiones físicas que ellos me relataban. Que tenía buenos contactos en Falange. Que íbamos a salir con bien

de todo aquello y nos convenía ayudarnos.

—Por mis labores de doble espía me cayeron doce penas de muerte. Me condujeron al campo de trabajo mientras se confirmaba mi ejecución. Por eso me ofrecí voluntario en el Ministerio de la Gobernación en Barcelona. Por mis conocimientos de arquitecto se me encargó la restauración de una fábrica bombardeada, trabajé en la carretera de Teruel... Cuando me ordenaron modernizar los preventorios, desarrollé mi faceta de espía.

—Pero usted es el autor de las celdas psicotécnicas... —objetó el médico.

—Aquí está el mérito. Los méritos, que quiero demostrar, porque si yo no hubiera construido estas celdas, estas, seguramente, hubieran sido veinte mil veces peor. Sí, las he construido y, si hubiera podido, habría planeado cien más... Cuando acabe esta guerra demostraré lo que les digo. Se verá que el preventorio de la calle Zaragoza fue uno de los más humanos: dispone de servicios higiénicos, y eso fue idea mía. Algunos periodistas extranjeros valoraron esas instalaciones como modelo de humanidad.

Esteva se acercó al corrillo.

—Pronto vamos a salir de aquí... Oficialmente nos llevan a la Modelo, pero hay muchas posibilidades de que nos metan en las celdas y dejen las puertas abiertas. El ejército rojo está en plena desbandada.

Lo miré con indisimulada alegría y seguí enumerando los méritos que permitirían mi reinserción política.

—Cuando acabe todo esto daré más detalles de mis contactos con los nacionales, desde las primeras horas del Alzamiento. Cuando el gobierno de la Generalidad en pleno dejó el palacio de San Jaime para refugiarse en la Jefatura de vía Layetana animé a un falangista a introducirse en la comisaría con varias bombas de mano anudadas a la cintura. Si las hubiera lanzado habría acabado con Companys y su gobierno. La lástima fue que lo pillaron al poco de entrar... Esta es la Laureada que ganaré...

El camarero y el médico del *Uruguay* me miraban entre perplejos y asustados... No muy seguro de haberlos convencido insistí en mis merecidos galardones.

—Soy un músico y un devoto del arte moderno.

Los alaridos de Ureña, cada vez más desesperado, retumbaron en el convento de Vallmajor.

—¡Aquí están los camiones! ¡Concentren a los presos!

La compañía de guardias de asalto amartilló sus fusiles. Se nos ordenó salir al coro de la iglesia.

—No os preocupéis. He escrito un centenar de cuartillas en las que se sabrá todo lo que ha pasado entre estas paredes —susurré a mis nuevos camaradas.

Aquel 26 de enero de 1939 las cosas fueron, más o menos, así. Motoristas de los guardias de asalto abriendo paso a los camiones que se largaban para la frontera entre estruendos de bombas italianas. Los cautivos del buque-cárcel *Uruguay* abrazándose con los presos que habían dejado vacía la Modelo. Los Savoia italianos dibujando arabescos en el cielo y dejando caer alguna bomba entre pirueta y pirueta. Requetés navarros y mucho moro improvisando zocos donde se compraba y vendía de todo...

No había tiempo que perder. Con la colaboración de Ureña que se hizo el despistado —bastante tenía él con salvar el pellejo y buscarse plaza en la gran escapada— me escaqueé del grupo de presos que enviaban al santuario del Collell —y no precisamente para unos ejercicios espirituales— y corrí como un gamo calle Balmes abajo.

Las aceras, repletas de basuras sin merodeo de ratas ni gatos —ya se los habían comido—, se fueron llenando de insospechados partidarios del Ejército Nacional.

La Quinta Columna no era ninguna broma. Las ajadas *senyeres* se habían transformado en dos rojigualdas. Quienes insultaban a Alfonso XIII el 14 de abril no tiraron la bandera monárquica a la basura... La conservaron, doblada y planchadita, en algún rincón del armario, por si acaso.

Las tropas moras habían acampado en el portal de Ausias March, 22, entregadas a su pertinaz mercadeo. Cuando subí al primer piso me topé con Aurelia, muy atareada en bordar flechas y yugos en las camisas azul mahón encargadas por falangistas recién incorporados a la Victoria.

—¿De dónde sales tú? —me espetó la madre del hijo que yo no reconocía.

No era momento de explicaciones sino de supervivencia.

—Debería ponerme una camisa de esas —contesté con media sonrisa.

—¡Estas son de encargo!

—Menos mal que en el preventorio no quemamos la ropa de los detenidos...

Debajo de la gabardina, a la que eché el ojo cuando su desdichado propietario visitó mis celdas psicotécnicas, asomaba una chaqueta de alférez.

Era el momento de la pirueta decisiva que me había de convertir en laureado colaborador de la Quinta Columna.

—No tengo nada que ocultar —insistí con rotundidad.

Aurelia abandonó sus labores de modista de Falange.

—¿Que no tienes nada que ocultar? Yo de ti me escondería antes de que te delaten por tus fechorías...

—¿Fechorías? Las apariencias engañan, Aurelia. He espiado para la Causa Nacional, pero siempre por cuenta propia y con la discreción del agente doble. Dos o tres personas que pasaron por Vallmajor declararán que hice lo posible para aliviar sus tormentos.

—¿Y cómo explicarás tus trabajitos en las checas?

—Era un detenido más. Me vi obligado para salvar la piel, los del SIM desconfiaban de mí. Estaba a la vista de todos: era un penado más, aunque gozara de cierta confianza de los jefes.

Aurelia le dio un planchazo a la camisa. Con los brazos sobre la tabla, me gritó furiosa.

—¡Qué tendré que ver yo con tus líos si ni siquiera reconoces a tu hijo!

—No te causaré molestias... Solo quiero que me dejes pasar un par de noches en esta casa como la monjita esa que disfrazaste de enfermera. A estas horas, y con los nacionales en Barcelona, ya no te vendrá de un emboscado... Al contrario. Tú te pondrás más medallas de patriota en la Quinta Columna y yo podré capear el temporal.

Aurelia meneó la cabeza mirando fijamente la ropa planchada. Se le saltaron las lágrimas.

—Alphonse, tengo el deber de sobrevivir a esta guerra. Si por mí fuera, me habría muerto, pero debo seguir adelante por ese niño... No puedes quedarte aquí.

—No me hagas esta mala jugada, Aurelia. Al estallar la Revolución yo tenía cierta influencia en la FAI y conseguí que nadie tocara esta casa. Le pegaron un martillazo al San Francisco del pie de la escalera, pero nada más. Me ocupé de que borrarán esta dirección de las listas negras... Cuando los Queralt vuelvan de sus vacaciones en San Sestabién se encontrarán todo en su sitio contigo de

modista y doncella a destajo.

Aurelia no pudo reprimir las lágrimas. Extrajo un pañuelo del escote y se sonó la nariz. Pasaron varios minutos acribillados por los sollozos de la que fue mi compañera. En ese momento pensé que su amor por mí se había impuesto y accedería a mi petición.

—Entonces... ¿Me dejarás pasar aquí esos dos días que te pido? Dos días y dos noches para poner al día mi documentación. Luego me iré a Francia. En París tengo una vieja amiga que me acogerá. Seguro que la recuerdas, Titayna, la aviadora y periodista. Con sus contactos y mi cultura encontraré algún hueco en algún teatro o galería de arte...

Aurelia seguía mis comentarios sin decir ni pío. Yo me sentía cada vez más seguro de que al final me ayudaría.

—... Te debes acordar de Titayna. ¿Verdad, Aurelia? —insistí.

—Claro que me acuerdo. Me acuerdo de todas las mujeres que has cortejado. De todas las mujeres con las que te ibas a la cama con el cuento de la música o del arte. De todas las mujeres que extorsionabas cuando fuiste director de la orquesta de La Criolla. De todas las prostitutas a las que pagabas con cocaína. Supongo que habrá algunas más, que yo no he conocido y no puedo acordarme, Alphonse. Supongo que en las checas también hiciste de las tuyas con alguna infeliz que fue a dar con sus huesos en tus celdas de colores...

Aurelia se acercó más a la tabla de planchar. Su gesto amenazador me hizo temer que me lanzara la plancha a la cara.

—Mujer... yo también intenté sobrevivir en el preventorio. A mi manera, sí, pero...

Aurelia zanjó en seco mi justificación. Dejó de un golpe la plancha sobre la tabla.

—No voy a permitir que arruines mi vida otra vez. Ni mi vida ni la de tu hijo. No vas a pasar un solo minuto más en esta casa... Me ha costado mucho llegar hasta hoy, y tú no lo vas a estropear.

El desconcierto por su actitud me enfureció. Me acerqué y le agarré del brazo.

—Aurelia... no puedes hacerme esto. Os podría haber denunciado y no lo hice.

—Alphonse... no eres más que un torturador y un asesino. Escóndete, si

puedes, yo no te delataré. Así te pago el favor... Vete ahora mismo.

Nuestra disputa había llamado la atención de los moros que estaban jugándose una pistola rusa a los dados. El que parecía ser el jefe de la cabila se incorporó y vino hacia mí con cara de pocos amigos. Cuando lo tuve a un palmo de la nariz percibí el vaho de la grifa rifeña: me desabroché la gabardina y exhibí con chulería las insignias del Tabor de Regulares. Unas palabras en bereber de mi época de legionario refirmaron mi autoridad militar.

El moro me saludó, se cuadró y sin decir palabra retornó con sus camaradas.

Volví la vista. Aurelia charlaba con dos falangistas que venían a buscar sus camisas envejecidas con falsos bordados.

Me ajusté el cuello de la gabardina y salí a la calle.

He querido completar la lectura de los papeles de Alphonse Teufel, mi padre, con una consulta en la hemeroteca. A los pocos días de entrar las tropas nacionales en Barcelona, la checa de la calle Vallmajor se convirtió en una atracción con jornadas de puertas abiertas.

Los planos con croquis trazados con escuadra y cartabón revoloteaban todavía en el jardín del chalé confundidos con las hojas secas del invierno.

Los diarios, las revistas y el Noticiero Español, de visionado obligatorio en los cines antes de las películas, se hacían eco de un horror que justificaba toda suerte de tropelías contra los vencidos. Militares, periodistas, excautivos y curiosos recorrían hipnotizados las diminutas construcciones que hicieron del convento de las Magdalenas un emporio del mal.

La refinada crueldad de aquellos pabellones del crimen era un espectáculo. Clavados en el suelo, los ladrillos perpendiculares parecían menhires de la tortura. Convertidos en improvisados cicerones, quienes padecieron cautividad habían de revivir, para gusto del público, el martirio de no poder caminar, ni sentarse, ni estirarse, ni hacer gimnasia, ni hacerse el muerto. La memoria volvía a resbalar en aquel poyo empotrado en la pared. Podría parecer una cama si no estuviera reclinado, a merced de una nefasta ley de gravedad.

Las celdas que Teufel proyectó con siniestro aliento artístico marcaban el momento álgido de la visita. Impresionaba el cromatismo verde de los habitáculos psicotécnicos. Aquella luz desatada del foco que hacía de la reclusión un interrogatorio perpetuo. Los cuadros de ajedrez en las paredes... Ese hiriente contraste del blanco y el negro. Las figuras geométricas, las líneas quebradas, las detonaciones cromáticas que ofenden la retina y golpean las sienes hasta desmembrar las funciones cerebrales. El péndulo: latidos de metrónomo como una cuenta atrás que anuncia la muerte pronta.

El visitante accedía a otro panteón de la checa; una escalera de caracol, al modo de un berbiquí, horadaba un túnel hacia las tinieblas del infierno. Allí se

hallaban las celdas esféricas tiznadas de pegajoso negro alquitranado y un despiadado foco sobre la cabeza del cautivo. Las víctimas de aquel antro vertiginoso acababan dándose batacazos con la cabeza en las paredes curvadas hasta que la sangre coagulada se fundía con el alquitrán.

El secretario del Colegio de Abogados y excautivo fue el anfitrión del ministro de Gobernación, Ramón Serrano Suñer, y del escritor Agustín de Foxá. Contaba que en el preventorio le dieron palizas con porras, le rociaron el pelo con gasolina mientras pasaban una mecha alrededor de su cabeza. Que le sacaron a la calle fingiendo que lo dejaban en libertad para meterlo en un coche con el que dieron una vuelta asegurando que «iban a darle el paseo». Pero lo peor estaba por llegar, advertía.

—Como no facilitaba información, un tal Ureña me introdujo a empellones en una especie de gruta en el rincón del jardín. Me encajaron en tres armarios de portland... Los techos eran tan bajos y el ángulo de la pared tan inclinado que era imposible sentarse o tumbarse. Cuando cerraron la puerta, un palo se te metía entre las piernas y notabas el calor de una bombilla a pocos centímetros de la nariz. Y aquel timbre ensordecedor que nunca callaba. Nunca olvidaré la sensación de asfixia que atenazaba mis pulmones, la luz perforando mis párpados...

El señor Moncada me dice que también participó en una de aquellas visitas a las checas aquel año de 1939.

—Me quedó grabada la frase del conde de Foxá: «El SIM era el crimen con fichero, el odio con funcionarios, los verdugos que sabían psicología».

—Creía recordar que usted se había alistado en el ejército republicano...

—Ejem... Me alisté, me alisté... claro que me alisté. Pero yo militaba en el Partido Radical de Lerroux y después del escándalo del Straperlo y tras la espantada de Portela Valladares y la victoria del Frente Popular iban a por nosotros...

—¿No andaría usted liado con lo de las ruletas?

—Ejem, ejem... La duda ofende. De ninguna manera. Yo era un ingenuo que creía posible un partido republicano de centro. Don Ale, me refiero a Lerroux, tenía un pico de oro. Nos vendió la idea de que salvaría la República. Que el

Partido Radical era la opción de paz en una sociedad dividida entre el fascismo y el comunismo... Con tantos escándalos de corrupción, al final no sirvió de nada.

—Pero combatió en el ejército republicano...

—Combatí... más bien poco. Hasta que me enteré del asesinato de Santiago Vinardell.

—¿El director de *El Día Gráfico* encausado en el proceso del Straperlo?

—Ejem... Veo que cada vez está usted más puesto en la historia. Pues eso. Cuando lo mataron, igual que a otros lerrouxistas, me uní a los anarquistas que iban al Frente de Aragón. Mi idea era pasarme a las tropas nacionales...

—Y se pasó...

—Ejem... Espere un poco, jovencito. No sea tan impaciente... Como veo menos que una musaraña, un día metí la pata sin querer en una olla de aceite hirviendo con las consigüentes quemaduras de primer grado y el cabreo de los milicianos a los que les fastidié las farinetas. Me trasladaron a Barcelona y al poco de ingresar en el Hospital Militar, en la primavera del 37, alguien me denunció como «elemento derechista». Cuando estuve medio curado, me metieron en el *Uruguay*.

—¿Y llegó a conocer a Teufel?

—Ejem... Pasó un par de veces por el barco-prisión como miembro de Jefatura en labores de identificación. Un tipo así no puede olvidarse. Alto, rubio, con ojos azules. Nunca supe si era austríaco, o de cualquiera de los restos del Imperio austrohúngaro. Lo oía hablar francés, renegar en alemán, hacer alguna broma en italiano... Siempre en voz baja. Con aquellos ojos de inhumano azul. Embutido en el mono azul, al lado de algún capitoste del SIM, o detrás de él. Silencioso, susurrando perversas sugerencias...

Los ojos del señor Moncada adquieren un extraño brillo. Se queda en silencio. Respira hondo.

—¿Sugerencias, decía?

—Ejem... Bueno. Lo que usted habrá leído en la prensa de la época y el testimonio de los cautivos. Creo que va sobrado de material para su artículo en la *Soli*. El camarada Santamarina estará satisfecho. Ahora, permítame que retorne a la *Gran Enciclopedia Popular*. Rememorar aquellos días asquerosos embota la mente. Necesitaré un buen rato para volver a concentrarme en el trabajo.

Había ido a la Montaner y Simón para mostrar al señor Moncada el fajo de

cuartillas de mi padre asesino. Pero antes quise preparar el terreno: hacer una breve inmersión en aquel mundo de alucinaciones y torturas. Pero esa honda tristeza, que nunca he visto antes, me ha desarbolado: no le mostraré los papeles.

Ahora camino a paso lento por la calle Aragón, con el rumor del ferrocarril que frena con un prolongado chirrido en el apeadero de Gracia.

¿Qué hacer? ¿Cómo aceptar ser hijo del diabólico y «psicotécnico» cerebro de las checas? Diviso los raíles del tren y me asalta la tentación de abrir la carpeta para que las hojas se escampen por las vías, tiznadas de carbonilla, trinchadas por ruedas metálicas. Si hiciera eso, seguiría siendo Alfredo Burman. Si daba a la luz esos papeles reconocería a mi siniestro progenitor.

¿Qué hacer?

—¡Alfredo! ¿Adónde vas con tanta prisa?

Aferrado a la carpeta y con el andar dubitativo de quien no sabe adónde ir, vuelvo bruscamente la cara: parezco un proscrito que teme cualquier indagación sobre sus actos clandestinos.

—¡Alfredo! ¿Te ocurre algo? ¿Acaso se te escapa el tren?

Es Marta de Queralt. La veo saliendo del restaurante Madrid Barcelona. Me mira sonriente. Va del brazo de un hombre maduro que le ha abierto la puerta.

—Perdona, Marta... Estaba en mis cosas. No, no voy a coger el tren... — contesto con una sonrisa de circunstancias.

—¡Por fin os puedo presentar! Aquí tienes a mi maestro de pintura, Adrián Esteva, del que tanto te hablé.

El artista se toca con el dedo un sombrero tirolés. Luce una elegancia bohemia de terno negro, lazo a cuadros, melenas y perilla de mosquetero.

—Alfredo Burman... —Tiendo la mano que me queda libre.

Marta parece muy complacida con el encuentro.

—Estábamos haciendo tiempo... Adrián inaugura hoy una exposición de sus dibujos en la librería Argos. ¿La conoces? Está aquí mismo, paseo de Gracia esquina Diputación.

—Sí, alguna vez he estado ojeando libros. Queda cerca de la Montaner y Simón...

—¿Trabajas en la editorial? —inquire el pintor.

—En principio colaboro en la Gran Enciclopedia Popular. Redacto artículos sobre temas diversos. Supongo que me tocan los que nadie quiere. Soy el más joven. Es como ir a la universidad. Una buena forma de aprender y ganar algún dinero.

—Hace poco que murió su madre. Aurelia era la modista de mi familia y la mejor del teatro barcelonés. La echamos mucho de menos... —matiza Marta—. Alfredo, te estamos entreteniendo y parece que estás ocupado. Esa carpeta debe

de estar repleta de tus trabajos para la Enciclopedia.

La observación de Marta me descoloca.

—No, exactamente. Son unos documentos de mi jefe, el señor Moncada, que debo hacer llegar a otra persona. Pero no corre prisa.

En mi interior ha estallado una batalla. ¿Por qué no seguir mi camino? Todas mis ilusiones sobre un acercamiento a Marta se han desvanecido al verla del brazo con alguien que le dobla la edad... Pero me pica la curiosidad. Quiero tratar de cerca, porque lo admiro, al hombre que ha sido capaz de enamorarla.

—Si tienes un rato, nos encantaría que nos acompañaras en el *vernissage* de la exposición.

—Estaría muy bien —añade Esteva con expresión afable—. Un pintor, aunque sea modesto como un servidor, se presenta a través de sus obras. Me interesa conocer tu opinión, Alfredo. Tanto Marta como tú sois jóvenes, con puntos de vista diferentes a esos críticos que solo aprecian un determinado tipo de arte.

—¿Qué dices, Alfredo? —insiste ella tocándome el brazo.

—Gracias por la invitación... Me encantará participar de un día tan señalado para un artista como... usted.

—¿Usted? ¡No me llames de usted! Soy Adrián para los amigos como tú... e incluso los enemigos —ironiza el pintor con el brazo en el hombro de Marta.

El espacio de arte de Argos anuncia una treintena de dibujos al carbón y acuarelas que Adrián Esteva ha titulado *Croquis españoles*.

Desde mi discreta posición, en un rincón de la pequeña sala, observo a Marta y Adrián. Se les ve muy unidos, más allá de la simpatía protocolaria. No me cabe duda y lo constato con sana envidia: a pesar de la diferencia de edad, hacen muy buena pareja.

El presentador, columnista literario del diario *Arriba*, desparrama elogios sobre la obra de Esteva. Abrumado por el discurso, intento matar esos minutos apoyado en una estantería de libros de cocina: *Agustinita la buena cocinera*, *La teca*, el *Llibre de Coch* en edición facsímil, el recetario de la cocina regional de la Sección Femenina...

Los ditirambos del presentador pasan como nubecillas retóricas en torno a mi cerebro, ocupado por el fajo de cuartillas de Teufel y los efectos secundarios de mi desilusión amorosa. Hasta que llega la frase que me rescata del letargo.

—... Y ya para acabar, recordemos ahora que se cumplen veinte años del Glorioso Alzamiento que inició nuestra guerra de Liberación. Adrián Esteva añade a su condición de artista español la medalla de cautivo en las checas marxistas...

Tras los aplausos que ahogan —a mí me parece que a posta— el «¡Arriba España!» del articulista de *Arriba*, un camarero sirve el clásico vino español. Los asistentes se agolpan en las mesas con bandejitas de pasta salada, platos de olivas y rodajas de mortadela.

Al recordar el último fragmento una corriente eléctrica me recorre el espinazo. Transito del sonambulismo a la catarsis.

¡Claro! ¿Cómo no me había dado cuenta? Llevaba dos días noqueado por *Las artes del diablo*. Había salido de Montaner y Simón sin saber qué hacer; yendo de aquí para allá con esa carpeta que va a marcarme de por vida. Cuando uno pierde la serenidad, el cerebro es incapaz de clasificar los datos. La lectura febril de aquellos papeles, la obsesión por llegar al final y consignar que, en efecto, soy el hijo de un asesino, me hizo olvidar el nombre de Adrián Esteva, el pintor de caballete que ayudó a mi padre en su arte diabólico.

La voz de Marta interrumpe mis cavilaciones.

—Alfredo... A ti te ocurre algo... ¿Qué haces en ese rincón? Pensaba que te habías marchado.

Desde que he entrado en la librería, he seguido aferrado a la carpeta. No me separo de ella...

—¿Tan importantes son esos documentos que tú aseguras que no corren prisa? —inquire Marta desarmándome con la mirada.

—Son muy importantes... para el señor Moncada.

—¿Quieres que hablemos con Adrián?

—¿Y qué tiene que ver él con mi carpeta?

—Porque él aparece citado en esos documentos —responde Marta con seguridad—. Porque los papeles que guardas en esa carpeta se los entregó Teufel.

—Entonces... ¿Los tenía Adrián? Yo los encontré en el armario, en una caja de zapatos...

—Ahí los debió ocultar tu madre. Después de leer esos papeles, Adrián cayó en una profunda depresión postraumática y hubo de recibir tratamiento

psiquiátrico en una clínica de Pedralbes. Cuando todo había pasado, me pidió que devolviera la carpeta a la viuda del autor, es decir, a tu madre. No sé si Aurelia llegó a leerlos, siempre quiso evitar que supieras que tu padre era un asesino...

Las once de la noche. Adrián y Marta se han empeñado en que los acompañe a la calle San Honorato. El piso del artista ocupa toda una planta: la mitad de la superficie la dedica al taller, donde también imparte sus clases de bellas artes. El anfitrión comenta:

—Siento mucho que hayas tenido que conocer quién fue tu padre en estas circunstancias.

—A veces me parece que todo obedece a un plan preconcebido, como si mi madre hubiera decidido que no lo supiera hasta hoy.

Marta sonrío y me acaricia la nuca. Su ternura no me complace en absoluto: es la de un adulto que consuela a un adolescente.

—No le des tantas vueltas, Alfredo. Simplemente, las cosas han ido así. Lo más importante es que sepas de dónde vienes sin que eso estropee tu vida.

Esteva asiente, mientras deja caer dos cubitos de hielo en su whisky.

—¿Seguro que no te apetece tomar nada? —me dice señalando el mueble bar.

—Quizá un vaso de agua... Llevo varios días con una sequedad que me irrita la garganta.

Marta vuelve a acariciarme la nuca.

—Debes de estar muy tenso por todo lo que te está pasando. Demasiadas emociones a la vez. Adrián, ya que estás, yo también tomaré agua... Y, de paso, una aspirina. El vino que han servido en la librería me ha dado dolor de cabeza.

—Pues el público terminó todas las botellas...

—¡Han sido muchos años de racionamiento y la gente se bebe y se come lo que le pongan! —exclama Marta.

Acomodado en uno de los sillones del tresillo, observo a esa pareja feliz a la que envidio y de la que dependo para saber quién soy.

—Adrián... Compartiste muchas horas con Teufel. ¿Cómo era mi padre?

—Un hombre que desperdició su inteligencia en las aventuras del mal. No

hace falta que te cuente cómo lo conocí porque en esos papeles está todo explicado. Ni tampoco merece la pena recordar el horrible encargo que tuve que llevar a cabo: pintar sus celdas de tortura psicotécnica. En mis pesadillas vuelvo a subirme a la escalera mientras relleno de colores los dibujos de Teufel, que me observa desde abajo. Han transcurrido veinte años y nunca olvidaré el brillo de sus ojos azules, aquella tez blanca, aquellos cabellos rubios pajizos, ese amarillo furioso de los campos de trigo que sumía a Van Gogh en el paroxismo.

En los espejos, constato con horror los rasgos de mi semblante, la condena de la herencia: ¡cuánto me parezco a ese retrato!

Esteva guarda silencio al ver mi expresión un tanto despistada. Vuelvo a fijar la mirada en el pintor y el pintor vuelve a hablar de mi padre.

—Nunca me quitaba la vista de encima mientras trabajaba. A todas horas. A veces se le veía hojeando un libro gastado... Me intrigaba saber qué leía y un día me atreví a preguntárselo... *Über das Geistige in der Kunst*, me respondió con la naturalidad de quien supone que todo el mundo sabe hablar alemán. «¿Qué significa?», le contesté. Y él siguió su paseo leyendo y mirando al cielo, como si memorizara pasajes enteros de aquel texto iniciático.

—Era la obra de Kandinski, *De lo espiritual en el arte*... —matizo.

—¿Sabes alemán?

—No, pero todo lo que me está pasando tiene su origen el día en que el señor Moncada me encargó el artículo sobre Vasili Kandinski para la Gran Enciclopedia Popular. Era mi primer trabajo y puse todo mi empeño en documentarlo bien. El rastreo del pintor ruso me llevó al librito de Alejandro Promio sobre el arte moderno en la Exposición del 29. El Promio periodista se mezcló con el Promio cinematógrafo... De todo ese brebaje emergió el nombre de Teufel.

Esteva atiende a mis explicaciones con expresión de tristeza. Da un sorbo al whisky y retoma su relato.

—Yo no sabía alemán, pero deduje desde ese momento que tu padre era un devoto seguidor del gran artista ruso. Lo había intuido el mismo día en que empecé a pintar aquellas celdas demenciales. Había visto obras de Kandinski en las láminas que estudiábamos en la Llotja y los semanarios gráficos alemanes y franceses que compraba en la librería Catalònia.

—¿Por qué ese hombre, que es mi padre, hizo lo que hizo?

Esteva niega con la cabeza. Marta le agarra con fuerza la mano.

—No me siento capaz de darte una conclusión fiable. Esa perversión de la sensibilidad demuestra que la cultura no siempre conduce al bien.

—Pero... ¿Por qué todas esas cuartillas? ¿En qué podrían ayudarle?

El pintor se revuelve los cabellos y palpa nerviosamente su bigote de mosquetero.

—Otro misterio. Leer a Kandinski, dibujar planos y escribir eran sus actividades primordiales. Eso, claro, y las instrucciones a los torturadores... que prefiero no recordar. Siempre creí que Teufel preparaba algo para la posteridad; sobre todo cuando, poco antes de salir de la checa, se refirió a esos papeles como una prueba contra nuestros verdugos. Nadie lo creía porque él era también un verdugo. Más sofisticado, pero verdugo... En una ocasión afirmó que la República no podía ser tosca, sino moderna: incluso en los interrogatorios policiales. Tenía una extraña concepción de las vanguardias, la verdad... Lo siento, Alfredo. Para ti debe de ser una auténtica tortura escuchar todo esto...

Intento contener las lágrimas. Me bebo medio vaso de agua de un solo trago.

—Mi madre siempre repetía que él se alistó en las Brigadas Internacionales. Cada vez que le preguntaba algo sobre mi padre, se escabullía: que se había ido, que había desaparecido... No lo hacía con tono rencoroso, sino con un deje de melancolía. Como si una fuerza superior lo hubiera arrancado de este mundo. ¿Quién no guarda alguna foto, algún papel, ropa...?

—¿Y no le decías que era imposible que no conservara un solo vestigio de tu padre en su memoria? —interviene Marta.

—¡Claro que se lo decía! ¡Unas veces con violencia! Otras con dulzura, apelando a sus sentimientos... pero no servía de nada. Mi madre era un sólido muro de silencio.

—Creo que al trasladarse a nuestra casa en el 36 se llevó todas sus cosas. Al conocerse lo de las checas, y por el bien de Aurelia, destruimos lo que quedaba: alguna foto, partituras...

—¿Y no se conservó absolutamente nada? —inquiero con desconsuelo.

—Nada, Alfredo. Solo los papeles que el abogado entregó a Adrián cuando el consejo de guerra...

—Él creía que esos papeles eran el último cartucho para su defensa... Pero cuando se lo comentó a su abogado, este rehusó presentarlos; en lugar de

atenuantes le condenaban más, si cabe —añade Esteva—. Teufel esgrimió esos documentos en su declaración final, pero no salieron a la luz. Según me contaron albergaba la esperanza de que yo atestiguará a su favor. Pero yo estaba bajo observación psiquiátrica. Hube de escribir una declaración aparte y no precisamente favorable para el condenado. Lo siento, Alfredo, pero las cosas fueron así.

Un silencio inunda la sala. En el carillón de la catedral resuenan rítmicamente las doce de la noche. Paseo la mirada por los cuadros que cuelgan de las paredes. Parecen pintados a principios de siglo. Arte figurativo deudor de Fortuny, pero sin su genio. Caballos blancos, toreros, manolas. Un mundo del pasado.

Adrián y Marta me acompañan a la puerta. El pintor me toma la mano.

—¿Comprendes ahora, Alfredo, por qué odio el arte abstracto?

—Esperaba un artículo correcto sobre el veinte aniversario del Alzamiento, pero estos papeles superan toda expectativa periodística... —balbucea Santamarina al acabar de leer el testimonio de Teufel—. Agradezco tu confianza, Alfredo. Me has dicho que estaban en una caja de zapatos dentro del armario de la habitación de tu madre...

—Ella los había dejado allí cuando llegaron a sus manos —confieso.

—¿Tu madre no los tuvo siempre? ¿Quién se los entregó?

—Marta de Queralt se los llevó. Mi madre había guardado la casa familiar de Ausias March cuando se exiliaron...

—¿Y por qué los tenían los Queralt?

—No exactamente los Queralt sino Adrián Esteva, el profesor de arte de Marta. Mi padre se los hizo llegar a través de su abogado defensor.

—En el consejo de guerra, que cubrí junto con otro camarada de la Soli, se habló de unos escritos de Teufel, que al final no se presentaron como prueba.

—Eran tan explícitos que en lugar de atenuantes afirmaban la condena, eso me dijo Esteva. Señor Santamarina, ¿por qué no me contó todo lo que sabía de mi padre?

—Camarada, o simplemente Luys, por favor. Todo lo que yo pueda contar de tu padre aconteció antes del 36.

—Quiero saberlo todo, aunque sea para olvidarlo después y así poder sobrevivir a mi memoria familiar.

—Intentaremos recapitular. Vamos a ver... Después de nuestro primer contacto en el Tercio volví a encontrarme con Teufel. Aparecía a veces en nuestra tertulia del Lyon d'Or. El país ya andaba muy revuelto y yo organizaba la centuria falangista en Barcelona. El legionario llamaba la atención por su estatura y su aspecto eslavo. Corpulento, blanco de cara... Sus ojos intimidaban si te miraba de frente. Su expresión se hacía más sombría y no le soportabas la mirada. Hablaba poco; en una ocasión, provisto de un violín, amenizó la

sobremesa con melodías del Imperio austrohúngaro. O, al menos, así las presentaba él. Max Aub, Martín de Riquer, Mercè Rodoreda, el editor José Janés, Guillermo Díaz-Plaja, José Bergamín, Ángel Pestaña... Mi traducción de *Un mundo feliz* de Huxley recibió elogios de izquierdas y de derechas: parecía todavía posible que la cultura superara las diferencias políticas. Pero todo se torció en octubre del 34... Cada mochuelo se fue a su olivo y desde ahí comenzó a lanzar piedras a los otros olivos... No sé si es una buena metáfora, pero supongo que se entiende...

—Mi padre, Teufel, estuvo implicado en el escándalo del Straperlo y eso fue entre 1934 y 1935...

—Le había perdido de vista y sí, leí su nombre en las listas de encausados. Lo condenaron por estafa, pero no era de los casos más relevantes. Nosotros, me refiero a los falangistas, bastante teníamos con evitar que nos detuvieran. De la tertulia solo quedamos los convencidos. Abandonamos la Rambla y fuimos a locales cada vez más oscuros: a la Bodega Bohemia y después a un tugurio de la calle Robador, La Taberna de los Cantares. Allí lo único que se cantaba era el *Cara al sol*, en voz baja, para darnos moral los cuatro gatos de la Falange. Con la victoria del Frente Popular y la detención de José Antonio nuestra clandestinidad fue absoluta. Volví a toparme con Teufel días antes del Alzamiento... Se ofreció a colaborar con la Falange. Sabíamos de su militancia en la CNT y, por consejo del amigo Pestaña, que lo tenía por un aventurero oportunista, nos lo quitamos de encima... Después de lo leído en sus papeles he confirmado mis sospechas...

—¿Qué sospechas?

—Me refiero a que nos delató. Caímos todos. Embaucó a Guille, un camarada muy exaltado, para que tirara una bomba en Jefatura cuando el gobierno Companys se refugió allí el 19 de julio. Teufel avisó a la comisaría del atentado y detuvieron al falangista kamikaze en la puerta de vía Layetana. Y aquí se acaba todo lo que puedo decir de tu padre. Estuve preso toda la guerra —puntualiza Santamarina, que pone su dedo índice sobre las tres calaveras de la camisa azul rematadas con un «No Importa».

—¿Tres condenas de muerte?

—Al fracasar el Alzamiento en Barcelona fui a parar al barco prisión *Uruguay*. Nos metieron en las bodegas malolientes y oscuras; solo podíamos

subir a cubierta entre las doce y las seis de la tarde, que era la hora del rancho. Para que no pudiéramos ver la ciudad, cubrieron con lonas la banda de estribor, entre los camarotes de proa y de popa. Sobrevivíamos en la penumbra. Del *Uruguay* pasamos al castillo de Montjuich, unas mazmorras que daban al «túnel de la risa»: se llamaba así porque lo atravesaban los condenados a muerte. En el castillo se respiraba mejor y desde los ventanucos podías divisar el amanecer y sus reflejos en el mar. Pero el sonido de las descargas en el foso de Santa Elena te devolvía a la cruda realidad. Antes de ser fusilado, un camarada me regaló una antología de Garcilaso de la Vega que me confortó en esas horas terribles... Las ejecuciones arreciaron en otoño y el 23 de diciembre del 36 me condenaron a muerte. El alguacil de la Audiencia me entregó «la papela» para que la firmase, cosa que hice sin molestarme en leerla. «¡Es su sentencia de muerte!», exclamó con sorpresa. «Sí, pero no acostumbro a leer la mala prosa», contesté con arrogancia. Luego me reuní con otros condenados en la que iba a ser la última Nochebuena de nuestras vidas. Éramos siete y un cura, que bendijo la mesa aderezando las cuatro alubias del rancho con unos latinajos. De postre, siete galletas, unos puros y una partida de póquer en la que no importaba mucho quién ganara. De los que cenamos aquella Nochebuena, cinco fueron al paredón el último día del año, otro intentó escapar pero fue prendido y asesinado por gente del SIM...

—¿Y qué hiciste para salvarte?

—Yo no hice nada... Fueron mis amigos. Rodoreda, Janés y, sobre todo, Max Aub que estaba en Barcelona con André Malraux para trabajar de guionista en la película *L'Espoir. Sierra de Teruel*. Max me visitó un par de veces. El equipo de rodaje estaba muy cerca del castillo, en los estudios Orphea. Aunque nunca quiso reconocerlo, su intervención fue decisiva para que yo salvara la piel. Mira ese cuadro...

El director de la Soli señala hacia un rincón del despacho. De la pared cuelga una caricatura de Santamarina con unas líneas escritas por Max Aub.

—Lee, lee... Así me describe en una de sus novelas del exilio... ¡Parezco un asceta del naturismo!

Acecinado, seco, la enjuta cabeza asoleada, pétrea cabeza erguida, ojos corvinos desmedrados, curiosos de rapidísimo girar y agarrarse, mandando en una importante nariz fina... Se mantenía de leche, fruta viva, almendras y alguna ensalada que partía con su tortuga del mismo modo que la leche era a medias

para su gato.

—¡Qué buena descripción! —alcanzo a decir.

Santamarina abandona por un momento su mirar taciturno y me regala una sonrisa franca. La alegría es pasajera porque su expresión vuelve a ensombrecerse de melancolía...

—Cuando acabó la guerra di la cara por todos los que me ayudaron, y también por algunos que no lo hicieron... Pero no lo digo para justificar mi situación actual. No soy más que una reliquia del idealismo joseantoniano... ¡Cuántos españoles hemos desperdiciado por no saber ganar! ¡Empezando por Max, mi amigo del alma!

—¿Y las otras dos sentencias de muerte?

—De Montjuich me llevaron a las prisiones de Sabadell, Vich, el castillo de Figueras... Al final recalé en el penal de Chinchilla, donde me consolé escribiendo versos. A medida que iban perdiendo la guerra, mi nombre ganaba enteros para posibles canjes por prisioneros republicanos. Eso me salvó.

—Camarada Luys, ¿seguro que no queda nada más por contar de mi padre?

El falangista se incorpora y abre con una llavecilla el secreter de persiana que está junto a la mesilla de la máquina de escribir.

—De tu carpeta nadie sabrá nada, si tú no quieres que se sepa. Me ha emocionado que hayas confiado en mí en un asunto tan personal y políticamente delicado. Favor por favor. Ten... Otra carpeta.

—¿Qué contiene?

—Los últimos días de Alphonse Teufel.

LS

Apuntes del consejo de guerra al chekista Alphonse Teufel

Cinco y cuarto de la tarde del 12 de junio de 1939; se constituye el consejo que ha de juzgar por el delito de rebelión militar a Alphonse Teufel. Alto y de complexión robusta, el acusado lleva un abrigo oscuro, pantalón de dril blanco y alpargatas. Barba rubia y ojos azules que protegen unas gafas de sol.

De treinta y siete años, casado, nacido en Francia y de padres austríacos, el procesado intentó refugiarse en el consulado de Austria. Al no conseguirlo — arguye que tiene un hermano diplomático en la embajada austríaca de Madrid—, pretendió pasar por prisionero de las tropas rojas y luego se declaró súbdito yugoeslavo implorando la protección del cónsul de dicho país. Después de entregarse a la Legión Cóndor, e identificado por varios excautivos que padecieron la barbarie de las checas marxistas, fue detenido a la espera del consejo de guerra sumarísimo que hoy se lleva a cabo en el Palacio de Justicia.

Mientras se constituye el consejo y se llama a audiencia pública, el camarada Chacón, que ha conseguido hablar con el acusado antes del juicio, describe así a Teufel: «Tipo de aventurero: cínico y pícaro, con sus ribetes de sentencioso».

El procesado relata que ingresó en la Legión para conseguir la nacionalidad española. Una vez conseguida, en 1923 se marchó al extranjero, concretamente a Austria, para graduarse en la Escuela Técnica de Construcciones. Pasó después por Alemania, donde se ganó la vida como director de orquesta: su afición a las bellas artes y la arquitectura le puso en contacto con el movimiento de la Bauhaus y pintores de la talla de Kandinski. De vuelta a España, en 1933 se afilia a la CNT, mientras trabaja de director musical en cabarés y locales del Paralelo y del Distrito Quinto barcelonés. Juzgado por estafa en 1935, y liberado

de la cárcel por la amnistía del Frente Popular, el 19 de julio de 1936, prosigue con su actividad musical. Después de los Hechos de Mayo del 37 y debido a una información que lo relaciona con la CNT y el POUM, Teufel es detenido por el SIM comunista y condenado al campo de trabajo de Segorbe. Es, en ese momento, cuando sus captores, al saber de sus conocimientos de arte y arquitectura, le ordenan la construcción de celdas en los preventorios de las calles Vallmajor y Zaragoza.

Habla el fiscal.

—¿Se daba usted cuenta de lo que significaba proyectar esas celdas de tortura y a pesar de eso usted accedió a construirlas?

—Sí, señor. Y hubiera hecho cien más.

La terminante respuesta del procesado provoca rumores entre el público. La presidencia hace sonar la campanilla pidiendo orden.

El fiscal muestra al acusado unos planos con gráficos y anotaciones.

—¿Reconoce usted como auténticas, y escritas de su puño y letra, estas instrucciones para los tormentos mediante colores alucinantes?

—Sí, sí, son mías.

—Y las notas sobre «Efectos psicotécnicos de los diferentes tormentos», ¿están redactadas por usted?

El procesado guarda silencio, como si no supiera qué contestar. El fiscal le pide que conteste sí o no.

—El verbo «redactadas» no es exacto. Los planos que figuran en el sumario los dibujé yo, pero siguiendo indicaciones de un tal Ureña.

—¿Ureña qué más? —inquire el fiscal.

—Lo conocía por ese nombre, era el jefe ejecutivo del preventorio. Desconozco su nombre y el otro apellido. Todos le llamaban Ureña.

Llega el turno de las víctimas. Evelio Llopart, jurista.

—El Colegio de Abogados denunció la existencia de las checas al Tribunal Supremo... —comenta el fiscal.

—Cuando el gobierno de Negrín vino a Barcelona, varios abogados desaparecieron en las checas o fueron interrogados por el SIM. El decano formuló una denuncia y pedimos audiencia del entonces ministro de Justicia, Manuel Irujo: «O yo acabo con las checas, o las checas acaban conmigo», nos respondió con tono resolutivo. Realmente, las checas acabaron con él. Al cabo

de dos o tres meses, y tras otra denuncia al Fiscal Supremo, nos enviaron copia de un escrito en el que se pretendía demostrar que las checas no existían y que todos los detenidos estaban en un régimen carcelario normal. Luego fui detenido.

El editor Ramón Moncada, que estuvo detenido en el barco prisión *Uruguay*, recuerda haber visto al procesado, perfectamente trajeado dirigiendo la construcción de las celdas.

—Nunca pensé que era un detenido como nosotros, se paseaba por el *Uruguay* mientras identificaba a compañeros detenidos. En los días que pasé en la checa tuve ocasión de corroborarlo: actuaba con total libertad de movimientos.

—¿Cree que el procesado estaba en realidad detenido como él aseguraba? — pregunta el fiscal al testigo Guillermo Lapena que acaba de mostrar sus dedos descoyuntados.

—No, señor, gozaba de libertad absoluta, porque allí no se podía hablar con nadie y a él lo saludaban los dirigentes del SIM, y le guardaban toda clase de consideraciones.

El abogado defensor de Teufel solicita el testimonio de su hermano, Eugenio Teufel, y la esposa del procesado, Aurelia Burman.

—¿A qué se dedica profesionalmente?

—Desde el año 1934 era representante de material químico y científico de empresas alemanas, con domicilio social primero en el paseo de San Juan. Cuando la revolución anarquista intenté salvar las propiedades alemanas para que no fueran requisadas por la CNT-FAI y me puse al servicio del consulado austríaco. Mi hermano me dijo que conocía al vicedónsul de Italia y se planteaba colaborar como espía a favor de los nacionales.

—¿Conoce usted la intervención del acusado en la construcción o dirección técnica de las celdas de la calle de Vallmajor?

—Estaba enterado de eso: tuve ocasión de presenciar conversaciones de personas que venían a visitar a mi hermano. Pero he de negar que la construcción se deba por entero a él: los croquis y los planos los terminaba a partir de una construcción que le habían sugerido con anterioridad.

—Según usted, ¿la idea no era del procesado?

—De ninguna manera. Creo que las personas que llevaban los croquis los hacían y se los entregaban para que los pasara a limpio... Si no lo hubiera hecho

lo habrían fusilado. Además, muchos de esos planos estaban copiados de la checa de Santa Úrsula de Valencia o de prisiones soviéticas.

La sesión de la mañana se da por terminada.

LS

Apuntes del consejo de guerra al chekista Alphonse Teufel

(Sesión de tarde)

Tras comunicar que los testimonios del pintor Adrián Esteva y de la esposa del procesado figuran en declaración aparte por escrito debido a su precario estado de salud, el fiscal califica a Teufel de «aventurero internacional» y desmiente que colaborara con la Causa Nacional.

—Se delecta en traicionar a un sindicato y a otro, al extremo de que, por complicarse en los sucesos de mayo de 1937, va a parar a la checa de Vallmajor y allí sufre prisión. Él mismo confesó cómo se destacó en Barcelona yendo de una barricada a otra, traicionando a unos grupos y a otros, porque traicionaba a todos; y nada tiene de particular que los mismos rojos, ante un hombre peligrosísimo, tuvieran que recluirle en la misma checa donde él instaló las celdas de castigo.

El Ministerio Fiscal solicita del Consejo la pena de muerte por adhesión a la rebelión para el procesado Alphonse Teufel.

En su turno, el abogado defensor afirma defender al acusado como si todavía estuviera en una trinchera y porque cumple órdenes del Cuerpo Jurídico Militar.

—Mi patrocinado obró influido por un miedo insuperable, ya que sobre él pesaban gravísimas condenas y tenía la convicción absoluta de que, si se negaba a admitir los trabajos de confección de planos de las celdas de tortura de las checas de las calles Vallmajor y Zaragoza, sería fusilado por los rojos. La conclusión de la defensa es que Teufel obró por impulsos de una fuerza irresistible y de un miedo insuperable.

En la espera, antes de que se dicte sentencia, intercambio de impresiones con el camarada Chacón, que me acompaña en la cobertura periodística del proceso para *Solidaridad Nacional*.

«Trata de probar su inocencia apelando a sofismas que no han logrado, por fortuna, hacer mella en el ánimo del Consejo de Guerra al que comparece», escribe en su bloc.

Se reanuda la vista. La presidencia pregunta al procesado si tiene algo que alegar.

Teufel asiente. Se quita las gafas oscuras que ocultaban sus ojos de gélido azul. Observa en derredor, con el recelo de una fiera acosada, y empieza a leer un fajo de cuartillas. Una tras otra. Se explaya con la teoría de los colores de Kandinski y sus efectos en el espíritu. Más de una hora, sin aportar ni una sola prueba de descargo. Reitera que sus «valiosas teorías artísticas y psicotécnicas» suplían a los métodos arcaicos y bárbaros centrados en el dolor del cuerpo. Cada vez que repite sus conjeturas, el alférez que actúa de abogado defensor se mesa nerviosamente los cabellos.

En algún momento, el acusado se detiene. Aclara la voz y vuelve a mirar a un público cada vez más irritado por sus divagaciones. Si escucha algún rumor dirige la mirada hacia el presidente del consejo de guerra que lo anima a continuar, aunque le ruega que se ciña a extremos concretos. Una parte de los presentes en la vista manifiesta su hastío y abandona la sala.

Una mujer entra renqueante en la sala. Se acomoda, con un niño de poca edad entre los brazos, en uno de los asientos de la última fila. Es Aurelia Burman, la esposa de Teufel, me susurra Chacón al oído. El acusado parece haberla identificado y dibuja una sonrisa maléfica.

La mujer se incorpora. El procesado se percata de ello y cesa de hablar.

—Alphonse Teufel... ¡Eres un asesino!

La sala se llena de rumores y los asistentes señalan a la última fila. El presidente ordena que desalojen a la interpelante. La mujer, que parece a punto de desmayarse, es acompañada al exterior por dos números de la Guardia Civil. La serenidad jactanciosa de la que hacía gala Teufel al comenzar su perorata ha desaparecido. El tono de su voz, ya de por sí cansino, se va apagando hasta hacerse imperceptible.

—¿El acusado da por finalizado su descargo? —pregunta el presidente.

Teufel asiente y se deja caer pesadamente en la silla. El cinismo ha dejado paso al abatimiento. Ni siquiera se pone las gafas oscuras; sus ojos, ahora apenas entreabiertos, ya no desafían a nadie.

Obedeciendo el gesto de la Presidencia, el Tribunal Militar se pone en pie para dictar sentencia.

«En la plaza de Barcelona, a 12 de junio de 1939, Año de la Victoria, reunido el Consejo de Guerra permanente número 2 de esta plaza para ver y fallar la causa 3.261 de esta Auditoría, seguida por el procedimiento sumarísimo de urgencia contra el procesado Alphonse Teufel, de nacionalidad yugoeslava, nacido en París (Francia), el 2 de julio de 1902, hijo de Jan y de Elsa, casado, vecino de Barcelona, cuya verdadera profesión es la de director de orquesta y pintor, aunque ostentó también, indebidamente, las de arquitecto, ingeniero, sargento de la Legión extranjera en España, oficial del ejército y otras. Resultando...»

Acabo de leer estos borradores sobre el consejo de guerra que condenó a muerte a mi padre. Santamarina regresa a su despacho con varias páginas de periódico que huelen a tinta fresca. El director de la Soli se acerca a la mesa.

—¿Has acabado?

Levanto la mirada de aquellos papeles.

—¿Cómo fueron sus últimos días?

—La ejecución se demoró casi un mes. El 8 de julio de 1939 entró en capilla. Teufel había firmado ya el «enterado» en la diligencia de notificación de sentencia que le fue leída por el juez militar a la una de la madrugada del 9 de julio en la Modelo. En aquel momento crucial, el condenado dio rienda suelta a su verborrea: moría con la conciencia tranquila, perdonar es de cristianos, etcétera. Remató el discurso con vivas al Generalísimo. Luego pidió al juez militar que le permitiera escribir una carta a su esposa. Tomó un lápiz y escribió en el papel una escueta despedida. No quiso cenar nada. Confesó, comulgó y salió de la capilla con paso decidido con el mismo abrigo oscuro y las alpargatas que calzaba el día del juicio.

—¿Dónde lo ejecutaron?

—Aunque el fiscal había pedido garrote vil, lo fusilaron a las cuatro de la

madrugada en el Campo de la Bota. No quiso que le vendaran aquellos ojos de gélido azul.

—¿Dijo algo más en el último momento?

—Levantó el brazo al estilo nacional. Antes de la descarga gritó.

—¿Qué gritó?

—«Soy víctima de las circunstancias. Nunca se sabrá la verdad sobre mí, la verdad no termina nunca.»

—¿La verdad no termina nunca? —le digo a Santamarina.

—Desde aquella madrugada, esa frase ha quedado grabada en mi mente — me responde con sombrío semblante.

El señor Moncada acaba de leer los papeles de Teufel que hace dos días no me atrevía a confiarle.

—Ejem... Ya veo que lo que le conté sobre mi modesta persona lo conocía sobradamente por estos papeles. ¿Cómo llegaron a sus manos?

—A la muerte de mi madre ordené el armario de su dormitorio y aparecieron en una vieja caja de zapatos. Mi madre nunca me había dejado entrar en su habitación. Debía de temer que encontrara algún documento u objeto que desvelara quién era en realidad mi padre.

—Ejem... Todo un hallazgo. No sé qué decirle.

—Señor Moncada... Ahora usted se suma al reducido círculo de personas que saben de quién soy hijo.

—Ejem... ¿Se puede saber quiénes somos?

—La familia Queralt lo supo desde el primer momento.

—Ejem... Para vivir en un piso tan pequeño, su señora madre había camuflado muy bien estas cuartillas. Tenía buena letra... su padre. Si hubiera dedicado su intelecto al bien, otro gallo cantarían...

—Mi madre guardaba esos papeles porque se los entregó Marta de Queralt...

—¿Marta de Queralt? ¿Qué tenía que ver con Teufel?

—Su profesor de arte y actual pareja, Adrián Esteva...

—¡Esteva, claro! ¡El pintor que fue obligado a trabajar en las celdas! ¡Su testimonio fue clave en la causa! Ejem... ¿Dice que es la pareja de Marta de Queralt?

—La otra noche me invitaron a un *vernissage* en la librería Argos y estuve en la casa estudio de la calle San Honorato.

—Ejem... No sé, no sé. Esteva no pudo declarar en el proceso porque tuvo que recibir tratamiento psiquiátrico, lo cual no es extraño. A nadie le gusta colaborar con su arte en actos criminales. Ejem... A lo que íbamos... ¿Quién más lo sabe?

—Luys Santamarina. Después de leer los papeles, me mostró algunos apuntes que tomó durante el consejo de guerra.

—Ejem... *Solidaridad Nacional* publicó un opúsculo con todos los detalles del proceso. Creo que lo firmó Rafael López Chacón, el reportero falangista que cubrió la información. Después de la ejecución de Teufel, las checas se convirtieron en un espectáculo del horror... El director Edgar Neville filmó las celdas psicotécnicas para su documental *Vivan los hombres libres*. Aparecieron varios libros, además del de Chacón. Recuerdo uno de Federico de Urrutia y el de Alberto Flaquer, sobre la estética maléfica de esos centros de tortura. Los testimonios de quienes padecieron aquel calvario eran instrumentalizados por el Régimen para justificar de alguna manera la represión hacia los vencidos. Se había vaciado el castillo de Montjuich y la cárcel Modelo, y ya estaban otra vez abarrotados de presos políticos. Una lástima que la Paz fuera aplastada por la Victoria.

Moncada se levanta de la mesa y rebusca en una carpeta.

—Mire, todavía la conservo.

Me muestra una entrada de color azul desvaído a la checa de la calle Vallmajor. Precio de la entrada: una peseta.

—Nunca olvidaré aquel 24 de octubre de 1940. El jefe de las SS, Heinrich Himmler, recibido con todos los honores en Barcelona. Tiempos en que parecía que Hitler ocuparía Europa en pocos meses. Después de cenar en el Ritz, el jerarca nazi fue invitado por las autoridades franquistas a visitar la checa de Vallmajor... Imagínese, Alfredo, a las tres de la madrugada. La visita quedó inmortalizada en una foto del gran Pérez de Rozas. ¡Siete gerifaltes uniformados en la checa de tu padre! Himmler, el gobernador y un general con los traseros encogidos sobre la cama inclinada. Las botas relucientes entre los famosos ladrillos verticales. Sobre sus gorras y boinas, las espirales, los dados, el tablero de ajedrez, el círculo rojo, las líneas onduladas y quebradas que debilitaban el sistema nervioso... Y aquella luz verdosa que evocaba, según decía Teufel, un día lluvioso de otoño. Las sonoridades amarillas de Kandinski, la Bauhaus, todo el arte de vanguardia estaba allí.

—¿Se sabe cómo reaccionó Himmler?

—Ejem... Supongo que despreció aquella escenografía: era el «arte degenerado» que condenaba el nazismo. Cuando le hablaron del autor, lo

despachó diciendo que era un judío. Admitió el refinamiento del método psicotécnico, aunque negó tal mérito a los españoles —al cabo y a la postre una raza latina— y se lo atribuyó a la perversidad freudiana de los austríacos y la violencia diabólica bolchevique. No sabemos si la obra de Teufel influyó en su industria del horror: de hecho, su viaje a Barcelona y luego a Madrid tenía por objeto aconsejar a la policía franquista en las técnicas de represión. Después de visitar la checa y tras un breve descanso, el jefe de las SS se fue de excursión a Montserrat donde la tradición germánica asegura que se encuentra el Grial.

—Ahora tengo miedo, señor Moncada...

—Ejem... ¿Miedo de qué?

—De todo ese pasado.

—Ejem... Un pasado del que usted no es responsable. Que no quiera recuperar el apellido de su siniestro padre para no llamarse Alfredo Teufel es del todo comprensible. Tampoco las hijas de Ruiz Alonso, el hombre que llevó a García Lorca a la muerte, desean conservar el apellido de su padre. Las tres han optado por nombres artísticos: Emma Penella, Elisa Montes y Terele Pávez. Usted puede seguir llamándose como se llama: Alfredo Burman. Es un bonito apellido Burman, como el del famoso técnico de Cifesa.

—Si lo miramos así...

—Ejem... Alfredo. ¡Ya sabe quién es su padre! ¿Que hubiera preferido que fuera un benefactor de la humanidad? ¡Sea! Pero la realidad es la que es. Escriba su artículo y culmine su catarsis personal. ¡Han pasado veinte años! ¡Ya nadie se acuerda de las checas! ¡Franco ya no gobierna con falangistas porque sus ministros del Opus Dei saben más de matemáticas y economía! ¡El comunismo se agrieta en Hungría! ¡Los comunistas españoles hablan de reconciliación nacional! Permítame una última maldad... ¿Por qué le mostró esos papeles al camarada Santamarina y no me los enseñó a mí que, por cierto, no visto camisa azul?

—Porque al escuchar sus recuerdos de prisionero, la dimensión perversa de mi padre se agigantaba. Lo vi sufrir, señor Moncada. Hubo un instante en que me sentí cómplice de aquellos crímenes.

—¡Ya estamos otra vez! ¿Por qué llevas arrastrando el cadáver de tu memoria?

La frase del señor Moncada me asombra por su contundencia.

—Lleva razón... —alcanzo a decir.

—Ejem... La frase no es mía, la escribió Emerson. Y... secreto por secreto: ¿no ha visitado nunca la buhardilla de esta editorial legendaria?

—Desde que comencé a trabajar en la Gran Enciclopedia Popular no me he movido de esta sección... Pero me han contado que allí se guardan muchos tesoros literarios y artísticos.

—Ejem... No lo han engañado. Venga, señor Burman. Es hora de que descubra la última planta de la Montaner y Simón. Va a encontrar algo o alguien que le sorprenderá.

—Según sea la sorpresa... Con lo de mi padre ya he tenido bastante.

—Será un descubrimiento muy agradable para usted. Venga, venga, subamos...

Una gran sala en penumbra... Me encuentro, por fin, en el archivo de la editorial Montaner y Simón. El señor Moncada me anima a adentrarme en aquella espesura de papel viejo. Las estanterías, repletas de colecciones de libros y revistas del siglo XIX como *La Ilustración Artística*, invitan a sumergirse entre lomos encuadernados en cuero color granate con títulos grabados en letras de oro. Es como una bodega de la cultura en la que cada volumen, cual tonel de un vino gran reserva, invita a la degustación... Aunque, después de pasar el dedo, una gruesa capa de suciedad complique la posible cata.

El señor Moncada no puede reprimir un estornudo.

—¡¡¡Achísss!!! Ejem... Frecuentaría más este lugar si no me pusiera malo. Trabajar rodeado de polvo y papeles, cuando se es alérgico como yo, es una manera lenta de suicidarse.

—¿Por qué este abandono? ¿Nadie se preocupa de ordenar y hacer un poco de limpieza? —protesto.

—Sí, no hace falta que me lo diga. Ejem... ¿sabe qué son esas bolitas negras?, caca de ratón. Mire esta hoja con un escrito autógrafo de don Ramón María del Valle-Inclán. El escrito se ha quedado en la mitad porque algún roedor se lo ha zampado. Será un roedor modernista, porque es un fragmento de la *Sonata de primavera* que publicó el semanario *La Ilustración*.

El señor Moncada me hace un gesto para que lo acompañe. Nos movemos entre sillones repletos de papeles. Sobre varias mesas, montones de revistas pendientes de encuadernar.

—Ejem... Una pena. En esta selva de celulosa encontrará usted escritos autógrafos de Clarín, poemas de Bécquer, grabados de Fortuny, crónicas africanas de Ruiz de Alarcón... Y correspondencia, informes editoriales y recibos de pago que el día de mañana podrían documentar una historia de la edición barcelonesa. Hojas volantes que serán pasto de polillas y roedores. Pero... ¡qué le

vamos a hacer! Cada vez que se lo propongo a los sucesores de los propietarios me contestan que no hay dinero... Que ya hacen suficiente financiando esa Gran Enciclopedia Popular que parece eterna... Que sería mejor dedicarse a los fascículos de cocina. Y cuando dicen eso prefiero no seguir hablando, no sea que también nos cierren a nosotros. Esta maldita posguerra no se acaba nunca...

—De todas maneras, le agradezco su confianza al mostrarme el archivo, señor Moncada.

—Ejem... En realidad, no quería mostrarle solamente el archivo.

—¿Hay algo más? Si está buscando un voluntario para poner un poco de orden a todo esto cuente conmigo. Podría dedicarle unas horas a la semana. Con leer estas cuartillas de escritores a los que venero me daría por pagado.

—Ejem... No se trata de eso. Alguien lo está haciendo ya. Acompañeme...

Un pasillo flanqueado por columnas de papel nos conduce hasta una puerta de caoba. El señor Moncada llama al timbre. Escuchamos rumor de pasos y detectamos una mirada agazapada en la mirilla de latón dorado.

Un hombre vestido con un gastado terno marengo abre la puerta. Lleva el cabello rapado y la barba le alarga la expresión facial como si fuera un personaje del Greco.

—Ejem... Ejem... Buenas tardes, señor Promio. Este caballero quiere conocerlo —proclama el señor Moncada con solemnidad.

Un calor recorre mi cuerpo; desde el estómago hasta la tráquea.

Promio fija en mí unos ojos vivos de color castaño. Está muy delgado y la profundidad de los surcos de sus ojeras denotan el desasosiego de quien se siente perseguido.

Lanzo una mirada al señor Moncada que me devuelve una sonrisa cómplice.

—Aquí lo tiene, Alejandro Promio, el hombre al que conocí en una ficha bibliográfica. Señor Promio, le presento a Alfredo Burman, el colaborador de la Gran Enciclopedia Popular que supo de usted mientras trabajaba en la entrada de su homónimo, el pionero del cine.

Promio me alarga la mano que yo tomo con energía. Escucho su voz por primera vez. Tiene un timbre recio y varonil, que contrasta con su físico endeble.

—Encantado de conocerte, Alfredo... El señor Moncada me lo ha contado todo sobre ti.

La frase me deja sin palabras.

Vuelvo a mirar al señor Moncada buscando auxilio.

—Ejem... Sí, lo sabe todo. Él completa el selecto grupo de personas que siempre te acompañarán —corroboración.

Promio despliega ahora una sonrisa que imprime confianza. Se acerca y pone sus manos sobre mis hombros.

—No temas, Alfredo. A todos nos ha golpeado la historia de uno u otro modo...

Ahora Promio se mueve con agilidad, desplaza una pila de libros y nos acerca un par de sillas.

—Esto sigue un poco revuelto, señor Moncada, pero en un par de meses ya tendremos resultados... ¿Ve esas fichas? Ya he ordenado toda la correspondencia de Galdós y aquellos recibos de Victor Hugo. Me he adelantado a los ratones...

El señor Moncada sonrío complacido.

—Ejem... El señor Alejandro Promio está con nosotros desde hace un año. Entró en España al poco de acabar nuestra guerra... La invasión alemana de París lo obligó a retornar. Sus antecedentes republicanos, aunque fuera del mismo partido que un servidor, podían crearle problemas, pero ahí estaba nuestro común amigo, el camarada Luys, que lo avaló sin dudarle un momento.

—Nunca podré agradecer a Santamarina lo que ha hecho por mí. Además de avalarme, me incorporó a la redacción de la Soli donde, como siempre en mi agitada vida, firmo con seudónimo. Nos conocíamos de cuando yo trabajaba en el departamento de censura del general Primo de Rivera y, por cierto, él no debía conservar un buen recuerdo: en nuestro primer encuentro le hube de comunicar, con gran pesar, dicho sea de paso, que su libro, *Elegía del Tercio*, no podía publicarse. El informe del censor de turno lo consideraba perjudicial para las relaciones de España con Marruecos.

—¿Y se vieron en más ocasiones años después?

—Desde luego. En presentaciones de libros, alguna tertulia literaria... Él se la jugó con la Falange catalana... Yo estaba en una zona más tibia con el Partido Radical, pero todo acabó como acabó. Y eso usted ya lo conoce.

—Ejem... Alfredo lo sabe todo, señor Promio. Es el autor de la entrada del Straperlo en la Gran Enciclopedia. Strauss, Perlowitz, don Alejandro, Pich y Pon, el combate en Montjuich, Joaquín Gasa, Teufel, Titayna, René Martel y usted... ¡Menudo elenco!

Al oír el nombre de la periodista aviadora, Promio ensombrece la expresión de la cara.

—Lo de Titayna es otra historia... —musita.

El señor Moncada mira el reloj.

—Ejem... las siete pasadas. Si les parece, señores, seguiremos con esta historia en La Bodeguita de Rambla Cataluña.

Nunca olvidaré la cena de la otra noche. Rodeados de barricas de vino, vermús y banderillas, platillos de habas a la catalana, soldaditos de Pavía, *fesolets* con arengada, pan con tomate y jamón de Teruel. Promio iba desgajando retazos de su accidentada y, todavía para mí, oscura existencia.

—Alfredo, si ya sabe todo de mí... —ironizó con la clara intención de escurrir el bulto.

—Sé que usted es el biógrafo de Antonio Lluçà, el estafador más genial que ha dado este país. Di con su cinematográfico nombre a raíz de su libro sobre los artistas de la Exposición del 29 y sus referencias a Teufel me condujeron a conocer la identidad de mi padre. Dedicó aquel libro a la aviadora Titayna y el exlibris era de René Martel. ¿Acaso las dos mujeres de su vida?

—Sigo enamorado de Elisabet, aunque ella no me correspondiera cuando nos conocimos. Lo de René Martel fue un equívoco. Me la había presentado Joaquín Gasa y una noche fui con la aviadora a felicitarla al camerino después de la función del Olympia. Había conocido a mujeres de tendencia, digamos, sáfica, pero nunca vi a una tan enamorada a primera vista como la vedete. René se comía con los ojos a Elisabet y ella, como siempre, quiso llevarle la corriente erótica y pareció, solo pareció, corresponder a sus miradas.

—¿Titayna era lesbiana?

—Elisabet siempre ha querido ser, por encima de todo, una diosa del aire: ninfa ondulante como el fuselaje de un avión Junkers. No le interesan los sentimientos salvo para jugar con ellos y eso es lo que hizo con la pobre René. Cuando se la quitó de encima y le dio a entender que todo era un coqueteo galante de una mujer andrógina, René volcó toda su ira sobre mí... Estaba celosa: creía que yo era el responsable de que la francesa la rechazara. Luego, como saben, se casó con el bueno del señor Queralt: el fabricante textil que cada noche ocupaba la primera fila del teatro y la cortejaba con joyas y rosas. Tengo entendido que en su matrimonio burgués hubo más pena que gloria... Tuvieron

una hija para guardar las apariencias y poco más. Ella en su cuarto y él en su despacho. Conviene recordar que el señor Queralt también la tomó conmigo: siempre creyó que yo era un rival en la conquista de la Martel.

Ahora me explicaba por fin las negativas del anciano aquella tarde en su despacho, cuando le pedí que proyectara la película.

—Marta de Queralt me contó que su madre pasó los últimos años sumida en el silencio. Dejó de comer, de cuidarse... Así, hasta la muerte.

—Elisabet recibía todas las semanas una carta de René. Quería abandonar a su marido y trasladarse a París para estar con ella. Le propuso también que se viniera a Barcelona y le montaría un espectáculo musical sobre la aviación. Pero nunca le contestó.

—Mi madre era la modista de René Martel, y en julio del 36 se hizo cargo de la casa de los Queralt para que no fuera ocupada por los milicianos. Consiguió que mi padre hiciera la vista gorda...

—Y mucho más. Creo que los ayudó a escapar —corroboró Promio.

—¿Y usted, señor Promio, cómo se las arregló? —inquirió el señor Moncada.

—Cuando se incautaron de los diarios de Pich y Pon tuve que esconderme como una liebre acosada. El director, Santiago Vinardell, fue asesinado y don Juan salió volando a París, donde murió meses después de un ataque al corazón. Yo pedí asilo en el consulado francés y desde allí hice una llamada telefónica a Elisabet. Ella había vuelto de Berlín después de entrevistar a Hitler en la cancillería.

—¡Aquello sí que fue una bomba! —intervino el señor Moncada—. ¿Y qué le dijo Titayna?

—Que en un par de días vendría a recogerme a Barcelona...

El señor Moncada ya no carraspeaba y yo estaba descubriendo los episodios más apasionantes de una historia que había comenzado meses antes y que parecía no tener final.

—¿Y lo hizo? —preguntamos a coro.

—Si no lo hubiera hecho, yo no estaría aquí... Has de saber, Alfredo, que Teufel me había acusado de conspirador contra la República. Por si fuera poco, la ciudadanía francesa le otorgaba cierta autoridad ante el cuerpo diplomático. Nunca olvidaré aquellos tres días con sus noches escondido en la biblioteca del

consulado, el calor pegajoso de aquel julio del 36... El olor a quemado y a sangre oxidada. El tabletear de los fusiles ametralladores, el martilleo seco de los pacos. Me parecía la antesala de un infierno del que, más pronto que tarde, pasaría a formar parte.

—Pero Titayna llegó...

—¡Vaya si llegó! Puso firme al cónsul, que nos condujo en coche hasta el aeródromo del Prat. Allí nos esperaba un avión que portaba una moto incorporada. Cuando estábamos a punto de despegar apareció Teufel con tres guardias de asalto que cargaron sus máuseres y nos apuntaron. Me sabe mal contarlo, pero tu padre tenía celos.

—¡Menudo es usted, Promio! ¡Todo el mundo le tiene celos! —bromeó Moncada.

—Ahora suena gracioso, pero me pudo costar la vida. Elisabet se plantó ante Teufel y le recordó que ella también le había ayudado en París, cuando era un pobre fugitivo. Nunca lo vi tan humillado. Bajó la mirada. Parecía un niño que acaba de recibir una reprimenda de la maestra. Solo dejó escapar, en francés, un resignado «ya veo que lo prefieres». Luego hizo un gesto para que los guardias, a varios metros detrás de él, bajaran los fusiles: «¡Todo en orden! ¡Cuerpo diplomático!», exclamó. Y pudimos despegar.

—Queda claro que Titayna lo amaba a usted —aventuró el señor Moncada.

—Yo también lo creí en aquel momento. Pero, una vez en París, ella volvió a frenar mis deseos de ser su amante. Tenía a su marido, un doctor de costumbres libérrimas, que pagaba todo y no preguntaba nada. A medida que llegaban noticias de España y que la derrota republicana se hacía más evidente, Elisabet se dejaba seducir por la retórica fascista.

—¿Y usted cómo se ganaba la vida?

—Gracias a ella, pude colaborar en la revista *Regarder* y la ayudé a editar el que sería su último libro: *Los fracasados de la aventura*. Cumplir cuarenta años y atravesar el climaterio no le sentaba nada bien. Había vivido muy rápido y ya nada excitaba su curiosidad. Me confesó que había creído en la aventura, pero había fracasado. Que al final de cada viaje reencontraba la misma gente de París. Que a pesar de haber viajado tanto, los seres humanos se parecían demasiado. Su entrevista con Hitler la marcó y comenzó a publicar artículos antisemitas. Decía, por ejemplo, que las becas de las escuelas se reservaban a los judíos antes que a

los franceses... Cuando los alemanes ocuparon París se hizo íntima del embajador Otto Abetz y estampó su firma en la prensa colaboracionista... Me animaba a que yo me incorporara. A mí me daba miedo volver a España, pero todavía más seguir aquel camino. Conseguí volver a Barcelona: gracias a Luys Santamarina y al señor Moncada puedo contarlo.

Después del tercer carajillo, pagamos la cuenta y salimos a una Rambla Cataluña que anunciaba las fiestas navideñas. Tendí la mano a Promio, pero él se acercó con decisión y me dio un abrazo tan fuerte que pude sentir las costillas que denotaban su delgadez.

—Todos tenemos asuntos pendientes. Yo no conocí a mi padre, pero me temo que debía de ser tan perverso como el tuyo. No te hagas mala sangre, Alfredo. Lo importante es lo que seas tú y no lo que hicieron tus antepasados. Acabo de cumplir sesenta y seis años y sé de lo que hablo...

—No es una despedida, señor Promio. Tenemos todavía mucho de qué conversar... Ahora ya sé dónde encontrarlo —le susurré con afecto.

—Tal vez sea esta nuestra única conversación. Pronto me iré de aquí. A Estados Unidos. El señor Moncada ya lo sabe. Podrías relevarme en las labores de archivo —afirmó guiñando el ojo.

Moncada asentía con una sonrisa melancólica. La información cayó sobre mí como un cubo de hielo picado.

—¡Por qué a Estados Unidos! —exclamé contrariado.

—Ella vive allí.

—¿Ella?

—Sí, ella, Elisabet, Titayna. En 1945 tenía un proceso pendiente por colaboracionismo en el que no compareció. Ordenaron su búsqueda y captura, pero consiguió huir en su vieja avioneta. Nos encontramos en Barcelona mientras preparaba un visado que le permitiría escapar a Norteamérica. Hace poco me escribió: su marido ha muerto, se siente sola y olvidada. Quizá sea la última oportunidad para el amor, y no la puedo desaprovechar.

Los ojos de Promio resplandecieron con un leve lagrimeo. El frío de medianoche arreciaba. Se abrochó el abrigo, un tanto gastado en los bordes de las mangas, y se envolvió el cuello con una bufanda príncipe de gales. Luego, se perdió Rambla Cataluña abajo.

Epílogo

En el último día de 1956, el teatro Cómico del Paralelo se prepara para una función especial. Raquel Meller acaba de entrar en la platea del brazo de Alady. Luys Santamarina, con su sempiterna camisa azul, sigue los pasos de Joaquín Gasa que le muestra los desperfectos del techo.

—Un día de estos se nos caerá encima y le pondremos a la revista de varietés *El hundimiento del Cómico...* ¿Señor Santamarina, no conoce usted a alguien en la Secretaría del Movimiento que nos diera una ayudita?

—¿Se cree que tengo contacto directo con la diosa Talía? —truenan el director de la Soli—. Bastante hago con haber llenado el diario de comunistas emboscados...

Moncada tampoco para, de aquí para allá con su constante carraspeo.

—Ejem... Acaban de llegar el señor Queralt y su hija Marta —advierte.

Yo sigo en la puerta del Cómico, haciendo guardia frente a la castañera. Cuando lo veo venir doy el correspondiente aviso a los presentes.

—¡Ya está aquí!

Promio pasea la mirada por el vestíbulo, que aparece desierto. Un acomodador lo invita a penetrar en la sala y ocupar su localidad. Todo está oscuro.

El telón deja al descubierto una pantalla. Se escucha el rumor de un viejo proyector que acaba de enfilear el pasillo central. Fotogramas temblorosos en blanco y negro. Una orquesta de niños tocando en la cubierta de un barco herrumbroso. La cámara desciende y enfoca la proa: *Tornado*. Otra vista capta el

rótulo de la cabina de mando. Las letras parecen oscilar como si las leyéramos en el fondo del mar: Asilo Naval.

Ahora el objetivo se detiene en los rostros infantiles. Trajes de rayadillo, cabezas rapadas para no pillar piojos. Uno de esos niños parece decirle algo al cámara. Es la película de Alexandre Jean Louis Promio en la Barcelona de 1896.

El homenajeadado llora. Ese niño es él. La única imagen de su infancia de expósito.

Se encienden las luces de la sala. Los asistentes se ponen en pie y le aplauden.

—¡Felicidades, señor Promio! ¡Que tenga un buen viaje a América!

Raquel Meller se incorpora. Va vestida con uno de los trajes que le cosió mi madre: entona *Rocío* «a la memoria de Aurelia». Su avejentada faz contrasta con esa voz cristalina que rezuma juventud.

Al salir del teatro, ya todo empieza a parecerse al pasado.

Barcelona, 25 de julio de 2017
XXV Aniversario de los Juegos del 92

Agradecimientos

Todos los personajes de *La verdad no termina nunca* viven de las licencias de la ficción, pero hubo un tiempo en que transitaron por la cruda realidad. Alphonse Teufel, el diabólico esteta de la tortura, toma como modelo «real» a Alphonse Laurencic (Enghien-les Bains, 1902-Barcelona, 1939), autor intelectual de las checas psicotécnicas de las calles Vallmajor y Zaragoza, y Luys Santamarina rinde inequívoco homenaje al injustamente olvidado escritor y periodista Luys Gutiérrez Santa Marina (Colindres, 1898-Barcelona, 1980).

Otros personajes, ya sin máscara novelesca, como Elisabet Sauvy *Titayna*, Joaquín Gasa, Raquel Meller, Santiago Vinardell, Max Schmeling, Paulino Uzkudun y Strauss & Perlowitz —dúo dinámico del escándalo del Straperlo—, pululan en las crónicas periodísticas de la época.

El autor quiso saber de ellos y los encontró en los semanarios *Vu*, *Crónica*, *Mundo Gráfico*, *Estampa* y los diarios *El Sol*, *El Día Gráfico*, *La Vanguardia*, *Heraldo de Madrid*, *La Nación*, *La Voz* y las «solidaridades» (*Obrera y Nacional*).

Para adentrarnos en los sombríos habitáculos de las checas, tomamos nota de los libros de César Alcalá, Manuel Tarín Iglesias, Félix Ros, Alberto Flaquer y R. L. Chacón, sobre el consejo de guerra a Laurencic (Teufel). Del diabólico maridaje de la tortura y el arte de vanguardia ya dieron cuenta en su día con documentada solvencia Victoria Combalia («Arte moderno para torturar», *El País*, 26-1-2003) y Josep Playà Maset («La checa psicotécnica de Barcelona», *La Vanguardia*, 12-v-2014).

Gracias, finalmente, al genial Vasili Kandinski, por asumir el ingrato papel de haber inspirado al personaje más retorcido de la novela. Porque... ¿Qué sería de esta historia sin un malo tan ilustrado?

La verdad no termina nunca
Sergi Doria

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sergi Doria, 2018

de la imagen de la cubierta, © John Chillingworth - Getty Images

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-233-5419-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



